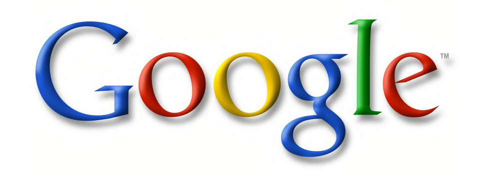
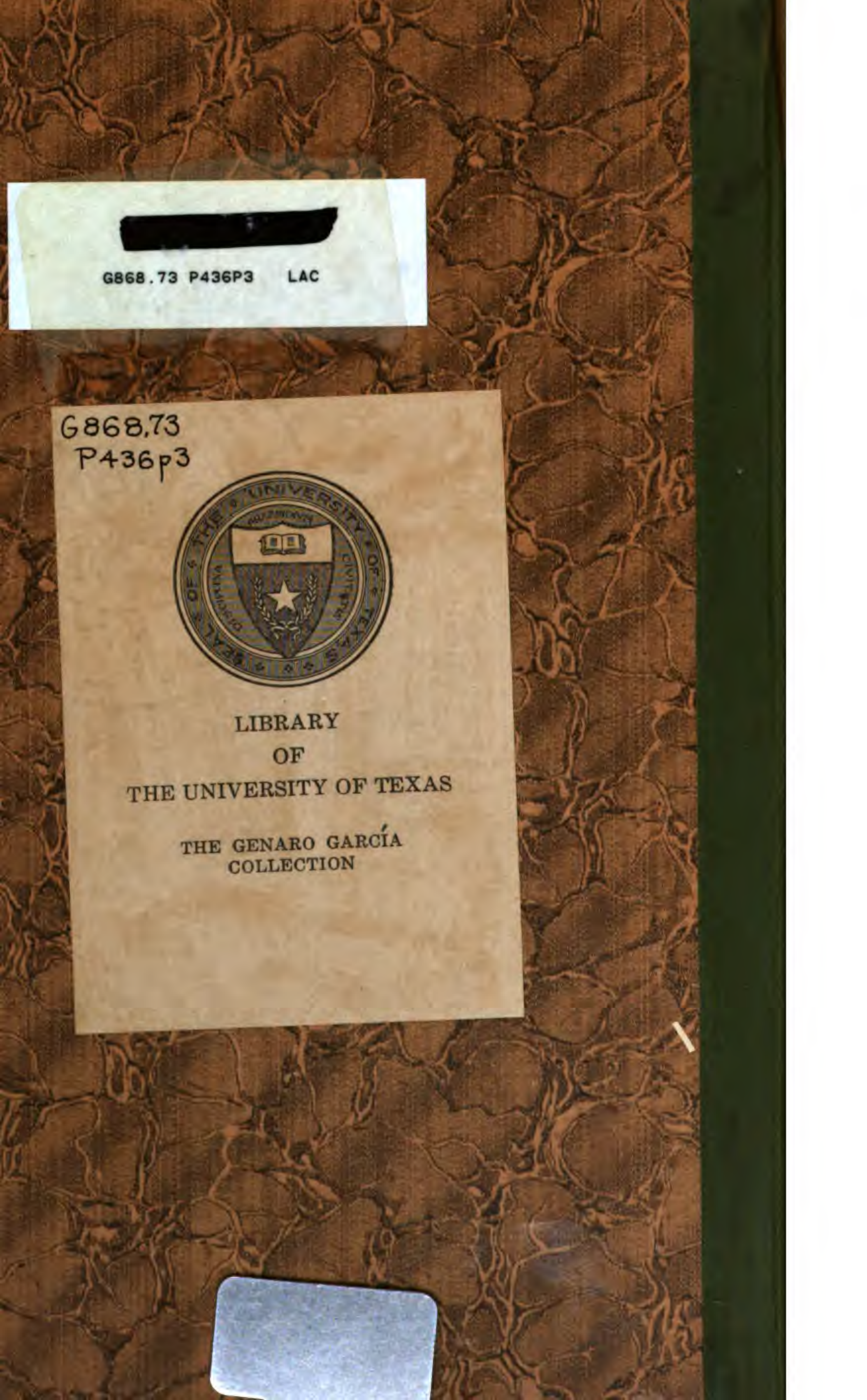






POESÍAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

DE

DON JOSÉ JOAQUIN PESADO

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



TERCERA EDICION

CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

Bajos de San Agustin, Num. 1.

1886



POESÍAS



José Ignº Pesado

POESÍAS

DON JOSÉ JOAQUÍN PESADO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



TERCERA EDICIÓN

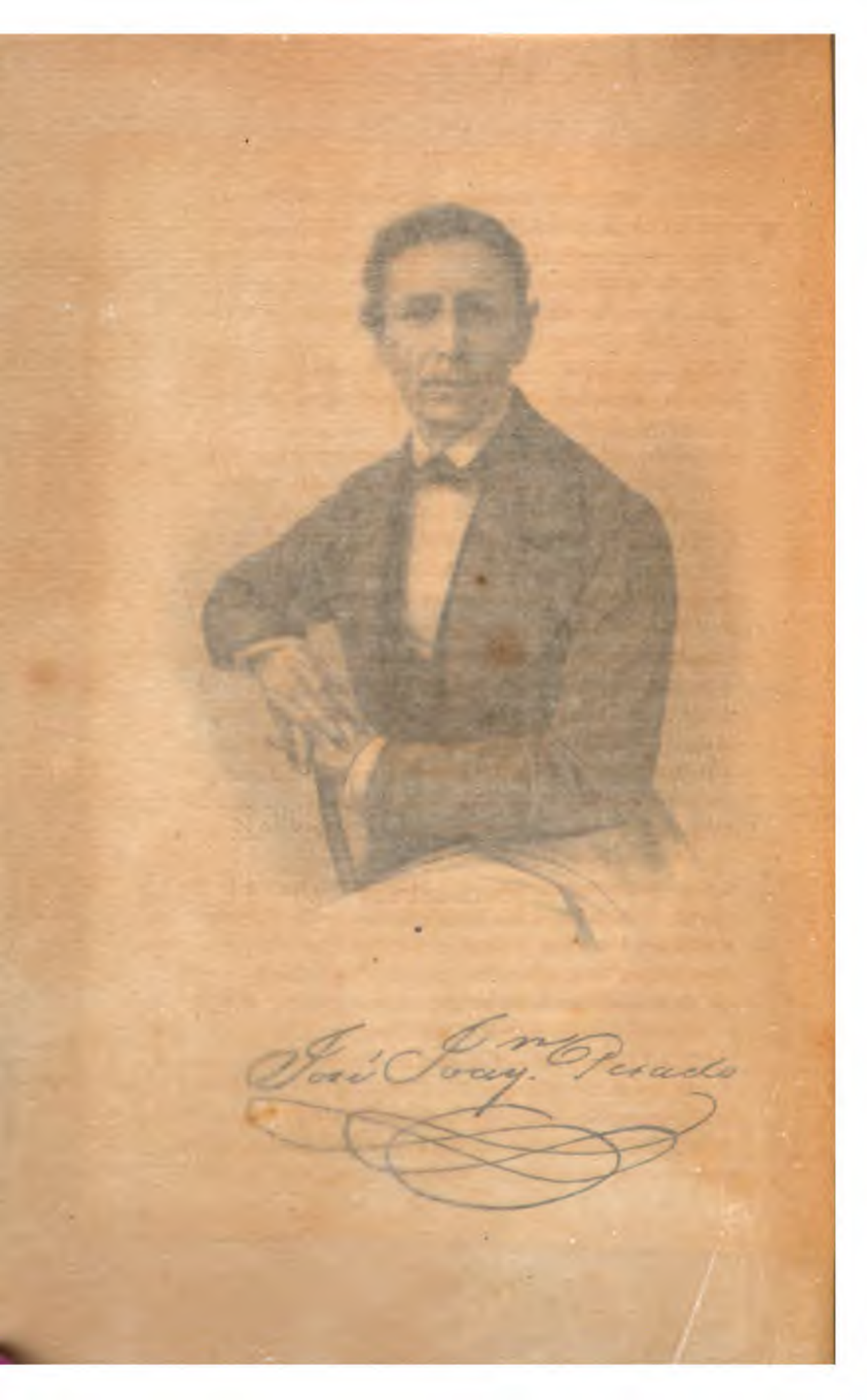
CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

Bajos de San Agustín, Núm. 1.

1886


José Joaqn. Pesado

POESÍAS

ORIGINALES Y TRADUCIDAS

DE

DON JOSÉ JOAQUIN PESADO

MIEMBRO CORRESPONDIENTE

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



TERCERA EDICION
CORREGIDA Y NOTABLEMENTE AUMENTADA.

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE
Bajos de San Agustin, Num. 1.

1886

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

DON JOSÉ JOAQUIN PESADO, hijo del español D. Domingo Pesado y de Dª Josefa Francisca Perez, de San Andrés Tuxtla, nació en San Agustin del Palmar, de la provincia de Puebla, el 9 de Febrero de 1801. A los ocho años de edad perdió á su padre: y se puede decir que debió por completo su educacion á la madre, con quien se radicó en Orizaba. Aprendió en su casa las primeras letras, asistió poco á la escuela, no estuvo en colegio alguno, y fué muy aficionado al dibujo y á la pintura al óleo. A los veintidos años se habia desarrollado por completo en lo físico y en lo moral, siendo de sana y excelente complexion y de figura simpática, así como de vivo y penetrante entendimiento, admirable memoria y muy raras facultades de comprension y expresion. Poseedor para entónces de casi todos los conocimientos que en su época asistian á los jóvenes de buena sociedad que no habian seguido carrera literaria, y con sólido cimiento de fe, sanas costumbres é instruccion religiosa, consagróse por sí solo al estudio de las lenguas castellana, latina, italiana, francesa, inglesa y elementos de la griega, y al de la teología, ciencias políticas, naturales y exactas, comercio y bellas artes, adquiriendo pasmoso fondo de erudicion que acrecentó más y más en el curso posterior

de su vida. Se casó en Orizaba el 22 de Febrero de 1822 con Doña María de la Luz de la Llave y Segura, y dos años despues perdió á la señora su madre.

Dedicado á la administracion de sus bienes patrimoniales, que aumentó considerablemente con su inteligencia y laboriosidad, pudo más tarde encomendar á persona de su confianza sus fincas rústicas y ocuparse en diferentes ramos, en la negociacion de minas del Fresnillo, en la fábrica de hilados y tejidos de algodon llamada de Cocolapam en Orizaba, y aun en la carrera pública, que abrazó con entusiasmo adoptando las ideas liberales y figurando en la legislatura y el gobierno del Estado de Veracruz en 1833 y 34, en el ministerio del Interior en 1838, y en el de Relaciones en 1845 y 46. Aparte de los servicios que prestó en tales puestos, ocupó otros muchos de menor importancia; desempeñó diversas comisiones, entre ellas, andando el tiempo, la de presentar dictámen, en union de los Sres. Couto y Elguero sobre el Breve relativo á las facultades del Delegado Apostólico Monseñor Clementi; redactó ántes en compañía de D. Francisco Modesto de Olaguíbel, el periódico *La Oposicion*, y fué activo é incansable en la aplicacion y propagacion de sus ideas que, por cierto, no le llevaron á la masonería, probablemente en razon de los principios en que se basó su educacion doméstica, y tambien, acaso, de las opiniones adversas á tal institucion profesadas por el Dr. D. José María Luis Mora, íntimo amigo y consejero de Pesado. Aquellos mismos principios y la experiencia atesorada en su vida pública en época fecunda en acontecimientos no poco funestos para la patria, fueron modificando desde 1838 sus opiniones políticas y acabaron por filiarle en la escuela conservadora, en que hasta el fin de sus dias figuró en primera línea, quedando, á la muerte de Alaman, á la cabeza de sus más distinguidos escritores. Entre sus obras en prosa de esta última época, merecen especialísima mencion la «Biografía de Iturbide» y la brillante série de escritos

en que trazó de mano maestra en el periódico religioso y literario *La Cruz*, los dogmas y la moral del catolicismo, y planteó y resolvió segun ellos, los problemas que agitaban á nuestra sociedad y cuya solucion opuesta la revolucion vino poco despues á erigir en base de la política hasta hoy dominante.

Pesado enviudó en los primeros meses de 1840, y dos años despues se casó en segundas nupcias con Doña Juana Segura Argüelles. Desde 1851 se radicó definitivamente en México, gozando de una vida independiente, de una posicion desahogada y del trato y las consideraciones sociales á que le hacian acreedor su excelente carácter, su inteligencia y sus virtudes. Perteneció á casi todas las agrupaciones científicas y literarias de la República: á la reinstalacion de la Universidad en 1854, fué nombrado doctor en filosofía y desempeñó la cátedra de literatura; y la Real Academia Española pocos años más tarde le hizo miembro correspondiente suyo, enviándole diploma firmado por Martinez de la Rosa y Breton de los Herreros. Enviudó segunda vez á principios de Enero de 1860, y á los dos meses escasos, cuando su vigorosa complexion parecia prometerle mucho más larga vida, fué acometido de pulmonía y falleció el 3 de Marzo en el seno de su familia, despues de recibir todos los auxilios espirituales, á los sesenta años y unos cuantos dias de su edad.

Los títulos de Pesado al aprecio de sus paisanos y á la celebridad que alcanzó aun fuera de su patria, no se limitan á lo rápidamente indicado. Fué nuestro más popular poeta en dias en que si el conocimiento de ciencias y artes no andaba tan vulgarizado como hoy, la mayor sencillez y sanidad de costumbres, la fe religiosa y las prerogativas y los goces del espíritu, aun no abolido ó anexado al sistema nervioso humano por las filosofías que al Génesis bíblico sustituyen el de Darwin, daban campo y aplauso á las manifestaciones de lo noble y lo bello en las esferas del arte y

de la verdadera filosofía. Si uno y otra volvieren á recobrar aquí su imperio, las nuevas generaciones, más afortunadas que los que nos vamos acercando al sepulcro por senderos que erizan los abrojos del egoísmo y la discordia y que ennegrece la ausencia de toda luz de felicidad social, sentirán al leer los versos de Pesado lo que sus contemporáneos sintieron, y ceñirán á su memoria el lauro que la religion, la patria, la lengua castellana y la estética reclaman para el autor del libro á que sirven de introduccion estas líneas.

La primera coleccion de las poesías de Pesado apareció en 1839 y fué reimpresa y considerablemente aumentada en 1840. La que hoy publican sus hijas y que abarca mucho mayor número de composiciones, quedó por él arreglada y lista para darse á la estampa, conservando el prólogo de las ediciones anteriores, escrito por el mismo Pesado. De la de 1840 se ha tomado el retrato del autor; y en cuanto al mérito de las poesías hablará en seguida breve y elocuentemente quien puede hacerlo.

J. M. Roa Bárcena.

México.—1885.

POESÍAS DE PESADO.

DESDE que salieron á luz por primera vez las poesías de Pesado, el público las acogió con un favor no desmentido hasta el dia. Esta popularidad, sostenida durante medio siglo, es el mejor elogio que pudiera hacerse de las producciones del insigne vate; y el crítico que osara emitir un juicio contrario al fallo unánime de dos generaciones, no sólo se mostraria sobrado temerario, sino que se expondria á no ser escuchado. Admirador yo mismo del poeta, más bien que á manifestar mi propia opinion, voy á ser eco de la del público en general, y á abrir á los nuevos lectores el libro que hoy ofrecemos enriquecido con muchos versos inéditos, señalando aquellos que más han llamado la atencion de los literatos, ó que merecen á mi juicio ser repasados con más detenimiento.

Se ha seguido en esta edicion el órden que el mismo Pesado dejó trazado de su puño poco ántes de morir; y observará el lector que se divide la obra en doce partes. Forman la primera los versos amorosos á Elisa, y entre ellos los más admirados han sido *La primera impresion de amor*, *Mi amada en la misa de alba* y el *Rendimiento enamorado*. Los tercetos de esta última composicion me agradan muy par-

ticularmente, y algunos me parecen iguales por lo ménos á los mejores de Fernando de Herrera. Este príncipe del Parnaso castellano y el insigne Petrarca, se ve desde luego que estaban presentes en la memoria del vate mexicano al entonar sus rimas amorosas, y que le servian de modelo y de guía. Pero quien atentamente las examine, verá que ni aun en las imitaciones declaradas falta originalidad á Pesado.

Referimos al lector al prólogo del mismo poeta, por lo que toca á la idea que tenia éste acerca del amor y de la poesía erótica. Es tan verdadero lo que afirma cuando dice que *no todos los acontecimientos en que un poeta habla de sí, han pasado por él al pié de la letra*, que algunas poesías de esta primera parte, en que habla de Elisa como doncella y viva, fueron escritas cuando ya con ella se habia desposado, y aun despues de la muerte de su amada. Pero de la pureza de los sentimientos del rendido cantor nadie tiene derecho á dudar; y el que osare interpretar torcidamente versos que la niña más casta puede leer sin peligro, daria pruebas de refinada malicia y de poquísimo criterio.

Consta el segundo grupo de *Rimas amorosas varias*, y en él nos encantan la preciosa barcarola *El paseo de mar*, el soneto imitado de Zappi intitulado *El cariño anticipado*, y los cuartetos *El Valle de mi infancia.* Figuran en él, dulcemente traducidos, el Idilio IX de Teócrito, y tres odas de Horacio. El primero agrada miéntras no se le compara con el original. Hecho el cotejo, sin dejar de saborear los versos castellanos, ve el lector que ni la traduccion es directa, ni entró suficientemente el mexicano en el espíritu del vate siciliano. Conocedor más profundo de Horacio y versado en el idioma de éste, las odas vertidas del latin son muy superiores al Idilio. Menéndez Pelayo, buen juez en materia de traducciones y de versos, hace figurar una de ellas en su "Horacio en España." Las demás rimas, tomadas en su conjunto, me parecen ménos acabadas y no tan llenas de ternura y de sentimiento como las de la parte primera.

Al llegar á las *Poesías descriptivas*, que forman el tercer grupo, difícil seria señalar cuál es la más digna de la admiracion del lector, pues todas son igualmente bellas y acabadas. Si la *Invitacion* con que empiezan las *Escenas del campo y de la aldea en México*, deja traslucir gratas reminiscencias de Tibulo, la *Procesion del pueblo*, la *Lid de toros, etc.*, sí respiran originalidad y dulzura. Los veinticuatro sonetos que describen los *Sitios y escenas de Orizaba y Córdoba*, son quizá lo más perfecto que haya escrito Pesado. Abiertos con llave de plata y cerrados con llave de oro (como dice cierto preceptista portugués), el pensamiento, el lenguaje, la prosodia, nada dejan que desear. Cuando los compuso, el modo de hablar y de medir versos que prevalecia en México era más perfecto y gustaba ménos de la sinéresis que cuando empezó á versificar; y como todos los poetas populares, Pesado acostumbraba acomodarse al uso general. Se me antoja tambien que en esta última época leia ménos, ó no tomaba ya como principales modelos á los poetas italianos, en cuya métrica la terminacion *ia* de verbos y nombres constituye una sola sílaba y no dos como en castellano. Si se atiende á estas observaciones, se verá que á veces los críticos mexicanos han sido demasiado severos con nuestro poeta. Notan los españoles que el americano que aspira á castizo lleva el *purismo* hasta la exageracion, así como el provinciano que llega á la corte, pronuncia las *z z* y las *ll ll* con afectacion que raya en el ridículo. Algo parecido acaeció en México cuando se hizo notar á los poetas noveles el abuso de la sinéresis en que incurrieron sus predecesores en el Parnaso. Vino el defecto contrario: no hubo diptongo que no se resolviera, se abusó de la diéresis hasta un extremo vicioso, y se criticó sin misericordia á los que no habian medido sus versos conforme á los nuevos exagerados cánones. Una de las víctimas ha sido Pesado; y sin querer excusarlo por sus descuidos en multiplicar asonantes y su prurito de hacer diptongos los que nunca lo han sido, ruego al lector escrupuloso

que note las fechas de sus composiciones, y vea que se acomodó al gusto reinante entre los literatos en las diversas épocas en que escribió.

¡Qué bello romance el de *la Princesa de Colhuacan!* ¡Cuán tiernas, cuán dulces las rimas todas, que bajo el título de *las Aztecas* forman la parte cuarta! Nos sentimos trasportados á los tiempos cuasi míticos que precedieron á la conquista del Anáhuac, y si hemos leido á Clavigero ó á Prescott, soñamos con los héroes indígenas cuyos nombres en ellos encontramos y nos parece oirlos invocar al Dios de la guerra, llorar la muerte de un guerrero, ó felicitar á un rey por el nacimiento de un príncipe, con las palabras que nuestro poeta pone en sus labios, y que no desdicen de la índole y carácter de los antiguos mexicanos, tales como los describen los autores ántes mencionados.

Pero guardémonos de creer que son en realidad cantares de vates aztecas, meramente vertidos al castellano como el Idilio de Teócrito ó las Odas de Horacio ántes elogiadas. El distinguido y noble indígena D. Faustino Chimalpopoca Galicia, que fué quien ofreció á Pesado la version literal en prosa de la mayor parte de estas poesías, solia decir á sus discípulos de idioma mexicano, que en nada se parecian á los versos de nuestro poeta ni el original azteca ni su propia traduccion. Más grande, por tanto, que el de un simple traductor, es el mérito de Pesado. Como Solís al redactar las arengas de los jefes indios y españoles, como Ercilla al poner en magníficas octavas los discursos atribuidos á los caudillos araucanos, como Homero al hacer hablar en inimitables exámetros á Aquiles y á Héctor, tiene el vate mexicano el insigne mérito de haber estudiado la historia y el carácter de los aztecas, de haber penetrado, si así puede decirse, en lo íntimo de su alma, y de haberlos hecho cantar en castellano con la armonía, dulzura, ritmo y fuego semisalvaje con que ellos hubieran versificado en su propio idioma. Cosa digna de notarse en Pesado es que estas poesías que apelli-

da traducciones, son en realidad de las más originales que salieron de su pluma; miéntras otras que por originales se tienen, son imitaciones y aun cuasi traducciones, aunque nobles y bellas, como abajo verémos.

Las *Poesías morales*, agrupadas aquí en la quinta parte, han sido generalmente consideradas como ménos perfectas en el fondo y en la forma, que las de los otros géneros que cultivó el fecundísimo Pesado. Las nuevas generaciones verán si confirman el fallo de las que les precedieron, ó si se adhieren más bien al lisonjero parecer de Menéndez Pelayo, quien dice: "Este eximio poeta clásico manejaba con perfeccion el verso suelto. Son dignos de Moratin algunos de los de Pesado en *el Hombre*, *el Sepulcro*, y sobre todo, en *la Inmortalidad*."

Bellísimos son los tercetos de la Elegía de Sinesio al *Sitio de Ptolemaida;* pero pueden aplicársele las observaciones hechas más arriba sobre el Idilio de Teócrito. La *Vision* puede ponerse como una hermosa muestra de la poesía que han dado en llamar *subjetiva;* y si se considera que fué inspirada por la favorable evolucion que sufrieron entónces las ideas religiosas y morales del autor, adquiere doble importancia para el que con atencion la repase.

La romántica imitacion de Lamartine intitulada *Memorias de los muertos*, es notable entre las *Poesías fúnebres* del sexto grupo, y ha agradado generalmente. Aunque tuvo presente el autor á Herrera al escribir la elegía *al Ángel de la guarda de Elisa*, remontó su propio vuelo por amenas regiones no recorridas por su guía, y formó una cadena de fáciles tercetos digna de nuestra admiracion. En los sonetos á la muerte de Elisa nos agrada ver á la célebre Laura trasformada en nuestra bella compatriota, y los pensamientos de Petrarca aplicados á lugares y escenas de nuestro propio país, y adornados con galas nacionales. Difíciles son las inscripciones mortuorias, sobre todo en verso. Si no venció Pesado por completo las dificultades que ofrece este género

de poesía, mucho consiguió, especialmente en el soneto á la memoria de Peña y Peña.

Al voltear las páginas de la parte 7ª, hiere desde luego nuestros ojos el mágico nombre de "El Cinco de Mayo." La célebre oda de Manzoni á la muerte de Napoleon, que lleva este título, es á mi juicio intraducible. Lo atrevido del pensamiento, la rapidez de la accion, la concision de la frase, lo breve de cada verso y de cada estancia, la combinacion de esdrújulos y agudos, forman colectivamente su mérito, de tal suerte que si falta una sola de estas cualidades, pierde totalmente su belleza. En nuestro idioma, en que no abundan los esdrújulos tanto como en italiano, y en que las frases y palabras son ménos concisas y breves, generalmente hablando, imposible es encerrar una *sestina* toscana en otra igual española, sin omitir pensamientos y frases; y el adoptar otro metro es echar á perder toda la composicion. Pruébanlo los ensayos poco felices que en España, en México y en el Perú se hicieron para traducir esta oda, que excitó entusiasmo universal entre la gente de letras. Uno de los ménos felices fué Pesado, y creo que si hubiera vivido habria suprimido esta pieza en la nueva coleccion de sus poesías, pues, además de los defectos inevitables, aun la interpretacion de los pensamientos del autor es errónea en muchos puntos esenciales.

Los grupos 8º, 9º, 10º y 11º, son las joyas de este precioso libro. Contienen muchas y hermosísimas poesías sagradas, en cuyo género, á juicio de todos, fué la musa de Pesado más afortunada que en los demás. Seria de desearse que hubiera añadido otra seccion, intitulada (como la célebre poesía de Fray Luis de Leon) *Imitaciones de diversos*. Así habria impuesto silencio á algunos que le han acusado de aprovecharse sin escrúpulo de los trabajos de poetas extranjeros, y de dar como frutos de su propio ingenio los cosechados en ajeno jardin. Me refiero especialmente á la *Jerusalem*, á las versiones de los Salmos (y en particular al *Israelita prisionero en*

Babilonia) y al *Cantar de los Cantares.* No hay duda que en la *Jerusalem* hay versos, estrofas y aun cantos enteros traducidos más ó ménos libremente de *Evasio Leone;* pero ni el plan del poema es idéntico, ni podemos guardar rencor á Pesado porque nos ha hecho saborear en castellano las bellezas del Carmelita toscano.

El malogrado Andrés Chénier dejó trazado todo entero el plan de un poema bíblico intitulado *Susana*, y aun uno que otro canto del mismo puesto en verso y bien acabado. Léjos de vituperar al poeta que llevase á cabo el trabajo del guillotinado vate, caminando sobre sus huellas, y traduciendo literalmente lo poco que dejó terminado, seria quien tal intentara benemérito del Parnaso español, y léjos de ser tachado de plagiario, mereceria una corona de laurel. Bastaria, para la tranquilidad de su conciencia literaria, que con caractéres visibles pusiese al frente de su obra el nombre de quien le habia servido de guía.

No hizo otra cosa Pesado al escribir la *Jerusalem* y la version del Cantar de los Cantares; y si el nombre de Evasio Leone no se halla al frente de la *Jerusalem*, sí lo verá el lector en la advertencia que precede á la traduccion del Cántico de Salomon. Un vacío muy grande habria quedado en el Parnaso castellano, si por escrúpulos ó temores de aparecer servil imitador, se hubiera de propósito apartado de la senda seguida con tanta felicidad por los traductores italianos, y hubiera adoptado por capricho otros metros, otro estilo, otro ritmo, otras divisiones. A estas horas ya estarian olvidados los bellísimos poemas que hoy sabemos casi de memoria, ó relegados por lo ménos al fondo de las bibliotecas, como tantas otras versiones que de poéticas solo tienen el título.

Con respecto á las versiones de los Salmos, consideradas originales, originalísimas cuando salieron á luz, despues se han reputado poco ménos que plagios; y más que á otra alguna, se ha atribuido este defecto al bellísimo cántico *el Is-*

raelita prisionero en Babilonia, traduccion del Salmo *Super flumina*. ¿Tienen razon los críticos? Voy á poner ante el público los documentos necesarios para que juzgue con conocimiento de causa y decida sin prevencion.

El italiano *Saverio Mattei* tradujo del hebreo, y acomodó al gusto de la poesía italiana (como nos dice en la portada de su obra) los libros poéticos de la Biblia. Hé aquí el principio de su version del Salmo CXXXVI:

Dell' Eufrate sul barbaro lido
Rimembrando l'amata Sionne
Mesto, afflitto, confuso m'assido,
E frenarmi dal pianto non so.
Lungi il canto: di lagrime amare
Sol si pasce l'afanno ch'io sento:
Ad un salcio, ludibrio del vento
La mia cetra quì pender farò.

Luego, cambiando totalmente de metro y de estilo, continúa en verso suelto:

Deh lasciatemi in pace: ah! con qual core
Chi del mio pianto è la cagion, richiede
Lieti carmi da me? La gente stessa
Che in prigion mi condusse, o che le mura
Della patria ridusse
In cenere una volta, o Dio! conforto
Cerca da un infelice! &c.

Sigue de esta manera hasta el último versículo, y termina así:

Come feroci e perfidi,
Come crudeli a noi,
Così farà con voi
Barbaro il vincitor.
E l'innocente figlio
Farà svenar sul ciglio
Della dolente madre,
Del mesto genitor.

Léase ahora la version de Pesado, y se notará cuán diferente es de la de su modelo. Se ve que le agradó el metro

con que éste empezó, que le tomó la bella expresion *ludibrio del viento*, y que calcó la primera estrofa sobre la suya. Pero en nada se parece el resto del salmo, si no es en los pensamientos y las frases que uno y otro necesariamente ajustaron al original. El retornelo agracia mucho la traduccion de Pesado; y de cierto que como tal no lo tomó del italiano; y el estilo y la rapidez y el movimiento á que se presta el no cambiado metro, hace superior la version castellana. Por más que se cotejen una y otra, se verá que la de nuestro poeta no puede llamarse ni siquiera imitacion.

Más pudiera aplicarse este dictado á otros salmos en que no se ha parado la atencion; y sin embargo, no me atreveria á dárselo. ¿Puede, por ventura, llamarse á Hermosilla imitador de Monti, porque hizo en verso suelto, como éste, su versión de la Iliada? Para que mejor juzgue el lector, voy á poner en doble columna algunos versos de Mattei, y los correspondientes de Pesado.

O felice chi di Dio Al gran nome il capo inchina O felice chi cammina Per la strada del Signor.	¡Dichoso tú que al mandato De Jehová la frente inclinas! ¡Dichoso tú que caminas Por las sendas del Señor!
(SALMO CXXVII, V. 1.)	
Dagli anni miei più teneri (Oggi Israello il dica) Spesso tentava opprimermi La gente a me nemica.	Desde mi edad más tierna (Que mi pueblo lo diga) Luché con una turba De gentes descreídas.
(SALMO CXXVIII, V. 1.)	
Mio Dio, tu sai Se il cuore in seno D'orgoglio è pieno, Se tuo non è.	Señor, tú sabes Que este mi seno De orgullo lleno Jamas se ve.
(SALMO CXXX, V. 1.)	

No conviene multiplicar más las citas: el lector curioso podrá hacer él mismo el cotejo en Mattei. Las que acabo de estampar bastarán á convencer al crítico más severo, de

que lo único que hizo Pesado fué acomodar al castellano los metros que con buen éxito se habian ensayado en toscano, y servirse una que otra vez de la *rima ispiratrice* de su modelo. Sólo he citado los primeros versículos. Quien quiera leer los Salmos enteros, notará que desde el segundo empieza nuestro compatriota á apartarse de su guía (como hemos visto en el *Israelita prisionero en Babilonia)*, y que al llegar al fin sólo conserva el metro, y esto cuando el italiano no lo ha cambiado.

Dice su biógrafo que, cuando se le insinuaba que habia imitado á poetas italianos en sus versos sagrados, acostumbraba Pesado callarse. ¡Ojalá que en vez de guardar un silencio, que reputaron algunos acusador, hubiera abierto á sus interlocutores los libros de Evasio Leone y de Mattei! Léjos de haber quedado por varios años empañada su reputacion de poeta original, habrian tenido que exclamar en coro sus detractores: *no sólo no ha habido plagio; pero en muchos casos ni aun imitacion.* Tal hicieron los miembros de la Academia Mexicana, correspondiente de la Española, cuando no ha muchos años el que traza estas líneas hizo en su presencia el cotejo que en compendio acaba de presentar al público.

Dejo al lector que, sin necesidad de indicaciones, guste por sí solo la belleza de las poesías en alabanza de la Vírgen María, de quien fué el poeta tierno y sincero adorador hasta el último suspiro, y páso á hablar brevemente de los fragmentos épicos que se encuentran en la última parte.

En la traduccion de uno que otro canto de la *Jerusalem Libertada* del Tasso, una de sus últimas obras, se nota el talento del estudioso poeta, todavía en su apogeo á pesar de su edad ya más que madura. Las octavas son sonoras, bien medidas, sin los defectos prosódicos de las primeras composiciones, y expresan fiel y dignamente los pensamientos del original. Aunque son pocos y breves los fragmentos, no sucede como en las versiones de Teócrito y Sinesio. Se ve que

conoce el idioma en que fué escrita la epopeya; que la ha leído toda y la ha estudiado á fondo. Por consiguiente, es el Tasso mismo quien habla en castellano, y no el poeta quien imita al Tasso sin expresar todo su pensamiento. Si le hubiera alcanzado la vida y hubiera tenido tranquilidad para traducir todo el poema, es probable que sus laureles serian ahora más verdes y brillantes que los del Conde de Cheste y Gómez del Palacio.

Más breves aún son los fragmentos del *Moisés;* pero ¡qué valentía, qué majestad, qué dulzura en los bien medidos versos sueltos que lo componen! No deje el lector de estudiarlos una y mil veces; que miéntras más los repase, más le agradarán.

La Revelacion no se compone ya de puros fragmentos. Aunque no terminado el poema, consta de cuatro cantos acabados, que suman 369 octavas. Si el intento de Pesado hubiera sido levantar altar contra altar, y escribir un poema que rivalizara con el de Dante, desde luego declararíamos sus esfuerzos frustrados. Pero al ensayar de cuando en cuando la épica trompa, no quiso en modo alguno remontar su vuelo por regiones vedadas. Él mismo nos lo declara en la dedicatoria de los episodios de la Jerusalem que puso en verso castellano.

"¡Mas cuán ajeno estoy! ¡oh cuán distante
De igualar con mi voz y ronco acento
Al cantor de Gofredo resonante!
Que fuera pretender un mismo aliento
En el insecto humilde y vagaroso
Y el águila caudal que rompe el viento."

Supongamos que un admirador de Miguel Ángel hiciera un estudio sobre el famoso *Juicio final* de la Capilla Sixtina, conservando la majestad del original, pero corrigiendo un poco las formas paganas, retratando en el purgatorio y en el infierno á algunos personajes que aún no nacian en la

época del sin igual artista, y añadiendo á la falange de bienaventurados, santos recien elevados al honor de los altares, y personas queridas del moderno pintor. Ni seria tachado éste de temerario, ni se le tendria por rival presuntuoso y vencido de su modelo. Los amantes de las bellas artes batirian palmas, y gozarian doblemente al reconocer en el lienzo ó en la pared rostros amados y personajes conocidos, en vez de otros de tiempos más remotos y ya casi olvidados.

Resuenen tambien nuestros aplausos al ver á la veracruzana Elisa en el cielo, postrada ante el trono del Eterno, é implorando perdon para su esposo en brillantes octavas castellanas. Deleitémonos con el episodio de la griega Aglaya y el mártir mexicano, casi contemporáneo nuestro, más interesante para los lectores del Nuevo Mundo que el del Conde Ugolino. Llenémonos, por último, de horror al ver en el báratro, no á San Pedro Celestino, como en el infierno de Dante, sino á Robespierre y á Marat, á Danton y á Voltaire.

No terminaré sin copiar los elogios que, saliendo del camino trillado, tributó la Academia Española á Pesado en el diploma en que lo nombró su socio correspondiente. "En consideracion (dice) á las relevantes circunstancias y copiosa erudicion que recomiendan al Sr. D. Joaquin Pesado, y previo el exámen de sus obras poéticas, ya conocidas y estimadas en la Península,[1] porque entre otras dotes muestra en ellas el autor clásicos estudios, gusto depurado y castizo lenguaje, se ha servido la Academia nombrarle individuo de la misma Corporacion."

1 En la última edicion del *Horacio en España* leemos lo siguiente de Menendez Pelayo:

"Pesado, que no sólo fué poeta elegantísimo y clásico, sino apologista católico de órden muy elevado, bien merecia una edicion completa y esmerada de sus obras en prosa y verso, tan interesantes y dignas de leerse en España como en México...... Aunque parezca increible, Pesado no figura en *La Lira Mexicana*, impresa en Madrid, 1879, y ordenada por D. Juan de Dios Peza. Lo cual no obsta para que la Europa culta ponga á Pesado al frente de todos los poetas mexicanos."

XIX

Al consignar en estas breves páginas el juicio de nuestros compatriotas sobre las poesías de Don José Joaquin Pesado, me es en extremo grato estampar, por decirlo así, el sello que da valor y autoridad al fallo del público, copiando la confirmacion que de la favorable sentencia pronunció la docta Academia de Madrid. Abrigo la confianza de que no la reformarán las generaciones venideras.

México, Agosto 3 de 1885.

IGNACIO MONTES DE OCA Y OBREGÓN,
Obispo de San Luis Potosí.

PRÓLOGO.

MUCHAS de las poesías contenidas en este volúmen se han publicado ya en diversos periódicos: el público las ha recibido con indulgencia y mis amigos con aprecio. ¿Qué juicio debo formar de aquí? A decir verdad, no lo sé. El público suele acoger favorablemente las obras que por primera vez se le presentan, y aun disimula las faltas que hay en ellas, como para animar á sus autores á emprender despues asuntos más elevados y de más arduo desempeño. Por esto acontece que los aplausos concedidos á un escritor cuando aparece su libro, cesan luego que se da lugar á la crítica. La aprobacion de los amigos es no pocas veces hija más bien del afecto que profesan al que escribe, que del mérito que pueda haber en él. Como quiera que sea, la obra presente sale hoy á luz sin más amparo que la benevolencia de los lectores.

En la primera parte están comprendidas las rimas amorosas, en las cuales he expresado sin disfraz mis sentimientos. El amor se ofrece á los hombres bajo formas diversas, y sabe inspirar á sus cantores tonos y modulaciones diferentes. Para unos es un asunto lleno de gracias, pero frívolo y pasajero, como una mariposa que vaga entre las flores sin fijarse en alguna; en este caso pertenece la poesía al género ameno y

cortesano, aun cuando se disfrace con el traje pastoril: halaga, divierte, entretiene; pero no conmueve el alma ni deja en ella profundas impresiones. Para otros es un objeto de mayor importancia: la hermosura arrebata sus ojos; la gracia los encanta; la virtud, unida á estos hechizos, cautiva sus corazones; y si á esto se unen las miradas recíprocas anunciadoras de los más recónditos pensamientos; los ademanes turbados y el rubor que brilla en el semblante de una doncella cuando llega á revelar el misterioso secreto de su amor; por último, las palabras primero tímidas y balbucientes, despues apasionadas y encendidas, con que manifiestan los que aman el estado de sus almas; todo esto unido produce un delirio que enajena al amante. Entónces es el amor una especie de fatalismo á que no es dado resistir. ¡Qué de ideas sublimes se vienen á la mente! ¡Cuántas resoluciones generosas nacen en el ánimo! Un jóven en estos momentos aborrece el vicio por instinto, y ama por simpatía la virtud. Nunca se borran de la memoria los primeros amores. Nacidos tal vez en la inocencia, y educados entre las risas y juegos infantiles, acompañan al hombre en la peregrinacion de su vida; lo llaman constantemente al sendero de la virtud, mitigan sus aflicciones, hacen alegres sus trabajos, enjugan sus lágrimas y riegan de flores su sepulcro. ¡Qué labios podrán persuadirle con más elocuencia el cumplimiento de sus deberes, que aquellos mismos que llegaron á insinuar la voz de *te quiero!* ¡Quién no se rinde al sentir los latidos de un corazon inflamado con el fuego de un casto amor, y más todavía al ver llorar aquellos ojos que tantos testimonios han dado de interes y de ternura! Hé aquí lo que expresa la verdadera poesía erótica. Ceñida con las alas del ingenio, envuelta en las llamas de los más vivos afectos y animada de una verdadera inspiracion, no sólo recorre la naturaleza visible, sino que la adorna y embellece, levantándose á una esfera encumbrada en que se disfrutan placeres puros y deleites duraderos no concedidos á las pasiones comunes.

Considerado el amor bajo este aspecto, ¿quién osará poner en duda la relacion que tiene con la felicidad del hombre, con el bienestar de las familias y con la perfeccion social á que todos aspiramos? Y es bien sabido que mal podrá haber concierto y bienandanza colectiva, donde todo sea dislocacion y mala inteligencia individual. Pues bien; la poesía que exprese fielmente estos sentimientos, ¿será indiferente, será inútil en el mundo? Ligada con la moral y divinizada por la religion, ¿no llena uno de los más sublimes destinos con que plugo á Dios ocupar las inteligencias humanas?

Cuando un amante aspira á merecer el objeto de sus cultos, ¡qué de temores lo asaltan por una parte! ¡qué de esperanzas lo alientan por otra! Puesto en este estado, recorre el inmenso laberinto del amor; todo crece á sus ojos; todo tiene para él vida y movimiento. El recelo de no merecer lo que desea, excitado acaso por la solicitud ajena que se interpone, le figuran no sólo como dudosa, sino como perdida la esperanza de posesionarse de lo que ama. Por otra parte, el más pequeño favor lo restaura, lo premia y engrandece. En uno y otro caso ve realizado lo que sólo era posible, y traslada á sus versos las creaciones de su espíritu. Inexacto seria el juicio que se formase del poeta, si se creyese que todos los acontecimientos en que habla de sí habian pasado por él al pié de la letra.

En la segunda parte están incluidas las poesías morales que, por su carácter, piden ser tratadas de diversa manera. Cuando un mozo entra en la carrera de sus más floridos años y abre su seno á las impresiones amorosas, toda la naturaleza ríe á sus ojos, todo es bello y encantador á su vista. Pero luego que los reveses de la suerte y la pérdida de algunas personas que ama, dejan un hueco en su familia y una herida en sus entrañas, entónces es cuando las lágrimas de la amargura bañan sus mejillas, y el ánimo desfallecido se entrega al desaliento. Verdad es que el amor, libre ya de su primer delirio, pero afianzado más y más con los

lazos de una recíproca y no desmerecida confianza, viene á mitigar su pena dándole á gustar el cáliz del consuelo; mas las heridas recibidas si cicatrizan en parte, nunca llegan á cerrar del todo. De aquí nacen los recuerdos tiernos y los desengaños provechosos; de aquí la necesidad de trazarse un género de vida que no desdiga de los principios una vez adoptados; de aquí el seguir la virtud por reflexion y por deber, si ántes fué por inclinacion y por afecto; de aquí, finalmente, el ver como en perspectiva, pero sin ningun género de duda, otras regiones más allá del sepulcro, y el deseo de adquirir noticias y hacer preparativos para penetrar en ellas sin riesgo. La poesía, que ántes fué un intérprete fiel de sentimientos tan nobles como fogosos, toma ahora un carácter severo, y medita con espacio sobre la naturaleza del sér humano, sobre la procedencia y calidades de este espíritu que lo anima, sobre las revoluciones morales del mundo, sobre los designios de la Providencia al colocar en él al hombre, sobre el acabamiento forzoso de éste para renacer á nueva vida, y sobre otras materias de altísimo interes, aun cuando sólo se miren con relacion á la filosofía y á las simples luces de la razon.

Estas reflexiones, unidas á la voz del sentimiento, nos conducen como por la mano á la RELIGION, que es la materia de las poesías contenidas en la tercera parte de esta obrita. Los que acusan á la Religion de contraria á lo bello y lo sensible, la hacen un agravio notable. Si no existieran tantos motivos de credibilidad, y tantos testimonios en su favor, bastaria para inclinarnos á ella este sentimiento íntimo y apasionado, que vive dentro de nosotros mismos. Concebir belleza, bondad y verdadero amor sin Religion, es crear figuras sin movimiento ó más bien cadáveres sin alma. El mundo moral seria un árido desierto, si el soplo divino no lo vivificase de continuo. Sí, la Religion es lo único que da dignidad á los mortales, les inspira sólidos consuelos y dirige á un rumbo seguro sus inciertas esperanzas. De mí,

digo, que jamás alzo la vista al cielo en una noche serena, sin ver en él mi morada futura, donde bajo formas diversas, libres de la prision de los sentidos, se han de renovar mis afectos. El amante, el esposo, el padre de familias que no cree en la vida venidera, ni espera verse rodeado allí de las personas á quienes ama en ésta, si acaso está dotado de un corazon sensible, debe ser infelicísimo. Si los vínculos de familia hubieran de romperse en el sepulcro, entónces seria la esperanza un engaño, el amor una pena, la vida un tormento y la muerte un verdadero suplicio. Dése lugar á la creencia, y todo cambia de aspecto; las cosas adquieren su verdadero valor, y el hombre encuentra la felicidad.

Pero dejando estas cuestiones y contrayéndonos únicamente al enlace de la Religion con las bellas letras, ¿dónde se encontrarán los tipos eternos y verdaderos de la poesía, si no es en los dogmas revelados? El hombre caído de su dignidad y desposeído de su herencia; Dios compadecido y humanado; la tierra en comercio estrecho con el cielo, ¿qué asuntos más nobles y más fecundos que éstos? ¿Produjo el ciego paganismo una cosa semejante? Ahora, si volvemos los ojos á los libros sagrados, ¡qué tesoro de poesía se encuentra en ellos, ya se atienda á las materias que contienen, ya á las formas orientales (es decir, poéticas por excelencia) con que están escritos! Allí tienen vida la naturaleza y cuerpo los espíritus: hablan los ángeles con los hombres: el mismo Dios entra en coloquios con sus siervos: el sol es su trono, la tierra el escabel de sus piés, los relámpagos sus ministros, el trueno su voz. A su presencia se humillan los montes y levanta el abismo sus manos. La eternidad pasada y la futura están delante de su vista: ora vemos en aquellas páginas salir el mundo de la nada, ora establecerse al fin de los siglos el reino sempiterno de la verdad y la justicia.

Oh! ¡Quién pudiera expresar en sus versos todo lo que

dan de sí la Religion, la filosofía y el amor, fuentes inagotables de inspiracion, orígen perpetuo de concepciones divinas, riquísimos mineros de bellezas y armonía! A otros ingenios felices está permitido espaciarse por esas regiones inmensas; á mí solo seguir con los ojos su vuelo.

Baste de prólogo, harto largo quizá para un libro tan pequeño. Ruego de nuevo á mis lectores, vean con indulgencia los ensayos y disculpen los errores de un mero aficionado á las bellas letras.

PARTE PRIMERA.

RIMAS AMOROSAS A ELISA.

Si como tengo amor, tambien tuviera
De Petrarca el ingenio, tanto honrara
Tu nombre, que con Laura compitiera,
Y más, pues más te amé, te celebrara.
Miéntras durare la inmortal esfera
¡Oh dulce de mis ojos prenda cara!
Yo te prometo, que tu númen sea
Luz de mi ingenio, y de mi pluma idea.

LOPE DE VEGA.

4

LA PRIMERA IMPRESION DEL AMOR.

No sé qué me pasa
Desde que te ví,
Que el alma y los ojos
Se fueron tras tí.
Tu imágen hermosa
Con duro buril
Grabada la tiene
Mi pecho infeliz.
Tu bello semblante
De rosa y jazmin,
Tus ojos vivaces,
Tu talle gentil,
Absorto contemplo
Mil veces y mil.
Si hablarte resuelvo,
No sé qué decir;
Si callo, padezco
Tormentos sin fin.
Propósitos hago
Que no sé cumplir,
Y en vano procuro
Callar y sufrir.

Yo pienso que todos
Conocen en mí
Los duros rigores
Que me haces sentir.
Rendido á tus plantas
El alma te dí,
Y en duras prisiones
Me dejas vivir.
En llanto trocaste
Mi vida feliz,
Mi gusto en pesares,
Mi risa en gemir.
Elisa inhumana,
Duélete de mí,
Si no quieres verme
De amores morir.

EL AMOR Y LA VIRTUD.

Con descuidada planta en tus jardines
Elisa, penetré, de amor exento:
Reinaba en ellos plácido contento,
Dulce tranquilidad en sus confines.

Te miraba entre murtas y jazmines,
Cuando Amor prorumpió con blando acento:
¡Amante venturoso! á tal portento
Será forzoso que la frente inclines.

Arrebatado y ciego, la barrera
De mi temor sobresaltado paso
A declararte mi pasion primera:

Iba á tocar el fuego en que me abraso,
Empero clama la Virtud severa:
¡Atrevido mortal, suspende el paso!

A LA VIRTUD.

Virtud, cuyo esplendor los pasos rige
Del incauto mortal con tierno anhelo,
Y en las sendas difíciles del suelo
Le inspira dulce amor, ó le corrige;

Si Elisa, á quien el alma se dirige,
Es en la tierra tu mejor modelo,
Deja que miéntras la arrebata el cielo
En su serena faz la vista fije.

Harto sé que el magnífico dechado,
En que su gloria la Deidad explica,
De afecto terrenal no es alcanzado:

Mas no desmayes, corazon: suplica,
Y la joya que roba tu cuidado
Será de Dios la dádiva más rica.

Primeros Afectos.

Pequeña, y con tu madre, y yo por guia,
Viniste al bosque de mi huerto ameno;
El aire de fragancia estaba lleno,
El cielo claro y apacible el dia.

Por las floridas sendas discurria
Dirigiendo tus huellas. En mi seno
Amor vertió dulcísimo veneno:
Como te ví, te dí ¡ay! el alma mia.

Tú, en quien el cielo su beldad traslada,
En tierna edad encanto á mi memoria,
Y de mi lira inspiracion sagrada;

No esquives, por humilde, esta victoria
Sobre quien cifra en tu deidad amada
Todas sus dichas y laurel de gloria.

Elisa en la Fuente.

Me acuerdo de otro tiempo, que salias
Una tarde de Mayo calurosa,
Por gozar en la vega, niña hermosa,
Del fresco ambiente y de las aguas frias.

Los dorados cabellos descogias,
Los ojos inclinabas ruborosa,
Y orillas de la fuente bulliciosa
Ocultos pensamientos divertias.

En su terso raudal el agua pura
Retrataba tus formas expresivas,
Llenas ¡ay! de beldad y compostura:

Pasaron sus corrientes fugitivas,
Y en mi seno ha dejado tu figura
Memorias dulces y esperanzas vivas.



UN SUEÑO.

(TRADUCCION DE VITTORELLI.)

Escucha el sueño que anoche
Tuve de tí, Elisa mía:
La encantada cueva umbría
Creí de Anfriso mirar:
De Anfriso el sabio, que cuando
Levanta su negra vara,
Empaña la luna clara,
Embravece el hondo mar.

Díjele: tengo una llaga
En mis entrañas, acerba:
Aplícame alguna yerba
Que mitigue mi dolor:
Sonrióse el viejo, y me dijo—
Huye de Elisa divina;
Para tí otra medicina
No tiene mi ciencia, no.

LA PASION OCULTA.

(DURANTE UNA ENFERMEDAD.)

El íntimo secreto de mi pecho
Hondo yace en silencio sepultado,
Y en amorosas lágrimas deshecho
Palpita el corazon despedazado.
Que lo sabes, Elisa, yo sospecho,
Aunque lo hayan tus labios recatado:
Tal vez tu corazon con sus latidos
Responde blandamente á mis gemidos.

¡Oh qué lentas y amargas son las horas
Del que no mira más su dueño amado,
Y entregado á pasiones destructoras
Cuenta el tiempo lloroso y desvelado!
Ni tus palabras ¡ay! consoladoras
Escucho, ni tu rostro sosegado
Me vuelve con su vista la alegría:
¡Triste paso la noche, triste el dia!

De esperanza fugaz favorecido
Otro tiempo seguí tus luces bellas,
Ora gimo en ausencia desvalido
Exhalando en las sombras mis querellas.
Ya no gozo del sol esclarecido,
Ni me alumbran de noche las estrellas:
Mi hermana es la letal melancolía:
¡Triste paso la noche, triste el dia!

Este rudo tormento, que quebranta
Mis fuerzas, ya carece de remedio:
El cáliz de la vida en pena tanta
Causa á mi labio ya lánguido tedio:

Ya para separarnos se levanta
La eternidad inmensa de por medio:
Tú quedas á gozar placeres ciertos,
Yo bajo á la morada de los muertos.

Tú, respirando el aura de la vida,
¡Qué de bienes y dichas te propones!
De beldad y candor enriquecida,
Disfrutas de contentos é ilusiones.
Yo, cercano á la fúnebre partida,
Estoy en el umbral de otras regiones
De silencio y terror, á cuya puerta
El llanto y el dolor viven alerta.

Tú, requebrada en tanto en los festines,
Oyes la voz que canta tus loores,
Coronada de rosas y jazmines,
En tu belleza imágen de las flores.
Yo, tocando del mundo los confines,
Diciendo eterno adios á los amores,
Oigo el canto de muerte, que consuena
Y en los sepulcros lóbregos resuena.

¡Cuántas veces tu amante, que delira
Luchando con la muerte y la congoja,
Piensa, desventurado, que te mira
Y á tus brazos solícitos se arroja:
En tu seno bellísimo suspira
Y con ardientes lágrimas lo moja:
Con mano cariñosa le consuelas
Y á su lado le asistes y le velas!

Cual celeste vision, que en noche oscura
Baja, del triste á suavizar las penas,
Así te miro yo, brillante y pura,
Que de placer insólito me llenas:
Mitígase despues la calentura,
Y huyes, y de mis brazos te enajenas,
Dejando á aquestos míseros despojos
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Esta llama de vida, que me anima
Y tambien en mi daño se convierte,
El soplo que la apaga, la reanima,
Semejante á la antorcha de la muerte.
Cuando la dura tierra me comprima
Privándome del bien ¡ay Dios! de verte,
En mis yertas cenizas, sin mudanza,
El fuego vivirá de mi esperanza.

¡Oh Elisa! nunca olvides á tu amante,
Y cuando pises mi sepulcro frío,
Aquí yace, dirás, el que constante
Esclavizó á mi imperio su albedrío.
El único dolor que no es bastante
A soportar mi pecho, es tu desvío:
Si olvidado de tí, mi bien, muriera,
Más que la muerte tu desden sintiera.

Escucha, pues, las quejas que te envía
Mi voz desfallecida y dolorosa:
Un suspiro te pido, amada mía,
Que no me negarás si eres piadosa.
Mira á tu triste amante en su agonía,
Concédele una lágrima preciosa,
Única recompensa que ha pedido
Por premio del amor más encendido.

LA SENSITIVA.

¿Ves, Elisa, la tierna sensitiva
Oculta del vergel en la espesura?
Ella en sus propiedades te figura,
Siendo de tu pudor imágen viva.

Llena de timidez, no sólo esquiva
El golpe aterrador de mano dura,
Sino tambien el agua que murmura
Y los besos del aura fugitiva.

Mas en sus hojas silenciosa encierra
La tembladora gota de rocío,
Inclinando sus ramas á la tierra.

¿Recogerás, no obstante tu desvío,
Cuando tu pecho á mi dolor se cierra,
Una gota, no más, del llanto mio?

AL CORAZON.

Corazon, que sin sosiego
Suspiros tristes exhalas,
¿Por qué deslumbrado y ciego
Dirijes, bañado en fuego,
Al cielo de amor las alas?

Si de Elisa peregrina
Te arrebataron las prendas,
Si á su luz tu amor camina
¡Insensato! no pretendas
Tocar su llama divina.

Que si en amoroso empeño
La consagra tu memoria
Por único y alto dueño,
Entiende que es á su gloria
Tu rendimiento pequeño.

Nunca la hagas con agravio
Declaracion que la hiera,
Que el amor discreto y sabio
Sabe recatar el labio
De la deidad que venera.

A la presuncion trofeos
El amador inconstante
Levanta, en sus devaneos;
Mas el verdadero amante
Sabe ocultar sus deseos.

Es tu pasion excesiva,
Pero rendido al decoro
Adoras beldad esquiva,
Y la cadena en que lloro
De la libertad te priva.

Si el corazon que se inflama
Elisa, en tu amor, pudiera
Revelar su oculta llama;
Si decir pudiera que ama,
Tan sólo á tí lo dijera.

Mas no mostrará importuno
El fuego que encierra en sí,
Ardiente como ninguno,
Ni dirá jamás á alguno
Lo que apénas dice á tí.

Sólo á tí busca anhelante:
No tengas sospecha de él,
Que es secreto y es constante:
Y si se precia de amante,
Tambien se precia de fiel.

Los nombres de otras bellezas
Los árboles vividores
Conservan en sus cortezas,
Y de comunes amores
Eternizan las proezas.

Sólo tu nombre adorado,
Por mano de Amor escrito,
En mi seno vulnerado
Vive siempre, y lo repito
De todo trato apartado.

Nombre que á la suerte impía
Hace deponer el ceño,
Nombre dulce al alma mía
En los afanes del dia,
Y en los delirios del sueño.

Tanto respeto me inspira,
Que el ánimo no se atreve
A conferirlo á la lira,
Ni sabe, si en ella pruebe
Los tonos que amor le inspira.

Los acentos desprendidos
De las cuerdas, no consuenan
Con mis ocultos gemidos:
Son ecos que van perdidos,
Y que al corazon disuenan.

Corazon que humilde acatas
La deidad que reverencio,
Y en sus glorias te dilatas,
Tú que sus formas retratas
En las sombras y el silencio:

Modera la pulsacion
Que tus afectos previene,
Y revela tu pasion:
Calla, calla, que ella viene:
No respires, corazon.

EL DESVELO.

Al rayo de tu luz hermosa y pura
Desvelado tu amante pierde el sueño.
LOPE DE VEGA.

Resplandece á las puertas del Oriente
La estrella que los cielos enamora,
Y de Sirio la llama abrasadora
Se oculta tras los montes de Occidente.

Yace en silencio la afanosa gente,
Callan las selvas y la mar sonora,
Sólo el amante desvelado llora
Triste, esquivado, ó de su bien ausente.

Y yo á las puertas de mi hermoso dueño,
Entre recuerdos y temores paso
La dulce noche consagrada al sueño.

¿MoveráIa á piedad mi pena acaso?
¡Ah! no, que ciega á mi amoroso empeño,
Menosprecia la llama en que me abraso.

EL RETIRO.

¡Salve mil veces, sitio afortunado
Donde entre bosques de laurel y tilo,
El Albano, ya fiero, ya tranquilo,
Pasa, de verdes ovas coronado!

Tu seno presta al pecho enamorado
Que sella su pasion con el sigilo,
Ora en sus glorias venturoso asilo,
Ora refugio en su mortal cuidado.

¡Salve mil veces! y benigno el cielo
Mantenga siempre con igual decoro
Tus flores, libres del calor y el hielo:

Ofrézcante las nubes su tesoro,
Y en este árbol, que puse con desvelo,
Conserva los recuerdos de mi lloro.

AMANTE DESDICHADO.

(IMITANDO EL ESTILO DEL PETRARCA.)

Gimo del mar en la abrasada orilla,
Do agitada del viento ruge la onda,
No hay blando halago que á mi voz responda,
Ni quien alivie el peso que me humilla.

Mi dolor á la gente maravilla,
De las iras de amor no hay quien me esconda,
Vive la angustia en mis entrañas honda,
Y hiel por llanto inunda mi mejilla.

Fortuna para mí su faz sañuda
Despiadada no altera, y en mi daño
El tiempo destructor no hace mudanza.

Presa indefensa soy de suerte cruda,
Y entre el temor vagando y el engaño,
Vivo al dolor y muero á la esperanza.

ÚLTIMO RUEGO.

Sombra dad á mis miembros fatigados,
Que bien me la debeis, árboles tiernos,
Defendidos por mí de los inviernos
Y con llanto de amor siempre regados.

En la corteza conservais grabados
De mi dura pasion signos eternos,
Miéntras que viven en mi seno internos
Despechos vengadores y cuidados.

De mi vida infantil en la carrera,
De una mirada aquí nació en un dia
La série de mis males lastimera....

Cuando vagando por el aura fria
Llore en vano mi amor, luego que muera,
Acoged por piedad la sombra mia.

SITIOS DE AMOR.

(TRADUCCION DEL PETRARCA.)

Alegres flores y felices yerbas
Que mi amada al pasar acaso pisa;
Campo, que oyes su voz, gozas su risa,
Y los vestigios de su pié conservas:

Extendida alameda que preservas
De los rayos del sol la faz de Elisa;
Tronco gentil, que en tu corteza lisa
A cifras de mi amor lugar reservas.

¡Oh sitio encantador, oh claro rio,
Que de su viva luz corres bañado
Y contemplas su rostro sin desvío!

¡Cuánta envidia me sois, cuánto cuidado!
No se hallará lugar, ni escollo frio,
Ay, que no sepa amar como yo he amado!

LA TIMIDEZ.

(TRADUCCION DEL PETRARCA.)

Un pensamiento hermoso me desliga
De todo pensamiento en este suelo:
A él sólo me dirijo con anhelo,
Porque á él la suerte me arrebata y liga.

Miro pasar el bien, sin que consiga
Mi alma á su gloria levantar el vuelo;
Que es de mi corazon encanto y duelo
Ésta, de amor dulcísima enemiga.

Algunas veces, de piedad un rayo
Miro en sus bellos cuanto esquivos ojos,
Que blando templa á mi dolor el brío:

Quiero hacer de mis fuerzas un ensayo,
Mas, temiendo de nuevo sus enojos,
No sabe qué decir el labio mío.

RECUERDO AMOROSO.

En esta soledad, tranquilo rio,
A vista de mi luz bella y serena,
Tu corriente surqué, pisé tu arena,
Humedecida con el llanto mio.

El labio, en amoroso desvarío,
Bendijo su dolor, cantó su pena:
Hoy que de tí la ausencia me enajena,
¡Adios, que de tu orilla me desvío!

Si á mi ninfa miré cruzar tu espuma,
Cual marina deidad, en barca leve,
Entre tus cisnes de nevada pluma;

Si amorosa me vió, deja que lleve,
Para consuelo de una pena suma,
Este recuerdo de una dicha breve.

LAS ILUSIONES.

Cuando la noche lóbrega revela
Sus misterios recónditos al alma,
En su profunda y pavorosa calma
Mi corazon adolorido vela.

No merecer en tí, mi bien, recela
De los triunfos de amor hermosa palma,
Pero tu imágen aparece, y calma
La afanosa inquietud que me desvela.

Mi llanto enjugas, templas mis enojos,
Oigo la dulce voz con que me nombras,
Y tus caricias á mi queja opones:

Mas ¡ay! que burlas mis turbados ojos:
El nuevo sol, al disipar las sombras,
Desvanece tambien mis ilusiones.

RECUERDOS INÚTILES.

Estos sitios un tiempo repetian
Las palabras de amores que escuchaban,
Y la imágen de Elisa presentaban
A mis ojos, do quier que se volvian.

De noche en dulces sueños que mentian,
De dia en pensamientos que volaban,
Presente, con favores que amparaban,
Ausente, con recuerdos que ofrecian.

Ora objetos de llanto y de dolores,
Imágenes del bien que poco dura,
Ofrecen á mis ojos veladores:

Quiérenlo así mi suerte y desventura,
Que donde comenzaron mis amores
Tengan tambien humilde sepultura.

A UN ÁRBOL.

Árbol, que yo cuidé con tanto esmero,
De la cabaña honor, gloria del prado,
Y dabas, de tu pompa coronado,
Asilo al ave y sombra al pasajero:

¡Ay, cómo al golpe de villano acero
En el polvo te miro derribado,
Desnudo de tus hojas y privado
De tu antiguo verdor y sér primero!

A mi esperanza desmayada ofreces
Una imágen tan fiel de su quebranto,
Que en todo te le igualas y pareces:

En ambos el rigor del cielo es tanto,
Que ni tú con las lluvias reverdeces,
Ni ella con las corrientes de mi llanto.

LA AVE SOLA.

¡Qué tristemente en la ribera umbrosa,
Sobre las ramas del implume nido
La ave tierna, interrumpe con gemido
Las horas de la noche silenciosa!

Por fiero gavilan mira la esposa
Muertos los hijos y el esposo herido:
El monte la responde condolido
Y la vecina cueva sonorosa.

¿Dónde hallarás, oh desdichada, dónde
Alivio á tu gemir, ni quien destruya
La flecha de dolor que en tí se esconde?

No hay quien tu luz y gloria restituya.
Ineficaz mi amor, solo responde
Con su pena amarguísima á la tuya.

PASION Y DESCONFIANZA.

Cuando tu rostro en el Eden asoma,
Que tu luz inmortal de vida llena,
Cada voz que percibo amores suena,
Cada efluvio del aura es un aroma:

Eres como en vergel dorada poma,
Como en campo feraz fuente serena,
Entre claveles cándida azucena,
Sobre verde laurel blanca paloma.

¡Oh, con cuánto temor su vuelo lanza,
La sien ceñida de jazmin y lirio,
Hija de mis afectos tu Alabanza!

¡Ay! tú serás tan sólo en mi delirio
Al alma, remotísima esperanza,
Al corazon, dulcísimo martirio.

AL SUEÑO.

(IMITACION DEL ITALIANO.)

Hijo de la callada, húmida, umbrosa
Noche, remedio dulce de los males,
Alivio en su dolor á los mortales,
Descanso de la vida trabajosa:

Mira mi alma infeliz, que no reposa,
Oprimida de penas desiguales:
Tiende ¡oh sueño! tus alas celestiales,
Vierte en mi corazon calma preciosa.

¿Dónde el silencio está, que huye del dia?
¿Dó el enjambre de ensueños que en el techo
Revuelan donde mora la alegría?

Te llamo, váste, y dejas que mi pecho
Sufra de amor la saña y la porfía.
¡Oh vigilia sin fin! ¡Oh duro lecho!

RENDIMIENTO ENAMORADO.

Levantad, amada Musa,
De mi pluma el bajo vuelo,
Hasta el cielo donde vivo
Mi amoroso pensamiento.
QUEVEDO.

Donde el Albano turbio y caudaloso,
Entre montañas ásperas nacido,
Baja por hondo cauce pedregoso;

Y con sonante curso retorcido
Ciñe la hermosa villa y el aldea
Y el bosque umbroso y prado florecido,

Allí reside Elisa: allí campea
Su divina belleza: allí galana
Todo lo vivifica y hermosea.

Con ella vive en opresion tirana
El mismo Amor, en hábito sucinto,
Sin arco ni carcax, en forma humana.

Todo espira placer en su recinto;
Las gracias y las risas amorosas
La siguen, en confuso laberinto.

Mas ¡ay! y ¡qué de pruebas dolorosas,
Qué de afectos fervientes y deseos
Burlaron sus entrañas rigurosas!

Su esquiveza la da nuevos arreos,
Y heridos corazones de amadores
A sus plantas la sirven de trofeos.

Brillaba el sol con nuevos resplandores,
Y á la templada luz de primavera
Despertaban las aves y las flores;

Cuando mis ojos por la vez primera
Miraron la deidad, y el pecho mio
Sintió del crudo amor la llaga fiera;

Desde entónces esclavo el albedrío
Quedó al imperio de su rostro bello,
Y á su honesto desden y á su desvío.

La espléndida madeja de cabello,
Que en proporcion vistosa se derrama
En ondas de oro por el albo cuello;

La frente de marfil, la dulce llama,
Que en sus serenos ojos arde y brilla,
Todo, mi triste corazon inflama.

¡Oh tú, que eres hermosa á maravilla!
Si supieras las dudas que me aquejan,
¡Cómo estimaras mi pasion sencilla!

Si tus severos padres no te dejan,
Ni tu mismo recato te permite
Oir amores, que de tí me alejan;

Siquiera por piedad, Elisa, admite
Que mis amantes ojos te veneren,
Y que sólo á mirarte me limite.

Yo sé, que mis miradas te refieren
Los íntimos secretos que á sus solas
Las entrañas y el alma les confieren.

Al contemplar los dotes que acrisolas,
Se conturba mi triste pensamiento,
Como en profundo mar las turbias olas,

Cuando allá removidas de su asiento
Por la tendida playa van sonando,
Agitadas del austro turbulento.

No hay palabras de amor, no hay verso blando
Que puedan mitigar el fuego ardiente
Que mi interior ¡ay Dios! está abrasando.

¡Qué triunfadora siempre, qué presente
Estás á mi memoria noche y dia,
Númen de mis afectos y mi mente!

¡Portento de modestia y gallardía!
¡Gloria de la region veracruzana!
¡Lustre y decoro de la patria mia!

¿Quién gozó de tu vista soberana,
Que no quedase con placer rendido
Juzgándote deidad en forma humana?

¿Quién ante tus altares fué admitido,
Que á tus vivos reflejos deslumbrado
El alma no rindiese y el sentido?

¿Quién no se conoció todo abrasado
De inextinguible ardor? ¿Quién pudo verte
Sin sentirse en un punto trasformado?

¿Y quién sin adorarte, conocerte?
¡Criatura celestial! ¡Mujer divina!
¡Cuán distante estoy yo de merecerte!

Pero siguiendo el astro que me inclina
Al amor, mi esperanza se levanta
Hasta tocar la luz que me ilumina.

Si soy merecedor de dicha tanta,
Permíteme, señora, que yo imprima
Mi labio humilde en tu adorada planta.

¡Oh, si el fuego sagrado que sublima
El canto del mortal, y lo derrama
Del polo helado hasta el opuesto clima,

Vivificase el estro que me inflama!
Tu nombre y tu beldad, Elisa mia,
Vivieran en los ecos de la fama.

Tu cantor solamente me diria,
Y desciñendo entónces de mi frente
El laurel de la sacra poesía,

A tí lo consagrara reverente;
Perpetuando en tus aras la memoria
De mi abrasado amor, de gente en gente.

Al dejar esta vida transitoria,
Ocupáras de lleno en las alturas
El círculo esplendente de la gloria.

Venciendo del olvido las oscuras
Sombras, gozáras siempre los honores
Que el mundo rinde á las esencias puras.

Sonáran donde quiera tus loores,
Y hasta los rudos pueblos más distantes
Te aclamáran deidad de los amores.

A tí se dirigieran los amantes
Elevando sus ruegos á tu trono,
Entre inciensos y antorchas rutilantes.

Pero ya que los cielos en mi abono
No igualaron su dón á mi deseo,
Ni alzaron de mi voz el débil tono,

Lo que puedo te doy: aquesto creo
Que merezca de tí ser admitido,
Dándome tú el valor que no poseo.

Que á veces la deidad ha preferido
El pobre dón del rústico villano,
Con amor en sus templos ofrecido,

Al presente del rico ciudadano.
Yo te ofrezco el afecto más sincero
Que ha existido jamás en pecho humano.

Cuando recuerdo, Elisa, que te quiero,
Y que habiendo nacido para amarte
Al universo todo te prefiero;

Cuando fija la mente en contemplarte,
Preveo yo que en el sepulcro frío
Aun habrán mis cenizas de adorarte;

Se exalta mi valor, crece mi brío,
Sabiendo que tan alto pensamiento
Nació en mi corazon y es todo mio.

Si admites los aplausos de mi acento
Y recibes el dón de mi alabanza,
El premio logrará mi rendimiento
Que en la tierra mortal ninguno alcanza.

¡OTRO TIEMPO!

Hubo otros siglos felices,
En que el valiente guerrero
Arrostraba los peligros
Por gozar de amor los fueros.

En que osado y animoso,
Vestido todo de hierro,
Se arrojaba á los combates
De polvo y sangre cubierto:

Ufano con que su dama,
Mostrando el rostro risueño,
De verde laurel y rosas
Engalanase su yelmo;

Y que tras duras batallas,
Y sanguinosos encuentros,
Hallase prez y ventura
En los brazos de su dueño.

Era el tiempo de la gloria
Y de los heróicos hechos:
Los clarines de la fama
Do quier esparcian sus ecos.

¡Qué era ver entre brocados
Brillar tambien los aceros,
Y lucir sedas y lanzas
En las justas y torneos!

¡Qué era escuchar los heraldos,
Cuando con robusto aliento
Exclamaban: *A las armas:*
Al combate, caballeros!

Entre canciones y aplausos
Era del inmenso pueblo
El paladin victorioso
Señalado con el dedo.

En las fiestas, cortesano,
En los combates, sereno,
Entre su dama y su patria
Dividia el pensamiento.

Si entónces, gallarda jóven,
Vivieras tú, ten por cierto,
Que de tí dependeria
La suerte de los imperios.

Árbitra de la fortuna,
Produjeras con tu acento
En los corazones nobles
Inspiraciones de fuego.

La juventud ardorosa,
De honor en el campo inmenso
Elevaria á tu nombre
Mil inmortales trofeos.

En las celebradas justas,
Bajo los doseles regios,
Reina, tú, de la hermosura
Distribuyeras los premios.

Hubieran, llenos de gozo,
Ante tus plantas depuesto
Los lidiadores sus armas
Y los monarcas sus cetros.

El trovador encontrara
En tí divino sugeto

De honor, valor y hermosura,
Que celebrar en sus metros.

Fueras gala de las cortes,
Fueras de tu patria arreo,
Y en las discordias civiles
Tregua de Dios para el suelo.

Los adalides cristianos,
Unidos en lazo estrecho,
Con sus vencedoras armas
Pusieran al Asia miedo.

La fama de tu hermosura
Traspasara el mar extenso,
Y volando en los combates
Resonara en el desierto.

La Palestina, que gime
En profundo cautiverio,
No sufriera el yugo indigno
Del hijo de Agar soberbio:

Que animado de tus luces,
Hubiera roto y deshecho
El valeroso cruzado
Los escuadrones protervos.

En los muros de Solima,
Cercados de luto y duelo,
De la Cruz los estandartes
Hoy tremolaran al viento.

El humilde peregrino
Hallara franco sendero,
Para cumplir con sus votos
Allá en el sagrado templo.

El sacerdote ante el ara,
Quemando fragante incienso,
A lo alto dirigiria
Por tí fervoroso ruego.

Regocijado el anciano
Bajo su rústico techo,
Enseñaria tu nombre
Al festivo netezuelo.

Fuera tu gloria sublime
De tu siglo ornato bello,
Clara como el éter puro,
Grande como el firmamento.

Dichoso aquel que lograse,
Siendo tú su único objeto,
Consagrarte sus hazañas,
Y eternizarte en sus versos;

Y más feliz quien hallase
En pago de sus afectos,
Blanda cadena en tus brazos
Y oculta llama en tu seno.

LA SIESTA.

ROMANCE.

Entre nublados y lluvias
Pasó el helado Diciembre,
Y nuestros campos visitan
Las horas de Abril alegres.

Sobre el firmamento puro
El alto sol resplandece,
Y de su fuego las sombras
A los ganados protegen.

La primavera galana
Vida y esperanzas vierte:
Todos los séres se gozan;
Ménos yo, de Elisa ausente.

Del tormento que me causa
Quizá descuidada duerme,
Llena de ilusiones dulces
En sus floridos vergeles.

Gozando la grata sombra,
Que sobre la yerba ofrecen
Los frondosos naranjales,
Y los erguidos cipreses.

Donde hiedras y jazmines
Formando frescos doseles,
Entre perfumes y flores
Del sol la guardan corteses.

Donde corriendo sonora
Por entre lirios la fuente,
Copia su beldad dormida,
Que muda estatua parece.

¡Amor, qué bella á mis ojos
Haces que su faz se muestre!
¡Cómo al mirar su hermosura
Mi seno en fuego se enciende!

¿Dó vas, atrevido amante?
Suspende el paso, detente,
No profanes atrevido
Ese misterioso albergue:

Si en él el amor se anida
Es el amor inocente;
El recato lo custodia,
Y la virtud lo defiende.

Mira dormidos sus ojos;
Mira, por su linda frente
Vagar el dorado rizo,
Que el soplo del aura mueve.

Una posesion tan alta,
¿Quién es el que la merece?
Basta que tu amor conozca
Para que premiado quedes.

Basta que Elisa no ignore
Tus afectos reverentes,
Y que en su memoria ilustre
Alguna vez te recuerde.

¡Oh, si sus ojos divinos
Hácia los tuyos volviese!
¡Ojos que el alma arrebatan
Con mansedumbre celeste!

¡Ojos que subyugan dulces
Los corazones rebeldes!

¡Ojos, que en llamas de amores
Todo cuanto ven convierten!

Tal vez entónces piadosa
(¡Oh delirio de la mente!)
En su adorador mirara
Lo que su hermosura puede.

Mirara cómo, arrobado,
No hay momento en que no piense
En sus nobles perfecciones
Y en sus dotes eminentes:

Cómo las aguas fugaces
Con tristes lágrimas crece,
Y el aire que lo circunda
Con sus suspiros enciende.

Tal vez se sucederia
El cariño á los desdenes,
Y en ella el amor triunfara
De sus entrañas crueles.

¡Vano imaginar de amante!
¡Corazon, qué infeliz eres!
Mentidas glorias te formas
Y en imposibles te pierdes.

Elisa jamás ha amado,
Ni de sus labios esperes
Palabras que en tus oídos
Llenas de esperanza suenen.

Si es tu destino el amarla,
A lo ménos te consuele
Que si por ella suspiras,
Dichosamente padeces.

El sol en su carro de oro
Hácia el Ocaso se vuelve,
Vertiendo púrpura y llamas
En los mares de Occidente.

El antiguo, sacro Rio,
Ornado de juncos verdes,
Vuelca sus urnas de plata
Y sus raudales extiende.

Corre de luz inundado
Y al pié del monte eminente,
Por ver la deidad que adoro,
Rápido su curso tuerce.

Los álamos de su orilla
El viento sonoro mueve,
Y entre sus ecos de triunfo
Mis tristes ayes se pierden.

EN UNA AUSENCIA.

ELEGÍA.

Ojos, que habeis mirado la hermosura
De aquella, que pagaba con despego
El tierno afecto y voluntad más pura:

Llorad, llorad, perdido mi sosiego,
Que ausente de su vista, me devora
El corazon inapagable fuego.

Todo duerme y descansa en esta hora,
El mar, la tierra, el aura lisonjera,
Y la selva espesísima y sonora.

La selva, que á la excelsa cordillera
Reviste los costados y la altura
Con su siempre frondosa cabellera.

Bajo rústico techo, en la espesura,
Junto al lago que manso se dilata,
Disfruta el labrador sueño y holgura.

Guia su carro de cristal y plata
La blanca luna por el yermo cielo,
Y el agua trasparente la retrata.

Sentimientos de amor y de consuelo
Van las calladas horas derramando;
Solo yo ¡triste! al infortunio velo.

Miserable de aquel que está penando
En ausencia forzosa, y desvalido
Vive con sus pasiones batallando.

Temiendo desamor y duro olvido,
En honda soledad suspira, léjos,
De su amorosa prenda dividido.

A mis ojos turbados y perplejos
No vienen ya con blandos resplandores
De sus hermosos ojos los reflejos.

Ya no, de primavera entre las flores,
Amor el sitio en que moró me enseña,
Ni me deja escuchar canto de amores.

No miro de mi bien la faz risueña,
Ni consuena tampoco en mis oídos
Su voz consoladora y halagüeña.

¡Ay! para qué mis ojos atrevidos
Se alzaron á mirar la faz radiante,
Que embargó dulcemente mis sentidos?

La viste apénas tú, mísero amante,
Cuando el puro placer, la paz dichosa
Huyeron de tu pecho palpitante.

No en vuelo más audaz se eleva, y osa
Al Empíreo llegar el pensamiento,
Mirando la razon de cada cosa;

Que yo, de gloria y de favor sediento,
Me arrojo al encumbrado cielo mio,
Latiendo el corazon con nuevo aliento;

Y al paso que del suelo me desvío,
Descubro en mi deidad las perfecciones
Que arrastran á su imperio el albedrío:

Las que á la voluntad ponen prisiones
Perpetuas, y de ardor inextinguible
Dejan al alma eternas impresiones:

Engendrando un afecto indefinible,
Más grande que el espacio, y duradero
Más que la inmensa máquina visible;

A quien ni la violencia, ni el acero,
Ni el ímpetu de rayo devorante
Pudieran desviar de su sendero;

Mas siempre vencedor, siempre triunfante,
Inmenso en su poder, envuelve y liga
Al amador en nudos de diamante;

Y sordo á su gemir, fiero le obliga
A celebrar su pena y sus dolores,
Y á que su ilustre esclavitud bendiga.

¡Oh triste condicion de los amores,
Que siendo en la apariencia flores bellas,
Al alma son abrojos punzadores!

Un punto ¡ay Dios! no cesan mis querellas,
Siquier con clara luz se ostente el dia,
Siquier vuelvan la noche y las estrellas;

Que ausente de tu vista, prenda mia,
Todo á mis tristes ojos es odioso,
Y todo me es tiniebla y sombra fría.

El lozano vergel, el campo hermoso,
El fugitivo arroyo, que murmura
Por la falda del monte pedregoso,

Me sirven de tormento y de tristura;
Sólo cobran hechizo y precio, en tanto
Que me acuerdan tu cándida hermosura.

¿Qué mucho que tus prendas puedan tanto,
Si en tí se aventajaron á porfía
El poder de natura y el encanto?

Las dulces tintas con que nace el dia,
Del Oriente los plácidos albores,
De la risueña aurora la alegría,

Y del naciente sol los resplandores,
Cuando en las ondas de la mar se espejan
O rompen los celajes superiores,

Apénas débilmente te bosquejan;
Que para retratar tus gracias sumas,
Tímidos se retiran y se alejan.

Vence del mar las cándidas espumas
Tu ebúrneo cuello, y á tu pecho helado
Ceden del cisne las nevadas plumas.

Para copiar tus formas, dueño amado,
Ineficaces fueran los pinceles,
Y el cincel en el mármol más preciado.

Estima el jardinero en sus planteles,
Que regara con mano cuidadosa,
Los cercos de azucenas y claveles;

El peregrino la ciudad hermosa,
Y, cargada de aromas del Oriente,
El rico mercader nave preciosa.

Tú eres mi huerto bello y floreciente,
Regado con las lágrimas que lloro,
Y agotan de mis ojos la corriente:

Tú mi rica ciudad de jaspes y oro;
Y en blando mar, del céfiro impelida,
La nave que conduce mi tesoro.

¡Oh tesoro de amor! ¡prenda querida!
¡Dicha sobre las dichas estimada!
Vida que no te goza, ya no es vida.

¿Cuándo de aquesta ausencia dilatada
Se abreviarán los términos, que tienen
En tormentos el alma encadenada?

Tus recuerdos sin número se vienen,
Y en mis entrañas, de tu imágen pura
Indelebles los rasgos se mantienen.

No hay en la tierra gloria y hermosura
Que puedan halagar estos mis ojos,
Ausentes de tu luz, en noche oscura.

No hay donde tú no vives más que enojos,
Y donde tu adorado pié no pisa
No produce la tierra más que abrojos.

La inocencia en tu pecho se divisa,
Tiene en tu labio la verdad su asiento,
Y lo tiene el candor en tu sonrisa.

Quien te ofreciere amor con el acento
De afecto mundanal, te ofenderia,
Y condenara la virtud su intento.

Dígnate recibir la ofrenda mia:
Una alma que te siente y que te adora,
Un pecho que de amarte se gloría,
Y que tu ausencia sin consuelo llora.

PASEO CAMPESTRE.

A par de un claro arroyo, en campo ameno,
Sobre un asnillo dócil miré un dia,
De otras ninfas en fácil compañía,
Pasar la que grabada está en mi seno.

Heria el sol reverberante y pleno
El lienzo que á su frente sombra hacia,
Y encendida en carmin la luz teñia
Su semblante bellísimo y sereno.

El coro de los pájaros alado
Saludóla deidad: en la espesura
Fué númen tutelar, flor en el prado.

¡Cuán rica, cuán espléndida es natura,
Que supo en ella unir, con tal agrado,
A tanta sencillez tanta hermosura!

LA CAZADORA.

De extensa cabalgata en curso ardiente,
Cazadora gentil, corres delante,
Entregando á los soplos del ambiente
Del sombrero galan pluma volante.

Vallados y malezas, de repente,
Tu fogoso corcel salva anhelante,
Y las peñas del árido torrente
Atraviesa, con casco resonante.

Y siguiendo la fiera, á tu camino
Cede el doblado monte, y vencedora
El lago te retrata cristalino:

Rompe en vivas la turba bullidora,
Y de tu nombre al grito repentino
La selva inmensa respondió sonora.

Elisa en traje de gala.

¿Quién es la que, de luz rico tesoro,
Se anuncia cual la cándida mañana,
Con vestidura sérica de grana,
Guirnalda de rubíes y cinto de oro?

¿Quién la que añade brillos y decoro
Al recamo que el manto la engalana?
Es de mi voluntad la soberana,
La causa indeficiente de mi lloro.

Jamas, á otras regiones sublimado,
De la ingenua beldad tan alta idea
Formara el pensamiento enamorado.

¡Feliz quien de su amor objeto sea,
Y en sus divinos rayos abrasado
Feliz el corazon que la posea!



A LA MISMA, EN OCASION DIVERSA.

De noble arreo y majestad vestida
De repente te ví ¡vision celeste!
Brillaba tu azulada sobreveste,
En granates y aljófares llovida.

Con diamantes la trenza recogida
Dejas que sus fulgores manifieste,
Y nuevo hechizo la garganta preste
Con las perlas del Sur enriquecida.

Revolando á tu luz tiernos amores
Preparan á tus pasos el camino,
Tendiendo lauros y regando flores.

Y yo, tras tus pisadas peregrino,
Me digo, si ésta causa tus dolores,
¡Cuán grande, cuán glorioso es tu destino!

LA ENTREVISTA.

Mihi se, non ante oculis tan clara, videndam
Obtulit, et pura per noctem in luce refulsit
Alma......... Dea.

VIRG. ÆNEID. LIB. II.

Era de noche, y la argentada luna
De rayos apacibles coronada,
Limpia y sin mancha en el azul del cielo
Reina de las esferas se mostraba.

En silencio la tierra se envolvia;
Callan los vientos y las selvas callan:
Sólo se oye á lo léjos el murmullo
Con que descienden rápidas las aguas.

Cuando salgo dudoso y me encamino
Por medio de una calle solitaria,
Do las casas simétricas se elevan
Oscuras de una parte, de otra claras.

Tomo la márgen del undoso rio,
Que la villa feliz divide y baña,
Mirando sus corrientes cristalinas
De plátanos y fresnos adornadas.

En sus remansos trémulos el cielo
Con vivos resplandores se retrata,
Y los ramos se agitan blandamente
Al amoroso soplo de las auras.

En memorias gratísimas de Elisa
Llena de admiracion discurre el alma,

Su hermosura contempla, y se embebece
Siguiendo los destinos que la llaman.

Ora me la figuro entre las sombras
De aquella extensa y fértil enramada,
Ora en la orilla opuesta, ora más léjos
Parece que me mira y que se pára.

Ora como ángel puro tiende el vuelo
Del éter claro á las regiones altas:
Suspenso y triste con la vista sigo
El rastro luminoso que señala.

Vuelvo luego los ojos á la tierra
Arrasados de lágrimas amargas,
Y la miro á mi lado compasiva
Templando con su vista mis desgracias.

Entre sueños su imágen se me ofrece,
En un punto salvando las distancias,
Y con su acento y celestial sonrisa
Mis inquietudes y temores calma.

Así suele en tormenta tenebrosa
La estrella aparecer de la mañana:
Cesa el viento, disípanse las nubes,
Y se aduermen las ondas alteradas.

No hay trance de mi vida, no hay momento
Que no mire su imágen adorada,
Que no beba sus luces y no siga
Las invisibles huellas de su planta.

Pero ella, aunque risueña, siempre huyendo
Vaga en torno de mí, cual forma vana,
Que gira luminosa en los sepulcros
A la voz del conjuro que la llama.

¿Quién me impide gozar, querida mia,
En dulce posesion tu beldad rara?
¿Qué fuerza, qué poder irresistible
De tus brazos bellísimos me arranca?

Sin embargo, esta tarde cuando via
Lleno de turbacion su hermosa cara,
Me pareció que en sus divinos ojos
La compasion benéfica brillaba.

Y aunque de responder á mis querellas
El bello labio tímida recata,
Supe que con aprecio mis papeles
En el nevado seno cubre y guarda.

Al recordar aquesto ya respiro
El hálito vital de la esperanza,
Palpitan las entrañas conmovidas
Y el pecho fervoroso se dilata.

En tales pensamientos sumergido
Silencioso y absorto caminaba,
Cuando me advierte ser la media noche
El pausado tañer de una campana.

Dilátase el sonido y le repiten
Los bronces de otras torres más lejanas:
Vuelve todo al silencio, y yo me encuentro
En los bellos jardines de mi amada.

Hora del cielo recibes
Dulcísimas impresiones:
Inocentes ilusiones
Acaso gozas feliz.
El sueño sus blandas alas
Sobre tus párpados tiende,
Y á tu lado te defiende
Invisible un serafin.

Paz apetecible gozas
Concedida á la inocencia,
Que el clamor de la conciencia
No te llena de temor.

No conoces las congojas
Que persiguen al malvado,
Ni con golpe desusado
Tu seno late veloz.

Tal vez en bosques sombríos
Hora te parece que entras,
Donde de súbito encuentras
Un encantado jardin;
Y aguas allí cristalinas,
Dulces aves, frescas rosas,
Y mil doncellas hermosas
Coronadas de alhelí:

O que miras en el cielo
De los ángeles el coro,
Y escuchas sus arpas de oro
Sobre la bóveda azul:
Y que caminas errante
Sobre la luna y estrellas,
En donde estampas tus huellas
Toda vestida de luz.

¡Ah! ¿nunca de mí te acuerdas?
¿No vuelves á mí los ojos?
¿No recibes por despojos
El alma y el corazon?
¡Oh, si piadosa entre sueños
Tu humilde amante mirases,
Y en mi seno contemplases
Los estragos de tu amor!

¡Oh, si dejases el lecho
Donde descanso recobras;
Y calmases las zozobras
Del que sólo vive en tí!
A tus umbrales clavado
El corazon se me hiela:
¿Será que á solas recela
Un dudoso porvenir?

Corre la vecina fuente
Entre las guijas con prisa,
Sopla la delgada brisa,
Esta es la hora del amor:
Levántate, amada mia,
El blando reposo deja,
Oye la encendida queja
De tu constante amador.

La pasion á mis labios inspiraba
Esta cancion de amor ruda y sencilla,
Y mi sentido canto resonaba
Bajo la selva de la verde orilla:
La recóndita luz que me alumbraba
Ya manifiesta ante mis pasos brilla:
¿Quién es el que por señas no adivina
El premio que su amada le destina?

Sí, que el sencillo amor ingenuo y puro,
Al paso que se oculta en el misterio,
Tambien erige plácido y seguro
En el silencio y soledad su imperio:
Penetra con valor en lo futuro,
Hace amable su eterno cautiverio,
Y vertiendo de fuego inspiraciones,
Convierte en realidad nuestras ficciones.

¡Ojos, que habeis enviado al alma mia
Tantos rayos de vida y de esperanza,
Y disipado la tiniebla fria
Del olvido y letal desconfianza,
Salid á derramar el alegría,
Si el poder de mi ruego á tanto alcanza!
¡Encuentren fin mis ansias y mi pena
En vuestra vista cándida y serena!

¡Ah! no ha salido mi esperanza vana
(Un sentimiento fiel me lo decia),

Abrese de repente una ventana,
Y al trémulo fulgor de una bujía,
En una estancia donde de oro y grana
Varia labor en torno relucia,
Vagar incierta tras las rejas miro
La amorosa beldad por quien suspiro.

Al jardin descendió despues Elisa,
Deidad de aquella noche silenciosa:
Animaba su faz honesta risa
Que sus dos labios dividió de rosa;
Por el erguido cuello y frente lisa
La rizada madeja de oro ondosa
Bajaba, realzando la nobleza
Del alzado perfil de su cabeza.

Y llevando la vista hácia la altura
Por ver del cielo el luminoso manto,
Manifestó de modo su hermosura,
Que fué del orbe admiracion y encanto:
Si copiarse quisiese su figura,
¿Qué divino pincel bastara á tanto?
¿Qué dibujo, qué luces, qué colores
A su beldad no fueran inferiores?

Jamas ojos tan lindos contemplaron
Del ancho espacio las moradas bellas,
Y ante mi vista atónita brillaron
Cual brillan en el cielo las estrellas.
A lo íntimo del seno penetraron
Traspasándolo allí con sus centellas;
Do quier volvia su rostro vencedora,
Con nuevas gracias triunfa y enamora.

De un impulso secreto conducido
Y á tantas luces deslumbrado y ciego,
La mente enajenada, y sin sentido,
Muevo la planta, y á las suyas llego;
En llama inextinguible consumido
A los delirios del amor me entrego;

Y entre la duda y el temor, incierto,
Mi corazon á su presencia vierto.

El rubor candoroso y la sorpresa
Que en su semblante virginal se via,
Cuando mi boca vió en su mano impresa,
Que yo de ardientes ósculos cubria,
Y á mi declaracion de amor expresa
Con sonrisa dudosa respondia;
Bien pudo todo el ánimo sentirlo,
Mas no es dado á la pluma describirlo.

Tú, que perplejo la respuesta oiste
Que el amor la dictaba y su inocencia,
Y testimonios ciertos recibiste
De una nueva y feliz correspondencia:
¡Sensible corazon! ¿cómo pudiste
Manifestar entónces resistencia?
¿Cómo con tantas dichas oprimido
No quedaste á sus piés desfallecido?

Allá en aquel lugar de las delicias,
Que por la mano fué de Dios plantado,
Do brindaba la tierra por primicias
Cuanto tiene de dulce y regalado,
Objeto de trasportes y caricias,
De belleza ideal vivo traslado,
No se mostró á los ojos más hermosa
Del primer hombre la inocente esposa,

Que en aquesta ocasion, Elisa amada,
Se presentó á los mios tu figura,
Do toda perfeccion está cifrada,
Alma real, tesoro de ventura.
¡Deidad de mi cariño! idolatrada
Siempre serás, mi labio te lo jura:
Una gloria mayor que tú, no creo
Que pueda imaginársela el deseo.

¿Dó habrá dicha mayor, mi bien, que verte,
De tus bellas acciones ser testigo,

El alma consagrarte y merecerte,
Estrechándose á tí con lazo amigo;
De tu acento pender, y hasta la muerte
Bajo un techo vivir siempre contigo?
¡Tu dulce posesion para mí encierra
Cuanto bien es posible acá en la tierra!

Si lanzado del orbe á los confines
Viviera entre tinieblas y entre horrores,
La memoria de tí, de estos jardines,
Allí disiparia mis terrores.
Este sitio, esta fuente, estos jazmines
Forman el bello Eden de mis amores,
Y tú eres la deidad que en él derrama
Placer y vida, y en amor lo inflama.

Si en el mundo no hubiesen existido
Genios claros y tiernos corazones
Que hubieran á sus versos transferido
Del alma las profundas impresiones,
Tú habrias en los hombres producido
El arte de pintar sus sensaciones;
Entre aplausos contigo naceria
Circundada de gloria la poesía.

Perdona tú, si desvalido, oscuro,
Me atrevo á celebrarte en tosco verso,
Y cuando tu beldad cantar procuro,
Descubro mi pasion al universo:
Es mi felicidad tu afecto puro:
Es mi eterno blason tu nombre terso:
Eres tú la graciosa inteligencia
Que embellece y anima mi existencia.

Ya del Oriente en la region vacía
Sobre los altos montes se levanta
La mensajera del luciente día,
Coronada de perlas la garganta.
Respira entre las hojas la aura fría,
El arroyo en las peñas se quebranta,
Sus tonos melodiosos y suaves
Al viento esparcen las canoras aves.

Adios, Elisa, adios, y nunca olvides
A este amante, feliz pues que te adora;
Y ya que de sus brazos te divides,
En su ardiente pasion piensa, señora.
En la bella morada en que resides
Queda mi corazon. Adios.—La aurora
Disipando del mundo el dulce sueño,
Me aleja de la vista de mi dueño.

ENCUENTRO FELIZ.

Aprendió gentileza y cortesía,
No soberbio desden, no pompa vana.

Lope de Vega.

En aqueste lugar, Elisa mia,
En una hora feliz te ví delante,
Mi vista te gozó por un instante
Más llena de beldad que el sol que ardia.

Con modesto despejo y cortesía
Risueña saludabas á tu amante.
¡Qué graciosa en tu talle, qué elegante!
¡Tu clara voz cuán llena de armonía!

A tu amorosa gala y apostura
Quedaron mis afectos tan rendidos,
Que sin tí no hallo encanto ni hermosura.

Cautivaste del todo mis sentidos,
Y ni mis ojos ven otra figura,
Ni resuena otra voz en mis oídos.

MI AMADA EN LA MISA DE ALBA.

Et vera incesu patuit Dea.
VIRGILIO.

I.

Puras estrellas del cielo,
Que en la noche tenebrosa
Vais derramando en el suelo,
Con vuestra luz misteriosa,
La claridad y el consuelo:

¡Qué de veces habeis dado
Motivos al pecho mio,
Para revelar osado
El objeto de un cuidado
Que al mudo silencio fio!

Sublime objeto de amor,
Que la borrasca en bonanza
Convierte con su esplendor,
Y levanta mi esperanza
A otro mundo superior.

Objeto que en sí contiene
El fuego con que me inflama,
Y en mis entrañas mantiene
Con su vivífica llama
El culto puro que tiene.

Cuando apagada la edad
Toque con débil barquilla
El mar de la eternidad,

Yo saludaré en la orilla
El rayo de su beldad.

Tras una nube ligera
Muestra la noche sus galas:
¡Oh cielos, y quién me diera
Ceñir de fuego unas alas
Para volar á esa esfera!

Yo sé que sobre esa altura
Es el amor más perfecto,
Es sin ficcion la ternura,
Más inocente el afecto,
Y eterna la paz y holgura.

Unido á la amada mia,
Visitara esas regiones
Donde siempre mora el dia,
Bañados los corazones
De purísima alegría.

¡Oh estrellas! si acaso es cierto
Que la mano que os produjo
En el espacio desierto,
Os dió soberano influjo
Sobre este planeta yerto:

Haced que el benigno sino
Que me tocó en nacimiento
Me una á este objeto divino,
Y tenga en mí cumplimiento
El decreto del destino.

II.

¡Oh tú! que de los cielos producida
Destierras de mi seno la amargura,
Y el desabrido cáliz de mi vida
Conviertes en dulzura:

Astro glorioso, que á mi mente envía
La inspiracion de un puro sentimiento:
Imágen cara á la memoria mía,
Alma del pensamiento:

Modesta vírgen, cuyas formas bellas
El cielo admira, el universo adora,
En cuyos ojos brillan las estrellas,
Y en tu frente la aurora:

Bajo el abrigo de la noche umbría
Presente estoy (disculpa mis arrojos)
Para gozar del alba ántes del día
En tus risueños ojos.

Gratas son las esferas estrelladas,
Grato en la noche el soplo de la brisa,
Pero más tus dulcísimas miradas,
Y tu hechicera risa.

No dejes á tu amante que suspire
Separado del bien que sólo quiere:
Permite, ídolo mio, que te mire,
Y humilde te venere.

Del lecho donde duermes te levanta,
Y á tu ventana sal, linda doncella:
A darte la alborada se adelanta
Mi tímida querella.

III.

El lucero matutino
Coronaba el horizonte,
Y de la aurora vecina
Despuntaban los albores.

Las ponderosas campanas
En las elevadas torres,

Anuncian que viene el dia
Con repetidos clamores.

A misa salió mi amada
De sus umbrales entónces,
Como la mañana bella,
Y fresca como las flores.

La modestia y el recato
La van siguiendo conformes,
Dos íris lleva en sus cejas,
Y en sus mejillas dos soles.

Do quier que vuelve la vista
Hace que encendidos broten
De sus miradas deseos,
Y de sus labios, olores.

Un viento ligero y leve
Atrevido descompone
De sus profusos cabellos
Los rizos puestos en órden.

Con la mano los sujeta,
Dando á sus miradas nobles
Tal expresion de dulzura,
Que conmoviera los bronces.

Toma el camino del templo,
Diversas calles traspone,
Pisa las gradas ligera,
Y bajo el pórtico entróse.

Como exhalacion ardiente
Que las densas nieblas rompe,
Y alumbra por un momento
El aire, el mar y los montes;

Así se mostró en su curso
Esta aparicion veloce:

A sus luces repentinas
Desapareció la noche.

Camino tras sus pisadas
Y llego á la iglesia, donde
Arrodillada la miro
En el pavimento, inmóvil.

Los ojos levanta al cielo,
Luego en el suelo los pone,
Y en su semblante reflejan
Las llamas de los blandones.

IV.

Cuando en el templo postrada
Estás ante el Sér inmenso,
Entre una nube de incienso
Símbolo de la oracion:
Me parece que eres ángel
Que al trono de Dios asiste,
Y que por el hombre triste
Intercedes con fervor.

La cándida vestidura
Ciñes tú de la inocencia,
Y brilla la inteligencia
En tu frente virginal.
En tu corazon se ocultan
De amor los puros afectos,
Y en tu mente los conceptos
De la ciencia celestial.

¡Oh cuánto respeto imprimes!
Eres bella, ingenua, pura,
Y reinas en una altura
Harto superior á mí!

Moradora del empíreo,
(No sé yo cómo te nombre)
¿Quién es el hijo del hombre
Digno de llegar á tí?

Con esas formas divinas,
Que acá en la tierra demuestras,
Das al que te mira muestras
De la hermosura eternal:
Ya sé lo que vale el alma
Que mis sentidos anima,
Pues que conoce y estima
El precio de tu beldad.

Si gentil hubiera sido,
Altares te levantara,
La rodilla te doblara,
Y fueras mi diosa tú:
Incienso y flores rendido
Tributara á tu belleza,
Emblemas de tu pureza,
Y tu fragante virtud.

Hoy eres á estos mis ojos
Imágen por excelencia
De la suma inteligencia,
Pues que cristiano nací:
Espíritu que me guía
En los caminos del mundo,
Y en el piélago profundo
Norte fijo para mí.

¿Qué fuera del globo triste,
De espanto y de sombras lleno,
Si no brillara en su seno
Tu rayo consolador?
Tú disipas los temores,
Todo el universo alegras,
Y haces sus moradas negras
Pensil donde reina amor.

V.

¡Cuándo verán mis ojos aquel dia
En que, dueño feliz de tu hermosura,
Ni el rigor tema de la suerte impía,
Ni que vuele cual sombra mi ventura!

De inmarcesibles rosas coronado,
Bajo las alas del amor propicio,
Disfrutaré en tu seno reclinado
De todos los tesoros que codicio.

LA INSCRIPCION.

Árboles, que adornais de este mi rio
Con vuestra verde pompa la ribera,
Y cuando el sol ardiente reverbera
Dulce sombra ofreceis al dueño mio:

Vierta el cielo en vosotros su rocío,
Despiadada segur jamas os hiera,
No se aleje de vos la primavera,
Ni os toque el aquilon nevoso y frío.

Miéntras en vuestras ramas extendidas,
Del céfiro á los soplos delicados
Brillan las verdes hojas sacudidas,

Permitid que estos rasgos abreviados
(Señales de mi bien ya conocidas)
Deje en vuestras cortezas entallados.

IMPERIO DE LA HERMOSURA.

Cuando tu tierna planta entre las flores
Mueves, mi dulce bien, por la ribera,
Vida derrama el aura placentera
Y la selva gratísimos olores.

Do quier vuelvas los ojos seductores
Aparece la hermosa primavera:
A tu presencia celestial, do quiera
Todo respira amor y manda amores.

No es más bella la aurora en el Oriente
Rompiendo de la noche el velo umbrío,
Que á mis ojos los rayos de tu frente.

Es hermoso tu amor, lo es tu desvío,
Te adoro si te veo, te adoro ausente,
Y siempre esclavo soy de tu albedrío.

DICHA SOÑADA.

Ausente de tu amor, miré dormido
Tu divina beldad, ¡raro portento!
Imágen que venera el pensamiento,
Bellísima ilusion de mi sentido.

El clave de tu blanca mano herido,
Acorde acompañó tu blando acento,
Dulce, como en la selva el manso viento,
Sonoro, como arroyo desprendido.

A tu presencia hermosa trasladado,
Sintió de tus cantares la cadencia
El pecho que te llora enamorado;

Y hoy, sin examinar la diferencia,
Gracias al sueño da, que le ha dejado
Engaños lisonjeros de tu ausencia.

RETIRO CAMPESTRE.

Cuando tú, compañera de las flores,
Vienes á embellecer mi pobre quinta,
Ella te ofrece en su extension sucinta
Sitio de gustos y lugar de amores.

Árboles, fuentes, bálsamos, olores,
Prodiga Mayo, que risueño pinta
Para tí el huerto, con labor distinta
De variados matices y colores.

Aquí del césped en la verde alfombra,
Donde corre el arroyo con sosiego,
Y tiende el bosque su apacible sombra;

Víctima de un amor inmenso y ciego,
Sobre aquesta ara, do mi voz te nombra,
Arde mi corazon en vivo fuego.

LA ROMERÍA.

En la blanda estacion de primavera,
Por monte umbroso, en frecuentada vía,
Mi amada, que en piedad es la primera,
Caminaba en sagrada romería.

Adornaban las turbas su carrera
De rosas, entre cantos de alegría:
Tierno niño, con mano lisonjera,
La frente de jazmines la ceñia.

La anuncia el duro címbalo vibrante,
Y la recibe música sonora
En el atrio del templo resonante:

Postrada ante el altar, á Dios adora,
Y olvidada de sí, para su amante
Con inefable amor gracias implora.

HERMOSURA PERFECTA.

Genio hermoso de amor, que al abrasado
Astro de luz, al estrellado cielo,
Tiendes infatigable el raudo vuelo,
De su vivo esplendor enamorado;

¡Ay! suspende tu vuelo arrebatado,
Y fija tu morada en este suelo,
Donde hallarás, bajo el humano velo,
De la eterna belleza un fiel traslado.

En la beldad verás la inteligencia
Resplandecer con dotes superiores,
Y en tierna juventud dócil prudencia;

Y verás los hechizos seductores
Unidos al candor y á la inocencia,
Y la austera virtud á los amores.

A ELISA EN LA PRIMAVERA.

E gli amanti pungea quella stagione,
Che per usanza a lagrimar gli appella.
PETRARCA.

IDILIO.

Cesó el invierno duro y aterido
De ejercer en los montes su violencia,
Y el sol de nueva claridad vestido
Llena el orbe de luz con su presencia:
Aparece la hermosa primavera,
Y el campo cobra su beldad primera.

Aquesta es la estacion de los amores:
Alégranse las plantas y las fuentes:
Reverdecen los árboles mayores
Alzando al cielo sus antiguas frentes,
Y en las orillas del sonoro rio
Presentan un lugar siempre sombrío.

Todo respira amor, todo consuelo
En esta soledad encantadora:
La selva florecida, el claro cielo,
La turba de los pájaros canora,
Abren las dulces fuentes del contento,
Y mitigan tambien el sentimiento.

Templando aquí la cítara dorada,
Cantar quisiera, á solas, sin testigo,
Las gracias y belleza de mi amada,
Y el fuego ardiente que en mi pecho abrigo:
Cantando, mi pasion aliviaria
Desde la aurora hasta acabar el dia.

Sí, que los blandos versos son alivio
Del triste amante que apenado llora,
Y encienden en amor el pecho tibio
De la suma beldad á quien adora.
¡Oh, si oyese siquiera el canto mío
La que causa mi ilustre desvarío!

Desde que te ausentaste y mi alegría
Llevaste y mi sosiego por despojos,
No ceso de llamarte, Elisa mia,
Convertidos en lágrimas mis ojos:
Lágrimas ¡ay! de amor y de ternura,
Que pago por tributo á tu hermosura.

¡Oh si lograse yo que tu vinieses
A pisar con tus plantas estos prados,
Y gozaras, mi bien, como otras veces,
De estas fuentes y bosques encantados,
En donde pretendió naturaleza
Formar un digno trono á tu belleza!

Vieras en estos sitios misteriosos.
Nunca por los delitos profanados,
Elevarse los árboles frondosos
De hiedras y de pámpanos ornados,
Tejiendo una enramada verde, oscura,
Asilo del amor y la fe pura.

Volando en torno el aura fugitiva,
Moviera blandamente tus cabellos;
La fuente que del monte se deriva
Copiara en su cristal tus rasgos bellos,
Y el sol templado con su luz tocara
Las facciones divinas de tu cara.

Y yo, que soy tu esclavo y tu cautivo,
Y puse mis destinos en tus manos,
Yo, que solo camino y solo vivo
A la luz de tus ojos soberanos;
Con qué placer tu triunfo seguiria,
Adorada deidad del alma mia!

Mas ¡ay! en vano busco enajenado,
Y de ilusion en ilusion perdido,
El objeto sublime, idolatrado,
A cuyas aras me postré rendido:
Tiéneme en llanto y en mortal dolencia,
Elisa, el duro plazo de tu ausencia.

Otra fuente, otra vega, otras florestas
Bañas, señora, con tus luces claras,
Olvidándote, acaso, que son éstas
Las que ya para tí fueron tan caras.
Aquí naciste, cual entre oro y grana
Nace en las claras ondas la mañana.

Aquí tus tiernos infantiles años
Miraba con encanto aquesta orilla,
Cuando vagando tú, libre de engaños,
Eras de estas comarcas maravilla.
¡Cuántas veces causó tu faz hermosa
Envidia á la azucena y á la rosa!

¡Qué mucho, si en belleza la primera
Eres, y en gracia no te iguala alguna!
Muchas veces del mar en la ribera
Ví entre las aguas reflejar la luna,
Y nunca ví sus ráfagas lucientes
Brillar, como tus ojos refulgentes.

Muchas veces miré la blanca cumbre
Del elevado monte de Orizaba,
Cuando del nuevo sol la viva lumbre
En sus eternas nieves reflejaba;
Y no me pareció su albor tan bello
Como tu seno cándido y tu cuello.

¿Qué floridos planteles, qué jardines
Pudieran competir con tus colores?
¿Qué fragantes violetas, qué jazmines
Igualar de tu boca los olores?
¿Qué palma, cuando el aire la regala,
Imitará gentil tu talle y gala?

Con tu rara beldad, divina Elisa,
Los corazones prendes y encadenas,
Sus tempestades calmas con tu risa,
Y las almas sorprendes y enajenas.
¡Qué sonoro es tu acento, qué hechicero,
Cuando á tu amante dices:—*Yo te quiero!*

A estos amenos campos ven, señora;
Tu sereno semblante aquí convierte,
Que mal vivirá la alma que te adora
Con la pension terrible de no verte.
Bajan las sombras y declina el dia,
¡Y no miro tu rostro, amada mia!

Pues que prestaste aquí benigno oído
A la encendida voz de mis amores,
Y te es aqueste sitio conocido,
Ven á gozar en él las nuevas flores;
Mas si sorda á mi ruego no vinieres,
Te seguirá mi amor adonde fueres.

LAS TRES AVES.

Elisa se alejó: con faz llorosa
Pido á la soledad mi bien ausente
«Pensativa la ví junto á una fuente»
Prorumpe una avecilla vagarosa.

Hallo con otra, que en las ramas posa
De un lauro entre las selvas eminente,
Y exclama:—«De tus versos, dulcemente,
«Yo la aprendí á cantar letra amorosa.»

Y viene otra tercera, que me dice:
«A quien gloria tan alta le desvela,
«Bien será que la ensalce y divinice.»

«¿Y será que mi amada se conduela,
Pregunté, del dolor de un infelice?»—
El ave calla y presurosa vuela.

LA POSESION TRANQUILA.

Hora que vuelve la primavera
Y el campo todo florece y vive,
Al campo vamos y selva umbrosa.
Por tí, mi Elisa, sus verdes pámpanos
La tierna hiedra lozana extiende,
Y el cedro erguido con pompa ofrece
Sombra apacible, donde descanses.
Por tí la fuente templada y límpida
Desciende al sesgo del verde monte,
Y reflejando del sol las luces,
Por entre guijas y césped, diáfana,
Une sus ondas al sacro rio,
Que coronado de hojosos álamos,
Movibles plátanos y esbeltas palmas,
Cubierto en torno de espuma cándida
Su curso rápido tuerce sonando.
En la espesura, dulces flauteos
Las tiernas aves esparcen, tímidas,
Y entre las ramas tálamos forman.
¡Felices sitios do el alma goza
Soledad grata, quietud, contento!
Aquí, do quiera, memorias viven
De amores férvidos y blandas quejas:
Aquí delicias, nueva esperanza,
Paz y cariños fieles renacen.
¡Ah! pues la suerte me da propicia
Gozar tus brazos y amarte siempre,
Jamas, Elisa, de ellos me apartes.
Los años vuelen y yo á tu lado
Premio merezca, que no concede
Benigno el cielo, si no es, felice
Al tierno amante, que cual yo, amare.

LA SOLEDAD.

Amable soledad, rico tesoro,
Más preciado que el oro y que la plata:
En tus senos el alma se dilata
Y á sí misma se entrega sin desdoro.

Tú haces que la beldad á quien adoro,
Mitigando el rigor con que me trata,
A mi ardiente pasion responda grata,
Enjugando las lágrimas que lloro.

De tí mi enamorado pensamiento
¡Oh dulce soledad! fuerzas recibe,
Fuente de inspiracion y sentimiento:

Ya tu influjo feliz mi amor percibe,
Pues si tuvo sin tí su nacimiento,
Al abrigo de tí florece y vive.

VIDA TRANQUILA.

En medio de estas selvas vividoras
Que ven al pié de un monte el sol naciente,
En reducido hogar junto á la fuente,
¡Con qué serenidad corren las horas!

La alborada me dan aves canoras,
Vida y salud el perfumado ambiente,
Las hiedras sombra en la estacion ardiente,
Los árboles sus frutas tentadoras.

Doy al dia trabajo provechoso,
Con honesto placer interrumpido:
La noche á la lectura y al reposo.

Y muéstrome al Criador reconocido,
Que unió en mi pecho á la pasion de esposo,
Las glorias de un amor correspondido.



PARTE SEGUNDA.

RIMAS AMOROSAS VARIAS.

EL PASEO DE MAR.

(IMITACION DEL ITALIANO.)

Hora que cayó la tarde
Y respira el aura fria,
Gocemos, querida mia,
De la frescura del mar:
La barquilla se desliza,
La noche tiende su velo,
Y las estrellas del cielo
Nos salen á contemplar.

Das serenidad al éter
Con tu presencia divina,
Tu sonrisa peregrina
Excita plácido ardor:
Y de tus hermosos ojos
La luz apacible y bella,
Dirige como una estrella
Al navegante de amor.

¡Ves las flámulas vistosas
Volar con volubles giros!
Entre ellos van los suspiros
Que parten del corazon.
¿No escuchas ese murmullo
De las olas con la arena?
¿Los suspiros de mi pena?
¿Las quejas de mi temor?

Corre en tanto la barquilla
Sobre las ondas ligera;
Y la brisa placentera
Favorece mi pasion.
Qué dulce es sobre las aguas
Amar, adorada mia;
No en balde del mar un dia
Nació la Diosa de amor.

—•—

EL CARIÑO ANTICIPADO.

(IMITACION DEL ZAPPI.)

Cuando era niño y en la huerta mia
A las frágiles ramas no llegaba,
Por la divina Filis suspiraba,
Que no mujer, mas diosa parecia.

Te amo, la dije temeroso un dia,
Díjolo el corazon que se abrasaba:
Vióme con risa, y luego me besaba,
Diciéndome: *eres niño todavía.*

Pasó aquel tiempo venturoso, y hora
Viéndome ¡triste! en sus cadenas preso,
De mí se olvida, y de otro se enamora.

Mi pecho guarda su retrato impreso:
Ella se olvida de quien más la adora,
Y yo me acuerdo de su dulce beso.

AMOR MALOGRADO.

¿Cómo podré dejar, Filis, de amarte?
¿Cómo, mi bien, no verte?
Si tus desdenes me hacen olvidarte,
Tus hechizos me obligan á quererte.

En medio de esperanzas y de agravios,
De halagos y de enojos,
Ora temo lo esquivo de tus labios,
Ora cedo al imperio de tus ojos.

Caricias que otro tiempo te he debido
Me encienden en amores,
Y tú, ingrata, me entregas al olvido,
En despegos trocando tus favores.

¿Por qué, Filis divina, si en tu seno
Tal rigor abrigabas,
Vertiste en mis entrañas el veneno
Que en tus hermosos labios ocultabas?

¿Y por qué con semblante alborozado
Grata me recibias,
Si al rasgarte mi pecho enamorado
Con tanto menosprecio me desvías?

Así el infante tierno en la floresta
Corta la fresca rosa,
Y mira de repente que le asesta
La pintada serpiente venenosa.

En tu pecho, de niño, descansaba,
Tu corazon latia,

Y un destino feliz me presagiaba
Que tu afecto inocente gozaria.

Bajaba ricamente por tu cuello,
Del céfiro movido,
En rizos desatado tu cabello,
Y yo te contemplaba embebecido.

Me arrobaba tu célico semblante,
Tu frente tersa y lisa,
El brillo de tus ojos rutilante,
Tu dulce voz y tu amorosa risa.

¡Cuántas veces, oh Filis peregrina,
Dejé con ansia impreso,
Sobre tu bella mano alabastrina
Con labio incauto el regalado beso!

No más voluble en la estacion florida,
Por la ribera amena
Vaga la abeja, y liba entretenida
El rojo lirio y cándida azucena.

Más valiera, mi bien, no haberte visto,
Que no sentir ahora
Este fuego voraz que no resisto,
Y el alma y las entrañas me devora.

Pues que los brazos y la voz esquivas
Del que quisiste tanto,
Pues que aun del ruego sin piedad le privas,
Cesen los versos y comience el llanto.

A SILVIA.

¿Qué cantaré de tí, gentil doncella,
De moreno color, serena frente,
Candorosa, inocente
Y humilde á par de bella?

No á tí te concedió naturaleza
El color de la rosa y la azucena,
Ni de soberbia llena
Desdenes y esquiveza.

Mas dióte gallardísima apostura,
Y negros ojos y mullido seno,
Y aquel mirar sereno
Que engendra la ternura.

Semejante en el prado á la violeta
Que agrada más con pálidos colores,
Que entre vistosas flores
La rosa y la mosqueta:

Así me places tú, Silvia querida,
A quien mi triste corazon adora,
Más que otra engañadora
Belleza fementida.

¿Sientes allá á tu solas, por ventura,
Inclinacion de amar, sin resolverse?
¿Querer, y no atreverse
A revelar ternura?

Pues sabe que yo soy el que ha inspirado
A tu pecho ese noble sentimiento,
Ese dulce tormento,
Ese feliz cuidado.

Ven ¡adorada! arrójate á mis brazos,
Estrecha al mio tu corazon amante,
Y cíñeme constante
Entre tus dulces lazos.

Debajo de este plátano que mece
Sus hojas en el aire blandamente:
Orillas de esa fuente
Que vaga se adormece:

A la luz de la luna, que menguada
Con turbia claridad nos ilumina,
Junto á mí te reclina
¡Oh Silvia enamorada!

Y unidos siempre en lazo delicioso,
Volar dejemos la fugace vida:
Tú por siempre querida,
Yo por tí venturoso.

LA PÉRDIDA.

Así, mi Elisa bella,
Y bella cuanto esquiva,
Tu dulce patria y tu familia dejas?
Ah! ¿qué fatal estrella
A partir te motiva,
Desdeñando mis lágrimas y quejas?
¡Mis lágrimas, que un dia
Movieron tu piedad, querida mia!

¡Ingrata! ¿has olvidado
De nuestros tiernos años
Los inocentes juegos, las delicias?
Entónces ¡ay! cuitado
No miré tus engaños
Revestidos de pérfidas caricias:
Ántes te dí sincera
Toda mi vida y libertad entera.

Ni mi ardoroso ruego
Basta para moverte,
Ni de tu dulce patria el abandono,
Ni el perdido sosiego
Son parte á detenerte;
Ántes bien huyes, simplecilla, como
En la desierta arena
Huye el viajero de la hambrienta hiena.

Huyes ¡ah! y en los brazos
Te entregas de ese amante.
¡Ay, vírgen digna de mejor fortuna!
Con débiles abrazos,
Con planta vacilante,
Al ara te diriges importuna:

Suspende, no, no digas
Ese funesto *sí* con que te ligas....

Te ligas.... ¡Cuán en vano
Prorumpo yo en clamores,
Si ya tu acento resonó en mi oído!
Adios empeño insano,
Infelices amores,
Tan mal recompensados con olvido:
Hoy dejais en mi seno
Profunda herida y matador veneno.

¡Mas ay! que se me aleja!
¡Por siempre la he perdido!
¡Adios, Elisa, adios! Una mirada
Por compasion me deja:
¡Ineficaz gemido!
Llevando en su prision á mi adorada,
La nave se desliza
Sobre las ondas que serena riza.

¡Ay, Elisa! ¿qué has hecho?
¿Y por quién has trocado
El blando afecto de mi amor primero?
Hoy el paterno techo
Y tu suelo has dejado,
Por otro suelo ingrato y extranjero,
Entregando perjura
A los vientos mi gloria y mi ventura.

Yo miserable en tanto,
Hasta el sepulcro frio
Este funesto dia en mi memoria
Tendré con largo llanto.
Tu rigor, tu desvío,
Y mi anhelo infeliz harán la historia
De Elisa y de su amante,
De su despego y de mi amor constante.

¡ADIOS!

Pues mi desgracia y tus quejas
Nos separan á los dos;
Pues de mis brazos te alejas,
Si para siempre me dejas,
Adios para siempre, adios.

No me negarás que un dia
Ligada con firmes lazos
Quisiste llamarte mía,
Estrechándome en tus brazos
Con amorosa porfía.

¿Podrás echar al olvido
Afectos de tiernos años,
Caricias que te he debido,
Y los favores extraños
De un amor correspondido?

¿Te acuerdas cuando afanoso,
Oprimido de tristeza,
Sobre tu pecho amoroso
Reclinaba mi cabeza,
Solaz buscando y reposo?

Tu corazon palpitaba
En tu seno con presura,
Tu vista me contemplaba,
Y con pasion y ternura
Tu mano me acariciaba.

¡Con qué inocente candor
Ingenua, amable, sencilla,

Dabas muestra de tu amor,
Al rodar por tu mejilla
La lágrima del dolor!

Si alguna vez desdeñosa
Me heriste con tus desvíos,
¡Qué sensible, qué piadosa
Con esos labios de rosa
Sellaste despues los míos!

Palabras consoladoras
Murmurabas á mi oído,
Palabras que á todas horas
Calmaban con su sonido
Mis penas destrozadoras.

Entre sueños te llamaba,
En la soledad te via,
Contigo á solas hablaba,
De tus memorias vivia,
Sólo de tí me ocupaba.

Eras mi único tesoro,
Eras mi amor, mi consuelo,
Más acendrada que el oro,
Dádiva rica del cielo,
Deidad que en la tierra adoro.

¿Qué bien contigo no fuera
En doble precio estimado?
La desgracia horrenda y fiera
Al verme de tí amparado
Sus rigores depusiera.

Las promesas que me hiciste
Se alejan cual eco vano:
Solo queda al alma triste
El torcedor inhumano
De una gloria que no existe.

Huyeron ya mis contentos,
Todas mis dichas pasaron,

Y se llevaron los vientos
Los amantes juramentos
Que tus labios pronunciaron.

Hoy de rigor prevenida
El pecho que tanto te ama
Rompes con mano homicida,
Y de su profunda herida
Sangre el corazon derrama.

Ay! mis dolorosas quejas,
De tí caminan en pos,
¡En vano, pues que te alejas!
Si para siempre me dejas,
¡Adios para siempre, adios!

LA NIÑA MAL CASADA.

No así, recien casada, el rostro esquivo
Presentes desdeñosa:
No así marchita la color de rosa,
Turbado el fuego de tus ojos vivo,
Muestres aniquilados en un dia
Tres lustros de esperanzas y alegría.

En estas horas que el esposo amado
Al mirarte se agita,
Tus caricias amante solicita,
Sin separarse tierno de tu lado;
¿Olvidando sus nuevos alborozos,
Respondes con lamentos y sollozos?—

«¡Ay, desgraciada! escucho que me dices,
No fueron los amores
Los que echaron violentos y traidores
A mi cuello cadenas infelices:
Fué la codicia que con nuevo empleo
La hacha encendió del lúgubre Himeneo.

«Bañando con mis lágrimas mi lecho
Me encontrará la aurora;
Y cuando el sol el Occidente dora,
Herido de dolor verá mi pecho:
Veráme llena de dolor profundo,
La negra noche cuando cubra el mundo.

«En dulce juventud me veo perdida,
Mi desamor llorando:

Nunca á mi pecho estrecharé, gozando,
La imágen de mi ser reproducida;
Pues mi dolor y muertas alegrías
Abrieron el sepulcro de mis dias. »—

¡Perezca, entónces dije, el que atrevido
A la ambicion del oro
Sacrificó insensible y sin decoro
El pudor y el recato desvalido!
Ofrezca en él terrífico escarmiento
El crudo y vengador remordimiento!

ELISA LLOROSA.



(IMITACION DEL INGLÉS.)

Esos llorosos ojos y el cabello
Que baja en blondos rizos esparcido,
Aumentan el aspecto dolorido
Del pálido semblante noble y bello.

Culpables inquietudes ver en ello
Tal vez creyera, amante inadvertido,
Si el pudor virginal en tí escondido
No lanzara su fúlgido destello.

Así naciera del pincel divino
Del Güido, la famosa Magdalena,
De lánguido mirar y faz doliente;

Y así Elisa, oprimida del destino,
Se muestra de dolor y afecto llena,
Más hermosa cuanto es más inocente.

Á LA MISMA.

Es la melancolía, no la tristeza,
Quien tu tierno semblante descolora,
Y con su dulce palidez mejora
La beldad que te dió naturaleza.

¡Cómo con ella vences la dureza
Del bárbaro mortal que no te adora!
Mi amante corazon al verte llora
Lágrimas de piedad y de terneza.

Un serafin del cielo descendido,
Mirando la agonía de los mortales
En los restos del orbe destruido,

No igualara lo intenso de tus males,
Ni tu doliente afan, ni tu gemido,
Ni el llanto de tus luces celestiales.

EL DESPECHO.

Deja, Silvia, esa sonrisa
Con que me ves maliciosa,
Cuando mis ojos ya ciegos
Ardientes lágrimas lloran.

Quiera el cielo, linda niña,
Que tus mejillas hermosas
El llanto no las marchite,
Ni las manche la deshonra.

¿Presumes saber la causa
Oculta, cuya ponzoña
Atosiga mis venturas,
Siempre fugaces y cortas?

En vano te lo imaginas
Ya turbada, ya curiosa;
Mis infelices secretos
Amor los oculta y llora.

No el temor, no el odio fiero,
No la ambicion peligrosa,
Son causa de que infelice
Muera lleno de congojas.

Hay un pesar que me oprime,
Vive un dolor que me agobia,
Sin que logre mitigarlos
Tu belleza seductora.

El remordimiento amargo,
Que al triste culpado acosa,

Cuando sin patria y errante
Vive en perpetuas zozobras,

Apénas es comparable
Con el que mi alma destroza:
Do quier que vuelvo la vista
La imágen del mal me asombra.

En mi frente se divisan
Inquietudes veladoras,
Y vengadores cuidados
Dentro de mi pecho moran.

La risa de la inocencia
Nunca á mis labios se asoma,
Y entre reprimidas quejas
Suspiros el labio brota.

En los momentos tranquilos
De la noche silenciosa,
Cuando el desgraciado duerme
Y el tierno amante se goza,

A mis ojos se presentan
Entre formas vagarosas,
Recuerdos que no sosiegan,
Memorias que no reposan.

Desterrado como vivo
En las regiones remotas,
La desgracia me persigue
Como á su cuerpo la sombra.

¿Qué importa pasar los montes,
Visitar tierras ignotas,
Si á la grupa los cuidados
Con el ginete galopan?

Dudoso arrastré mi vida
Por una senda escabrosa,
Y á la orilla del sepulcro
La esperanza me abandona.

No pretendas, bella niña,
Saber mi pena afanosa,
Ni ver las llamas ardientes
Que mis entrañas devoran.

No el velo de mi secreto
Con mano atrevida corras;
Déjame con mis desdichas,
Y véte tú con tus glorias.

A UNA HERMOSA PÉRFIDA.

Piensas acaso, Licia desdeñosa,
Que tu amante burlado y ofendido
Seguirá dócil tu ademan fingido,
O escuchará tu voz artificiosa?

¿Piensas acaso que con falsa risa
Volverás á mi seno tus amores,
Excitando de nuevo los ardores
A que ántes te mostrabas indecisa?

Harto tiempo, perjura, profanaste
El puro afecto de mi amor sincero,
Cuando con burla y con desprecio fiero
Mis amantes palabras olvidaste.

Harto tiempo, tiránicos enojos
Temblando obedecí, tú eres testigo;
Me trataste cruel como enemigo,
Menospreciando el llanto de mis ojos.

Si por lo ménos fueras tú constante
Y al rigor no mezclaras la falsía,
Tu duro tratamiento olvidaria,
Volviendo á la prision, mísero amante.

Mas hora en vano con astucias fragua
Engaños tu pasion, llena de envidia,
Si escribiste en diamante tu perfidia,
Y tus falsas promesas en el agua.

Ah! sirvan mis azares de escarmiento
Al amador incauto y arrojado,

Miéntras yo, de las ondas rescatado,
Del mar me alejo y del airado viento.

Dejen mis ojos el continuo lloro,
Mis ardorosos labios los suspiros,
Mi corazon tus ponzoñosos tiros,
Y los viles desprecios el decoro;

Y sordo siempre á tu falaz querella,
Y ciego á tus miradas seductoras,
Ni temeré las Sirtes bramadoras,
Ni en rumbo incierto seguiré tu estrella.

De sólo el desengaño acompañado,
Gozoso alentaré con nuevos bríos,
Ora escuche bramar los Euros fríos,
Ora se muestre el cielo sosegado.

Y miéntras viva, vivirá conmigo
El recuerdo infeliz de tus traiciones:
Rotos ya tus pesados eslabones,
En blanda paz mi libertad bendigo.

A LICÓRIS.

¿Qué nuevo amor, Licóris, te desvía
Por nieves y por montes pedregosos,
Olvidando los valles deliciosos
Y la cabaña y la floresta umbría?

Quieran los cielos, pastorcilla mia,
Tus inconstancias perdonar piadosos,
Cuando vuelvas los ojos lagrimosos
A estos lugares do moraste un dia.

A tu amante abandonas fementida:
Despues acaso bajará á pedazos
El velo que te tiene seducida.

En vano entónces buscarás sus brazos:
Ni apreciará tu amor, arrepentida,
Ni anudará jamas tus rotos lazos.

LA SEPARACION.

Absorto, inmóvil y en silencio mudo
Voy á merced de la sonante prora:
Cúbrese el mar de espuma rugidora,
Y silba en la tiniebla el viento crudo.

¡Oh tempestoso mar! yo te saludo
Aislado y solo en tu extension sonora:
Mi corazon en libertad ahora
Late, de afecto y de piedad desnudo.

Tal vez en tu ribera ensordecida,
Derramando una lágrima preciosa,
Se queja de abandono un tierno pecho;

Y al paso que lamenta mi partida,
A mis labios asoma desdeñosa
La sonrisa mortal de mi despecho.



EL VALLE DE MI INFANCIA.[1]

Aquella que me dió merecimiento
Para que la adorase, con amarme,
Testigos sois, mudó de pensamiento.

LOPE DE VEGA.

Burlado el corazon de la esperanza,
No importuna con votos á la suerte;
Un oculto lugar para la muerte
Es cuanto pide al cielo, y cuanto alcanza.

Debajo de esta selva verde, oscura,
De mi niñez brillaron los albores,
Y la primera voz de los amores
Despertó mis afectos de ternura.

Este es el sitio ameno, esta la fuente,
Do me juró su fé mi prenda amada:
Aquí estuvo en mis brazos reclinada,
Allí de rosas coroné su frente.

Dejadme ya, memorias dolorosas,
Tristes recuerdos de mi edad primera;
Huyeron como sombra pasajera
Esas felices horas presurosas:

En su lugar vinieron negros dias,
Ajenos de placer y de inocencia,
Y el grito aterrador de la conciencia
Desterró las más puras alegrías.

1 Esta composicion, así como la intitulada "El Hombre," han sido traducidas con notable fidelidad en versos franceses por Mr. Luciano Biart, distinguido escritor francés que residió algun tiempo en Orizaba.

¡Oh Elisa desgraciada! ¿quién nos diera
Aquel primer amor de nuestra infancia?
¿Quién me volviera ¡ay Dios! con mi ignorancia
Tus gracias y tu risa placentera?

Rompiéronse por siempre nuestros lazos:
Bárbaro te olvidé, te dejé fiero;
Si ausente me lloraste tú, primero,
¿Te entregarás al fin en otros brazos?

Las dulces glorias que gocé algun dia,
En objetos de horror se convirtieron,
Y sombras vengadoras me siguieron
Do quiera que la planta dirigia.

¿Sabes lo que has perdido, amante necio?
Una voz incesante me gritaba:
¡Murió tu amor y tu existencia acaba,
Víctima merecida del desprecio!

De la ciudad confusa en el bullicio
¡Ay! alivio buscaba á mis dolores,
Y vagando de errores en errores,
A la orilla corrí del precipicio.

Pero tu imágen celestial y bella
A la virtud me llama y me ilumina,
Como suele alumbrar con luz divina
En negra tempestad fúlgida estrella.

Despues de tantas lágrimas vertidas,
Vengo á buscar en tí dulce reposo;
Mas ¡ay! un sentimiento doloroso
Dice á mi corazon, que son perdidas.

Otra vez arrebata mi esperanza
Ese esposo á quien hora te destinas;
A otros lugares váste y otros climas,
Con mudanza pagando mi mudanza.

¡Valle de mi niñez! ¡Seguro puerto!
¡Morada de placer! ¡Gozo tranquilo!
¡Cómo, si busco en tí benigno asilo,
Te muestras ¡ay! tan lúgubre y desierto!

La hermosura del campo se oscurece,
Turbia la fuente está, confuso el cielo;
Cubierta de la muerte con el velo
Naturaleza toda me parece.

Tibia resbala por mi yerta frenta
Del ofuscado sol la luz sombría,
Que de esta escena triste se desvía,
Sepultando su disco en Occidente.

Si por dicha, mi bien, un dia regresas
Y pisare tu planta este retiro,
Tribútame á lo ménos un suspiro,
Dejando aquí tus lágrimas impresas.

Y pues nada fortuna me ha dejado,
Cumple con esto poco que te pido,
Ya que no por afecto á tu querido,
Siquiera por piedad á un desgraciado.

EL CÍCLOPE.

IDILIO DE TEÓCRITO.

POETA.

El amor no conoce medicina
De yerbas y de bálsamos preciosos,
Si no es el de los versos armoniosos,
Arte que de los Dioses se origina.

Pero este es muy difícil, tú lo sabes,
Aunque las Musas te amen tiernamente:
Acuérdate de aquel que antiguamente
Aquí lloraba sus cuidados graves.

Polifemo el Ciclópe aquí gemia,
Porque á la ninfa Galatea adoraba,
Cuando la cana edad se le acercaba
Y el cabello de blanco le teñia.

Amaba, no los apios ni las rosas,
Ni las manzanas de su huerto ameno:
Su triste corazon de angustia lleno
Presa fué de las furias horrorosas.

De los floridos pastos las ovejas
Tornaban sin sus silbos al cercado,
Miéntras él en la playa abandonado
Enviaba á la muchacha tiernas quejas.

Desde la negra noche hasta la aurora
Quedaba en llanto y en dolor deshecho,
Que Vénus desdeñosa el duro pecho
Le traspasó con flecha voladora.

Mirando hácia la mar, lleno de tedio,
Oprimido de amor que le aquejaba,
Sentado en una peña, discantaba
Versos en que buscaba su remedio.

POLIFEMO.

De tu amador te olvidas, Galatea,
Más blanca que la leche y más galana
Que novilla que el soto enseñorea:

Más blanda que cordera, más liviana
Que la garza veloz, y muy más cruda
Que el verde agraz entre la vid lozana.

Cuando el sueño mis párpados saluda
Vienes adonde estoy, y váste huyendo
Luego que mis sentidos desañuda.

Como del cano lobo huye temiendo
La tímida cordera, así me esquivas,
Y en tus amores déjasme muriendo.

Desque á coger las flores primitivas
Viniste con tu madre á estas montañas,
Guiando yo tus huellas fugitivas,

El fuego del amor ¡ay! las entrañas
Me consume por verte, y tú, doncella,
Sin curarte de mí siempre me engañas.

Bien sé que te disgusta, ninfa bella,
Mi rostro y esta ceja prolongada
Que el ojo de mi frente encubre en ella:

Mas sabe que de leche y de cuajada,
En verano y otoño abastecida
Y en el invierno tengo mi majada.

Que con ovejas mil enriquecida
Tengo aquesta montaña, y que ninguno
En el canto igualó mi voz subida.

Mis amores te canto uno por uno
Al alba y á la noche, ídolo mio,
A tiempo que es tal vez inoportuno.

Atiende á los presentes que te envío:
Son once cervatillos, todos pares,
Y cuatro lobatillos que hora crio.

Tú los recibirás con sus collares,
Pero deja la playa, combatida
De las verdosas ondas de los mares.

Ven y verás mi cueva guarnecida
De una frondosa hiedra, do escondidos
Pasarémos la noche entretenida.

Los pinos y los álamos erguidos
Alzan allí sus copas, los parrales
Ostentan sus racimos suspendidos;

Y las heladas aguas manantiales
Con que el Etna me brinda por bebida
Resuenan en los limpios peñascales.

¿Preferirás la mar embravecida?
Si acaso te disgusto por velloso,
La lumbre de mi hogar está encendida:

Atízala, y mi cuerpo vigoroso
Abrasa, y hasta el ojo de mi frente,
Más dulce que mi vida y más hermoso.

¡Oh! si yo fuera pez, á la corriente
Lanzárame, y besara allí tu mano,
Ya que tu linda boca no consiente.

Llevárate azucenas de verano,
Y variando los tiempos te daria
Adormideras del invierno cano.

Si un navegante aquí llegare un dia,
Me enseñará á nadar, y entre las ondas
Gozaré tu beldad, querida mia.

Sál fuera, Galatea, no te escondas,
Y siguiendo mi ejemplo determina
Olvidar de la mar las grutas hondas.

Las cabras y cabritos encamina
Conmigo á la majada, allí la ordeña
Verás, y cómo el queso se refina.

Mi madre, que en mi bien tanto se empeña,
Me quiso consolar, y mal me dijo
De la ninfa que ingrata me desdeña.

Viéndome flaco y con afan prolijo
(Por más que yo fingiera en la cabeza
Para disimular, un dolor fijo)

Me habló, aunque con amor, con aspereza:
« ¡Polifemo infelice! ¿qué delirio
Te ocupa de contino, qué tristeza?

«Si cuidaras la rosa, el blanco lirio,
Tejieras canastillos, ó el ganado
Llevaras, no tendrias ese martirio.

«Ordeña tus ovejas: ¿qué cuidado
Te causa Galatea, cuando otras bellas
Se entregarán á tí llenas de agrado?»

Y cierto, que de noche las doncellas
Se mueren por jugar todas conmigo;
Y como soy tenido en precio de ellas,
Rien con las palabras que las digo.

POETA.

Polifemo su mal endurecido
Con esta medicina mitigaba,
Y el remedio en los versos alcanzaba,
Más que con precio de oro muy subido.

ODAS DE HORACIO.

I.

A MECENAS.

¡Mecenas, hijo de antiguos reyes,
Refugio y dulce decoro mio!
Unos, cubiertos del polvo olímpico,
La linde intacta con rueda férvida
Vencen, y ornados de palmas nobles
Se alzan, cual dioses del mundo dueños:
Otros, merecen triples honores
Entre la turba del pueblo instable:
Quien, en sus trojes encierra próvido
Cuanto en sus eras la Libia acopia:
Los patrios campos contento labra,
Sin que aun el oro de Átalo pueda
Trocar su intento, y al mar indómito
Lanzarlo tímido en cipria nave:
Quien, contrastado del viento de África,
Cuando relucha con el mar de Ícaro,
Del campo y corte la holgura ensalza;
Despues, empero, su nave alista,
Que la pobreza no sufre, indócil:
Éste, entre copas de añejo vino
Pasa del tiempo la mejor parte,
Bien recostado bajo el bello árbol,
Bien á la orilla del claro arroyo:
Aquel, las armas y el clarin áspero
Busca, y la trompa, y la guerra triste
Que odian las madres: los cazadores
Al cielo abierto, la esposa olvidan,

Ora sus perros den tras el ciervo,
Ora la fiera sus redes rompa.

Mas yo, de hiedra, premio del sabio,
Ciña mi frente cual númen, léjos
Del vulgo, en bosques donde los sátiros
Y ninfas moran; con tal que Euterpe
Me dé sus flautas, y de Polimnia
Logre la lira dulce de Lesbos.

Si tú, Mecenas, me aclamas lírico,
Alzaré al cielo mi frente excelsa.

IV.

A SESTIO.

Cesa al impulso de Favonio tierno
Rígido el invierno:
Ni el campo cubre cándida la nieve,
No ya el ganado en el redil se goza:
El pastor su choza
Deja, y la nave al piélago se atreve.

La hermosa Vénus, viendo que oportuna
Álzase la luna,
Une sus ninfas á las gracias que amà:
Guia sus coros al compás del canto;
Y Vulcano en tanto
De sus ciclópes la oficina inflama.

Hora conviene coronar la frente
De laurel reciente,

O nuevas flores, con festivo rito:
Hora inmolar á Fauno bondadoso,
En el bosque umbroso,
Balante oveja ó retozon cabrito.

La regia torre del alcázar fuerte
Pálida la muerte
Con igual planta que la choza, pisa.
¡Oh Sestio amigo! nuestra vida escasa
La esperanza tasa,
La eterna noche se nos viene aprisa.

Y nos aguarda la infeliz morada
De la tumba helada;
La que una vez que tu vivir limite,
No gozarás de los halagos, ciego,
De amoroso fuego,
Ni rey serás en juvenil convite.

V.

A PYRRA.

Sobre tu cama de flores,
¿Qué delicado mancebo,
Vertiendo aromas,
Te estrecha al seno?

¿Para él, hermosa, te guardas
En retirado aposento,
Con simple adorno,
Preso el cabello?

¡Ah, cuántas veces turbado
Verá de repente el cielo,
Los vientos ásperos,
Airado el piélago!

Hora pura como el oro,
Y de bastardos afectos
Exenta y libre,
Te juzga crédulo.

Intacta á sus ojos brillas.
¡Triste! que ignora indiscreto,
Que eres voluble
Más que los vientos.

De mí la tabla votiva
Que en el santuario presento,
Y al Dios marino
Rendido ofrezco;

Atestigua cómo, salvo
Ya del naufragio postrero,
Mis ropas húmedas
Del templo cuelgo.

CANCION DE ISAURA.



(TRADUCIDA DEL ITALIANO.)

Sentada al pié de un álamo,
Absorta en sus dolores,
Herida llora Isaura
De amor crudos rigores,
Miéntras las auras flébiles
Repiten su cancion.

Los arroyuelos límpidos
A sus tristes suspiros
Responden, dilatándose
En rumorosos giros;
Miéntras las auras flébiles
Repiten su cancion.

«Árbol gentil y plácido,
Tu dulce sombra presta
A mis cenizas pálidas
En la tumba funesta;
Y no repitan flébiles
Las auras mi cancion.»

PARTE TERCERA.

POESIAS DESCRIPTIVAS.

ESCENAS DEL CAMPO Y DE LA ALDEA
EN MÉXICO.

I.

INVITACION.

Pues que Elisa se aleja de la villa
Y á los amenos campos se traslada,
Para ser de los campos maravilla;

¿A quién la vida rústica no agrada?
Vamos al campo y apartada aldea,
En su divina luz toda bañada.

Naturaleza entera se recrea,
Que el signo fiel de la Doncella hermosa
Enamorado el sol ciñe y rodea;

Y la estacion ardiente y amorosa,
En dulce paz al labrador ofrece
Cosecha bien granada y abundosa.

El cándido ligustro brota y crece,
Y de favonio al espirar sonoro,
Brota la rosa y el jazmin florece.

Arrebatado de la luz que adoro
Sus pasos sigo, y regaré sus huellas
Con las amantes lágrimas que lloro.

Sedienta el alma de sus prendas bellas,
La pide al monte, á la cascada, al rio,
A la callada noche y las estrellas.

Por tí me place ya, dulce bien mío,
La sencillez de rústica labranza,
La augusta esquividad del bosque umbrío.

Bien sé que á tí mi mérito no alcanza,
Mas presumo tambien no desesperes,
Hermosa labradora, mi esperanza.

O bien seas jardinera, ó si quisieres
De zagala seguir el ejercicio,
(Siendo siempre la flor de las mujeres)

En toda ocupacion, en todo oficio,
Adorar tu beldad será mi empleo,
Con limpia voluntad, sin artificio.

Ahora me parece que te veo
Más bella, en el jardin de la cabaña,
Que pudiera fingirte mi deseo:

Ahora por la falda, en la montaña
Coger la oculta y tímida violeta,
Imágen del pudor que te acompaña:

Ahora en la espesura más secreta
Vagar, con pensamiento divertido,
Como rayo del sol en onda inquieta:

Ahora en lo apartado del egido,
Al pié del olmo, orillas de la fuente,
Escuchar de la tórtola el gemido.

Si te ofendiere hablar de amor ardiente,
No te hablaré de amor: te hablaré solo
De la tranquilidad y bien presente,
Cercados de placer, libres de dolo.

II.

LA SALIDA AL CAMPO.

¿Cómo ocultarte pudieras
De mi vista enamorada,
Si lo que encubren tus ropas
Tu belleza lo declara?

¿Pudiera no conocerte?
¿Cuándo un amante se engaña?
En mí con rasgos de fuego
Vives, Elisa, grabada.

Dejaste el traje de seda
Ornado de punto y gasas,
Y tomaste otro vestido
Sin la pompa cortesana.

Sabe que en oficios rudos
Tambien el Amor se agrada,
Y bajo paños humildes
Sus tiernas formas disfraza.

¡Qué gallarda te presentas,
Hermosísima aldeana!
¡Qué bien cogido el cabello
Trenzado en torno con gracia!

Las florecillas silvestres
Que en él entretejes y atas,
Se muestran envanecidas
De verse allí colocadas;

Y el rebozo que á tus hombros
Luce con labores varias,
Contrasta con el vestido
Simple y desnudo de galas.

Vencen en precio y estima
A las margaritas raras,
Los abalorios que llevas
A la cándida garganta.

Y la cadena que el pecho
Con dobles vueltas te enlaza,
Es muestra de la que liga
A tu voluntad las almas.

Nunca en sus amenas sombras
Miraron las selvas altas
Prodigio que así pudiese
Ser de adoraciones causa.

Ni aun al paganismo ciego,
La cazadora Diana
Se representó tan bella
Por los bosques y montañas.

La pobre choza que habitas
Es ya gloriosa morada,
Donde la hermosura reina
Con nuevos triunfos y palmas.

Mudos y en silencio miran
Tu belleza soberana
Los labradores con gozo,
Con turbacion las serranas.

Tú de la ciudad trajiste
El Amor á las cabañas.
¡Cuántos afectos se ocultan
Bajo sus techos de paja!

¡Cuántos tímidos suspiros!
¡Cuántas amorosas ansias

En estos sitios perturban
La antigua paz que gozaban!

Las quejas de los amores
Y la voz de la alabanza,
Entre los bosques resuenan
Y en las cimas escarpadas.

Vamos á la fuente, Elisa,
Oye en las floridas ramas
Las aves, que en sus gorjeos
Deidad del campo te llaman.

Oye cómo tierna arrulla
La tórtola solitaria,
Que del ausente consorte
Lamenta ya la tardanza.

Aman las floridas hiedras
Y á los árboles se abrazan,
Aman las parleras fuentes,
Y hasta los peñascos aman.

¡Qué mucho si cuanto miras
En vivas llamas abrasas!
¡Hechizo de estas riberas!
¡Incendio de estas comarcas!

Disfruta de los placeres
Con que brinda la campaña,
Y miéntras dure la siesta
Goza las templadas auras.

El césped te ofrece asiento,
Sombra la verde enramada,
Fragante aroma las flores,
Y su frescura las aguas.

III.

LA PROCESION DEL PUEBLO.

Sobre pradera florida
Cuya extension mide y sella
Selva de pinos tupida,
Al pié de la sierra erguida
Do el Orizaba descuella;

Donde el rio se dilata,
Y en sus ondas trasparentes
El cielo su luz retrata,
Está el pueblo de Maltrata[1]
Con sus huertos y sus fuentes.

Todo en él es alegría,
Todo la vista recrea,
Porque en el siguiente día
Celebra la turba pía
A la Vírgen de la aldea.

Y su Imágen Soberana
Conduce al templo con celo:
Se oye música lejana,
Suena á compas la campana
Y las esquilas á vuelo.

1 En lengua mexicana, *Matlatlan*, que significa, segun algunos, lugar de la victoria ó donde se cautivaron los enemigos. Se ignora qué hecho de la antigua historia de México haya podido dar lugar, en este caso, á tal nombre.

Los cohetes tronadores
Veloces el aire hienden,
Y entre bandas de colores,
De la enramada descienden
Al suelo lluvias de flores.

De la plaza en una esquina
Se eleva un altar vistoso,
Do á la Imágen peregrina
Alaba el coro armonioso
Y la multitud se inclina.

Tierna niña, engalanada
De traje blanco y azul,
Faja de grana preciada,
Rica sandalia calzada,
Velo á su frente de tul;

Con voz clara y argentina
Las perfecciones pregona
De aquella mujer divina,
Que Dios por Reina corona
Y en su trono la reclina.

Doble grupo se adelanta
De mozos y de doncellas
Despues, con destreza tanta,
Que do uno deja las huellas,
El otro asienta la planta;

Y extendiéndose al acento
De la flauta pastoril,
Danzan con figuras ciento,
Doblándolas al concento
Del arpa y el tamboril.

Y fingen á Moctezuma
Prisionero en su palacio,
Juguete de la fortuna;
O encantada en breve espacio
La ninfa de la laguna.

O la historia que soñaba
La doncella peregrina,
Que fué reina siendo esclava,
O en el valle de Orizaba
Las bodas de la Marina.

IV.

LA LID DE TOROS.

Aquel acto fenecido,
Anuncia un clarin sonante
Al concurso divertido,
Que se halla un toro arrogante
A la lid apercibido.

La multitud al momento
El coso rodea: se enoja
El bruto: con ardimiento
Esparce la arena al viento:
Llamas por la vista arroja.

Los ojos en torno gira,
Alta la cabeza y cuello:
Torvo los objetos mira:
Parece que en su resuello
Humo la nariz espira.

Clava una mano ligera
A su cerviz una jara:
Brama irritada la fiera,
Un ginete se la encara
Y con firmeza la espera.

Llamada de silbo agudo,
Baja la enastada frente,
Párte como rayo ardiente;
Mas luego de golpe rudo
Herida la espalda siente.

Al encuentro poderoso
Salta la lanza en astillas:
El picador animoso
Postra al bruto de rodillas,
Y él sale libre y airoso.

Al dar el golpe certero
Hurta el caballo, gallardo,
Vuelve á su puesto primero,
Y otra vez con paso tardo
Al toro provoca fiero.

Éste de nuevo se engalla,
Y en los lances que repite
Despeja el cerco y la valla:
Ya nadie con él compite,
El vulgo le mira y calla.

Hasta que desciende al coso
Nuevo toreador, que pasa
Vibrando lienzo engañoso,
Y con acero alevoso
El corazon le traspasa.

El pecho lleno de fuego,
Corriente de sangre roja
Lanza por la boca luego;
El suelo con ella moja
Trémulo y de rabia ciego.

Desangrado, no vencido,
Sin accion, sin movimiento,
Queda en la arena tendido;
Y con doliente bramido
Lanza el postrimer aliento.

V.

LA LID DE GALLOS.

Del pueblo en la opuesta parte
Tosco palenque aparece,
Cercado en torno con arte,
Que lid de gallos ofrece
Al vulgo, que á verle párte.

Y al punto que con presura
La circunferencia llena,
Saltan, llenos de bravura,
Iguales en apostura
Dos gallos sobre la arena.

Los cuellos tornasolados
Con erizado plumero,
Los penachos inflamados,
Los ojos de fuego hinchados,
Los piés armados de acero.

En torno primero giran
Bizarros, luego delante
El uno al otro, se miran,
Y con ojo centellante
Se acercan ó se retiran.

Hasta que en un punto, luego,
Arrebatados de ciego
Enojo, parten furiosos,
Como centellas de fuego
En nublados tempestosos.

Se acometen denodados,
Se atacan enfurecidos,
Cada vez más alentados,
Los pechos todos heridos,
Los flancos despedazados.

Cuando en el choque se allegan
Violentos, con iras sumas,
Cuando á la muerte se entregan,
El suelo de sangre riegan,
El aire llenan de plumas.

Vence á su rival odiado
El que fortuna prefiere;
En el polvo derribado
Queda aquel; éste á su lado
Canta la victoria y muere.

El concurso, á la armonía
De la música sonora,
Rompe en vivas de alegría,
Renovando hora por hora
Los combates de aquel dia.

De estas sangrientas escenas
La vista á Elisa no agrada,
Que son de su gusto ajenas,
Y por las huertas amenas
Sola y divertida vaga.

VI.

CARRERA DE CABALLOS.

Allá en esmaltados llanos
Corren las verdes orillas
Del rio, ginetes ufanos,

En voladoras cuadrillas
Sobre caballos lozanos;

Y en dos bandos, á la sombra
De la vistosa arboleda
Que los vallados asombra,
Cada uno un caudillo nombra
Que á sus maniobras preceda.

Sale á su puesto primero
El uno, en un negro potro,
Más que las auras ligero;
Despues, como trueno, el otro
En un alazan overo.

Con ardientes resoplidos
Y con ojos centellantes
Los brutos, ambos erguidos,
Apénas son corregidos
Por los frenos espumantes;

Y, dada la arremetida,
Arrancan los dos de un vuelo:
Tiembla la tierra batida:
Por la carrera tendida
Se eleva de polvo un velo.

Nada su furor sujeta:
Iguales buscan la gloria:
Mas toca el negro la meta
Primero, y gana completa
La palma de la victoria.

Al punto, en alto madero
Sobre la carrera alzado,
Se ofrece al concurso entero,
De largo cordel atado,
Un pajarillo ligero.

Cada ginete galopa
Para tomarlo en la mano,

Mas el pájaro liviano
Burla á la porfiada tropa
Alzándose al aire vano.

Y la burla se dilata,
Hasta que sagaz alguno,
Que sus intentos recata,
Acecha un lance oportuno
Y á la avecilla arrebata.

Sale del estadio fuera
Veloz, tras él precipita
El concurso su carrera,
Con algazara y con grita
Por la inclinada ladera.

De voces el estallido
Y el aplauso estrepitoso,
Por los ecos repetido,
Suenan en el bosque umbroso
Y en el monte y el egido.

VII.

EL MERCADO.

La lumbre del sol hermosa
Deja el imperio del cielo
A la sombra temerosa,
Pero la noche amorosa
Tiende su estrellado velo.

Muestra apénas su camino
La nueva luna en la esfera,

El lucero vespertino,
Sobre la alta cordillera,
Lanza su rayo divino.

Dibujan las llamas puras
De encendidas luminarias,
Entre las sombras oscuras,
En bien marcadas figuras
Del pueblo las calles varias.

Las que desde el monte vistas
Por sorprendido viajero,
Forman á sus ojos listas
De trémulo reverbero
Y de fantásticas vistas.

Miéntras el templo sagrado
Lleno de piadosa gente,
Brilla, de luz inundado,
Con las antorchas fulgente,
Con incienso perfumado;

Miéntras el acorde coro
Hace que su voz concuerde
Con el órgano sonoro,
Y ora su acento se pierde,
Ora domina, canoro:

La multitud se derrama
Y á opuestos puntos camina,
Donde el placer la reclama,
O la novedad la llama
En cada calle y esquina.

En puestos y aparadores,
Y de la plaza en las fuentes
Brillan vasos de colores,
Y botellas trasparentes
Con embriagantes licores.

Junto al barnizado tarro
Que guarda dulce conserva,

Brilla en búcaro bizarro
Agua helada, que reserva
El grato olor de su barro.

Vénse en formas desiguales,
De azúcar cándida y leve
Los esponjosos panales,
Y en porcelana y cristales
Los blancos grumos de nieve.

Acá en hileras tendidas
Están en limpias esteras
Naranjas de oro encendidas,
Limas cual cera, y teñidas
De vivo carmin las peras.

Allá, como la esmeralda,
Los limones aparecen,
Las manzanas como gualda,
Las fresas, que tiernas crecen
Del monte en la húmeda falda.

Tambien la encarnada guinda,
La nuez de dura cubierta,
La fruta del moral linda,
Y la granada, que abierta
Todos sus tesoros brinda.

En fin, á los ojos lucen
Cuantos de aquellos confines
Los huertos frutos producen,
Y las flores, que relucen
En sus cerrados jardines.

Donde rosas y azahares
De aromas forman corrientes,
Y disipan los pesares
Las aves con sus cantares,
Con su murmullo las fuentes.

VIII.

LOS VOLATINES Y LOS FUEGOS.

A la gente entretenida
En la plaza, se presenta
Sobre maroma tendida
Diestro volatin, que ostenta
Su habilidad conocida.

De relumbrones vestido,
Entre las sombras resalta
De vivas luces herido;
Y parece, cuando salta,
De oculta fuerza movido.

Y redobla más y más,
Sobre la cuerda vibrante,
De la música al compás,
Sus mudanzas adelante,
Mortales saltos atrás.

Otro, en columpio elevado,
Como fantasma aparece
De dos antorchas armado,
Y en su frente resplandece
Alto penacho dorado.

Desde la altura se arroja
Como águila, ó se levanta
Como se levanta la hoja,
Cuando el vendaval quebranta
Las selvas y las despoja.

Ya sólo de un brazo asido
Tan raudo el espacio hiende,
Que apénas es percibido;
O sólo de un pié prendido
El cuerpo en el aire tiende.

Entre gracioso y grosero,
De almagre el rostro manchado,
De piramidal sombrero,
De vestido abigarrado,
El payaso lisonjero:

Ganar aplausos procura
Cuando al volatin imita,
Y sus dichos y apostura,
Y su grotesca figura
La risa del pueblo excita.

A la muchacha liviana
Con brazo atrevido ciñe,
O toca la barba cana
Del viejo, ó bien á la anciana
De moras la cara tiñe.

En esto ocupa la escena
Danza de duendes y enanos,
Que de regocijo llena,
Al retozar en la arena
Forma círculos livianos.

Y sus mudanzas precisa
Un guía rechoncho y lleno,
De faz encarnada y lisa,
En cuyos labios la risa
Anuncia un nuevo Sileno.

En medio de ellos se pára
Con su cabellera blonda
La enana de linda cara,
Y cantan con algazara
Y bailan á la redonda.

Quién á la enana se allega
Y la requiere de amores;
Quién sus presentes la entrega
Y donde su planta llega
Cubre la tierra de flores.

Todo es burla, todo es risa,
Todo es donaires y juegos;
En esto un repique avisa,
Que llega la hora precisa
De dar principio á los fuegos.

Los que forman con sus brillos
Y luces y tornasoles,
Ora lucientes anillos,
Ora refulgentes soles,
Ora vistosos castillos.

Ora en áspera batalla,
Figurada en cerco breve
Dentro de cerrada valla,
Acompañado de leve
Relámpago, el trueno estalla.

No hay ave que se remonte
Tanto, como en altos giros,
Que abrazan el horizonte,
Se elevan fogosos tiros,
Y herido retumba el monte.

Y baja desde la altura
Lluvia tal de luces bellas,
Que vence con lumbre pura
En número y hermosura
A las brillantes estrellas.

Apénas la luz espira,
Cuando en silbos se desata
El vulgo, que aquesto mira,
Que así es como el vulgo trata
Al que á complacerlo aspira.

Tras el estruendo y rumores
Vino silencio profundo,
Y sombras tras los fulgores:
Así pasan de este mundo
Los mentidos resplandores.

IX.

LA SERENATA.

Sobre los mares de Oriente
Los dos gemelos hermosos
Alzan la estrellada frente,
Y por los bosques frondosos
Vaga templado el ambiente.

Junto al redondo vallado
De césped compuesto y piedras,
De altos cedros coronado,
Donde forman enrejado
Los laureles y las hiedras;

En cuyo fértil asiento
La fuente que lo acompaña
Tiene alegre nacimiento,
Y la sencilla cabaña
Halló fácil fundamento;

En cuyo verde recinto
Las corrientes y las flores
Hacen grato laberinto,
Derramando sus olores
La mosqueta y el jacinto;

Allí la ilustre belleza
De Elisa reside y mora,

Y allí la naturaleza
De las gracias que atesora
Hace muestra con largueza.

En silencio y alto olvido
El orbe todo descansa,
Y mi dulce bien, dormido
Al soplo del aura mansa,
Reposa en lecho florido.

En su corazon, el sueño,
De envidia exento y de agravios,
Infunde dulce beleño,
Y con el dedo en los labios
La vela el Amor risueño.

Un pecho que la adoraba
Rompió el silencio á deshora,
Y así esta letra cantaba,
Que su pasion declaraba
Al són de una arpa sonora:

¡Oh, tú, que duermes en casto lecho,
De sinsabores ajeno el pecho,
Y á los encantos de la hermosura,
Unes las gracias del corazon:
Deja el descanso, doncella pura,
Y oye los ecos de mi cancion!

¿Quién en la tierra la dicha alcanza?
Iba mi vida sin esperanza,
Cual nave errante sin ver su estrella,
Cuando me inundas en claridad;
Y desde entónces, gentil doncella,
Me revelaste felicidad.

¡Oh, si las ansias decir pudiera
Que siente el alma, desde que viera
Ese semblante que amor inspira,

Y los hechizos de tu candor!
Mas, rudo el labio, torpe la lira,
Decir no pueden lo que es amor.

Del íris puede pintarse el velo,
Del sol los rayos, la luz del cielo,
La negra noche, la blanca aurora,
Mas no tus gracias ni tu poder;
Ni ménos puede de quien te adora
Decirse el llanto y el padecer.

Amor encuentro do quier que vuelva
La vista, en torno: la verde selva,
Florido el prado y el bosque umbrío,
La tierna yerba, la hermosa flor,
Y la cascada, y el claro rio,
Todos me dicen: amor, amor.

Cuando te ausentas, el campo triste
De luto y sombras luego se viste;
Mas si regresas, la primavera
Hace sus galas todas lucir:
¡Oh, nunca, nunca de esta ribera,
Doncella hermosa, quieras partir!

Ya los primeros albores
Del nuevo dia, en Oriente
Se mostraban superiores,
Y de rayos brilladores
La Aurora ornaba su frente.

Gotas de claro rocío
Calmaban, sobre las hojas
Los ardores del Estío,
Y las amapolas rojas
Besaba el céfiro frío.

La luz el Oriente dora,
Y á los acentos suaves
De la cancion, que enamora,
Siguió la voz de las aves
Cantando á la nueva aurora.

X.

EL BANQUETE DEL PUEBLO.

Al pié del olmo eminente,
Cuyas ramas protectoras
Se mecen al fresco ambiente,
Y del calor en las horas
Cubren la parlera fuente;

Donde de piedra los caños
Vierten el agua que ondea
Límpida, en pozas y baños,
En que abrevan sus rebaños
Los zagales de la aldea;

En la pradera repuesta,
A quien su sombra y adorno
El bosque florido presta,
Do las pastoras en torno
Vienen á pasar la siesta;

Bajo la enramada umbrosa
Que el fuego del sol detiene,
A la turba bulliciosa
Un banquete se previene
En una mesa espaciosa.

Entre los sauces copados
Excitan el apetito
Sobre fogatas asados,
Aquí los grandes venados,
Allí de leche el cabrito.

De aparadores groseros
Cuelgan las aves sin plumas,

Desollados los corderos,
Y herborosos los calderos
Rebosan con las espumas.

Junto á las brasas ardientes
Se ven trozados novillos
En asadores valientes,
Y á su derredor, calientes
Gazapos y lechoncillos.

Quién pone en tendida banca
La masa en sartenes frita,
Quién hojas de harina blanca
Que cubre miel exquisita,
Vertida con mano franca.

Sin restriccion se permite
La entrada á la alegre tropa,
Y el despensero repite
Licores, de copa en copa,
Y á cada niño un confite.

Con regocijo y llaneza
El cerco todo corona
La turba; el banquete empieza
A empanada por cabeza,
Y á conejo por persona.

A la cabeza se sientan
El gobernador y el cura,
Que sin rigidez ostentan
Su alto carácter, y alientan
Esparcimiento y holgura.

En los corrillos dispersos,
Entre aplausos á millares,
Resuenan bríndis diversos,
Y canciones populares
En desaliñados versos.

Aquel, la fogosa llama
Revela de amor felice;

Aqueste en celos se inflama;
Otro los hechizos dice
De la labradora que ama.

En esto, un viejo entesado,
Revuelto y largo el cabello,
El vestido arrebujado,
Con un cangilon al cuello,
Con un tamboril colgado;

A su compás va marcando
Sus pisadas, temulento,
Y en sus saltos va mostrando
Que de placer y contento
Su pecho está rebosando.

Va de una tropa seguido
Que representa festiva,
Ante el concurso lucido,
Nuevo drama prevenido
Del *Robo de la Cautiva.*

En que se figura al vivo
El rapto de la doncella
Llena de dulce atractivo;
De la madre la querella,
Al amante fugitivo;

Su lance en las sombras pardas
De antigua selva temida,
Do entre tiros y alabardas
Trabaron lucha reñida
Contrabandistas y guardas:

Su encuentro con la hechicera
Que saliéndole oportuna,
Le predijo lisonjera
Mudanzas de la fortuna
Para la luna primera:

Cuando en el lago salado
El canto oyó de una ninfa,

Que sobre barco encantado,
De laureles coronado,
Pasó cortando su linfa:

Cuando del monte en la falda
Alzarse vió una floresta,
Y en sus ramos de esmeralda
La serpiente, que le asesta,
Se le convirtió en guirnalda.

Y el juez que lo solicita
Por las quebradas y peñas,
Y el mozo, que su ira evita,
Acogiéndose, entre breñas,
A la venerada ermita;

Donde mediando el empeño
De los notables y el cura,
Dejan los padres el ceño,
Y lo recibe por dueño
La reina de la hermosura.

Puso á la funcion presente
Fin el sol, que ya bajaba
Del alto zenit fulgente,
Y de oro y luz retocaba
Los celajes de Occidente.

LOS PLACERES DEL CAMPO.

A LA SEÑORITA G. P S.

Orizaba, Junio de 1850.

¿Saber, mi tierna amiga,
Deseas de qué suerte
Tu amiga en estos sitios
Sus ocios entretiene?
Te lo dirá mi pluma
En estos rasgos breves,
Que á tí mi amor envía,
De mi cariño ausente.
De los montes me agrada
La soledad solemne,
Y del humilde valle
Las escenas alegres.
Del Encinar selvoso
Las vistas me sorprenden,
Me placen de Ojozarco
Los bosques de ahuehuetes.
Ya miro de Rio Blanco
Las túrbidas corrientes,
Que hinchadas y sonantes
El pié del monte hieren,
Y cubiertas de espuma
Su raudo curso tuercen.
Otras veces visito
La cristalina fuente,
El perfumado soto,
Los prados siempre verdes.

El cabritillo tierno
Trisca por la pendiente,
O bala el corderillo
Que de su sombra teme.
El mayoral, las vacas
Hace al zagal que ordeñe,
Que en tarros espaciosos
Corte la blanca leche,
Y luego la cuajada
En las encellas prense.
Allá de risco en risco
Salta el venado agreste,
Los perros lo persiguen,
Y el cazador lo hiere.
El potro al estallido
La crin al aire tiende,
Y salva los vallados
Y corre por la mieses.
Mas cuando al medio dia
Fulmina el sol ardiente
Más alto, sus ardores
Y hace las sombras breves,
Entónces en el bosque
De sauces y cipreses
Que el blando viento agita
Y el aura dulce mueve;
En la extensa enramada
Que hiedras entretejen,
A las aves escucho
Que cantan dulcemente.
Ya tomo del cercado
De mirtos y laureles
Ramos que lo coronan,
Flores que lo embellecen.
El niño, del estanque
El agua trasparente
Turba con piedrecillas
Que en círculos la mueven.
De allí la garza miro
Que baja sobre el césped,

O en la agua se retrata
Más blanca que la nieve:
Y miro la paloma
Veloz que el aire hiende,
Cómo en las eras posa,
Cómo á mi mano viene.
La parva con el bieldo
El trillador impele,
Cae el dorado grano,
Vuela la paja leve.
Siguiendo por la tarde
Las yuntas de los bueyes,
Hallo en los nuevos surcos
Regadas las simientes.
Al paso del ganado,
Regresan á su albergue
Cansados labradores,
Pastores diligentes.
El indio, del mercado
Sobre el asnillo vuelve,
Cantando medio beodo
Con la guitarra: alegre
Le sigue la aldeana
Formando ramilletes
O tejiendo guirnaldas
De flores diferentes.
Ocúltase el sol claro,
Los vientos enmudecen,
Y dilatan sus sombras
Los montes eminentes.
La noche silenciosa
Su negro manto extiende,
Y con trémulas luces
Los astros resplandecen.
Entónces me retiro
Tranquila á mi retrete,
Do ajenos de cuidados
En paz mis hijos duermen.
Ya te he pintado, amiga,
Mis paseos campestres:

Descríbeme tú ahora
De México la peste;
Asunto pavoroso
Que el ánimo estremece,
De congoja terrible,
De lucha con la muerte,
Pero tambien muy propio
Para un pincel valiente.

A LA SEÑORITA J. P. S.

México, Julio 14 de 1850.

Los armoniosos ecos
Que tu laúd modula,
Entre aromosas flores
Y soledad augusta,
En alas de las brisas
Que respiré en mi cuna
Vinieron, tierna amiga,
A disipar las mustias
Imágenes amargas
Con que mi mente lucha.
Dichosa tú que vives
Cercada de ventura,
Léjos del vulgo vano
Y de su pompa insulsa.
Allí en el campo pasas
Horas que el alma endulzan
Ya en inocentes ocios
O en plácidas lecturas.

Teócrito y Virgilio
Tu fantasía ocupan,
Ya con amenos cuadros,
O máximas que ilustran;
Miéntras tu amiga bebe
La copa de amargura,
Al presenciar escenas
Que el ánimo conturban.
La destructora peste
Que el universo inunda,
A México la hermosa
Fatídica atribula.
Al decrépito anciano
Que el netezuelo arrulla,
Cual tronco venerable
El Cólera derrumba.
La tímida doncella
Gime presa de angustias,
Y sus doradas dichas
Se apagan en la tumba.
El jóven animoso,
De su familia ayuda,
Cae cual fuerte encina
Que hiende la hacha ruda.
En el materno seno
¡Ay! en balde se escuda
El inocente niño
Que con caricias puras
De sus amantes padres
Las lágrimas enjuga.
Las vírgenes del claustro
Que al Dios de las alturas
Piden con fe cristiana
Suspenda su ira justa,
Yacen cual azucenas
Que troncha espesa lluvia;
Y el cenobita austero
Fuerza es tambien sucumba,
Para que el hombre borre
Con lágrimas sus culpas....

¿Por qué, Señor, los buenos
Que tu piedad anuncian
Se pierden cual los rios
Del mar en la onda turbia?
En la mansion del crímen,
¿Por qué la plaga impura
No mata con su aliento
A quien tu ley insulta?
El duelo y la tristeza
Por do quiera circulan,
Y en áridas vigilias
Paso la noche muda.
Apénas en Oriente
El nuevo sol alumbra,
Melancólicas nuevas
Mis oídos escuchan.
Ya el esposo á la esposa
Lamenta moribunda,
Y el tálamo abandona,
Que es yerta sepultura.
Busca el huérfano al padre
Y el padre al hijo busca,
Y quejas doloridas
Triste el aire murmura.
Como aves espantadas
Que vil milano asusta,
Y el blando nido dejan
Y los espacios cruzan,
Así vagan las gentes
Atónitas, confusas,
Sin encontrar alivio
En situacion tan cruda.
El sabio diligente
Se pierde en conjeturas,
Y en negro abismo se hunde
En cuanto más se encumbra.
La medicina es ciencia
De arcanos y de dudas;
Compréndela tan sólo
La Omnipotencia suma.

¡Quién sabe cuántos años
El cielo tendrá ocultas
Las luces misteriosas
Que al Cólera destruyan!
Éstas, mi bien querido,
Son las escenas diurnas
Que á mis ojos se ofrecen
Y el corazon me punzan.
Líbrete el Ser Supremo,
Con la familia tuya
En esos sitios gratos,
De tan tremenda furia:
Y tu laúd sonoro
Alegre otra vez pulsa;
Que en alas de las brisas
Que respiré en mi cuna,
Vendrán tus dulces versos
A disipar las mustias
Imágenes amargas
Con que mi mente lucha.

LAS FLORES.

I.

A UNA ROSA.

Te espejas en la fuente bullidora,
La tierra te es propicia,
Y bañada en el llanto de la aurora,
El aura te acaricia.

A vivir, flor hermosa, te apresura:
El ramo en que descuellas
El imperio tendrá de la hermosura
Sobre las flores bellas.

¿Mas qué digo, insensato? Flor graciosa
¡Ay! tu vivir difiere:
Observa que la vida no reposa,
Y cuanto nace muere.

El mismo sol que iluminó tus galas
En polvo te convierte,
Y ligera á la nada te resbalas
Al soplo de la muerte.

Elisa, como tú, flor delicada
Hora espléndida brilla,
Y acaso, en juventud, será cortada
Por la fatal cuchilla.

Desciende en tanto de tu tallo hermoso,
De ámbares puros lleno,

Y encontrarás asiento más precioso
En su inocente seno.

Ostenta en él tus vívidos colores
Tus aromas la brinda,
Serás la más felice de las flores,
Como eres la más linda.

Sea su pecho trono de tu gloria,
Y tu sepulcro sea:
Mi amor envanecido, igual victoria,
Igual muerte desea.

¡Cuánto envidio tu suerte! Desprendida
Del ramo en que nacieras,
Volverás con su aliento á nueva vida,
Cuando marchita mueras.

¡Dichosa si tu púrpura resalta
En su mano de nieve!
¡Dichosa si con lágrimas esmalta
Tu cerco ardiente y breve!

Si el asilo quisiese audace mano
Turbar, do te reclinas,
Castiga al punto su anhelar liviano:
Clávala tus espinas.

II.

LA FLOR DE LA VERBENA.

Miéntras galana rosa de ámbar llena
Roba la admiracion, la vista encanta,
Y envanecida ¡oh Elisa! se levanta
Tu frente á coronar, siempre serena;

Con cuánta timidez sobre la arena
A tus pasos modesta se adelanta,
Solo para besar tu breve planta,
Tímida y temblorosa la verbena!

Así mi corazon sobrecogido
De temor, enfrenando su deseo,
Te adora en soledad y triste olvido;

Ni sabe ambicionar más alto empleo,
Que vivir á tus leyes sometido,
Y de tus plantas ser noble trofeo.

III.

LA AZUCENA.

Flor, para honor nacida
De mi retiro, en la estacion amena,
Imágen de mi vida,
Alivio de la pena,
Objeto de mi amor, blanca azucena:

En tu seno, adornado
De gotas de rocío y granos de oro,
Miro representado
El virginal decoro
De la deidad bellísima que adoro.

Gratos son los colores
Con que naturaleza adorna y pinta
La variedad de flores,
Bañándolas, distinta,
En tierno azul, ó en nacarada tinta.

Mas nada hay que recuerde
Al corazon la dicha á que se lanza
Cual tú, que en tallo verde
Unes con blanda alianza,
A inocente candor tierna esperanza.

———

¡Ay! tu dulce memoria
¿Acaso pasará marchita y yerta
Cual sombra transitoria?
No, que apacible y cierta
Siempre en mi mente vivirá despierta.

———

Existe una hermosura
Que el tiempo volador nunca arrebata,
Y graba su figura
En el alma, que grata
La conserva y por siglos la dilata.

———

¡Ah! siempre que yo mire
El cielo de zafir, la agua serena,
O la belleza admire
Que el ánimo enajena,
Me acordaré de tí, blanca azucena.

———

Alguna vez mi amada,
Ya no en la tierra estampará su huella:
Será del suelo alzada
A otra morada bella,
Como se alza del mar fúlgida estrella.

———

Tú tambien, flor preciosa,
Acaso volverás en aquel dia
A renacer hermosa,
Y en la mano graciosa
Reposarás de la adorada mia.

IV.

EL CLAVEL.

Encendido clavel, que entre las flores,
Reflejando de luz rayos activos,
Despiertas en mi pecho afectos vivos;
Sangre del corazon son tus colores.

Derramando gratísimos olores,
Los labios copias de mi bien, esquivos,
Que, llenos de risueños atractivos,
Huyen de la impresion de los amores.

Si llegara tal vez mano atrevida
A turbar tu existencia y tu sosiego,
Dejándote del ramo dividida:

Piadosa entónces á mi ardiente ruego,
Diérate Elisa con su aliento vida,
Yo con mis ojos abundante riego.

V.

EL LIRIO AZUL.

Bañado en la luz de Oriente
Entre aromas que desata
El soplo del fresco ambiente,

Sobre el agua se retrata
El lirio azul de la fuente.

En él, como tras un velo,
Veo la mano del Criador,
Que quiso hacer que en el suelo
Reprodujese una flor
Las blandas tintas del cielo.

Los ojos todos la miran,
La halaga el viento sonoro,
Las aves tiernas suspiran,
Y las mariposas giran
En torno, con alas de oro.

Allí mi pasion sincera
Imágen halló oportuna
De la que amante venera:
Hermosa cual la primera,
Gallarda como ninguna.

La que si de azul se viste
Prendiendo á su frente un velo
Que de estrellas la reviste,
Parece que al suelo asiste
Númen bienhechor del cielo.

La dulce modestia anhela
Tomar de ella sus colores,
Su propio pudor la cela,
Y en su derredor revuela
Festivo enjambre de amores.

Vierte en tus hojas la aurora
¡Oh lirio! sus perlas bellas,
El sol de rayos te dora,
Y coronada de estrellas
La noche tu muerte llora.

Si un momento fugitivo
A tu existencia señala

La mano del tiempo esquivo,
Amor te da su atractivo,
Natura te da su gala.

Ostentas en horas breves
Largas edades de gloria,
Y en los afectos que mueves
Dejas siempre en la memoria
Grabadas tus formas leves.

Desde hoy con amante empeño
Te conservará la mia
¡Dádiva de amor risueño!
En belleza y alegría
Semejanza de mi dueño.

VI.

LA VIOLETA.

En la parte del huerto más secreta,
De verde césped en mullida alfombra,
Apartada de todos, á la sombra,
Florece humilde la feliz violeta.

A la ley del recato allí sujeta,
De ser hallada, tímida, se asombra;
Mas si inocente amor la busca y nombra,
Dulcísimos afectos le interpreta.

¡Oh flor! hija mimada del retiro,
Que hermanas el pudor al sentimiento,
Tierna imágen del bien por que suspiro:

Déjame en tí gozar por un momento,
En tu gracia las gracias que la admiro,
Y en tu olor los olores de su aliento.

VII.

LOS JAZMINES.

A las rejas que dan á los jardines
Do está de Elisa el camarin sagrado,
Suben entrelazados los jazmines.

El ancho muro, de carmin pintado,
Con blanquísimas flores aparece
Y ramos de esmeralda entapizado.

¡Ay! cuando mi deidad allí aparece
Y la aurora de blanda luz la baña
Que en el sereno cielo resplandece,

El ramo que más cerca la acompaña,
Duplicando en la sombra la figura,
Su frente de ligera tinta empaña.

Al rojo manto y blanca vestidura
Allá otros ramos, á la luz opuestos,
Estampan caprichosa bordadura.

¡Oh encantos á mis ojos manifiestos!
¡Oh tersa frente donde mora el dia!
¡Oh dulce sonreír y ojos modestos!

Vosotros me seréis desde este dia
Ejemplar de belleza soberana,
Recuerdo vivo á la esperanza mia.

Las flores que produjo la mañana
Mirad, desde los cercos que describen,
Saludar á su linda soberana.

De su lumbre inmortal vida reciben,
De su aliento el aroma que atesoran,
Y aquello que la gozan, eso viven.

Si la pierden, sus hojas descoloran,
Enmudece la fuente cristalina,
Suspira el viento y los amores lloran.

Mirad de aquel jazmin que se la inclina,
Cómo el albo color de blanca nieve
Contrasta con su boca purpurina.

El aura blanda se le acerca leve,
Y al intentarla acariciar, liviana
Los blandos rizos en su cuello mueve.

Mirad cómo, ella al dirigir la mano
Al rostro virginal, que me enajena,
Y el cabello librar del soplo vano;

En el brazo, más blanco que azucena,
Desvanecida con perfil distinto,
Corre tendida la azulada vena.

No más gracioso, en círculo sucinto,
Mezcla el cándido lirio el color tierno
Que el íris celestial lleva en su cinto;

Ni más pura la nieve en el invierno
Copia el dulce zafir del cielo claro,
Al descubrir el sol su rayo eterno.

Nunca te olvidaré ¡portento raro!
En mí tu imágen vivirá divina,
Del amor ideal cierto reparo.

El labio tus grandeza vaticina,
La lira tierna tu belleza canta,
El corazon tus dichas adivina.

Cuando llegare á penetrar tu planta
De la áurea eternidad en los confines,
La gloria, que en sus alas te levanta,
Te cercará de rayos y jazmines.

SITIOS Y ESCENAS DE ORIZABA Y CORDOBA.

I.

LAS CUMBRES DE ACULCINGO.

Desciende de la excelsa cordillera
Al valle profundísimo el camino,
Trozando bosques de laurel y pino
Que revisten sus cumbres y ladera.

Baña de luces la inflamada esfera
El uno y otro monte convecino,
Y el arroyo que baja cristalino,
Y el pintoresco pueblo y la pradera.

Y prosigue la senda dilatada
Entre las aguas y arboleda umbría,
Que llenan de frescura la cañada;

Y al fin de la calzada y la alquería
Descúbrese la villa celebrada,
Mansion feliz de la adorada mía.

II.

LA FUENTE DE OJOZARCO.

Sonora, limpia, trasparente, ondosa,
Naces de antiguo bosque ¡oh sacra Fuente!
En tus orillas canta dulcemente
El ave enamorada y querellosa.

Ora en el lirio azul, ora en la rosa
Que ciñen el raudal de tu corriente,
Se asientan y se mecen blandamente
La abeja y la galana mariposa.

Bien te conoce Amor por tus señales,
Gloria de las pintadas praderías,
Hechizo de pastoras y zagales.

¿Mas qué son para mí tus alegrías?
¿Qué tus claros y tersos manantiales,
Si solo has de llevar lágrimas mías?

III.

EL RINCON DE LAS DONCELLAS.

No de historia falaz mi voz te informa:
Pasajero, en el prado que hora huellas
Moraron otro tiempo dos doncellas,
A quienes sangre y amistad conforma.

Una, cuando el amor su pecho norma,
Muerto su amante, se exhaló en querellas:
Otra, al unirse con lazadas bellas,
Dejó al sepulcro su terrena forma.

De ambas la suerte compasion inspira,
Y memoria quedó de sus anhelos
A la fuente y al bosque que suspira:

Aun la noche recuerda sus desvelos,
Que en silencio, á la luna, se las mira
Con guirnaldas de adelfa y blancos velos.

IV.

RIO BLANCO.

Tú, cuyas aguas bajan sonorosas
En crecido raudal de la montaña,
Y dilatas tu curso en la campaña
Coronado de selvas espaciosas:

Deja que en tus orillas venturosas
Mi pena explaye. El llanto que me baña,
Mezclado á tus corrientes, te acompaña
Hasta el salado mar donde reposas.

Por entre riscos y asperezas, veo
Que llegas á tu término prescrito,
Despues de describir ancho rodeo:

Sólo mi padecer es infinito,
Pues vagando sin tino ni deseo,
El bien no llego á ver que solicito.

V.

UNA MADRUGADA
DESPUES DE UNA NOCHE DE LLUVIAS.

Oculta de las Pléyades el coro
Tras el nevado monte sus centellas,
Y á la Aurora dirige sus querellas,
Enamorado el Céfiro sonoro.

Ella, á su encuentro, con gentil decoro
Tiende los brazos y las alas bellas,
Adornando su túnica de estrellas,
La frente de laurel, las plantas de oro.

Y las lluvias y el trueno retumbante,
Rasgado de la noche el negro velo,
Ceden al rayo de la luz brillante:

De vivo nácar se ilumina el cielo,
Y derraman el uno y otro amante
Rosas y perlas del ameno suelo.

VI.

UNA NEVADA
EN LAS CUMBRES DE AHUATLAN.

Cuando lejano el sol, círculo breve
Describe, en la region polar del Noto,
Pensativo me entré al lugar remoto
Donde el tirano Amor me arrastra y mueve.

De repente, al soplar el aura leve,
De los vientos cesando el alboroto,
Ví en la cuesta, en el prado y en el soto,
En blandos copos descender la nieve.

Ví la selvas que pueblan la alta cumbre,
Bajo el imperio de estacion umbría,
Trabajar con la nueva pesadumbre;

Y ví, pasada la tiniebla fría,
Bañar la frente, con su viva lumbre,
Al monte helado el luminar del día.

VII.

NOCHE SERENA.

(EN ORIZABA.)

Detras de ese elevado monte oscuro
La luna oculta ya su hermosa cara:
El postrer rayo de su lumbre clara
Baña de Elisa el silencioso muro.

La esfera inmensa, sin nublado impuro,
Toda su gloria y majestad declara:
En ella imperan con belleza rara
La excelsa Vírgen y el radiante Arcturo.

Por la tendida selva cruza el rio,
Cuyo murmurio plácido y sonante
En sus alas difunde el viento frio.

¡Cuántos placeres, ay, en este instante
Naturaleza ofrece al dueño mio!
¡Cuántas meditaciones á su amante!

VIII.

EL MOLINO Y LLANO DE ESCAMELA.

Tibia en invierno, en el verano fría
Brota y corre la fuente: en su camino
El puente pasa, toca la arquería,
Y mueve con sus ondas el molino:

Espumosa desciende, y se desvía
Despues, en curso claro y cristalino,
Copiando á trechos la enramada umbría
Y el cedro añoso y el gallardo pino.

Míríase aquí selvosa la montaña:
Allí el ganado ledo, que sestea,
Parte en la cuesta y parte en la campaña.

Y en la tarde, al morir la luz febea,
Convida á descansar en la cabaña
La campana sonora de la aldea.

IX.

LA CASCADA DE RINCON GRANDE.

De Tilapa el arroyo cristalino,
Rompiendo en grumos de azulada plata,
De peñasco en peñasco se desata
Sobre el ancho raudal del rio vecino.

Nuevas y nuevas aguas de contino
Mantienen la sonante catarata;
Y una y otra corriente se dilata,
Luchando en espumoso remolino.

¡Oh sitio encantador! El sauce hermoso
Sombra te presta, y el aliso verde
Te cubre con sus ramas tembloroso.

¿Al verte habrá quien la ciudad recuerde?
Ofreces soledad, placer, reposo,
Y suspira el Amor cuando te pierde.

X.

LA CASCADA DE BARRIO NUEVO.

Crecida, hinchada, turbia la corriente
Troncos y peñas con furor arrumba,
Y bate los cimientos y trastumba
La falda, al monte de enriscada frente.

A mayores abismos impaciente
El raudal espumoso se derrumba:
La tierra gime; el eco que retumba
Se extiende por los campos lentamente.

Apoyado en un pino el viejo Rio,
Alzando entrambas sienes, coronadas
De ruda encina y de arrayan bravío;

Entre el íris y nieblas levantadas,
Ansioso por llegar al mar umbrío,
A las ondas increpa amotinadas.

XI.

LOS REBAÑOS TRASHUMANTES.

Hora que el campo por la nieve pierde
En la alta sierra sus preciosos dones,
Vuelve alegre el pastor á estas regiones:
¿Quién hay que, si las vió, no las recuerde?

Para que el bien con el placer concuerde,
Al compás de las flautas y canciones,
Se derraman los cándidos vellones,
Con pié lascivo, por el prado verde.

Coronados de flores los sombreros,
Van los zagales al redil amigo
Donde ántes recogieron los corderos:

Llegan al sitio, de su amor testigo;
Y les guian los altos cocoteros
Al siempre quieto hogar, que les dió abrigo.

XII.

LAS AVES DE PASO.

Ya del Norte las aves dan la vuelta
A do eterno verdor los prados pinta:
En larga sucesion pasa, distinta,
Una y otra veloz bandada suelta.

En diversas figuras desenvuelta
Describe cada cual, de oscura tinta,
Entre las nubes voladora cinta,
O en el sereno azul movible delta.

Salido el sol, al trasponer la luna,
Desde la inmensa altura ven con gozo
Solitaria, entre montes, la laguna.

Y á sus aguas con plácido retozo
Descienden, revolando una á una,
Y sucede al cansancio el alborozo.

XIII.

EL MONTE VÍRGEN EN EL SITIO LLAMADO LA PERLA.

Allá en lo oculto de la Perla umbría,
Por el humano pié nunca pisada,
Do apénas en la selva enmarañada
Se atreve á penetrar dudoso el dia:

Donde se eleva á la region vacía
La ceiba, de los rayos abrasada,
Y la tierra, de helechos tapizada,
Inspira al corazon melancolía:

A la luz de la tarde moribunda,
Del pájaro silvestre á los gorjeos
Y al canto de paloma gemebunda;

Recatada á vulgares devaneos,
El alma siente, con pasion profunda,
De amor y de virtud castos deseos.

XIV.

LA VISTA DE CUAUTLAPAM.

Dejando la montaña y la espesura,
Elisa, descendamos á la vega,
Do el céfiro fugaz sus alas pliega
En gratos laberintos de verdura.

A espejarse en el agua, que murmura,
La voladora garza baja y llega:
Bajo las sombras el pastor congrega
La mansa grey, miéntras la siesta dura.

Desde el alto camino, que declina
Serpeando entre chozas y labores,
Mira llena de plantas la colina;

Siembras de caña, juncos vividores,
La enramada, que al muro se avecina,
Y cubre tu mansion de nuevas flores.

XV.

EL CAMINO DE ORIZABA A CÓRDOBA.

Del Orizaba fértil á la espalda
Que erizada de cedros se defiende
De los rayos del sol, la vía se extiende
De una á la otra ciudad, sobre la falda.

El naranjo sus ramas de esmeralda,
Y el plátano vivaz sus hojas tiende
Aquí y allí. De trecho en trecho pende
La hiedra, que hace al valladar guirnalda.

Por ingenios de caña y cafetales,
Ya mansos, ya turgentes, van los rios,
Que más allá despeñan sus raudales;

Y cabañas, ganados, laboríos,
Pueblos, valles y alturas desiguales
Encantan por do quier los ojos mios.

XVI.

MEMORIAS DE ELISA.

A VISTA DE SU PATRIA.

Bello es, sin duda, ¡oh Córdoba! tu suelo,
Rico en plantas, en bálsamos y olores;
Bellos tus frutos son, bellas tus flores,
Blanda la luz de tu apacible cielo:

Mas nada es comparable á aquel modelo
De toda perfeccion, perla de amores,
La causa de mi gozo y mis dolores,
Orígen de mi afan y mi desvelo.

En tí nació la lumbre soberana,
La que á mis ojos manifiesta, sóla,
Cuanto bien es posible en gloria humana:

La que une, entre las prendas que acrisola,
Al tierno corazon de mexicana,
La noble majestad de una española.

XVII.

UNA PESCA EN OMEALCA.

Hora que ardiente el sol su faz retrata
En el sonoro rio, onda por onda,
Deja que el bosque de su ardor te esconda,
A la márgen, mi bien, con sombra grata.

Esperto el pescador la red desata,
La arroja, y mueve el agua á la redonda,
Hurtando á la mansion turbada y honda,
Con la malla sutil peces de plata.

Tú tambien, otro y otro, al verde suelo
Sacarás, de las pozas donde mora,
Con la dorada caña y el anzuelo;

Que si la vega te aclamó pastora,
Desde hoy estas corrientes, con anhelo,
Te reclaman su linda pescadora.

XVIII.

LA JUNTA DE LOS RIOS ENTRE CÓRDOBA Y JALAPA.[1]



A su fin presurosas caminando
Las aguas de dos rios, nunca quedas,
Se despeñan por valles y arboledas,
Por declives y abismos, resonando.

1 En el sitio que se describe, un ciego ha tenido muchos años el oficio de pasar á los caminantes en una balsa, aun en las mayores crecientes de los rios.

En un lecho sus fuerzas congregando,
Y rugiendo entre montes y roquedas,
Con fiero impulso, en espumosas ruedas,
Van á la mar su curso dilatando.

Cuando vado á tentar nadie se atreve,
Ni consiente el raudal puente ni quilla,
Y la ribera se estremece y mueve;

Entónces, sobre máquina sencilla,
Al caminante, con impulso leve,
Pasa un ciego veloz, de orilla á orilla.

XIX.

LA SIERRA DE HUATUSCO.

¡Cordillera eternal! de tu alto asiento
En raudales desciende el agua pura,
Que riega los abismos de verdura
En que rompe á mi vista tu cimiento:

No hay ojo perspicaz, no humano aliento
Que baste á mensurar tu grande anchura:
El águila caudal se cierne y dura
Largas horas, cruzándote, en el viento.

Reina á un tiempo la luz esplendorosa
En tus cumbres aéreas y serenas,
Y en tu falda la noche tenebrosa.

De asombro y de terror mi mente llenas;
Mas ¿qué eres ante Dios, mole pasmosa?
Eres en su balanza un grano apénas.

XX.

EL VIENTO SUR.

Sobre el coro de estrellas que fulgura
Do el Centauro del Sur gira despacio,
Sale el Austro feroz de su palacio,
Númen terrible de venganza dura.

Blondo el cabello, armada la cintura,
Sus ojos como llamas de topacio,
Volando, deja ver en el espacio
Los pliegues de su roja vestidura.

Abre á un punto las puertas á los vientos:
Arrebata las plantas y las flores:
Amenaza turbar los elementos;

Y doblando sus iras y furores,
Esparce en remolinos turbulentos
Aridez, sequedad, polvo y ardores.

XXI.

EL VIENTO NORTE.

El retirado Bóreas, que en los Triones
Impera, anciano, con dominio pleno,
Hace llamar á sí con voz de trueno
Las nubes en espesos escuadrones.

A mantener sus triunfos y blasones
Terrible se adelanta, aunque sereno,
Y á su adversario, de despecho lleno,
Arroja á las antárticas regiones.

Tendido pabellon de gruesa niebla
Vela su cana frente veneranda,
Y larga barba que su rostro puebla:

Y de su trono, entre las nieves, manda
Que dé á la tierra su frescor la niebla,
Y riego el cielo con su lluvia blanda.

XXII.

UNA TEMPESTAD, DE NOCHE, EN ORIZABA.

El carro del Señor, arrebatado
De noche, en tempestad que ruge y crece,
Los cielos de los cielos estremece,
Entre los torbellinos y el nublado.

De súbito, el relámpago inflamado
Rompe la oscuridad y resplandece;
Y bañado de luces, aparece
Sobre los montes, el vocan nevado.

Arde el bosque, de viva llama herido;
Y semeja de fuego la corriente
Del rio, por los campos extendido.

Al terrible fragor del rayo ardiente,
Lanza del pecho triste y abatido,
Clamor de angustia la aterrada gente.

XXIII.

EL PICO DE ORIZABA.

A MI AMIGO EL SR. D. MIGUEL CASTELLANOS.

De eterna nieve revestido, encima
De un monte y otro monte te adelantas:
El rayo abrasador truena á tus plantas,
Al empíreo tu frente se sublima.

¿Qué espíritu al mirarte no se anima?
Tú al quebrantado náufrago levantas,
Si llega á divisar las luces santas
Con que el íris de paz brilla en tu cima.

Cuando la noche, dilatando el vuelo,
Con diadema de estrellas te corona,
Signo de amor entre la tierra y cielo;

El alma á sus afectos se abandona,
Y elevándose á Dios, rompe sin duelo
El lazo que á la tierra la aprisiona.

PARTE CUARTA.

LAS AZTECAS.

CANTARES VARIOS.

I.

ENHORABUENA DE UN EMBAJADOR

EN EL NACIMIENTO DE UN PRÍNCIPE.

Regocijo de la tierra,
Joya hermosa, pluma rica,
Flor que crece y multiplica
Matices á su color;
Seas bienvenido á la vida,
De tu casa lustre y gozo,
De tus deudos alborozo,
Bello niño, dulce amor.

Del abuelo generoso
De caudillos y de reyes,
Que dictando al mundo leyes
En la guerra y en la paz,
Perpetuó en su noble estirpe
La corona refulgente,
Eres brillo de su frente,
Eres copia de su faz.

Eres de tu padre excelso
Entre todas prenda rara,
Sangre de su sangre clara,
Llama de su mismo ardor:
Sus perfecciones retratas,
Como la cera los sellos,
Cabello de sus cabellos,
Reflejo de su esplendor.

Mas yo pregunto: ¿has nacido
A eternizar su memoria?
¿Sus hazañas y su gloria
El cielo repite en tí?
¡Ah! no acierta mi ignorancia
A penetrar lo futuro;
Envuelto está en humo oscuro
El tiempo que ha de venir.

Ignoro si el mundo acaso
Te gozará, prenda hermosa,
Sarta de zafir preciosa,
Límpida perla del mar.
¿Imperarás en tu pueblo?
¿Llenarás tu trono augusto?
¿O bien al sepulcro adusto,
Tierno infante, bajarás?

¿Serás en niñez temprana
Garza de nevada pluma,
Que al disiparse la bruma
El lago cruza fugaz?
¿O serás águila firme
Con las sierpes de la tierra?
¿O bien, trassangrienta guerra,
Cándida flecha de paz?

El númen que en las alturas
De los hombres rige el signo,
Sabe si tu pueblo es digno
De tan alta posesion:
En silencio sometidos
A sus ocultos decretos,
Vencremos sus secretos,
Bello niño, dulce amor.

II.

RESPUESTA DEL PADRE.

Discreto embajador, seas bienvenido,
Para esplendor y luz de esta morada:
Ella con tu presencia queda honrada,
Y en su recinto tu discurso ha sido
Cual música acordada.

Fragantes son los ecos de tus labios
Como las olorosas clavellinas:
Tesoros viertes cual las ricas minas,
Y son preciosos tus consejos sabios
Como las piedras finas.

Rompe la fuente su canal estrecho,
Dulce el panal destila de la roca:
Así descienden, con verdad no poca,
Sentencias graves de tu noble pecho,
Dulzuras de tu boca.

Eres para el monarca que te envía
Intérprete feliz del pensamiento:
Su noble y elevado sentimiento
Añade glorias á la gloria mia,
Contento á mi contento.

No sé si aqueste infante, hora nacido
(Ofrenda preparada á la fortuna),
Como sol reine sin mudanza alguna,
O bien imite con vagar perdido
Los pasos de la luna.

No sé si en horas de pesar amargas
Lo implique el infortunio en sus rodeos,
O si lleno de glorias y trofeos
Feliz exceda, por edades largas,
Su vida á mis deseos.

———

Que el númen de la muerte pavoroso
¡Ay! no respeta condicion ni estado;
A un tiempo mismo con su soplo helado
Postra al anciano, al luchador famoso,
Y al niño delicado.

———

Tu acento alegra el corazon de un padre,
Como al campo las gotas de rocío
En la alborada de abrasado estío:
Ufana dejas á la nueva madre:
Honrado al hijo mio.

———

Páguete el cielo voluntad tan buena:
Con ella nuestros pechos aprisionas.
El claro rey, cuya grandeza abonas,
Próspero extienda en su vejez serena
Imperios y coronas.

III.

CONSEJOS DE UN PADRE A SU HIJA.

Hija, preciosa como grano de oro,
De amor rico tesoro;
Bella, como la luna en noche fria,
O como estrella que precede al dia;
Graciosa, como cándida paloma
Cuando serena por el cielo asoma:

No suena en la espesura
La ave con tal dulzura,
Hija, retrato de tu hermosa madre,
Como tu voz al corazon de un padre.

Encanto de mi amor y de mi vida,
Al corazon unida
Como á su tallo la azucena hermosa,
O á su verde boton purpúrea rosa.
Cuando presente estás, mi alma florece,
Y en tus gracias se goza y enriquece;
Pero sin tí, marchita
Se postra y debilita:
Eres causa feliz de mi sosiego,
Y objeto de mi amor y casto fuego.

Descansa aquí conmigo juntamente,
Al márgen de esta fuente
Que, corriendo al estanque cristalino,
Dilata entre las flores su camino:
Cúbrese el valladar de hiedras varias,
Y las tórtolas gimen solitarias:
Nos dan sombra y asilo
El álamo y el tilo:
En esta soledad, del mundo léjos,
Presta dócil oído á mis consejos.

Al Supremo Hacedor, que formó el mundo,
Y en el cielo profundo
Enciende entre las nubes las centellas,
O hace brillar las nítidas estrellas,
Debes la vida y ser, la luz que miras
Y el aura que dulcísima respiras.
En la tierra te puso:
De la razon el uso
Te dió, para que humilde le veneres,
Y por su ley tu corazon moderes.

En la vida del hombre no hay descanso:
Ora arroyuelo manso,

Ora sin diques montaraz torrente,
Camina sin cesar al mar rugiente.
Cubre tu lecho de olorosas flores,
Y encontrarás espinas y dolores.
¡Dichosa si mantienes
Los males y los bienes,
Gozos y penas en igual balanza;
Y solo en Dios colocas tu esperanza!

Mezcló el Criador contentos con enojos.
Colores dió á los ojos,
Deleite al paladar, al labio risa,
Y tras penoso afan quietud precisa.
Pero quiso tambien que fiebre ardiente,
Insomnio triste, malestar doliente
Turbasen en la vida
La dicha apetecida.
Palacios alza el hombre, y no se cura
Que su mansion será la sepultura.

Has vivido hasta aquí como en un sueño:
Despierta, y con empeño
Lo que cumple á tu ser atiende y mira,
Y aparta la verdad de la mentira.
Próspera vivas dilatados años,
Pero inocente siempre y sin engaños.
Guarda para tu esposo
Tu pecho virtuoso:
Serásle fiel, y en amorosos lazos
Dilata á su vivir tranquilos plazos.

Nacida fuiste, cándida y hermosa,
De sangre generosa:
En el trono imperial padres y abuelos
Dejaron de virtud claros modelos:
Mira que torpe accion nunca deslustre
Tu heredado valor y sangre ilustre.
Deja el jugar de niña:
Apréstate, y aliña
Tu casto pecho á la virtud constante,
Y á la dulce modestia tu semblante.

Despierta diligente con la aurora:
A Dios humilde adora:
Los númenes respeta tutelares
Con fe sencilla, en los paternos lares,
Rindiendo á sus imágenes honores
Con aguas puras y olorosas flores;
O bien en bosque denso
Quema en su altar incienso:
Cubra tu frente religioso velo,
Y comienza tus obras por el cielo.

En haciendas domésticas te emplea,
Y prudente tarea
A tus criadas reparte y distribuye:
Del ocio torpe los halagos huye.
Suene la lanzadera resonante
En tu telar, cuando la esclava cante
En la noche serena,
Por aliviar su pena.
Si sus labores diligente velas,
Tu esposo vestirá preciosas telas.

Suspenda ya su voz el labio mio.
A tu prudencia fio
Que en el silencio del paterno techo
Grabes estas palabras en tu pecho.
Mira que la prudencia te ilumina
Por medio de la luz de mi doctrina.
Dichosa si sus dones
En tu memoria pones,
Y cual rico caudal de plata y oro
Forman ellos tu hacienda y tu tesoro.

IV.

CONSEJOS DE UNA MADRE A SU HIJA

AL TIEMPO DE CASARLA.

¡Unida á un nuevo amor, de esta morada
Tu esposo te desvía,
Traslado de tu padre, idolatrada
Prenda del alma mía!

———

¡Dulcísimo embeleso á mi memoria!
¡Imágen lisonjera!
¡Tú fuiste mi contento, tú mi gloria
En tu niñez primera!

———

Ya no tu madre al escuchar tu llanto
Sobresaltada vela,
Ni te arrulla en la noche con su canto
¡Paloma pequeñuela!

———

Ni cuando en la alba, al declinar la luna,
El genio malo acecha
Al tierno infante en solitaria cuna,
Al corazon te estrecha.

———

Ya no tu huella entre las nuevas flores
Por vez primera guia,
Ni te cubre en el campo á los ardores
Del sol del medio dia.

———

Ni escucha de tus labios balbucientes
Dulce voz que la llama,
Ni mira en tus ojuelos refulgentes
Brillar celeste llama.

———

Pero te mira jóven floreciente
En retirada estancia,

Como ignorada rosa, que el ambiente
Inunda de fragancia.

Modesta y pura, sin hacer alarde
De tus hechizos, bella,
Eres como en las sombras de la tarde
La retirada estrella.

Hora que herida de dolor me toca
Llorar tu ausencia fiera,
Escucha los consejos que mi boca
Te da la vez postrera.

Del númen poderoso de los cielos
Guarda las leyes santas:
Las sendas de virtud de tus abuelos
Pisen siempre tus plantas.

Nunca amor extraviado y delincuente
Tu corazon mancille:
En tus humildes ojos y tu frente
Siempre el recato brille.

Cuando á la calle salgas, no revuelvas
La vista, erguida y vana,
Ni el manto que te adorna desenvuelvas
Con actitud liviana.

Nunca el afeite tu semblante altere
Con sus colores vivos:
Ni lúbrica cancion, que al alma hiere,
Penetre en tus oídos.

Ama á tu esposo con amor sincero,
Al desvalido auxilia,
Enseña la virtud, dando primero
Ejemplo á tu familia.

Lleva á tus hijos por la firme senda
Que al bien nos encamina,
Y á tus postreros nietos encomienda
Esta misma doctrina.

Es nuestra vida tránsito doblado
Entre abismo y abismo;
El hombre que lo pasa descuidado
Perece por sí mismo.

¡Ay, no te arrastre su letal encanto!
¡Cuánto mi amor recela!
Váste y me dejás anegada en llanto,
¡Paloma pequeñuela!

V.

INVOCACION AL DIOS DE LA GUERRA.

¡Invisible poder del cielo y tierra,
Señor omnipotente de la guerra,
Invicto lidiador:
Tu pueblo ante tus aras se presenta,
Y al rudo asalto y á la lid sangrienta
Se apresta con valor!

La muerte á tu mandato se levanta:
Tiembla el suelo oprimido de tu planta:
Huye el númen de paz:
Y abre y dilata sus profundos senos,
De eterna noche y de silencio llenos,
El sepulcro voraz.

¡Cuánta sangre vertida por la espada
Descenderá al abismo, consagrada
Al infernal furor!
¡Cuántos cuerpos truncados, insepultos,
En montes asperísimos, incultos,
Serán ofrenda al sol!

Sus víctimas señala airado el cielo,
Y lágrimas sin término y sin duelo
A la tierra infeliz:
Ignora de su amor la dulce esposa,
Y del hijo la madre cariñosa
¡Ay! el próximo fin.

Hermosa imágen de su padre, el hijo
Derrama en su morada el regocijo
Con infantil candor:
Crece robusto jóven, y en un punto
Cayendo inmóvil en la lid, difunto,
Causa inmenso dolor.

Breves son los instantes de contento,
Larguísimas las horas de tormento,
Prolijo el padecer:
Tal es la suerte que á los hombres cupo:
Así con sabio porvenir lo supo
El cielo disponer.

Que si nos dió, con término y medida,
Beber las dulces auras de la vida
Y ver su clara luz;
Hace tambien, sin que crueldad implique,
Que la guerra nos postre y sacrifique
Con fúnebre segur.

Del sepulcro voraz somos tributo:
Somos al reino de pavor y luto
Ofrenda funeral:
Inevitables víctimas nacemos;
Y en sacrificio al cielo nos debemos
Con término fatal.

Al que muera en la lucha sanguinosa
Traslada ¡oh Dios! con mano poderosa
A la etérea mansion:
Ciñe su frente con diadema de oro,
Y vístelo de pompa y de decoro
Con vívido esplendor.

Abre la helada mano de la muerte
Gloriosas puertas al guerrero fuerte
Que espira en dura lid;
Aposéntalo el sol en sus palacios,
De cristal fabricados y topacios
En campos de zafir.

Allí en jardines llenos de verdura,
Do florecen con plácida frescura
El cedro y el laurel;
Cabe tanques y fuentes bulliciosas,
Gusta del lirio y encendidas rosas
La perfumada miel.

Concede ¡oh Dios! un ánimo valiente,
Invicto brazo y corazon ardiente
Al bravo lidiador:
Haz su espada triunfar en las batallas,
Postra á sus piés ciudades y murallas,
Míralo con favor.

VI.

EN LA MUERTE DE UN GUERRERO.

Salve, guerrero impávido,
En el valor primero,
Veloce como el águila
Y como el tigre fiero,
El de la faz intrépida,
El diestro flechador:

Bien es que en altos cánticos
Siempre tu fama viva,
Y en ejercicios bélicos
La juventud reciba
De tu inflamado espíritu
Inextinguible ardor.

Que no la tumba fúnebre
Tus hazañas sepulta,
Ni en sus moradas lóbregas
Tu claro nombre oculta:
Ántes brota cual vástago,
Nace cual nueva flor.

Cuando á la lucha férvida,
Siguiendo sus pendones,
Se lanzan impertérritos
Los bravos batallones,
Tú á la venganza incítaslos,
Tú enciendes su valor.

Pasó flecha mortífera
Tu corazon osado,
Al alto sol espléndido
Lo ofreces denodado,
Puro como un crisólito,
Limpio como un zafir;

Y la deidad benévola,
En su trono brillante
Lo recibió, ciñéndote
Corona de diamante;
Y entre los astros fúlgidos
Te hizo al punto lucir.

Bríndante allí sus hálitos
Las auras amorosas,
Y sus olores plácidos
Los lirios y las rosas;
Su tinte el alba cándida,
Las estrellas su luz;

Y de nuevo salúdante
Con aplausos guerreros,
Tus allegados íntimos,
Tus caros compañeros,
Himnos cantando unísonos
De amor y gratitud.

En las contiendas ásperas
Y en la dura palestra,
A los patrios ejércitos
Tu espíritu se muestra,
Vistiendo nueva túnica
De eterna claridad;

Y sobre el aire diáfano
Las armas empuñando,
Sabe parar los ímpetus
Del enemigo bando;
Fuerte escudo de México,
Gloria de la ciudad.

VII.

PLEGARIA AL DIOS DEL AGUA.

Potente Dios del agua
Que allá en region oculta
Resides en jardines
De célica hermosura;

A quien halagan siempre
Las auras que susurran,
Las ramas que se mecen,
Las fuentes que murmuran:

A quien puros inciensos
Rodean y perfuman,
A quien canoras aves
Dulcísimas adulan.

Los genios á quien mandas
Que tus decretos cumplan,

Nos privan de los dones
Que en tu morada abundan.

Los frescos manantiales
Cerraron en sus urnas,
Y niegan á los campos
Tus bienhechoras lluvias.

Lleváronse á su hermana,
A la deidad augusta
Que nos daba las mieses
Solícita y fecunda.

Las mieses, más preciosas
Que las riquezas sumas,
Y que las perlas raras
Que da la mar cerúlea.

Resquiébrase abrasada
La triste tierra inculta,
Trocando en polvo estéril
Sus galas y verdura.

Sobre el pesado fango
De la muerta laguna,
Ni el cisne se pasea,
Ni la barquilla cruza.

Pide en su pena al cielo
El labrador ayuda,
Y el sol, con rayo ardiente,
Tuesta su faz adusta.

Cuando la triste aurora
En el Oriente alumbra,
No el coro de las aves
Festivo la saluda.

Cuando de noche reina
La soñolienta luna,

Nubes no la coronan
Que la mudanza anuncian.

El hijo pequeñuelo
El seco pecho estruja
De la madre, que al seno
Lo estrecha con angustia.

A tus altares corre
La desolada turba,
Con pálidos semblantes
Y desceñidas túnicas.

Mira al pequeño infante,
Que en desvalida cuna
Por el sustento clama
Y refrigerio busca.

¡Ay! atiende á sus ruegos,
Sus clamores escucha,
Y á nuestros campos vuelve
La pompa y hermosura.

Abre las fuentes claras,
Nuestros valles inunda,
Restituye á sus diques
La plácida laguna.

Mas no de lo alto lances
El rayo que relumbra:
No sufren nuestros ojos
La luz que los ofusca.

El espantoso trueno
Que horrísono retumba,
Postra al anciano débil
Y al tierno niño asusta.

Alguna vez del orbe
Vendrá á noche profunda,

Herida de tus rayos,
La excelsa arquitectura.

Ahora nos liberta
De presenciar la lucha
Con que la tierra y cielo
En el abismo se hundan.

VIII.

ENHORABUENA EN LA CORONACION DE UN PRÍNCIPE.

Amado pueblo mio,
No mas llanto doliente,
Y suspende el plañir de la amargura:
Recobra esfuerzo y brío:
Ciñan flores tu frente
Y vístete de gala y hermosura.
Benevolencia pura
Te muestra el alto cielo,
Dándote por consuelo
Un príncipe preciado,
Guerrero en los combates esforzado,
Solaz al afligido,
Padre del miserable y desvalido.

———

Partió de aqueste mundo
El rey que te regia,
Bajando de la muerte á la morada:
Siguió gemir profundo
Al canto de alegría,
Y endechas á tu música acordada.
Tu luz quedó apagada,
Tu hermosa flor marchita,
Rota tu margarita,
Sin brillo tus pendones,

Pasados de dolor los corazones,
Tus confines con susto,
Y de sombras cercado el solio augusto.

Intrépido guerrero,
Fué de tu pueblo escudo,
Grande en el mando, y en obrar ardiente.
Con pecho y brazo entero
Al contrario sañudo
Hizo en el polvo sepultar la frente.
Hirió su luz fulgente
Imperios espaciosos:
Nunca mantuvo ociosos
So el manto soberano
Su planta firme y su esforzada mano;
Reprimió la malicia,
Y colocó en el trono la justicia.

¡Oh, cuán irreparable
Su pérdida nos fuera,
Si no encontrara en tí sucesor dino!
Por manera admirable
Tu exaltacion sincera
El hado dichosísimo previno:
El próspero destino
Trazó con firme dedo
Rumbo á tus plantas nuevo:
Al porvenir oscuro
Sucedió clara luz con rayo puro:
Tu nombre quedó inscrito
Entre el número de astros infinito.

El rey del claro dia
Que tierra y mar profundo
Rige, de los alcázares del cielo,
Determinado habia
Que fueras en el mundo
Hijo de rey, de reyes el modelo.

Como en fecundo suelo
De su semilla, hermoso
Crece el árbol frondoso,
De pompa coronado,
Sobre los bosques y el florido prado;
Así con fuerzas nuevas
Tu estirpe gloriosísima renuevas.

Desde tu trono atiende
A fáciles consejos
Que al labio dicta el corazon sencillo.
A la verdad defiende,
Desterrando á lo léjos
De torpe adulacion el falso brillo.
El valor, tu caudillo,
Tu norma, la prudencia,
Tu madre, la experiencia
Serán, y porque aciertes,
Manten la dulce paz con leyes fuertes;
Uniendo en blando lazo
Al pacífico pueblo en tu regazo.

Cuida con tierno empeño
Y en su seno alimenta
Al hijuelo, la madre cariñosa:
Vela su dulce sueño:
Sólo para él alienta:
No descansa en un punto, no reposa.
No ménos oficiosa
Tu mano excelsa y firme
A tu pueblo confirme:
En perdurable vela
Sírvele de defensa y centinela;
Y tenlo á tí estrechado
De contento y de bienes abastado.

Escucha ¡oh rey! mi aviso:
Jamas flaco y cobarde
Te entregues con molicie al abandono:
El Dios supremo quiso
Que el fuego que en él arde
Incólume mantengas en el trono.

Vive libre de encono:
Sé firme en justa guerra:
Los placeres destierra:
Tus consejos preside:
Con trabajo y labor el hambre impide;
Y sufre con paciencia,
En union de tu grey, la pestilencia.

Que suele el cielo justo
Sobre soberbio imperio
Centellas fulminar con brazo airado.
Trueca con ceño adusto
Su mando en cautiverio,
Y en oprobio su nombre celebrado.
Ejército esforzado
Cubre, de gentes fieras,
Sus montes y riberas:
La vengadora llama
Por templos y ciudades se derrama:
En sus campos incultos
Yacen ¡ay! sus guerreros insepultos.

O bien de los nublados
Lanza lluvia copiosa
Al brillar de relámpagos ardientes:
Arrastran los sembrados
Con furia procelosa
Hinchados y sonoros los torrentes:
Otras veces dolientes
Los campos, á porfía
Luchan con la sequía;
O bien el austral viento,
Empañando los astros con su aliento,
Hiere con soplo fiero,
Ministro de la muerte, á un pueblo entero.

Por eso resignado
A Dios, y ante él rendido,
Escucha sus palabras sacrosantas.
No pongas descuidado
Sus leyes en olvido;

Y pues por él al solio te levantas,
Humíllate á sus plantas.
Será entónces con gloria
Tu hermana la victoria:
Serán tus pueblos fieles:
Coronarás tus sienes de laureles;
Y al fin, dejando el suelo,
Vivirás con los astros en el cielo.

CANTOS DE NETZAHUALCOYOTL, REY DE TEXCOCO.[1]

I.

Lamenta sus desgracias, cuando huia perseguido del rey de Atzcapotzalco.

No bien habia nacido
Y entrado á esta morada de dolores,
Cuando sentí mi corazon herido
Del pesar con los dardos pasadores.

Crecí en afan prolijo,
Y al verme solo prorumpió mi labio:
¿Qué hace en la tierra desvalido el hijo,
Si no lo sabe guiar consejo sabio?

Vive el hombre en el mundo,
Y vive condenado al sentimiento:
Llena su corazon tedio profundo;
Apénas hay lugar para el contento.

Era mi vida pura,
Y mi conducta á todos manifiesta:
Obraba, á lo que entiendo, con cordura:
Humilde era mi voz, mi faz modesta.

Hoy, inundado en lloro,
Donde quiera que paso causo pena:
Me abandona el amigo con desdoro:
El supremo Hacedor así lo ordena.

1 Floreció en el siglo XV de la era vulgar.

Nunca semblante esquivo
Opuse á tus decretos soberanos:
Yo soy ¡oh Dios! tu hechura y tu cautivo,
Y recibo la muerte de tus manos.

Si ya mi ser declina,
Y tu brazo del mundo me destierra,
Cúmplase en mí tu voluntad divina,
Y baje yo á los centros de la tierra.

Mas préstame tu aliento
Y ten piedad del corazon herido:
Me ocultaré del triunfador violento,
Porque huérfano soy y desvalido.

Es condicion muy dura
Perder la gloria y adquirido imperio;
Pero ¡cuánto se aumenta la amargura
Si amenaza al vencido el cautiverio!

En tan tristes azares
Buscado he con afan los deudos mios,
Mas no oyeron la voz de mis pesares,
Helados ¡ay! en los sepulcros frios.

Nunca á la luz perdida
Se elevará otra vez su polvo yerto:
Todos se han ausentado de la vida:
Mi corazon ¡oh Dios! á tí convierto.

II.

Exhorta á gozar de los placeres ántes que acabe la vida.

De turbacion exento,
Miéntras haya ocasion las dichas goza:
Fugitivo el contento
Jamás fija su asiento,
Ni tampoco el pesar que nos destroza.

Coronado de flores,
Galas de la temprana primavera,
A Dios tributa honores:
Mas no por esto ignores
Que es la gloria de aquí perecedera.

La estacion agradable
Concédate sin tasa cuanto esperes:
Vendrá con paso instable
La edad inexorable,
Y en vano llorarás por los placeres.

Cuando el cetro potente
A tu mano arrebate muerte dura,
Tu querellosa gente,
Tu familia doliente,
Las heces beberán de la amargura.

Sólo del hombre justo
La memoria no olvidan las naciones;
Su proceder augusto
Domeña el odio injusto
Y enfrena el huracan de las pasiones.

¿Qué es la vida fugace?
¿Qué son la juventud y la belleza?
Nieve que el sol deshace:
Sombra que huye falace,
Y que corre á su fin con ligereza.

Coge, pues, hoy las flores
Que los jardines brindan á tu frente:
Ántes que triste llores
Engaños y dolores,
Disfruta los placeres de presente.

III.

VICISITUDES HUMANAS.

Cuando los cambios de la vida sigo
Acá, en mi retirado pensamiento,
Lleno de amargos desengaños digo:

¡Desacordado rey! sin fundamento
Fias en tu poder: la muerte dura
Derrocará tu solio en un momento.

Vendrá sobre tu frente niebla oscura,
Llanto sobre tu casa, y desolado
Tu pueblo gemirá con amargura.

Caído el cetro de tu helada mano,
La vida entregarás con el imperio
Al Dios Omnipotente y soberano.

¿Qué se hizo el triunfador de este hemisferio,
Anciano rey, *Tezozomoc* temido?
Yace olvidado en triste cementerio.

Yo ví su trono espléndido y erguido,
Que en duracion al tiempo desafiaba,
Postrado por el suelo y abatido.

Así la régia autoridad acaba.
Aquel monarca próspero y dichoso,
A quien la pompa militar ornaba,

Se levantó cual árbol poderoso,
Que domina la selva y la pradera
Y es de las aves plácido reposo:

Brindóle el cielo lluvia placentera,
Sus aguas el arroyo cristalino,
Y sus flores tambien la primavera:

Cuando hé aquí que de pronto á tierra vino
Arrebatado de furioso viento,
En negro y polvoroso remolino.

Así cayó tambien de su alto asiento
Cosastli ilustre, sin que antigua historia
Recuerde su linaje y noble aliento.

Y si hoy le ofrece fúnebre memoria
Con débil voz mi cítara doliente,
Tambien aquesta voz es transitoria.

¿Quién no graba en el alma, quién no siente,
Con este de dolor ejemplo vivo,
Cuán rápida es del tiempo la corriente,
Cuán instable el poder, cuán fugitivo?

Son las horas de la vida
Gozo vano, bien incierto,
Flores que en ameno huerto
Deshoja el aire sutil.
¿Quién al mirar su inconstancia
Y breve curso no llora?
Apénas brilla su aurora,
Cuando se acerca su fin.

Reyes, que regís la tierra,
Guerreros, conquistadores,
Ved que señalan las flores
Vuestra duracion fugaz;
Y conservad en la mente
Esta cancion lastimera:
«*Cual pasa la primavera*
Nuestra vida pasará.»

Gozad de la vida breve
Miéntras durare su encanto:
Las aves alcen su canto,
Tienda el prado su matiz.
No evitaréis que el sepulcro
Sea vuestra mansion postrera:
Tiene fin la primavera,
Y el hombre tiene su fin.

IV.

PENSAMIENTOS TRISTES.

Flores del jardin hermosas
Ciñan con placer tu frente
Descansada:
Goza entre apacibles rosas
De la vida, dulcemente
Descuidada.
¿Qué es en duracion la vida?
Flor que nace y ya es cogida;
Breve llama
Que á su fin se exhala y vuelve:
Si en Dios tu ser se resuelve,
A Dios ama.

Él concede la corona,
El mérito y excelencia
En el mundo:
Sus hechuras no abandona,
Ni deja caer la existencia
Al profundo.
Cual luce la flor vistosa,
Así la vida preciosa
Luce y brilla:

De sus bondades la fuente
Brota con indeficiente
Maravilla.

De su tallo separada
Pierde la flor sus colores,
Ya marchita.
La vida más dilatada
La duracion de las flores
Triste imita.
Cubrí en señal de tristeza
Con ceniza mi cabeza
Yo mezquino,
Viendo cuál la vida pasa,
Y corrí de casa en casa
Peregrino.

Goce otro flores y canto
Y junte de plata y oro
Rica suma:
Al fin cesará su encanto,
Y acabará su tesoro,
Cual la espuma.
Ignominias nos afrentan,
Dolores nos atormentan,
Perdurables:
De desterrados amigos
Somos al pesar testigos
Miserables.

Siervos sin placer vivimos
En esta tierra, prestada
Brevemente:
Los monarcas que ántes vimos
De rica diadema ornada
La alta frente;
Los grandes y los pequeños,
Los esclavos y los dueños,
Fuertes hombres,

A oscura huesa bàjaron,
Y de ellos ¡ay! no quedaron
Ni los nombres.

Entre llantos y pesares
Voy caminando á la triste
Sepultura:
Me sorprenden los azares,
Y á mi lado siempre asiste
La tristura.
Soy un frágil ser humano,
Que la adulacion en vano
Diviniza:
La afliccion me cupo en suerte,
Y hora cobra ya la muerte
Mi ceniza.

V.

VANIDAD DE LA GLORIA HUMANA.

Son del mundo las glorias y la fama
Como los verdes sauces de los rios,
A quienes quema repentina llama,
O los despojan los inviernos frios:
La hacha del leñador los precipita,
O la vejez caduca los marchita.

Del monarca la púrpura preciosa
Las injurias del tiempo no resiste;
Es en su duracion como la rosa
Alegre al alba y en la noche triste:
Ambas tienen en horas diferentes
Las mismas propiedades y accidentes.

¿Pero qué digo yo? Graciosas flores
Hay, que la aurora baña de rocío,
Muertas con los primeros resplandores
Que el sol derrama por el aire umbrío.
Pasa en un punto su belleza vana,
Y así pasa tambien la pompa humana.

¡Cuán breve y fugitivo es el reinado
Que las flores ejercen, cuando imperan!
¡No es ménos el honor alto y preciado
Que en sí los hombres perpetuar esperan!
Cada blason que adquieren se convierte
En sus manos en símbolo de muerte.

No llegar á su fin, nadie lo espere:
La más alegre y dilatada vida
En yerto polvo convertida muere.
¿Ves la tierra tan ancha y extendida?
Pues no es mas que sepulcro dilatado,
Que oculta cuanto fué, cuanto ha pasado.

Pasan los claros rios, pasan las fuentes,
Y pasan los arroyos bullidores:
Nunca á su orígen vuelven las corrientes,
Do entre guijas nacieron y entre flores:
Con incesante afan y con presura
Buscan allá en el mar su sepultura.

La hora que ya pasó rauda se aleja
Para nunca volver, cual sombra vana;
Y la que hora gozamos nada deja
De su impalpable ser para mañana.
Llena los cementerios polvo inmundo
De reyes, que mandaron en el mundo.

Y su centro de horror tambien encierra
Sabios en el consejo, ya olvidados
Héroes famosos, hijos de la guerra,
Grandes conquistadores esforzados,
Que dictando su ley á las naciones
Se hicieron tributar adoraciones.

Mas su poder quedó desvanecido,
Como el humo que espira la garganta
De este volcan de México encendido,
Cuando al cielo sus llamas adelanta.
No queda más recuerdo á tanta gloria
Que una confusa página en la historia.

¿Dónde está el poderoso, dónde el fuerte?
¿Dó la doncella púdica y gallarda?
El césped que los cubre nos advierte
La condicion que á todos nos aguarda.
Murieron nuestros padres: morirémos:
La muerte á nuestros hijos legarémos.

Volvamos ya la vista á esos panteones,
Morada de pavor, lugar sombrío:
¿Dónde están los clarísimos varones
Que extendieron su inmenso señorío
Por la vasta extension de este hemisferio,
Con leyes justas y sagrado imperio?

¿Dónde yace el guerrero poderoso
Que los Tultecas gobernó el primero?
¿Dónde *Necax*, adorador piadoso
De las deidades, con amor sincero?
¿Dónde la reina *Xiul*, bella y amada?
¿Dó el postrer rey de Tula desdichada?

Nada bajo los cielos hay estable.
¿En qué sitio los restos se reservan
De *Xolotl*, tronco nuestro venerable?
¿Dó los de tantos reyes se conservan?
De mi padre la vívida ceniza
¿Qué lugar la distingue y eterniza?

En vano busco yo, caros amigos,
Los restos de mis claros ascendientes:
De mi inútil afan me sois testigos:
A mis preguntas tristes y dolientes
Solo me respondeis: nada sabemos,
Mas que en polvo tambien nos tornarémos.

¿Quién es el que esto advierte y no suspira
Por gozar de otra vida, allá en la altura,
Donde sin corrupcion libre respira
Y en eterna quietud el alma dura?
Desprendida del cuerpo, tiende el vuelo
Y vive con los astros en el cielo.

Es el sepulcro helado nueva cuna
Para nacer del sol á los fulgores,
Y su tiniebla, lóbrega, importuna,
Brillo para los astros superiores.
En polvo la criatura convertida,
Goza con las estrellas nueva vida.

No hay poder que trastorne de esa esfera
Los muros y los quicios diamantinos:
Allí el Criador su imágen reverbera:
En ellos imprimió nuestros destinos;
Y en ellos el mortal mira seguro
Con ojos penetrantes lo futuro.

VI.

HACE RECUERDOS DE UN HIJO

AL RECIBIR DE ÉL UN RAMO DE FLORES.

Sobre lecho florido
Me hallaba blandamente recostado,
Repasando en mi oído
Tu canto concertado,
Hijo de las entrañas, muy amado.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

En un ramo de flores
Envíasme relacion de tu firmeza,
Pintando en sus colores
Tu valor y nobleza,
Y renovando en mí dulce tristeza.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente.

Rodeadas del cuello
Otras flores templaban mi gemido,
Cuando tu ramo bello
A mi mano ha venido;
Y las aves cantaban en el nido.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

¡Ramo lleno de encanto,
Tú inundabas de luz el claro dia!
Se oyó sonoro canto,
Y al punto cesó el llanto
De la turba fiel que me servia.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

El Sér que anima el mundo
Sabe calmar la dolorosa herida
Del pecho moribundo:
Viniste, flor querida,
Y animaste benéfica mi vida.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Ántes en la floresta
Mi cancion entregando al aire vano,

Pasaba yo la siesta,
Y la flor del verano
Calmaba mi tormento y lloro insano.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Cual siento la armonía,
Y conozco la flor, que amante adoro,
Tal siento el alma mía.
¿Hay algun bien que ignoro?
¿Reside en este mundo mi tesoro?

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Si Dios penas impuso
Al que anda de la vida los caminos,
Por su bien lo dispuso;
Él en su diestra puso
El corazon del hombre y sus destinos.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Sujetos á vaivenes,
Sin alcanzar las causas y razones
De males y de bienes,
¿Podrán los corazones
Tristes, vivir sin los celestes dones?

¡Ay Dios y cómo siente
El corazon ausente!

¿Quién hay que no reciba
Fuerza de tí? ¿Qué ser hay animado
¡Oh Dios! que en tí no viva?

Repartes tu cuidado
Con el monarca y con la flor del prado.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

No nacerá la hiedra
Sin que tú quieras, ni obtendrá su brillo
La peregrina piedra.
Tú del mortal sencillo
Eres padre amoroso, eres caudillo.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Cual luce la esmeralda,
Y como brilla la purpúrea rosa
Por la tendida falda
De la montaña hermosa,
Así brilla tu gloria portentosa.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

¿El hombre á sí se ha criado?
¿Acaso despertó como de un sueño,
Viviente y animado?
Jamás; yo tengo empeño
En confesar mi soberano Dueño.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

Amigos, compañeros,
Que pasais por la tierra peregrinos,
Todos somos viajeros,
Que por breves senderos
Llegamos á los cielos cristalinos.

¡Ay Dios, y cómo siente
El corazon ausente!

VII.

FIESTA RELIGIOSA DOMÉSTICA.

En los verdes cañizares,
Junto á los sauces sombríos
De mis apartados lares,
Entono humildes cantares
Unido á los hijos mios.

A tí mi acento levanto,
Dios del empíreo sereno;
A tí, que supremo y santo,
Eres por esencia bueno
Y oyes del mortal el canto.

Elevad, prendas queridas,
Los corazones al cielo:
Vuestras voces son oídas:
Os llenará de consuelo,
Y alargará vuestras vidas.

Mas yo triste, desvalido,
¿Cómo me aduermo entre flores?
¡Qué! ¿no he sido perseguido?
¿Nunca el viento ha conducido
El eco de mis dolores?

Todo mi bien está en tí,
Sér eterno y soberano,
Y tus bondades en mí:
¿Existirá un sér humano
Que no lo conozca así?

En todas partes te miro,
Tu providencia mostrando:
Del céfiro en el suspiro,
En el arroyuelo blando,
En el callado retiro.

Son en la estacion hermosa
Dones que feliz empleas,
El lirio azul y la rosa,
Con que con diestra amorosa,
A tus hechuras recreas.

El tierno arbusto florido,
Que resplandece á lo léjos
Del sol refulgente herido,
De las nieves los reflejos,
De la paloma el gemido:

El árbol, que allá en la falda
Del monte, muestra distinto
Pajizas hojas de gualda,
Y el que en ramos de esmeralda
Lleva flores de jacinto:

El aura que la laguna
Con blando soplo acaricia,
El resplandor de la luna,
Y la estrella que propicia
Al sol precede en su cuna:

Todo tu poder pregona,
Todo tu excelencia muestra,
Y tus bondades abona:
El sér que al sér se eslabona
Tu eternidad nos demuestra.

A los pájaros canoros
Unamos, hijos queridos,
Las voces de nuestros coros,
Y lleguen á los oídos
De Dios, los ecos sonoros.

Tú, que en la voz, peregrino
Raudal de tonos produces,
Y por el sacro camino
Ante el altar nos conduces,
Alza tu canto divino.

¿Quién me diera, madre mia,
Que á mis hijos enlazada
Vivieras en este dia,
Gozando en esta morada
De religiosa alegría?

Yo, en triste vejez inculta,
Que mal el gozo concilia,
Y los placeres sepulta,
Venero con mi familia
De Dios la deidad oculta.

En la senda de la vida
Está el sepulcro encubierto
Bajo enramada florida:
Ya que el término es tan cierto,
Sea alegre nuestra partida.

¿Vivirémos desterrados?
¿Tendrémos asiento fijo?
Lo ignoro.—Regocijados
Cantemos himnos sagrados,
Ajenos de afan prolijo.

Con nuevos ramos de flores
Engalanemos la frente:
Llénese el aire de olores;
Y resuenen dulcemente
Las voces de los cantores.

¿Aun vivís, amigos mios?
¿Respirais, pechos amados?
Dejad cuidados sombríos,
Y de flores coronados
Seguid los cantares píos.

POESÍAS ERÓTICAS.

I.

EL CAZADOR.

Yendo á cazar un dia,
De la alborada en las alegres horas,
Una jóven salia
Del bosque, entre las ramas tembladoras.

Descogido su manto,
Su rostro hermoso descubrió risueño,
Sígola, y huye en tanto,
Cual imágen fantástica del sueño.

Eran lindos sus ojos,
Su tez morena, y negros sus cabellos,
Llevando por despojos
Prendas del corazon, cada uno de ellos.

Penetrando al retiro
Una ave miro, y lánzole una flecha;
Mas ¡ay! que, errando el tiro,
Al triste corazon volvió derecha.

Sus plumas despedidas
Cándidas, por el arco resonante,
Revolvieron teñidas
Del color de la púrpura brillante.

De la oculta espesura
Lejana voz á mis oídos viene:—

«Amores y ventura
El monte solitario te previene.»—

Pero sola medrosa
La avecilla en las selvas se me ofrece,
Sigo su voz llorosa,
Y al llegarla á coger desaparece.

II.

SEÑAS DE AMOR.

Al monte levantado
Subo de peña en peña,
Y desde allí la seña
Veo de mi dueño amado,
De la doncella linda que me quiere,
Y á todos los guerreros me prefiere.

En sus umbrales puse,
Miéntras ella dormia,
Tambien la seña mia;
Guirnalda la compuse
Que coronara de verbena y rosa
Con hojas de arrayan su frente hermosa.

En la ribera verde,
Que huella con su planta,
El humo se levanta
Y en el aire se pierde
Del cedro, que en el fuego se consume
Y esparce blandamente su perfume.

Otra encendida hoguera
Verá ella en este monte,
Que ciñe el horizonte,
Y no perecedera.

Cuando reinare la tiniebla esquiva,
En su cumbre verá la llama viva.

Entretanto esta caña
Entrego á la corriente,
Que besa blandamente
El pié de su cabaña;
Y la lleva en sus cifras y labores
Nueva declaracion de mis amores.

III.

ESTREMOS DE AMOR.

Cuando del monte bajas,
Y en la estacion ardiente
Miras correr la fuente
Onda tras onda al mar;
Golpe tras golpe entónces
Mi corazon palpita:
Salirse solicita:
Quiere tras tí volar.

Las flores temblorosas
Muestran, cuando te alejas,
Que donde pasas dejas
Recuerdos de tu amor:
Corre veloz tu planta,
Queda su huella impresa,
Y allí mi labio besa
El césped y la flor.

IV.

LLANTO DISIMULADO.

Aun en la muerte mia
Ten mi pasion oculta,
Y mis huesos sepulta
Debajo de tu hogar.
Allí la brasa viva
Que entre cenizas arde,
Te enseñará, aunque tarde,
Cuánto te supe amar.

Si á compasion movida
Llanto tu rostro vierte,
Y algun curioso advierte
Muestras de tu pasion;
Afírmale que el humo
Que sale de las ramas
Puestas sobre las llamas,
Da á tu llanto ocasion.

V.

LA TARDANZA.

Cuando subí por verte
A la tendida loma,
Hallé que una paloma
Posaba en un laurel;

Lloraba la infelice
Lejana su esperanza,
Lloraba la tardanza
De su consorte fiel.

———

En esto, mano extraña
Dolosas redes tiende,
Y á la avecilla prende
Astuto cazador:
¡Ay, ven á mi gemido!
No dejes que con ceño
Me entreguen á otro dueño
Esclava de su amor.

VI.

LA SEPARACION.

Ayer casó la niña
Y hoy queda descasada;
Contraria suerte airada
Condénala á gemir.—
La alborada se anuncia,
Y la hermana pequeña
Las dichas en que sueña
La viene á interrumpir.—

———

—«Despierta, que la luna
Al monte ya declina,
Y el bosque se ilumina
De insólito fulgor.»—
Levántase llorosa,
Que dura guerra esquiva
De repente la priva
Por siempre de su amor.

LEYENDAS MEXICANAS.

I.

LA PRINCESA DE COLHUACAN.

(Año de 1338.)

Cuando en sus primeros dias
Formaba México hermosa,
En vez de palacios ricos
Humildes huertos y chozas,

En su ancha plaza descuella,
Construido de piedras toscas,
Cuadrado, macizo templo,
De árboles cercado y sombras,

En donde el Dios de la guerra
Turba belicosa invoca,
Y en sus altares sangrientos
Víctimas humanas postra;

Y los nobles le veneran,
Porque de su fuerza ignota
Piensan que al Estado vienen
Los reveses y victorias;

Y quieren que ante sus aras,
Siempre con la sangre rojas,
Llama se conserva viva,
Se quemen gratos aromas.

Y convocando á consulta
Los sacerdotes idólatras,
Añadir quieren al culto
Nuevo brillo y nueva forma;

Y por resultado ordenan,
Que una doncella se escoja
Bella, ilustre, bien nacida,
A quien elevar á Diosa:

Designando á la elegida
Al són de bélica trompa,
Madre de su Dios guerrero
Y de las deidades todas:

A quien invoque el soldado
En la lucha sanguinosa,
El sacerdote en el templo,
Y en el hogar la matrona.

El hijo del magistrado
Principal, á quien abonan
La fama entre los valientes,
Y el cariño de las tropas;

Aquel que, como en palacio,
En los campamentos mora,
El primero en el asalto,
El último en la derrota;

El de los golpes certeros,
El de la macana y honda,
El de la espada á la cinta,
El que mejor lanzas bota;

El que en la carrera vence
A los venados y corzas,
Y en las selvas, á las fieras
Con sólo sus brazos doma;

Aqueste, á la hija del rey
De Colhuacan, real moza,

Con obsequios y finezas
Públicamente enamora.

Como amante la pretende,
Idolatra como esposa,
Venera como princesa,
Y estima como señora.

Por ella el pueblo visita,
Por ella mitotes forma,
En areitos la celebra,
Su huerto y palacio ronda.

El pensamiento en sus prendas,
La faz en su vista absorta,
Inmóvil el sol le encuentra
Y desvelado la aurora;

Que es la flor de sus verjeles,
Es la perla de su concha,
Pluma de sus flechas rica,
Y de su nido paloma.

Ella corresponde tierna
A sus ansias cariñosas,
Que en sus amores se abrasa
Y á sus incendios se arroja.

Sólo en sus amores piensa,
Sólo de su amor blasona,
Envanecida de ver
Que está envidiada de todas.

De una á otra corte se cruzan
Las embajadas gozosas,
Para fijar el momento
De las suspiradas bodas;

Y con ellas juntamente
Declarar por nueva Diosa

A la princesa, escogida
Entre las mujeres todas.

El padre anciano la entrega,
En su ventura se goza,
Y la doncella se ofrece
A las miradas curiosas.

Los ojos ardientes, negros,
De vivo coral la boca,
De sus cabellos las trenzas
Bajan por el cuello, airosas.

Los piés calzados de plata,
De oro en sus brazos ajorcas,
Al hueipili que la viste
Franjas de púrpura adornan.

Ya de la mansion paterna
Amante sale y llorosa,
Que deja dulces recuerdos,
Y lleva tiernas memorias.

Volviendo atras la cabeza
El patrio suelo abandona,
Y en el esquife ligero
Del lago surca las ondas.

A la contrapuesta orilla
Con planta gallarda toca,
Do mas que del ara egregia
Se finge de amor las glorias.

El pueblo alegre la mira,
Cantos en su honor entona,
Flores á su paso riega,
Ciñe su frente de rosas.

Derecho al templo camina
Cercada de ilustre pompa,

Do imagina que la aguarda
El esposo que la adora.

Al punto que de la estancia
Interna, pisa las losas,
Y de los ojos del vulgo
Densa cortina la roba,

Se escucha agudo gemido
Que mal comprime y ahoga
Mano que un dogal aprieta,
Puñal que un pecho destroza.

En tanto el estruendo rudo
Que forman cornetas roncas,
Se prolonga, ensordeciendo
El aire por muchas horas.

Las regiones de Occidente
Apénas el sol colora,
Y cercada de tinieblas
Se alzó la noche espantosa.

Levantada la cortina,
A la luz de mil antorchas,
Se ve el cadáver sangriento
De la malograda esposa.

El sacerdote inhumano
Sus manos en sangre moja,
Y de la piel que la quita
Ufano al ídolo adorna.

El pueblo aplaude insensato,
El sacrificio pregona,
Y á mirar la deidad nueva
Ante las aras se agolpa.

Así el idólatra ciego
Que á Dios no tiene por norma,

Quebranta sus leyes santas
Cuando dice que le adora.

El amante encarcelado
El hecho bárbaro nota,
Quiere salir á impedirlo,
Y una guardia se lo estorba.

Entónces lleno de furia
Contra los muros se arroja,
Y en los guijarros del suelo
Deja la cabeza rota.

El padre de la doncella
Que entre las turbas siguióla,
Y á quien la entrada al santuario
Impidió fuerza traidora;

Visto el trágico suceso,
A su dolor se abandona,
Y sin aliento y sin fuerzas
Sobre el suelo se desploma.

Mas vuelto á pocos instantes
Del dolor que lo sofoca,
En estas voces siniestras
Su inmensa pena desfoga:—

«Tiempo vendrá, pueblo impío,
De aquesta tierra deshonra,
En que justiciero el cielo
Tu espada y tu cetro rompa.

«La naturaleza ultrajas
Y sus sentimientos borras:
¡Triste de tí! á quien ya vela
La justicia vengadora.»—

II.

ARENGA

DE NEZAHUALPILLI A MOCTEHUZOMA

(Año de 1502.)

Cuánta sea la ventura
Que hoy alcanza este pueblo poderoso,
Mancebo generoso,
Por haberte en su trono merecido,
Asaz lo dice la concordia pura
Con que por rey universal te aclama.
¡Oh, cómo se derrama
Por sus labios tu nombre esclarecido,
Con ingenuo contento y gozo justo!
Porque ¿dónde, Señor, se encontraria
Mente llena de luz, brazo robusto,
Para regir tan vasta monarquía,
Si no es en tí, que adunas sin violencia
A fuerte juventud cana prudencia?
Ya claramente veo
Que el soberano Sér que el mundo rige,
Y los sucesos prósperos dirige
De esta ciudad, su amor y su recreo,
Nuevo camino á su grandeza marca
Designándote á tí por su monarca.
Si con sabios desvelos
Penetraste al orígen de las cosas,
Y las mudanzas viste misteriosas
De las esferas de los nueve cielos,
Midiendo el curso de la noche umbría,
Y el cerco hermoso de la luz ardiente,

¿Cómo no mirarás en este dia
Las cosas de tu suelo y de tu gente,
Para cuidar y mantener seguro,
Como con fuerte muro,
De asechanza y maldad tan vasto imperio?
Llenas con tu renombre este hemisferio,
Los triunfos recordando y las hazañas,
Que en sitios y campañas,
En tristes guerras, que el contrario llora,
Supo alcanzar tu mano vencedora.
Si grande tu valor fué de soldado,
Hora que el cielo potestad te ha dado
Para perfeccionar su mejor obra,
¿No le tendrás de sobra?
¿Tu brazo dejará gemir doliente
A la viuda y al huérfano inocente,
Sin fuerza á la justicia
Y sin dar escarmiento á la malicia?
¿Quién no ve que el imperio mexicano
Toca á la suma cumbre de su gloria,
Y que Dios soberano
Manda que en él asientes la victoria?
Tu rostro, con mesura,
Tu dominio asegura;
Y si miras con ira,
El contrario á tus piés tiembla y suspira.
Regocíjate ¡oh tierra venturosa!
Que en tí nuevo poder descuella y vive,
Y del cielo la mano poderosa
Alza un apoyo en que tu pompa estribe.
Tu príncipe será, con valor raro,
Tu padre y dulce amparo;
Y, lleno de piedad, será el hermano
De cada ciudadano.
¡Cuántas veces, cuidando con empeño
Tu gloria y crecimiento,
Se esquivará en silencio al blando sueño,
Desvelado y atento!
¡Atento y desvelado,
Por tí sobresaltado!

¡Cuántas en el banquete, suspendido
El material deleite del sentido,
Pensará su ternura
Tan sólo en tu ventura!
Regido por un rey benigno y sabio,
En cuyo seno la virtnd se abriga,
Yo te aseguro que mi amante labio
Sólo tus dichas diga.
Y tú, jóven valiente y denodado,
Prosigue en tus empresas sin desvío,
Que el Dios que te ha ensalzado,
Tu corazon alentará con brío.
Mira que si resuelto te propones
Cumplir con el deber que te confiere,
Te dará liberal preciosos dones,
Puesto que sobre todos te prefiere.

III.

EL RÚSTICO Y EL MONARCA.

(Año de 1516.)

Divertido en su palacio
El Motezuma soberbio,
Traza á su capricho gustos
Y á su querer pasatiempos.
Reclinado en rico estrado,
Cercado de sus guerreros,
Sus cortesanos le adulan,
Y le obedecen los pueblos.
Cuando á su presencia llega
Hombre de rústico aspecto,
Que con libertad le dice,
Sin arrogancia y sin miedo:

«Ayer de tarde, señor,
Estando solo en mi huerto,
Ocupado en sus labores
Y entretenido en sus riegos,
Ví una águila que bajaba
A mí con rápido vuelo,
Y tomándome en sus garras
Me alzó por el vago viento;
Y sin tardanza llevóme
A un bello jardin ameno,
Donde en retirada gruta
Hallé de flores un lecho,
Y en él, descuidado y solo,
Un hombre entregado al sueño;
De paños regios vestido,
A un lado corona y cetro,
Y en su derecha empuñando
Un ardiente pebetero.
Acerquéme, y conocí
Que estabas allí tú mesmo,
En la mansion del descanso
Y en el reino del silencio.
Quise retirarme al punto
Penetrado de respeto,
Pero una voz imperiosa
Me hizo aproximar de nuevo,
Dejándome sin accion
Para esquivar sus preceptos.
Mandóme que de tu mano
Quitase yo aquel brasero,
Y sin piedad le aplicase
Ardiendo, sobre tu pecho.
Resistíme cuanto pude;
Pero ¿qué vale el esfuerzo
Del mortal desalentado
Para resistir al cielo?
Yo mismo entónces, señor,
Cumplí el mandato severo:
Te apliqué la ardiente brasa,
Y tú sufriste el cauterio,

Sin dar señal de dolor
Y sin hacer movimiento.
Juzgárate allí cadáver,
A no advertir que tu seno
Se dilataba y movia,
Respirando con sosiego.
Díjome otra vez la voz
(Voz engendrada en el viento):
Así tu rey insensato
Pasa en deleites el tiempo,
Cuando sobre sí el enojo
Tiene de los dioses fieros;
Cuando tantos enemigos
Lo detestan en secreto;
Y cuando audaces soldados,
Navegando el mar inmenso,
Vienen de tierras ignotas
Para conquistar su imperio.
Dirásle que se levante,
Y justo, cuanto guerrero,
Ponga á los peligros dique
Y á los desastres remedio.
Apénas este discurso
Dijo, que conservo impreso,
Cuando el ave me arrebata,
Y otra vez me hallo en mi huerto.
Aquí he venido, señor,
A cumplir con lo que debo,
Con lo que el cielo me manda,
Con lo que pide tu reino.
A las deidades irritas
Con tu soberbia y desprecio,
Y á los hombres das enojo
Con tu crueldad y recelos.
Despierta, otra vez te digo:
¡Infeliz, si torpe y ciego
Tienes el pecho insensible
A los ardores del fuego!
Y sabe que los sollozos
De tus desdichados pueblos,

Primero que á tus oídos
Llegaron al justo cielo.»—
Dijo, y volviendo la espalda
Salióse de allí, resuelto,
Poniendo al concurso espanto
Su libertad y denuedo.
Quiso el monarca sañudo
Mandar que le traigan preso,
Cuando sintió penetrante
Nuevo dolor en su pecho.
Descúbrelo, y le hallan todos
Abrasado de un cauterio,
En que con asombro miran
Ser el vaticinio cierto.

PARTE QUINTA.

POESIAS MORALES.

ODA XIV DEL LIBRO II DE HORACIO.

A PÓSTHUMO.

¡Ay! ¡cuán fugaces, Pósthumo, mi Pósthumo,
Los años huyen! Ni detiene el ruego
A la urgente vejez, y las arrugas,
Y á la indomable muerte.

No, aunque consagres cada dia devoto
Tres hecatombes en su altar á Pluto,
Sordo á los lloros, que á Gerion triforme
Ciñe, y circunda á Ticio

Con tristes ondas; en las cuales todos
Cuantos vivimos de la madre tierra,
Seamos reyes, ó colonos míseros,
De navegar habemos.

En vano huirémos de la guerra cruda,
Del ronco mar las quebrantadas ondas;
En vano nuestros cuerpos en otoño
Hurtarémos al Austro.

Hemos de ver del lánguido Cocito
Las tardas ondas, y la estirpe infame
De Danao, y á Sísifo que sufre
Fatiga que no acaba.

La tierra y casa y la agradable esposa
Dejarás. De los árboles que siembras
El ciprés solo seguirá sombrío
¡Ay! á su breve dueño.

Tu heredero, más digno, de su copa
Verterá sobre el suelo el vino raro
Que guardas con candados, y que envidian
Las pontificias cenas.

—⊷⊶—

EL HOMBRE.

El hombre triste en su delirio ciego
Blasona de su ser, ó bien maldice
De su existencia mísera y penosa.
Conjunto misterioso en quien se miran
Reinar en varia y en opuesta forma
El bien y el mal, y la virtud y el vicio.
¿Qué es el hombre infeliz, que acaso lucha
Con su misma pasion, ó imbécil cede
A sus impulsos férvidos? Lanzado
En medio de este globo, apénas vive,
Partiendo sus momentos fugitivos
En gozar y sufrir, cuando el sepulcro
Lo arranca de la escena de la vida,
Y lo reduce á desconcierto y polvo.

¿A qué vine yo al mundo? ¿Qué destino
Debo ocupar en él? ¿Soy por ventura
Producto del acaso, hijo del tiempo,
Juego de la fortuna, y presa débil
De la nada voraz? ¿O fuí formado
Por un poder eterno, inteligente,
Para objetos más altos y sublimes?
En qué lugar me colocó el destino
De esta cadena inmensa de los séres?
Pregunto á la razon, y ella vacila.
Esta guia falaz, ora se encumbra
Al remoto principio de los tiempos,
Y tocando al orígen de las cosas
Pretende descubrir hondos arcanos
Ajenos de su ser: los resplandores
Del fuego de los cielos la deslumbran;

Y semejante al Ángel derribado,
Baja del solio que escalar intenta
Do triunfa la verdad. Ora desciende
A un abismo sin fin; y despechada,
En medio de tinieblas, roba el brillo
A la dulce esperanza. Audaz empuña
El duro cetro en su potente mano,
Oprime mi alma con amargas sombras,
Y arrancando al espíritu sus alas,
Cargado de cadenas, le condena
A ser presa infeliz de los dolores.

¡Oh dolor! nombre infausto, ¿qué elemento
Eres tú de la frágil existencia
Del mísero mortal? Tú le acompañas
Como sombra funesta aterradora,
Desde el primer vagido de la cuna
Hasta el postrer sollozo del sepulcro.
¿Es necesario ¡ay triste! que yo gima
Para que el mundo goce? Mis tormentos
¿Endulzan los pesares, dan holgura
A los otros vivientes? Mis placeres
¿Son más vivos acaso, son más gratos,
Cuando mi hermano bebe con sus lágrimas
Las heces del dolor?

El tierno niño
Fruto de amores castos (dulce alivio
De un pobre corazon), lleno de vida,
Rebosando salud, gracia, inocencia,
Siente en su seno la letal ponzoña
De la dolencia súbita, y herido
Baja á la tumba. Su congoja lenta,
Sus ayes moribundos, los lamentos
De su madre, ¿mitigan por ventura
El dolor que otros pechos atosiga?
¿A qué vino este infante entre los hombres?
¿Qué objeto tuvo en él naturaleza?

Mirad aquel mancebo, en cuyo aspecto
Se dejan ver designios inmortales;

Brilla en sus ojos un celeste fuego,
Y le cercan los rayos de la gloria.
¡Ay! las pasiònes en su noble pecho
Se ceban inhumanas, destruyendo
Su heróico esfuerzo y su bondad natia.
Marcado con el sello del oprobio
Postrado yace. Enherbolada flecha
Le despedaza aguda las entrañas.
Gime del hondo pecho, y dolorido
Clama al cielo con grito penetrante:
Pero el cielo inclemente le condena
A los remordimientos: la agònía
Sofoca ya su espíritu agitado.
¿Es éste el que viviendo de esperanzas,
De la honra cortejado y la fortuna,
Ceñido de los plácidos laureles
De los triunfos y ciencias, caminaba
De la inmortalidad al alto asiento?
¡Desgracia inevitable! Tú del mundo
Eres dueño absoluto y de los hombres.

Y tú, doncella hermosa, que naciste
Para inundar el orbe de contento
Y disipar su horror. Tú en cuya boca
Vaga la blanda risa, ¿quién tu seno,
Morada del placer, sereno y puro,
En guarida trocó de la tristeza?
Una oculta pasion no declarada,
Un afecto infeliz mal reprimido
Consumen tu belleza. Desfalleces,
Y tus copiosas lágrimas anuncian
De tu disolucion el fin cercano,
Como las gotas últimas del íris.
¡Cuántos años de amor y de ventura
Robas contigo al mundo que te pierde!

¡Ay! todos á la muerte caminamos,
Y una mano invisible nos conduce
Al lindero espantoso. En él terminan
La vida y la creacion. De allí comienza
A ensancharse el espacio pavoroso,

En cuya inmensidad errante vaga
La mente, cual relámpago ligera:
Inmensidad que en vano el pensamiento
Pretende concebir: en cuyo abismo
Cerrado á la ilusion, á la esperanza,
Al ruego, á los placeres y deseos,
Se sepultan por siempre las pasiones,
Los reinos, las repúblicas, imperios,
Y los vanos objetos que los hombres
Tienen en sumo precio y alta estima.

Sólo la Eternidad su asiento tiene
Sobre inmutables bases de diamante.
El tiempo destructor encadenado
Yace á sus plantas, la segur depuesta.
En torno reina soledad sombría,
Profunda soledad, terrible, augusta,
Donde no llega el alterado estruendo
De las olas del mundo; y se oye claro
De la ingenua verdad el sacro acento.
Allí la voluntad fija y absorta
Halla su fin, y el ánima se goza,
O tambien desdichada llora y pena.

¡Oh misterio terrible, á cuya vista
La razon espantada retrocede!
De mi naturaleza los arcanos
Sólo tú sabes explicar; mis dudas
Disipas victorioso, y entre sombras
Un secreto con otro me declaras.

Es cierto: yo conozco que he nacido
Para la eternidad. Altos deseos
Mi pecho encienden. Fervorosa llama
Arde en mi seno, y el amor de gloria
De todas mis potencias se apodera:
Pero de gloria inmensa, inmarcesible,
Que levantando al cielo su alta frente
De sumos resplandores adornada,
Sobrepuja triunfante las edades,
Detiene de los siglos la carrera,

Mostrando al mundo atónito los nombres
Que á la virtud y ciencia son más caros.

¡Oh si mi corazon asilo fuese
De la virtud sublime y generosa!
¡Oh si á mis sienes el laurel egregio
Ciñera de la docta poesía!
Entónces en las alas de la fama
Llevara el nombre de mi patria ilustre,
Y el dulce nombre de mi amada hermosa
De donde nace el sol adonde muere:
Triunfara del sepulcro, y para siempre
Tambien mi nombre, libre del olvido,
Del mundo por los ámbitos sonara.

Esa dádiva insigne prefiriera
A cuantas brinda la fortuna. Vanos
Sus dones son: cual humo se disipa
El falaz brillo de su leve gloria.
El rico cetro que el monarca empuña
Es débil caña que se quiebra y hiere
La mano incauta que sobre él se apoya.
La pompa del magnate poderoso
Es el festin apénas de una noche:
Un invisible dedo ante los muros
Con misteriosos caractéres traza
El duro anuncio de su fin amargo:
Comienza entre las sombras con estruendo
Y á la aurora termina con gemidos.

Digno de compasion el hombre fuera
Si á la imperiosa voz de su deseo
Cediese por flaqueza, y no insensato
Obrase por designio. Los delirios
De su mentida gloria son señales
De profunda maldad. ¿Veis al tirano
Que asentado en un trono mal seguro
Ciñe rica diadema, y entre inciensos
Cantos lo arrullan de servil lisonja?
Pues notad que su manto está teñido
Con sangre de guerreros. Las lucientes

Joyas que lo recaman, semejantes
Del pavon á la cauda, son los ojos
Que arrancó de los pueblos que domina.
La turba desdichada se le postra,
Y vertiendo por llanto hilos de sangre,
Sin luz, sin esperanzas ni consuelos,
Adora ciega el ídolo feroce
Que ella misma forjó. Siente en su cuello
La cadena cruel, sin ver la mano
Que sobre él la coloca. Culpa al cielo,
Y ella sóla es la causa de sus daños.

¡Oh mortal degradado! Alza tu frente
Del polvo vil, y con orgullo noble
Abandona el error. ¿Tu noble orígen
Has olvidado ya? ¿No eres la imágen
Del soberano Autor? ¿Por qué insensato
De tu estirpe depones la hidalguía?
Tu inercia te anonada. Peregrino
Transitas por el mundo, caminando
A la morada de eternal reposo.
La mano que te crió, no te destina
A torpe humillacion. Vuelve la vista
Al solio que te tiene preparado:
Perfecciona tu sér, y espera firme
La hora que el cielo te señale. En tanto,
Trata á los hombres como hermanos todos,
Y dobla á Dios tan sólo la rodilla.

LA VISION.

Yo ví una luz opaca y pavorosa
En medio de la noche sosegada,
Y en sueños á mi diestra vide alzada
Una figura pálida y llorosa.

Cubierto su semblante de amargura
Se mostraba al través de un ancho velo:
Profuso era su manto, y hasta el suelo
Arrastraba su luenga vestidura.

Como suena el tristísimo gemido
Que interrumpe el silencio de la tumba,
Y sumiso en las bóvedas retumba,
Así su acento resonó en mi oído.—

«¿Cómo de la virtud te divorciaste
Que fué tu hechizo miéntras yo vivia?
De tus brazos bajé á la tumba fría,
¿Y al punto mis ejemplos olvidaste?

«Mi mano dirigió la tierna planta
De tu edad infantil por buena senda:
A tus fuertes pasiones puse rienda,
Y te enseñé del cielo la ley santa.

«Todo tu corazon sencillo y tierno
Diste á Dios, cuando apénas balbutias:
¿Quién habria de pensar que faltarias
A los votos que hiciste ante el Eterno?

«Así los dias de tu niñez corrieron,
Y tus floridos años se pasaron:
Tantos buenos deseos ¿en qué quedaron?
Tantas bellas promesas ¿qué se hicieron?

«Vuelve, infeliz de tí, mira tu pecho,
Morada en otro tiempo del reposo,
Convertido en abismo tenebroso
Donde lidian la culpa y el despecho.

«Una mentida ciencia te deslumbra
A todos tus afanes siempre ingrata;
El genio que en sus alas te arrebata
Te precipita cuanto más te encumbra.

«Hoy el cielo propicio te concede
Lugar para que mudes de camino:
Venera los decretos del destino
Y á tiempos más felices retrocede.

«Alza la vista á la suprema altura,
Donde la luz eterna reverbera:
Allí está tu descanso, allí te espera
Quien mereció otro tiempo tu ternura.

«Conviértate mi amor; mi labio frio
Te recuerda mis últimas lecciones:
¡Dichoso tú si en práctica las pones!
¡Ay si las olvidares, hijo mio!»

Mal despierto y turbado en aquel punto,
Salto lleno de espanto de mi lecho:
El aliento vital con fatiga echo,
Perdida la color como difunto.

A la querida sombra clamo insano
Inundadas en llanto mis mejillas;
Tiendo las yertas manos amarillas
Y aprieto solamente el aire vano.

¿Te vas, la dije entónces, y me dejas,
Convirtiendo en desvelo mi letargo?

¿No escuchas mi dolor y llanto amargo?
¿No te mueven mis lágrimas y quejas?

Jamás te olvidaré, sombra adorada,
Genio que en las tinieblas me visitas,
Ángel que con tu voz me resucitas,
Mensajera de lo alto destinada.

¡Qué profundas, qué vivas impresiones
Ha causado tu acento en mis entrañas!
Como pasa la niebla en las montañas,
Así huyeron mis vanas ilusiones.

Y no es una invencion, no es ilusoria
Ficcion nacida de un engaño ciego:
Grabado con imágenes de fuego
Vive el hecho constante en mi memoria.

Desde entónces se ven en mi mejilla
El dolor y la pena retratados,
En mi pálida frente los cuidados,
Y en mis ojos la lágrima que brilla.

Y huyendo desde entónce á los retiros,
Rompí con este mundo mis alianzas,
Y animado de eternas esperanzas
A los cielos dirijo mis suspiros.

EL SEPULCRO.

Aqueste es el sepulcro, la morada
Postrimera del hombre. Aquí fenece
La mundana inquietud, y excelsa vive
La eternidad. Placeres seductores,
Halagos dulces y caricias tiernas,
Huyen de este lugar. El amor mismo
Inundado de llanto, y extinguida
La llama de su antorcha, con lamentos
Baja á ocultarse al centro pavoroso.
La fastosa ambicion sin los honores
Del mando que ejerció, llega sumisa
A ocupar en silencio el puesto humilde
Que le señala el dedo de la muerte.
Y la avaricia vil, sórdida, incierta,
Con torva faz y escuálido semblante,
Negro y lacio el cabello, taciturna,
Vueltos los ojos al tesoro amado,
En el angosto límite se postra.
Cierra el mármol la tumba, y aun se escucha
Allá en el fondo el lúgubre gemido.

Debajo de estas bóvedas opacas
Alumbradas apénas por el rayo
De moribunda lámpara, contempla
El ánima los tiempos ya pasados
Y los siglos futuros. De repente
Mira unidos extremos más distantes
Que el Oriente y Ocaso. Es el sepulcro
Padron aterrador, que se levanta
De la vida y la muerte en los confines.

Así se eleva en los polares climas
Helada sierra en el lejano puerto:
Vénse á una parte desde su alta cumbre
Las ondas de un abismo tempestoso,
Que rugen fieras y se encrespan; de otra
Soledades inmensas, despojadas
De luz y de verdor, siempre oprimidas
Bajo el estéril peso de la nieve:
Ni rastro incierto, ni vereda escasa
En su extension inculta se descubre.

¿Qué es nuestra vida?—Una ilusion perpetua—
A nuestro lado asisten incesantes
La dicha y la desgracia. Al golpe alterno
De sus mágicas varas, nos ofrecen
Imágenes amables ó espantosos
Espectros. Unas veces seducidos
Corriendo vamos tras la leve sombra
Con la risa en los labios: otras, llenos
De súbito pavor, el paso errante
Volvemos hácia atrás: hondos abismos
Do quiera se abren, y la torpe huella
Tropieza y se hunde.

En el oscuro seno,
Morada del horror y sombras vagas,
Do las generaciones desparecen
Como vapor ligero y se aniquila
Triste y marchita la creacion entera;
Yacen tambien á nada reducidos
Del hombre los altivos pensamientos.
Sus proyectos quiméricos y audaces
Aquí se pierden, cual en negra noche
Los celajes espléndidos que forma
Purpúreo el sol cuando al ocaso baja.
Yo ví la tierra grande y extendida
Cubierta de heredades y jardines,
Ciudades opulentas y elevados
Palacios que tocaban las estrellas:
Inmensa poblacion los ocupaba,

Y el eco vagaroso repetia
Su confuso rumor. Cerré los ojos,
Y al despertar despues de un breve sueño,
Un desierto encontré yermo y desnudo:
Los jardines volviéronse malezas,
Ruinas son las ciudades, y los hombres
Poca ceniza que el sepulcro guarda.

Míranse aquí en lugar desconocido,
Entre pavor y fetidez inmunda,
Los restos de un guerrero. Orin impuro
Son ya sus armas y el paves luciente,
Que entre nubes de polvo y humo espeso
En las batallas resplandor lanzaba,
Cual ígneo globo en cielo nebuloso.
Eterno hielo el fuego de sus ojos
Para siempre apagó: yace cubierta
De triste sombra la sañuda frente
Que los lauros ciñó de la victoria;
Y la diestra, que el rayo fulminaba
En los combates con furor tremendo,
A cuyo golpe mi aterrada patria
Prosternada cayó, yace hora yerta,
Helada, en inaccion. Tú conseguiste,
Batallador feliz, unir dos mundos
Con vínculos funestos, y arrogante
De lo alto derrocar al trono Azteca,
En duelo convirtiendo el rudo brilllo
De su agreste poder. De sus victorias
Sólo recuerdos funerales viven.
Tambien mezclados cabe tí reposan
Los carcomidos huesos del monarca
Que arrancaste falaz del solio regio.
Así el sepulcro despiadado absorbe
Al guerrero triunfante y al vencido,
Al señor poderoso y al colono,
Al sacerdote y víctima, mezclando
Allá en sus antros con olvido eterno
Odio y amor....

¡Qué digo! Nunca puede
El sepulcro cruel romper los vínculos
Del blando amor, y los afectos puros
Con que de Dios la mano bondadosa
Los mortales unió con nudo grato.
Cambia el amor de formas, no perece.
¡Cuántas dulces memorias! ¡Cuántas bellas
Ilusiones vivíficas produces,
Oh fúnebre mansion! Son tus umbrales
Tranquilo puerto, tras tormenta horrible.
¡Feliz aquel que por la fe alumbrado,
Baja con planta firme á tus abismos,
Y en ellos mira con valor, misterios
Que jamás alcanzó la vana ciencia
Del filósofo audaz!

Dame que escuche
¡Oh tumba! tus oráculos severos.
Dentro tus antros lóbregos descansan
Inmóviles cenizas, que mis ojos
Con llanto regarán. Ellas encierran
Nueva esperanza y plácidos consuelos.
Dulce es el llanto que en el alma excita
La fúnebre memoria de una madre
Modelo de virtud y de ternura,
Y de hijos caros la temprana muerte.
¡Sombras amadas, descansad tranquilas!
Vuestra separacion dejó en mi pecho
Interna herida, que jamás se cierra:
Pero tambien dejó leccion profunda,
Con rasgos indelebles estampada,
De sabio desengaño, y de elocuentes
Ejemplos de inocencia y de cariño.
Jamás, jamás de mi alma adolorida
Separaros podrán profundos mares,
Largas distancias, interpuestos montes,
Ni el confuso bullicio y pompa vana
Con que brilla la corte esplendorosa.
En mi memoria viviréis constantes
Miéntras durare mi existencia. Aqueste

Recinto melancólico y sombrío
Será para mi amor de mayor precio
Que el palacio riquísimo do lucen,
Entre jaspes y excelsos artesones,
El oro y el marfil. Cuando la muerte
Con severa piedad destroce el hilo
De mi vida apenada y borrascosa,
Uniréme á vosotras, sombras caras,
Renovando los lazos de familia.

EL SITIO DE PTOLEMAIDA.

TRADUCCION DE UNA ELEGÍA ESCRITA POR SINECIO, OBISPO DE AQUELLA CIUDAD.

¡Oh, mi amada Cirene, tú que vivos
De mis antecesores venerados
Los nombres has guardado en tus archivos!

Sepulcros de la Dórida sagrados,
Donde no quedarán con mis mayores
En dulce paz mis huesos sepultados!

¡Tú que eres ocasion de mis dolores,
Ptolemaida infeliz, pues me hace el cielo
El postrero pastor de tus pastores!

¡Nada os puedo decir en tanto duelo,
Que oprimida la voz, impide el llanto
Palabras á mi lengua de consuelo!

Tendré que abandonar el templo santo,
Lanzado por el bárbaro enemigo
Entre la confusion y entre el espanto;

Y huyendo de su saña, cual mendigo
Buscar, detras de mares procelosos,
En extraña region quietud y abrigo?

Si huyéremos de noche silenciosos,
Pediré por piedad alguna espera,
Y al templo iré con pasos presurosos,

Donde humillado por la vez postrera,
Exhalará mi pecho atormentado
Su profundo dolor, su pena fiera.

Daré la vuelta del altar sagrado,
Y besaré el umbral y sacra mesa
Dejando el suelo en lágrimas bañado.

Con la amargura en el semblante impresa,
Abrazado á las puertas del santuario,
Dirá el último adios el alma opresa.

Las bóvedas del templo solitario
Huecas repetirán con sordo acento
Los ecos de mi llanto funerario.

Hasta que llegue el último momento
Del peligro, y su fuerza aterradora
De allí me arranque con furor violento.

Miéntras esto imagino, no hay una hora
Propia para el descanso, no de dia,
No en la profunda noche, no en la aurora.

Si el sueño agobia la cabeza mía,
El clarin me despierta resonante
Y del lecho y descanso me desvía.

Estoy siempre en alarma vigilante
Sobre el muro, vestido de loriga,
Campados los contrarios por delante.

Rendido estoy de sueño y de fatiga,
De prevenir la astucia y la cautela
Con que pueda asaltar tropa enemiga;

De mudar el nocturno centinela,
De hacer guardar servicio rigoroso,
Y velar á mi vez al que me vela.

Las noches ocupaba ántes gozoso
Por ver girar sobre la esfera pura
El coro de los astros luminoso.

Ahora me desvelo en noche oscura
Por rechazar los bárbaros sangrientos,
Que cubren nuestro suelo de amargura.

Si concedo al descanso unos momentos
Por el reloj con precision medidos
¡Qué de sueños me asaltan turbulentos!

De las congojas diurnas provenidos,
Como objetos de horror y de tortura
Conturban por la noche mis sentidos.

Paréceme que, huyendo con presura
El bárbaro nos carga de cadenas
Y lleva á esclavitud lejana y dura.

Cuando de tanto horror despierto apénas,
Vuelvo á nuevo afanar; para mí digo:
Aquí tendrán su término mis penas.

Si entrare en la ciudad el enemigo
A sangre y fuego, desatado en lloro,
Sólo el santuario me dará su abrigo.

Allí ante el Dios Eterno á quien imploro,
De sus sagradas aras abrazado,
Y escudo siendo de sus vasos de oro,

Opondréme al arrojo del soldado;
Y si me diere muerte allí protervo,
Compasivo el Señor verá bañado
El altar con la sangre de su siervo.

PENSAMIENTOS
FILOSÓFICOS Y RELIGIOSOS

DEDICADOS

AL SR. D. ANDRES QUINTANA ROO.

I.

EL SÉR.

¿Qué es el Sér? ¿Es de sí propio
Orígen, causa y producto?
Esfuerzo con que la nada
Sale de su centro nulo?

Si carecia de existencia
¿Cómo á sí formarse pudo?
El ser y no ser á un tiempo
Arguye en sí mismo absurdo.

Y si el esfuerzo no es más
Que del Sér un atributo,
¿Pudiera existir, acaso,
De su sugeto desnudo?

¿Cómo pudiera ser causa
Y tambien efecto suyo,

Cuando aquella es la primera,
Y ésto, por fuerza, segundo?

Luego los Seres, que forman
Del universo el conjunto,
Ni efectos son de sí mismos,
Ni la nada los produjo;

Que es ineficaz la nada
Para adquirir forma y bulto,
Para erigirse en esencia
Y darse á sí propia impulso.

¿Pues de dónde este universo
Toma su poder fecundo?
La materia que lo forma
¿De dónde su orígen tuvo?

En tantas dudas perplejo
Me precipito sin rumbo.
¡Oh razon, qué impotente eres!
¡Qué débil eres, discurso!

Sois ciegos, que guiais á un ciego
Entre precipicios rudos:
Enlazais dificultades
Y no desatais el nudo.

En esta vida lanzado
Vago en laberinto oscuro,
Y con errores groseros,
Sólo, en las tinieblas lucho.

Si los Seres no nacieron
De sí propios, luego hay uno
Necesario, de quien todos
Su orígen tienen oculto:

Luego este Sér es increado,
Sin dependencia, absoluto,

Anterior á todo tiempo,
De quien el orbe es trasunto.

Esencia, que en sus hechuras
Se copia con fiel dibujo;
Idioma, que á nuestros ojos
Habla con lenguaje mudo.

¡Oh tú, Religion sagrada,
Que en este abismo confuso
Tu luz derramas, y al hombre
Ilustras con fuego puro!

Tú revelas á mi mente
Verdades, que nunca supo
En hondas cavilaciones
Hallar filósofo alguno.

Tú me enseñas que hay un Sér
Que hizo de la nada el mundo;
Que desplegó el firmamento,
Y al sol señaló su curso.

Que la luna silenciosa
Puso por fanal nocturno,
Y de luceros sin cuento
Sembró el espacio profundo:

Que desde los altos cielos
Inmóvil, en trono augusto,
Ciñe de luces la aurora,
Cubre la noche de luto.

Da á la primavera flores,
Nieves al invierno crudo,
Espigas al rubio estío,
Y al pródigo otoño frutos.

De verdes bosques corona
Los altos montes robustos;

A los turbulentos mares
Límite de arena puso.

Hace nacer los arroyos
De los peñascales duros;
Cubre de césped los prados,
Y el viejo tronco de musgo.

Por él la tórtola amante
Canta con sentido arrullo;
Hambrienta la fiera ruge
Desde sus antros ocultos.

Huelga en el mar la ballena,
Pace los campos el bruto,
Encuentra el ave alimento
En los desiertos incultos.

En el Septentrion remoto
Tiene al Aquilon recluso,
Que á su mandato obediente
Altera los mares turbios.

Sobre las alas del viento,
Entre nublados oscuros,
Camina Dios en los cielos
Y es la tempestad su anuncio.

Si baja la vista airado
El suelo tiembla convulso:
Con su planta, si los toca,
Los montes convierte en humo.

¡Oh Señor, yo te confieso!
En todas partes descubro
Pruebas de tu amor sagrado:
Habla, que tu voz escucho.

A tí debo mi existencia;
Tú animaste el polvo inmundo
De mi cuerpo, y le inspiraste
Tu aliento divino y puro.

La inmortalidad me has dado,
Y vivir contigo junto.
¡Oh mortal! ¡cuán elevados
Son tus destinos augustos!

II.

EL DOLOR.

Si un Dios de bondades lleno
Sacó de la nada el mundo,
Si la tierra y mar profundo
Ató con lazo de amor;
Si al hombre formó su mano,
Objeto de su ternura:
¿Por qué condenó su hechura
A la impresion del dolor?

Sufre el anciano postrado,
Gime el enfermo en su lecho,
Péna en calabozo estrecho
El prisionero infeliz.
En vano la tierra madre
Defiende al niño en sus brazos;
La muerte rompe sus lazos,
Y la hunde en dolores mil.

Si sopla la peste impura
Inficionando la tierra,
Si brama airada la guerra,
Si ruge el mar con furor;
Si estalla el rayo, y los montes
Tiemblan, vomitando fuego,

Sobre los mortales luego
Tiende su cetro el dolor.

Cuando ama con más cariño
El nuevo esposo á la esposa,
Cuando lazada amorosa
Los estrecha ante el altar;
Cuando en el mar de la vida
Gozamos tranquila calma,
¡Con qué recuerdos al alma
Viene el dolor á turbar!

Mas ¡ah! que precipitada
La vida, sin resistencia,
Abreviara su existencia
Si le faltara el temor;
Y los deleites llenaran
Sus horas de culpa y tedio,
Si no se alzara por medio
Terrible y fuerte el dolor.

El dolor es del pecado
Recompensa merecida,
Pension actual de la vida,
Condicion de nuestro ser;
Mas tambien es nuestra guarda,
Contra las pasiones muro,
Y para el siglo futuro
Ocasion de merecer.

Y si el dolor no existiera,
Romperia mano enemiga
El dulce lazo que liga
A la humana sociedad:
Ni propiedad ni familia
Entre los hombres se hallara,
Y el amor abandonara
A la triste humanidad.

Si el dolor dejara al mundo,
Fuera con él la justicia,

Y en el solio la malicia
Haria su acero blandir.
  Alzara su faz odiosa
Desmascarada licencia,
Y quedara la inocencia
Abandonada á gemir.

  Si aun el hombre conservara
La inocencia primitiva,
Si ardiera en su seno viva
Sagrada llama de amor;
  Si humilde hubiera guardado
La ley del Señor primera,
Hoy infeliz no sintiera
Las heridas del dolor.

  ¡Insensato! alzarse quiso
Sin alas á las alturas,
Y de las esencias puras
Los asientos escalar.
  Quiso con mano atrevida
Quitar á Dios la diadema,
Robar su lumbre suprema,
Y como Dios imperar.

  Por eso la ira divina
Vengó de Dios el ultraje,
Y el desdichado linaje
De Adam á muerte entregó:
  Hízole ver que su vida
Seria de afan y miseria,
Que su cuerpo era materia
Presa infeliz del dolor.

  Desde entónces ¡desdichado!
Gime el hombre en tierra ajena,
Arrastrando la cadena
De su mísero existir.
  Sus ojos nacen al llanto
Y sus labios al lamento;

Es la vida su tormento,
Y su descanso morir.

Mas ¡ah! que benigno el cielo,
En su consejo divino,
Remedio al hombre previno
Con que llamarlo á su amor.
Bajó incógnito á la tierra
El Dios excelso humanado,
Para destruir al pecado,
Sujetándose al dolor.

Duros clavos atormentan
Sus piés y manos divinas,
Su cabeza las espinas
Y su paladar la hiel.
Muere con dolor acerbo
Por salvar la tierra ingrata,
Y su agonía dilata
El deseo de padecer.

Y dió con su sangre al hombre
Vida en el empíreo cierta;
Le abrió su espléndida puerta,
Y á su solio lo elevó:
Mas le dejó acá en la tierra
Esta sentencia esculpida:
Sólo se llega á la vida
Por la senda del dolor.

III.

LA ESPERANZA.

Espíritu inmortal, que de la vida
Siembras las sendas áridas de flores,
Compañera del alma entristecida,
Bálsamo de consuelo en sus dolores:

Tú que de la niñez las horas breves
Inundas de placeres y de encanto,
Que de la juventud los pasos mueves
A alcanzar de la gloria el fuego santo:

Y en las cenizas de la edad helada,
Cuando ya el corazon gime marchito,
A la pupila de vejez cansada
Entre sombras descubres lo infinito:

Tú que enjugas el llanto doloroso
Que el moribundo en su amargura vierte,
Conservando tu fuego vivo, hermoso,
En el fúnebre lecho de la muerte:

Díme ¡dulce esperanza! ¿descendiste
Cual ángel de la esfera soberana,
Para alumbrar en su destierro triste
Llena de compasion la especie humana?

¿O eres sólo una ilusion que nace
De engaños de la mente y los sentidos,
Vision que al hombre descarría falace
Por senderos de error desconocidos?

Si eres hija de un Dios veraz y sabio,
¿Por qué la copa del placer me ofreces,

Y al apurarla mi sediento labio
En él derramas del dolor las heces?

En las ramas de selva florecida,
Do inexperta la vista se divierte,
Al arrancar los frutos de la vida
Encuentro las semillas de la muerte.

Mas no, que desdeñando el bajo mundo,
Tambien en él caminas peregrina,
Y huyendo de su negro horror profundo
Al empíreo tu vista se encamina.

Y por eso abandonas esta tierra,
Morada de tormentos y quebranto,
Do falsa libertad y cruda guerra
Su imperio extienden de opresion y llanto.

Y diriges al hombre que transita
Con paso incierto á la region futura,
Cual dirigia al tímido Israelita
Columna luminosa, en noche oscura.

A otra patria feliz alzas el vuelo
Donde le ofreces perdurable calma,
Nuevo amor y dulcísimo consuelo,
Placeres inefables para el alma.

EL AISLAMIENTO.

TRADUCCION DE ALFONSO LAMARTINE.

Bajo la antigua encina en la montaña
Al trasponer el sol, triste me siento,
Viendo de allí perplejo y macilento
Rico el cuadro que ofrece la campaña.

Aquí, la onda risueña y presurosa
Nace sonando en la arboleda amena,
Allí, en el lago espéjase serena
De la tarde la estrella luminosa.

Tras las selvosas cimas de aquel monte
Sus postrimeros rayos lanza el dia,
Entre nubes de plata el carro guia
La luna, dominando el horizonte.

Desde la torre gótica resuena
Llamando á la oracion, el bronce herido:
Párase el caminante conmovido
Y de fervor y amor su pecho llena.

Ven el cuadro feliz mis ojos yertos
Sin tierna conmocion, sin dulce calma:
Aislada pasa por la tierra mi alma,
Y el sol no alumbra mis sentidos muertos.

De colina en colina vaga errante
Mi vista, vanamente indagadora:
Ve el cielo, ve los reinos de la aurora,
Y do quiera el dolor halla delante.

¿Qué me importa este valle, qué esta fuente,
Si el contento y quietud de ellos son idos?
Sin su gloria os dejó, bosques queridos,
En honda soledad mi bien ausente.

Hoy es indiferente á estos mis ojos
El círculo del sol, la noche umbría:
¿Qué importa á un infeliz un nuevo día,
Si sólo encuentra en su vivir enojos?

Si pudiera seguir con raudo vuelo
La carrera del sol por el vacío,
Nada, nada anhelara el pecho mío
De cuanto el astro alumbra en este suelo.

Mas los lindes pasando de su esfera,
Al verdadero sol vieran mis ojos,
Y dejando á la tierra mis despojos,
Gozara allí la luz que reverbera.

Allí embriagado en la perenne fuente
De claridad y amor por que suspiro,
Mirara el bien ideal que aquí no miro
Y abrazarse en la tierra no consiente.

¡Oh si pudiera en alas de la Aurora
Objeto de mi amor, contigo unirme!
¿Quién podria de tus brazos dividirme?
¿Por qué mi alma en la tierra se demora?

Llevada por el viento á otras regiones
Con envidia miré la hoja marchita.
Mis ardientes deseos ¿quién los limita?
¡Llevadme en vuestras alas, aquilones!

LA INMORTALIDAD.

Desfallece la llama de la vida
Cediendo por momentos. En mi seno
Brilla fugaz, cual tímida centella
Entre nieblas y sombra pavorosa;
Y la noche sulcando las esferas,
Cercada del temor y del silencio,
Se enseñorea del orbe consternado.

¡A cuántos estremece esta memoria,
Helados de pavor! Del precipicio
Retroceden temblando, y les parece
Que oyen sonar el canto de la muerte,
Los postreros suspiros de un amante,
De un caro hermano el último gemido,
O los fúnebres ecos y clamores
De la triste campana, cuando anuncia
Que dejó de vivir un desgraciado.

No así á mis ojos, muerte, te presentas
Armada con la espada destructora
Que aniquila mi ser, sino vertiendo
En mis heridas bálsamo precioso.
Para templar en los mortales pechos
El bárbaro dolor que los destroza
El brazo del Eterno te destina.
Libertas, no destruyes. En tu diestra
Resplandece la luz indeficiente,
Con que diriges mis errantes pasos
De la áurea Eternidad en los caminos;
Y en ellos la esperanza me señala
El término feliz de mi carrera.

Libértame del peso que me agobia,
Y rompe las cadenas que me enlazan
A este cuerpo de barro. En las alturas
Deja que goce de perpetua vida,
Y de solaz, y holgura sempiterna,
Y contento purísimo y perpetuo.

Mas ¿qué Espíritu es este que me anima
Y estrechamente en mis entrañas mora,
Cual incógnito huésped? ¿Vino acaso
De la region etérea descendido?
¿Habitaba los astros rutilantes,
Que en el silencio de la noche amiga
Me inspiran con su luz los sentimientos
De amor y de virtud? ¿Por qué bajaste,
Eterno habitador del alto empíreo,
De esa mansion de luz y de reposo,
A esta mansion de lágrimas y duelo,
Y te encerraste dentro el cuerpo frágil,
Tomando parte en las miserias mias?
¿Qué nudos, qué resortes tan secretos
Te unen á la materia, de tal modo,
Que por su mediacion obras, te agitas,
Te mueves, gozas, y tambien padeces?
¿Eres eterno, díme? ¿Precediste
A la creacion del globo en que habitamos,
Y unido con los coros inmortales,
En la primera aurora de los tiempos
Cantabas al Criador sonoros himnos?
¿O fuiste de sus labios inspirado
En aquel mismo instante, en que se supo
Que un hombre era en la tierra concebido?
Separada algun dia de la materia
¿Adónde vuelve el alma? ¿qué otros mundos
A su estado futuro se preparan?
¿Gozará de otro sol, de otras esferas,
De otros rayos de luz, de nuevas auras,
De otro principio de placer y vida,
Con que volviendo al seno de do nace
Permanezca impasible? ¿O baja acaso
Al espantoso reino de la nada,

Y leve sombra huye y se disipa,
Muriendo allí sus glorias y esperanzas
Y tambien sus recelos y temores?
¿Corre la misma suerte el varon justo,
Que con valor heróico y frente erguida
Sofocando en su pecho las pasiones,
Osó el torrente contrastar del vicio;
Y el blando y muelle, que cual vil esclavo
Cedió á su impulso, y se postró indolente
Ante las aras del nefario crímen,
Negando al cielo adoracion y culto?
¿Es la santa virtud un nombre vano?

No, que yo siento dentro el pecho mio
Renacer un valor, un noble aliento
Que por nuevos caminos me conduce,
Y á más altas empresas me levanta.
No es aquesta mi patria. Yo he nacido
Para sobrevivir á las edades,
Y vencedor del tiempo y del acaso
En la esfera reinar. ¡Ah, quién me diera
Aproximar al postrimer instante,
En que recobre el inmortal derecho
Que del Criador me fuera concedido!

¡Oh recuerdo dichoso! tú me alientas,
Tú arrebatas mi espíritu y lo enciendes,
Tú concedes al ánimo agitado
El reposo y quietud que habia perdido.
En la profunda huesa sepultado,
Mezclado con el polvo y las cenizas
Mil siglos estaré, todo entregado
Al pavoroso reino de la muerte.
Y miéntras en la tierra se renuevan
Las mudanzas sin término y las ruinas,
Y nacen y prosperan las naciones,
Y mueren y terminan los imperios;
Y miéntras en carrera sosegada
Circularen los astros rutilantes,
Y el sol brillare en su remota esfera,

Yo dormiré tranquilo, sin que pueda
Abrir los ojos al dolor y al gozo.
Mas cuando suene la señal tremenda
Del postrimero dia, reanimados
Alzaránse mis huesos, y el sepulcro
Restituirá la presa que encerraba.
Unido con los coros celestiales,
La sien ceñida de laurel triunfante,
Veré á mis piés rodando las estrellas,
Y gozaré la luz inaccesible
Que en torno cubre el solio del Eterno.

PARTE SEXTA.

POESÍAS FÚNEBRES.

EL SEPULCRO DE MI MADRE.

Bajo esta losa fria
¡Idolatrada Madre!
Descansan para siempre
Tus restos venerables:

Descansan, y mis ojos,
Que no te ven cual ántes,
Cercados de tinieblas,
En llanto se deshacen.

Estériles mis quejas
Se pierden en el aire,
Que nada los lamentos
Contra la muerte valen:

Ni logra el blando ruego,
Que exhala el pecho amante,
El que su presa vuelva
La tumba inexorable:

Ni ménos á su impulso,
Que dóciles se ablanden
Del lúgubre destino
Las puertas de diamante.

Llena de anhelo ardiente
Rendida orabas ántes
En este mismo templo,
Donde hora inmóvil yaces:

Pidiendo al Ser Supremo
Con ruegos incesantes,

Que en mí sus claras luces
Benigno derramase.

¡Cuántas veces la aurora
Te vió en estos umbrales,
Impetrando del cielo
Favores y piedades!

Jamás fueron á lo alto
Tus súplicas en balde,
Que era para el Eterno
Tu valimiento grande.

¡Cuántas miró la noche
Tus lloros abundantes,
Como tu amor ardientes,
Y á tu cariño iguales!

Tus flébiles suspiros
Herian estas naves,
Que hora sordas repiten
Mis dolorosos ayes.

Sobre las breves huellas
Que en pos de tí dejaste,
En escuadron vinieron
Mil bárbaros pesares;

Y alzándose terribles,
Con fuerza incontrastable
Lanzáronme á un abismo
Sobre barquilla frágil.

Así, Madre querida,
Desde que tú faltaste,
Cual náufrago navego
En borrascosos mares.

Encréspanse las olas,
Silban los huracanes,

Y entre agrupadas nubes
Rugen las tempestades.

Perézco sin remedio
Pues que llegó á apagarse
La luz, que era mi guía
En las olas instables.

¡Oh si plugiera al cielo,
Que en tan horrible trance
Asilo bonancible
En tu sepulcro hallase!

En él nacen contino
Provechosas verdades,
Alivios duraderos,
Consuelos perdurables.

Desde él la llama oculta
Que en tus cenizas arde,
Al corazon envía
Centellas eficaces.

No rico mausoleo
De mármoles y jaspe
Oprime tus despojos
Bajo su mole grave:

Sino sepulcro humilde
Al pié de los altares;
Lugar que tantas veces
En vida frecuentaste.

En torno las virtudes
Con cándido ropaje
Te cercan, encubriendo
Llorosas el semblante.

Ellas en vela siempre,
Hacen que se te guarde

Respeto merecido,
Libre de todo ultraje.

Permite que me acerque,
Que con lágrimas bañe
Tus restos, y en mi auxilio
Con voz débil te llame.

Deslazado del cuerpo
Tu espíritu brillante,
Sobre el empíreo goza
Delicias inmortales.

Espléndida diadema
Te ciñe radiante,
Y en trono de zafiros
Triunfas de las edades:

Contemplando segura,
Con ojos penetrantes,
La ingénita belleza,
Que vida y luz esparce.

Nunca de mí te olvides:
¡Ah! mi dolor te apiade:
No porque el cielo habitas
Dejas ya de ser madre.

A UN NIÑO.

I.

Cuando viniste á la tierra
Derramaste, hermoso niño,
En tu familia y tu casa
El más puro regocijo.

Los semblantes que cercaron
Tu cuna, recien nacido,
Respondieron con sonrisa
A tus primeros vagidos.

No te aguardaban riquezas
Ni brocados exquisitos,
Sino el amor de tus deudos
Y de tu madre el abrigo.

Cuando en sus brazos quedabas
Al grato sueño rendido,
Gozabas tú del descanso
Y ella de un dulce delirio.

Te adormia con sus arrullos,
Y con besos repetidos
Te despertaba, mirando
El mundo en tí reducido.

Ya sus rasgos empezabas
A conocer indeciso,
Y lanzábaste á su seno
Alborozado y festivo.

Tu pecho tal vez entónces,
De amor inocente herido,
Sintió, aunque confusamente,
Los nobles afectos de hijo.

Así la reciente aurora
Con su regalado brillo,
Los inmensos resplandores
Anuncia del dia vecino.

En tus azulados ojos
Brillaban rayos activos,
Y la donosura y gracia
En tus labios purpurinos.

Eras cual planta preciosa
Que el sol fecunda benigno,
Halagan las dulces auras
Y riega el blando rocío.

Eras joya de tu casa,
Eras de tu madre hechizo,
El gozo de tus hermanos,
De mi corazon alivio.

Mas ¡ay! pasaste cual sombra,
Volaste como un suspiro,
Y tus luces se apagaron
Allá en el sepulcro frío.

II.

Densa noche sucede al breve día,
Inmenso mal al bien que poco dura,
Y á la temprana vida la agonía.

Se apoderó de tí la calentura,
Con un fuego sutil quemó tu frente,
Y consumió tambien tu sangre pura.

Herido en lo más vivo de repente,
Quedaste sobre el lecho derribado,
Lleno de languidez triste y doliente.

Así queda en el polvo sepultado
El bello lirio en el ardiente estío,
De su lustre y aromas despojado.

El alma me llenó terror sombrío
Cuando en tu rostro ví que revelabas
La intensidad del mal, perdido el brío.

La llama que en el seno alimentabas
Los alivios negó, que pretendias
Alcanzar cuando apénas respirabas.

Sin refrigerio en torno te volvias,
Y á fuerza de gemidos y lamentos
El curso de la muerte detenias.

¡Cómo se prolongaron tus tormentos!
¡Y cómo con su vista se aumentaron
Mis profundos y amargos sentimientos!

Mis ojos incesantes te velaron
Hasta rayar la lumbre matutina,
Y al mirarte llorar tambien lloraron.

Tu suerte lamentable vaticina,
Al estampar sus marcas dolorosas
De fuego, sobre tí, la medicina.

Entónces tus pupilas lacrimosas
Levantabas á mí, como pidiendo
Que calmara tus penas rigurosas.

¿Qué pude hacer en lance tan tremendo,
Sino obligarte á nuevos sacrificios
A las tuyas mis lágrimas uniendo?.

Ineficaces fueron mis oficios,
Que la cruda dolencia progresaba
Dando ya de tu fin ciertos indicios.

La muerte entre tinieblas se acercaba,
Y empañó con su aliento el brillo puro
Que en tus serenos ojos se mostraba.

Cesó tu padecer: del mundo oscuro
Volaste al alto empíreo esclarecido,
Donde respiras ya libre y seguro.

¡Ay! cuando conocí que habias partido
Y tu yerto cadáver en mis brazos
Se mostró sin aliento y sin sentido;

Pedí al cielo rompiese ya los lazos
Que me unen á la vida, y se salia
Mi corazon del seno hecho pedazos.

Mi rostro con tu rostro confundia,
Mi boca con tu boca, y de mis ojos
Una fuente de lágrimas vertia.

¡Oh, si unir á los tuyos mis despojos
Pudiera en este instante, niño tierno,
Acabaran de un golpe mis enojos.

Hechizo blando del amor paterno,
¡Oh, qué presto de mí te has alejado
Dejándome inundado en llanto eterno!

El contento contigo te has llevado;
Acabó de repente el dulce gozo
Que habias en tu familia derramado.

Donde ántes resonaba el alborozo,
Las risas y los juegos inocentes,
Hora suena el suspiro y el sollozo.

¡Oh mudanza cruel! ¡Cuán diferentes
Fueron tu nacimiento y tu partida!
¡Huyó el placer, dejándonos presentes
Hondo pesar y lloro sin medida!

III.

¿Por qué, inocente niño,
De esta mansion te alejas?
¿La voz de mi cariño
Olvidas, y me dejas
Desalentado y mísero,
Luchar con el dolor?

Tú, que gracioso fuiste
Antes todo mi encanto,
Hora motivo triste
Eres de largo llanto:
Recuerdo melancólico
De un infeliz amor.

¡Qué injusta se ha mostrado
Con nosotros la suerte!
Debieras á mi lado
Tú, presenciar mi muerte,
Y con tus dulces lágrimas
Bañar mi helada faz:

Y yo nunca debiera
Ver en tan negro dia
De tu hora postrimera
La penosa agonía;
Ni en el humilde féretro
Depositarte en paz.

Tus preciosos despojos
Al fondo descendieron
De la tumba; mis ojos
Llorando te perdieron:
Sobre tu losa fúnebre
La Eternidad se alzó.

De este mundo olvidado
La lobreguez te oculta,

Cual tesoro ignorado,
Que la tierra sepulta:
Mas contigo en el túmulo
Mi corazon quedó.

En sueños tu brillante
Imágen se me ofrece:
Despierto y al instante
Huye y se desvanece,
Cual pasa del relámpago
El resplandor fugaz.

Tus quejas vagarosas,
Que de dolor me llenan,
Todavía lacrimosas
Bajo mi techo suenan,
Como en las selvas lóbregas
Vaga el eco locuaz.

Desde el sepulcro helado
Tu acento me amonesta,
Que vele preparado
Para la hora funesta
En que la muerte pálida
Me salga á recibir.

¡Ay! al Eterno pide
Temple su golpe crudo,
Pues el tamaño mide
De mi dolor agudo,
Y abrevie luego el término
De irme contigo á unir.



AL MISMO.

Niño, que te partiste en presto vuelo
De esta tierra de crímenes manchada,
Sumergiendo en amargo desconsuelo
Tu pobre casa y tu familia amada:
Si conservas allá en el alto cielo
Recuerdos de esta vida desgraciada,
Ruega al Señor Eterno á quien bendices,
Que consuele á tus padres infelices.

UNA TARDE DE OTOÑO.

Tapiza Otoño la tierra
De secas hojas. Confuso
Declina el sol al Ocaso,
Entre nublados oscuros:

Su luz quebrada resbala
Sobre los collados mustios,
Y de la estéril ribera
Entre peñascos incultos.

Murió la pompa del año:
El campo que ántes produjo
Cosechas ricas, cubierto
Está de polvo infecundo.

En el ancho cementerio
De todo ornato desnudo,
Al pié de la antigua torre
Cubierta á trechos de musgo,

Siéntome; oprimida el alma
Al peso de males sumos,
Y renovada del seno
La llaga, con golpe crudo.

Con melancólica pausa,
Del bronce herido al impulso,
El aire en torno resuena,
Y es de la muerte el anuncio.

Diversas fosas esperan
Del hombre los restos mudos,

En donde tambien se pierden
Sus vanidades y orgullo.

Allí el anciano, postrado
De años y trabajos muchos,
Desciende: allí la doncella,
Y el niño inocente y puro.

¿Quién es aquel que, mirando
Con vista atenta el sepulcro,
A la compasion no paga
De lágrimas un tributo?

¿Y más si, estando ligado
Antes de amor con los nudos,
A triste gemir y duelo
Despues la ausencia redujo?

¡Ay, á mis cansados ojos,
Con llanto opacos y turbios,
Tu figura se presenta
Pálida y la voz sin uso,

Jóven malogrado! ¿Incierto
Me miras? ¿Quién así pudo
Dar á tu ingenuo semblante
Ese tinte taciturno?

Me acerco: con voz doliente
Te llamo ansioso, y al punto
Huyes, y te desvaneces,
Como en los aires el humo.

Cuando apénas empezabas
A percibir del estudio
Los recónditos placeres,
Que ignora el profano vulgo:

Entónces asoladora
Peste, con aliento impuro,

En tí vertió su veneno,
Y á la tumba te condujo.

Pasó, como luz liviana
De noche, tu breve curso:
Brilló un momento, dejando
Sombras y terror profundo;

Y contigo perecieron
De la muerte al golpe rudo,
Lisonjeras esperanzas
Que el pecho en vano mantuvo.

A ser tu vida tan breve
¿Para qué viniste al mundo,
En tu familia causando
Dolor inmenso sin fruto?

Sábelo Aquel que conoce
Los arcanos más ocultos:
A cuyos altos designios
No llega humano discurso:

El que los mares rugientes
A abismos ciertos redujo,
Y sobre bases perpetuas
Los altos montes impuso.

Yo á su presencia postrado
Venero sus atributos,
Y mi voluntad sumisa
Rindo á sus decretos justos.

El objeto de mi pena
Posa en su seno seguro,
Miéntras yo, desventurado,
De llanto en llanto discurro.

Así con ley siempre sábia
La Providencia dispuso

Dar á la inocencia premio,
Y á mí un aviso oportuno.

Ya en las esferas la noche
Despliega el manto profuso,
Y de tinieblas eternas
Ciñe su semblante augusto.

El Orbe en silencio yace;
Mas yo, por nuevo estatuto,
Para el infortunio velo
Y para el dolor madrugo.

MEMORIAS FÚNEBRES.

I.

EL BIEN PERDIDO.

Lágrimas, que abrasais de mis mejillas
El marchito verdor con curso ardiente,
Desde hoy se perderá vuestra corriente
Del mar de eternidad en las orillas.

En vano elevaré preces sencillas
Para volver á ver el bien ausente.
¿Podrá dar vida mi gemir doliente
Del sepulcro á las sombras amarillas?

Pasaste ya las aguas del olvido,
Y yo en la tierra permanezco, donde
A llorarte quedé, dueño querido:

El sitio toco que tu cuerpo esconde,
Clamo al mármol con grito dolorido,
¡Y á mi ronco clamor nadie responde!

II.

PRENDAS DE AMOR.

Prendas, en otro tiempo recibidas
De mí, con dulces lágrimas regadas,
Con ósculos ardientes regaladas,
Y con tristes presagios recogidas:

Hoy en mi duelo recordais unidas
De un afecto infeliz glorias pasadas.
¿Dónde quedais, memorias desdichadas?
Caricias de mi bien ¿dónde sois idas?

Prendas, que recordais bienes y males,
Vuestra vista en tormento se convierte
Con afectos del todo desiguales:

Valor tomais de la mudable suerte;
Fuisteis ántes de amor fieles señales,
Hora sólo despojos de la muerte.

III.

EL RUEGO.

De mí con duro golpe dividida
Al sepulcro bajaste, sola y yerta:
Tu bella forma, inanimada y muerta,
Yace en polvo y ceniza convertida.

Tu alma, de los sentidos dividida,
Entre los brazos del Criador despierta:
Hora brillas allá con luz más cierta
En las nuevas regiones de la vida.

Mírame convertido en largo llanto,
Ciegos mis ojos sin tu lumbre pura,
Despedazado el pecho de quebranto;

Y merezca contigo mi ternura
Un mismo asilo sobre el cielo santo,
Y en la tierra una misma sepultura.

IV.

ÚLTIMO ADIOS.

Si pudieran las lágrimas que vierto
Detener para tí la postrer hora,
No mirara tu amante, que te adora,
Perdido su valor, su daño cierto.

No vagara, mi bien, por un desierto,
Tan léjos de tu luz consoladora,
O arrebatado de onda rugidora
Se hundiera en tempestoso mar incierto.

Escrito está que al mundo en que moraste
Jamás has de volver, prenda querida,
Ni contigo la dicha que llevaste.

Murió mi gloria con tu hermosa vida;
Y al dirigirte al cielo, me dejaste
¡Adios! ¡un largo adios en tu partida!

V.

NUEVO TEMOR.

¿El adios de tu tierna despedida
Será perpetuo, Elisa, será eterno?
¿No estrechará otro nudo sempiterno
Los lazos que se unieron en la vida?

¿Ya nunca escucharé tu voz querida,
Ni gozaré otra vez tu afecto tierno?
¿Bajaré á las tinieblas del infierno,
Triunfando tú, de luces revestida?

Mi corazon rebosa de amargura,
Y crecen sus combates sin guarismo,
Al recelar tu pérdida futura:

Enemigo de Dios y de mí mismo,
Perder tambien tu angélica hermosura
¡Qué tormento mayor en el abismo!

VI.

EL CORAZON DESCUBIERTO.

Desde que del empíreo que te admira
Pisaste las regiones superiores,
Y alumbrada de vivos resplandores
Disciernes la verdad de la mentira:

Tu penetrante vista observa y mira
Mi insano corazon, lleno de horrores.
¡Qué indigno de tus cándidos amores,
Y de esa tu beldad por quien suspira!

Pero tambien has visto, dulce esposa,
Que alejado del tuyo, no hay quien sume
La série de sus males dolorosa:

Que siempre te amó fiel, y no presume
Mas que ofrecer á tu deidad hermosa
El fuego abrasador que lo consume.

VII.

EL SUEÑO DE LA DICHA.

Como sueño feliz, que el afligido
Goza en el breve instante en que reposa,
Así desparecíste presurosa,
Llorada posesion del bien perdido.

Estrella que en el Orbe oscurecido
Lanzaba un rayo de su luz hermosa,
Por quien en esta tierra dolorosa
Caminaba tu amante dirigido.

Triste del que por sendas extraviadas,
Sembradas de malezas y de abrojos,
Dirige sin tus luces sus pisadas;

El cielo sustituye con enojos
A sus glorias brevísimas soñadas,
El llanto indeficiente de sus ojos.

VIII.

LA SÚPLICA EN LA AUSENCIA.

Cuando brillaba aquí tu luz divina,
Astro de amor, anuncio de consuelo,
Era á mis ojos deleitoso el suelo,
Bella la flor, la fuente cristalina:

Mas hora que el Eterno te destina
A enriquecer con tu beldad el cielo,
Mi alma se vuelve á tí, llena de anhelo,
Ausente de su pàtria y peregrina.

¿Qué hay en la tierra ya que me detenga?
Si mereciere tu infeliz esposo
Que de él tu corazon memoria tenga;

Concédele á su espíritu afanoso
Llegar do tu cariño le prevenga
Delicias puras é inmortal reposo.

IX.

EL DESEO.

Si te llegare á ver, criatura santa,
Allá en la eternidad, libre de duelo,
¿Permitirás á mi amoroso anhelo
Seguir tus huellas y besar tu planta?

Entre el alado coro, que te canta
Con acento inmortal, hija del cielo,
¿Consentirás que, descorrido el velo,
Mi vista se deleite en gloria tanta?

Privado de tu amor, pido á la muerte
Apresure sus términos fatales,
Ya que de tí la vida me divierte.

Si me esquivas tus brazos inmortales
(Puesto que indigno soy de merecerte),
Admíteme siquiera en tus umbrales.

X.

APOTEOSIS DE ELISA.

Era la aurora ya, cuando dormido
Una hermosa mujer ví en el Oriente:
Blancas rosas ornábanle la frente,
En rizos su cabello desprendido.

Sujetaba su cándido vestido
De oro fino y zafir zona luciente,
Y de color de llama refulgente
Deslumbraba su manto descogido.

Verde palma llevaba por divisa:
Su rostro, lleno de inmortal decoro,
A mí volvió con plácida sonrisa:

Víla, y reconocí, bañado en lloro,
Entre puros espíritus á Elisa
Volando al inmortal celeste coro.

XI.

NUEVA ESPERANZA.

Por la mano de Dios me fuiste dada
Como rico tesoro en feliz día:
Mi juventud llenaste de alegría,
Dulce prenda de amor, nunca olvidada.

Hoy que gozas, al cielo trasladada,
Del premio que tu vida merecía,
¿Te esquivarás acaso, esposa mía,
De quien fuiste en la tierra tan amada?

No, que tu excelso espíritu desciende
Del alto empíreo con callado vuelo,
Y piadoso me asiste y me defiende.

Siente mi corazon blando consuelo
Cuando, pensando en tí, fácil entiende
Que es mi destierro aquí, mi patria el cielo.

XII.

LA POESÍA FUTURA.

No era digna de tí la tierra impura,
Y alzaste el vuelo á esa region lejana,
Do sublimando la belleza humana,
Te revistes de gloria y lumbre pura.

Aparece más clara tu hermosura
Que el astro anunciador de la mañana,
Y moras, como reina soberana,
En palacios de excelsa arquitectura.

Cuando de mi existencia dolorida,
Y de tantas desdichas que eslabono,
Quedare la cadena suspendida,

Versos me inspirarás con nuevo tono
Dignos de eternidad, llenos de vida,
Que ofreceré rendido ante tu trono.

LA ENTRADA DE LA NOCHE.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

Ya la muda noche llega,
Hora de tranquila calma
En que á sus solas el alma
A sus pesares se entrega.

La sombra tiende su velo,
Miéntras el lucero hermoso
De la tarde, misterioso,
Tiñe con su luz el suelo.

La antigua encina sombría
Se conmueve y estremece:
Como evocada aparece
La sombra en la tumba fría.

En esto el espacio hiende
Un rayo de luz nocturna,
Da en mi frente taciturna
Y mis afectos enciende.

Reflejo de Dios hermoso,
Rayo encantador, ¿qué quieres?
Tú, que mis pupilas hieres,
Ilustra mi alma piadoso.

¿Desciendes por revelarme
Los misterios de otros mundos,
O los secretos profundos
Que plugo al cielo ocultarme?

¿Tu ignoto poder alcanza
A dar á un triste consuelo?
¿Eres enviado del cielo
A mantener su esperanza?

¿Consolarás al que llora
En el porvenir oscuro?
¿Serás del siglo futuro
Principio de nueva aurora?

Contigo el seno se inflama
En ardor ya conocido:
¿Si estará contigo unido
El bello espíritu que ama?

¿Del alto cielo radiante
Bajas con la amada mia,
Aquí, en ausencia del dia,
A consolar á su amante?

Dulce encanto de mi vida,
Léjos de un mundo profano
Deja que bese tu mano,
Que vea tu imágen querida.

Derrama en mí paz y amor,
Vivifica el pecho mío,
Viva yo con tu rocío
Como en los campos la flor.

Mas ¿qué miro? el ancho cielo
Con densa nube se cubre,
Y el dulce rayo me encubre,
Y huye con él mi consuelo.

LOS RECUERDOS.

TRADUCIDOS DE ALFONSO LAMARTINE.

Siga el tiempo su carrera
Sin dejar rastro de sí;
Siempre vivirás en mí,
Sombra de mi amor postrera.

Los dias de mi edad pasada
Se acumulan á mis piés,
Como la encina que ves
De sus hojas despojada.

Agobiada está mi frente,
Mi sangre corre embargada,
Como de nieve cuajada
En el invierno la fuente.

Pero tu imágen brillante,
Que mi memoria embellece,
Nunca en mi afecto perece,
Siempre nueva y siempre amante.

Tú aliviabas mis enojos
Y eras aquí mi consuelo;
Te fuiste, y allá en el cielo
Te encuentran hora mis ojos.

Allí te miro, adorada,
Y me acuerdo de aquella hora
En que fuiste con la aurora
Al empíreo trasladada.

Tu belleza fresca y pura
En el cielo te acompaña,
Y tus yertos ojos baña
La inmortalidad segura.

Todavía tus rizos bellos
Bajan por tu cuello hermoso,
Cuando el céfiro amoroso
Mueve sutil tus cabellos.

Y en su sombra pasajera
Tu imágen queda velada,
Como estrella en la alborada
Entre la nube ligera.

Del sol la celeste lumbre
Nace y perece en un dia;
Pero tú en el alma mia
Luces siempre por costumbre.

Lleno de ilusion te miro
En el desierto, en el cielo:
Te retrata el arroyuelo;
El céfiro es tu suspiro.

Cuando la noche domina,
Oigo el viento murmurar,
Y me parece escuchar
En sueños tu voz divina.

Si en sus sendas inmortales
Miro absorto las estrellas,
Me parece ver en ellas
Tus miradas celestiales.

Cuando el aura mansa espira
Perfumada con las flores,
Yo percibo tus olores
En el aliento que espira.

Mi llanto tu mano enjuga,
Cuando en el templo postrado

Mi corazon lastimado
A los pesares madruga.

Si duermo, tu sombra vela,
Cubriéndome con sus alas,
Y el camino me señalas
Por que tanto el alma anhela.

¡Oh si por dicha tu brazo
Cortase el hilo á mi vida,
Mitad del alma querida,
Despertara en tu regazo!

Como dos llamas unidas
Y dos suspiros mezclados,
Viviéramos enlazados
Con las almas y las vidas.

AL ANGEL DE LA GUARDA, DE ELISA.

ELEGÍA.

Si ya la luz que causa mi alegría,
Su resplandor aparta de mis ojos,
¿Para qué quiero ver la luz del dia?

HERRERA.

Espíritu divino que en el cielo
Gozas de Dios la vista cara á cara,
No apartada de tí con mortal velo:

Tú que, ántes que la tierra se fundara
Y en el éter ardiesen las estrellas,
Y el sol sus esplendores derramara;

Entre la multitud de escuadras bellas
De las más encumbradas gerarquías,
Siendo en esfuerzo tú primero entre ellas,

Con blandas inspiradas melodías,
Al resonante cántico de *hosana*
Al Hacedor Supremo bendecias:

¿Por qué en la tierra, entre la especie humana,
Abandonando la morada eterna,
Ocultabas tu esencia soberana?

Aquella Inteligencia que gobierna
Desde el cielo hasta el báratro profundo,
Con ley sábia y medida sempiterna,

Hízote el cerco abandonar, rotundo,
Do con alas de fuego arrebatabas
El sol, y descender al bajo mundo;

Y á esa diestra con que ántes contrastabas
La rebelion del cielo, y la alta frente
Del serafin soberbio quebrantabas,

Encomendó el cuidado, diligente,
De aquella ingenua, singular criatura,
Que reina en mi memoria eternamente.

No alegra el cielo apetecida y pura
Con tantos brillos la modesta Aurora,
Coronada de gloria y hermosura,

Como Elisa con luz consoladora
A la tierra infeliz, cuando, vestida
De inocencia y de gracia seductora,

Rompió la antigua noche ennegrecida,
Siendo á mis ojos luminar brillante
En las oscuras sendas de la vida.

No muestra tanto gozo el navegante
Cuando en el Polo ve segura estrella,
Como yo, si mirara su semblante.

Jamás desfalleció su lumbre bella,
Ni de sus años en el curso claro
Se le atrevió la sombra, indigna de ella.

¡Oh, con cuánto placer su nombre caro
Repito, y en mi pecho su figura
Guardo, sin que la borre el tiempo avaro!

Juntando en uno gracia y apostura,
A la elegancia de la forma erguida
Enlazaba recato y compostura.

Era su boca de coral, partida,
Rica la cabellera de oro ondosa,
En tembladores rizos desprendida:

Animaba su faz risa amorosa,
Era suave su mirar sereno,
Dulce el acento de su voz graciosa.

No más galana en el vergel ameno
Su pompa ostenta rosa purpurina,
O blanco lirio de fragancia lleno.

Brillaba en ella la razon divina,
Como en oro purísimo engastada
Joya, resplandeciente y peregrina.

De humildad y pudor acompañada,
Revelaba su claro entendimiento
En su angélica voz y en su mirada.

Dar pudiera á las flores con su aliento
Aroma, al campo con sus ojos vida,
Calma á la mar, serenidad al viento;

Y al alma, en hondas sombras abatida,
Levantar, entre rayos de esperanza,
A la patria en que fuera producida.

Ella tan sólo á comprender no alcanza
De su encumbrado mérito la alteza,
Digna de eterna fama y alabanza;

Ménos la deslumbrara su belleza,
Que absorta en pensamientos inmortales
Preciaba otro valor, otra grandeza.

Era en el suelo alivio de los males,
Espíritu de paz y de alegría,
Robado á las esferas celestiales.

No era esta la mansion que merecia,
Y si alguno la amó cuanto pudiera,
Ninguno la estimó cuanto debia.

El cielo en ella presentar quisiera
Un ejemplar, al mundo degradado,
De la inocencia cándida primera,

Cuando el hombre tranquilo y bienhadado,
Del polvo de la tierra producido,
Por el soplo de Dios vivificado,

Salió, de gracia y de candor vestido,
Partiendo con su dulce compañera
El imperio del mundo bendecido.

Cuando en no interrumpida primavera,
Las siempre nuevas flores salpicaba
Entre guijas el agua placentera;

Y en la espesura el ruiseñor cantaba,
Y al impulso del viento, que suspira,
El bosque dulcemente resonaba.

Ahora Elisa, sublimada mira
Campos nuevos de amor, sitios mejores
Donde el aura inmortal su labio aspira.

Do brilla con más dotes y fulgores
Que del Eden en los jardines Eva
Brillara, al despertar entre las flores.

En no turbada vida se renueva,
Y desnudando su belleza antigua,
Viste con nueva luz belleza nueva.

En su cándida sien no se amortigua
El vencedor laurel, que la corona
Y sus triunfos y glorias atestigua.

Deja á sus plantas la abrasada zona,
Las alas tiende y al empíreo vuela,
Donde sus hechos la virtud pregona.

A sus ojos atónitos revela
El Angel que la guarda, los espacios
Que el delito primero al hombre vela;

Y pone ante sus ojos los palacios
En que á sus obras el Criador preside
En trono de zafiros y topacios.

Con vuelo infatigable pasa y mide
De la alba luna el círculo brillante,
Y el centro donde el sol siempre reside,

Vuelve de allí la vista penetrante
Al hondo abismo, y en su horror descubre
Las rojas llamas del cometa errante.

A un lado observa, que Saturno cubre
Su disco, en medio de su anillo de oro,
Y á Uranio, que su luz al suelo encubre.

De aquí, pasando al estrellado coro
Que llena la extension del firmamento
Y derrama de luz rico tesoro,

Toca de Sirio al inflamado asiento,
A Arturo ve, que traza breve vía
En círculo menor, con paso lento;

A Cinosura entre la sombra fría
Del Norte helado, y en el polo opuesto
La Cruz, del Austro en la region vacía.

Y llegando ante Dios con vuelo presto,
La frente inclina, y de su mano toma
Alto premio, á sus méritos dispuesto.

No más segura, cuando el sol asoma,
En muro protector forma su nido,
Bañada en resplandores la paloma;

Que ella en el monte pingüe y florecido,
Monte santo de Dios, mora y recibe
Fulgor, que no es al mundo conocido.

Vida inmortal en las alturas vive,
Y su ínclita memoria y sus blasones
La Eternidad sobre diamante escribe.

¡Oh tú, Custodio fiel! que sus acciones
Encaminaste á Dios, y así la hiciste
Objeto de sus dulces bendiciones;

Si la dicha inmortal la mereciste,
Permite que conserve en su memoria
Viva la imágen de su amante triste.

Y pues partió su suerte transitoria
En la tierra con él, haz que en la altura
Parta tambien su perdurable gloria.

Yo sé que de su amor y su ternura
La llama, sobre el cielo levantada,
Allí se avivará con luz más pura.

Y alguna vez del llanto lastimada,
Que á él arranca su ausencia dolorosa,
Abreviará su vida fatigada,
Que alguna vez la muerte fué piadosa.

MEMORIAS DE LOS MUERTOS.

IMITACION DE ALFONSO LAMARTINE

DEDICADA

AL SR. D. MANUEL CARPIO.

Velado en nubes rojas
Se muestra el triste cielo,
Y de marchitas hojas
Se cubre el mustio suelo,
Donde recoge el rústico
Leña para su hogar.

La inquieta golondrina
Con vuelo vagaroso
Ya se alza, ya se inclina
Al charco cenagoso,
Y entre las selvas rápido
Se oye el viento silbar.

En la oculta espesura
No corren ya las fuentes;
Yacen sin hermosura
Los montes eminentes,
Sin su verdor los árboles,
Los pájaros sin voz.

Apénas muestra el dia,
Entre nubes quebradas
De niebla húmeda y fria
Sus luces eclipsadas,

Cuando la noche lóbrega
Roba su imperio al sol.

Del zéfiro halagada
No despierta la aurora,
Ni de flores ornada
El horizonte dora:
Entre nublados cárdenos
La luz llega á morir.

Yace el mar solitario,
De bajeles desierto,
En lecho funerario
Inanimado y muerto:
Sólo en la playa undívaga
Se oye el aura gemir.

Sin pasto los ganados
Vagan por las colinas,
Del vellon despojados
Entre zarzas y espinas,
Siguiendo el paso míseros
Del mísero pastor.

Cesó ya la armonía
De la voz melodiosa,
Que al viento repetia
Su cancion amorosa;
Así cual són armónico
La vida terminó.

Todo en Otoño muere,
Y es fuerza que sucumba:
Tambien al hombre hiere
El aire de la tumba,
Toca á su rostro pálido,
Y lo hace fenecer.

Y pasa cual la pluma
Que el águila abandona,
Cuando con nueva suma
De galas se corona:

Tal á otro mundo incógnito
Vuela el humano sér.

Se acerca el triste invierno
Y no verán mis ojos,
Llenos de llanto tierno,
Mas que tristes despojos
De frutos mil, que efímeros
La tumba devoró.

Jóven soy, y me encuentro
Solo conmigo mismo,
Pues que al oscuro centro
De un insondable abismo,
Mis dulces prendas íntimas
La dura muerte echó.

En la estéril colina
Sus restos yacen hora;
Mas su esencia divina
Al Sumo Bien adora,
Y en otro mundo plácido
Vive eterna y feliz.

Cual la bella paloma,
Si amor su pecho abrasa,
Veloz el vuelo toma
Y á otras regiones pasa;
Así el humano espíritu
Vuela inquieto á su fin.

¡Ah! si resuena el viento
En la marchita rama,
Si escucho á paso lento
Pisar la seca grama,
Si la campana fúnebre
Oigo en sueños sonar,

Son eco que me advierte
Que hay un vivir segundo:
Anuncios de la muerte
Entre uno y otro mundo;

Seña que al alma tímida
Llama á la eternidad.

Si el material acento
Huye de mis oídos,
Dentro del alma siento
Misteriosos sonidos
Que de un letargo pérfido
Sacan mi corazon;

Y nacen y se acercan
Recuerdos y congojas,
Que de temor lo cercan:
Cual las marchitas hojas,
Que al pié del tronco, estériles,
Agrupa el aquilon.

Aquí de una querida
Madre, el cadáver mora,
Miéntras desde otra vida
Al hijo que la llora
Su alma inquieta y solícita
Busca llena de afan;

Y los brazos le tiende,
Y amante le bendice,
Piadosa le defiende,
Y allá á solas le dice:
¿Quién en la tierra lúgubre
Sabe como yo amar?

Allí una prometida
Esposa, en cuya frente
Aun reposa encendida
De amor la llama ardiente,
Y solo un deseo único
Guarda en su seno fiel;

En busca de su amante
Baja del alto cielo,
Diciéndole constante:
Si en ese adusto suelo

Miras yermo mi tálamo,
¿Qué te detiene en él?

Acá un estrecho amigo,
Que en niñez inocente,
Para apoyo y abrigo
Nos dió el cielo clemente,
Que nuestras plantas débiles
Supiese encaminar.

Presente, aunque invisible,
Dirige nuestros pasos,
A la pena sensible,
Sensible á los acasos
Del que en desiertos áridos
Aun se mira vagar.

Allá un querido hermano
Que al espirar nos nombra,
O bien de un padre anciano
La venerable sombra,
En el postrero término
Fijan llorando el pié;

Y recuerdan que un techo
Sombra les dió y asilo,
Do fué comun el lecho,
Mutuo el hogar tranquilo,
Y do un amor recíproco
En todos se vió arder.

Cae del materno seno
Al sepulcro el infante;
Baja de lauros lleno
El guerrero triunfante;
Se hunde el anciano trémulo,
Muere el jóven feliz:

Nos roba hora por hora
La muerte despiadada
Prendas que el alma adora:
Siempre una voz amada

Nos dice desde el túmulo:
«¿Te olvidarás de mí?»

¡Oh! qué dulce es regar, prendas queridas,
Con llanto vuestras tumbas silenciosas!
Vosotras sois mitad de nuestras vidas;
¿Cómo olvidaros, pues, prendas preciosas?

Al correr la extension que el tiempo mide,
Volviendo á ver de juventud la huella,
El alma, que en dos partes se divide,
Al sepulcro consagra la más bella.

¡Oh tú, Dios de bondad, cuya clemencia
Nuestros padres rendidos imploraron:
Halle piedad el llanto á tu presencia,
Que por ellos sus hijos derramaron!

Si humildes en el curso de su vida
Recibieron los golpes de tu mano,
Si ella fué de sus labios bendecida,
Su esperanza y amor no sean en vano.

Al paso que tus juicios reverencio,
Mi pecho de esperanza se reviste,
Y pregunto ¿por qué tanto silencio?
¿Nunca se animará este polvo triste?

Si estas yertas cenizas nos hablaran
¡Cuánta felicidad revelarian!
Del Eterno las glorias publicaran,
Y á la region de amor nos llamarian.

Hoy al ausente que por ellas clama
Dicen con muda voz, que son dichosas,
Que más perfecto amor su seno inflama,
Y de inmortalidad ciñen las rosas.

Su espíritu inmortal ¿adónde mora?
¿Sobre qué otra creacion feliz se encumbra?
¿Qué otra luna lo ilustra, qué otra aurora?
¿Qué nuevo sol más fúlgido lo alumbra?

¿Absorto vive en el incendio eterno
Del Sér inmenso, en éxtasis profundo,
Ya sin memoria del afecto tierno
Que animó su existencia en este mundo?

¿El sepulcro cruel rompió los lazos
Que forman de la vida las delicias?
¿De una querida madre los abrazos?
¿De una adorada esposa las caricias?

¡Ah, no, jamás! que si la tumba helada
Cubriese lo que fué en su centro oscuro,
El alma que aquí gime aprisionada
No aspirara á vivir en lo futuro.

Unidos á tu esencia Soberana,
Conservan los humanos corazones
Dulces memorias de la vida humana,
E impetran para aquí tus bendiciones.

Dales tu gloria, olvida sus errores,
Ábreles tus entrañas de clemencia,
Y su arrepentimiento y tus favores
Restituyan en ellos la inocencia.

Fueron seres inconstantes,
Sombras de solo un momento,
A nosotros semejantes:
Polvo que se lleva el viento,
Sueños de la noche errantes:

Que si á los preceptos sabios
De tu ley rebeldes fueron,

Provocando tus agravios,
Al fin á tí se rindieron,
Pidiendo perdon sus labios.

Si tú la luz determinas
Juzgar, convertida en sombra
Queda en tus manos divinas;
Y el sér que humano se nombra,
Muere, si tú lo examinas.

Ante tí, la frente oscura
Muestra la misma inocencia,
Temblorosa y mal segura;
Y vacila á tu presencia
Del cielo la inmensa altura.

Das á torrentes la vida
Fuente de inmortalidad,
Que derrama sin medida
Su propia felicidad,
Sin dejarla reducida.

Si miras con alegría,
El sol parece en el cielo:
De la eternidad sombría
Sacas siglos que, en su vuelo,
Son á tus ojos un día.

Tu voz la creacion repara
Y la vuelve floreciente:
El tiempo, si quieres, pára:
¡Nunca de tí se separa
Lo pasado y lo presente!

Son tus desiguales obras
Para tu cuidado iguales,
Nada pierdes ni recobras:
Por tu misma esencia vales,
Y á todo contigo sobras.

Tú de la naturaleza
Orígen y fin tambien,
En cuya suprema alteza
Nunca acaba, nunca empieza,
Mas vive perpetuo el bien:

Pon ¡oh Soberana Esencia!
Nuestra nada en tu balanza:
Mueva á piedad tu clemencia
El ruego, que la esperanza
Derrama aquí á tu presencia.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORA DOÑA

JUANA ARGÜELLES DE SEGURA.

En tierna juventud la flor hermosa
De candor virginal ornó su frente:
Despues su pecho conservó inocente
Blando amor y modestia ruborosa.

Esposa fiel, amante cariñosa,
Madre ejemplar, cristiana diligente,
La halló Dios con la lámpara luciente
Encendida en su mano cuidadosa.

En larga enfermedad, con prueba dura,
Y de resignacion humilde llena,
El cáliz apuró de la amargura:

Mas libre ya su espíritu de pena,
Inundada de gloria y de ventura,
Reina del cielo en la region serena.

EN LA MUERTE

DE LA SEÑORITA DOÑA

MARIA DEL ROSARIO DE LA LLAVE Y SEGURA.

Sobre el fúnebre lecho en que reposas,
La alma virginidad con faz serena
Pone en tus manos cándida azucena,
Ciñe tus sienes de purpúreas rosas.

En tus mejillas púdicas y hermosas,
En tu alba frente de recato llena,
La muerte respetó, de horror ajena,
Tus virtudes modestas y preciosas.

En el dia postrer, tu forma humana,
Que hora con llanto deposita el suelo,
Se vestirá de gloria soberana.

En tanto tu alma, del terreno velo
Libre y sin mancha, ¡idolatrada hermana!
Al trono del Señor levanta el vuelo.

A LA BUENA MEMORIA

DEL SEÑOR DON

JOSÉ NICOLÁS DEL LLANO,

CURA PÁRROCO QUE FUÉ DE ORIZABA.

Reposaba sobre él indeficiente
La clara llama de la Fe sagrada,
La Esperanza animaba su mirada,
Su corazon la Caridad ardiente:

Colocaba en sus hombros diligente
A la oveja perdida y descarriada,
Y en la ara, ante la Víctima adorada,
Alcanzaba perdon al delincuente.

Derramaban sus labios, siempre pura
Semilla de verdad y de doctrina,
Que fruto copiosísimo asegura:

Era para el enfermo medicina:
Para su grey, consuelo en la amargura;
Y hoy, recuerdo que al cielo la encamina.

INSCRIPCION

PUESTA EN EL SEPULCRO

DE LA SEÑORA DOÑA CONCEPCION GARMENDIA.

De modesta virtud era modelo,
Dando su corazon, siempre tranquilo,
Socorro al pobre, al desvalido asilo;
Perdióla el mundo y adquirióla el cielo.

EN LA MUERTE

DEL SEÑOR DON

MANUEL DE LA PEÑA Y PEÑA.

En lucha desigual la guerra impía
Terrible sojuzgó mi patria hermosa,
Y la extranjera mano codiciosa
Sus fértiles provincias dividia.

Tú suspendiste ¡oh Peña! la osadía
De la enemiga hueste poderosa,
Y en parte recobró la toga honrosa
Lo que, rota, la espada no podia.

Airada contra México, la Muerte,
Del pueblo que salvaste y tanto te ama
Tu generoso espíritu divierte.

La Paz te pierde, en su dolor te llama,
Amargo llanto en tu sepulcro vierte
Y cubre tus cenizas con su rama.



PARTE SÉTIMA.

POESÍAS PROFANAS SUELTAS.

AL DISTINGUIDO POETA ESPAÑOL

DON JOSÉ ZORRILLA.

¿Al fin dejaste los antiguos lares
Que enriqueces facundo,
Y cruzando veloz los anchos mares,
Pisas el Nuevo Mundo?

A tus pasos, Zorrilla, precedia
Tu fama voladora,
Como precede al luminar del dia
La rubicunda aurora.

Bienvenido mil veces á este suelo
Seas, Vate divino:
Es tu dominio el orbe, lo es el cielo;
La gloria es tu destino.

¿Qué no has podido tú? Naturaleza,
Cuando sus gracias pintas,
Da á tus cuadros su gala y gentileza,
Y á tu pincel sus tintas.

Y robas sus matices á las flores,
Su pompa al bosque ameno,
Al inflamado sol sus resplandores,
A las nubes su trueno.

Si lluvias manda el cielo tenebroso
Entre rayos ardientes,

Dominas con acento poderoso
La voz de los torrentes.

Ora pintes del águila atrevida
El remontado vuelo,
Ora imites del ave dolorida
El querelloso duelo:

O bien de larga edad, que ya no existe,
¡Ay! renovando el llanto,
Expreses con dolor y acento triste
Las horas de quebranto:

Siempre enérgico tú, siempre sublime
Al alma sin sosiego,
Tu acento blando ó aterrador imprime
Caractéres de fuego.

¿Te complaces en verla adolorida,
Trémula, palpitante;
O desde lo alto de repente herida
Con rayo fulminante?

No, que el Amor de sus nevadas alas
Te dió graciosa pluma,
Con que describas su poder y galas
Y su belleza suma.

Y la voz por tus labios proferida
Da forma al pensamiento,
A las blandas pasiones nueva vida,
Al alma movimiento.

¿Qué diré, si del pecho que suspira
Arrancas dulce lloro,
Y en amorosas lágrimas tu lira
Baña sus cuerdas de oro?

¿O qué, cuando animadas tus creaciones
En la española escena,

Entre aplausos sin fin y aclamaciones
Tu claro nombre suena?

Y vuela desde el Bétis florecido
Hasta la humilde vega,
De do el Albano turbio y retorcido
Al hondo mar se entrega.

¿O que más bien, si de Moraima bella,
Cuando tu voz la nombra,
Oigo vagar con tímida querella
La dolorida sombra?

¡Oh Musas, dadme flores, dadme rosas,
Dadme laurel divino,
Con que ciña las sienes victoriosas
Del Vate peregrino!

México, Enero 16 de 1855.

ANÍBAL EN LOS ALPES.

(TRADUCIDO DE TRUGONI.)

El yelmo retiró á su frente bruna
Sobre los Alpes, el feroz guerrero
Cuya triunfante militar fortuna
Resplandecia en su semblante fiero.

Las provincias de Italia, una por una,
Miró, y al recordar su odio primero,
Sonrió maligno, no juzgando alguna
De ellas segura á su homicida acero.

Pensativo despues, viendo delante
La ardua conquista que atrevido emprende,
Mudo el labio, la diestra fulminante;

Siguiendo al Genio que en valor lo enciende,
Con la ira y la venganza en el semblante,
Terror de Ausonia y la Ciudad, desciende.

EL CINCO DE MAYO

o

LA MUERTE DE NAPOLEON.

POR ALEJANDRO MANZONI.

(TRADUCIDO DEL ITALIANO.)

Así como ya inmóviles,
Faltos de tanto aliento,
Sus despojos miráronse
Sin vida y movimiento,
Así la tierra atónita
A tanta nueva está;

Muda, pensando en la última
Hora del hombre fiero;
Ni sabe cuándo intrépido
Otro mortal guerrero,
Como él, su polvo fúnebre
Sangriento pisará.

En fulgurante solio
Vélo mi musa y calla,
Cuando con suerte asidua
Triunfa, cae y batalla:
Entre el comun estrépito
No hizo su voz oír:

Libre de vil encomio,
O cobardes rencores,
Hora se erige, al súbito
Morir de sus fulgores,
Y esparce en su urna un cántico
Que acaso ha de vivir.

Del Alpe á las Pirámides,
Del Rin al Tajo ameno,
En alas del relámpago
Lanzó su diestra el trueno,
E hirió del Nilo al Tánais,
Del uno al otro mar.

¿Aquesta es gloria? Júzguelo
Mejor la edad futura:
Yo me humillo al Altísimo,
Que quiso en su criatura
De su hacedor espíritu
Tan gran sello grabar.

El proceloso y férvido
Gozo de un gran intento,
Un corazon, que indómito
Sirve, á reinar atento,
Y alcanza un premio insólito
Que era en vano esperar,

Todo probó: La gloria
Ganada á sangre y hierro,
La fuga, la victoria,
El trono y el destierro;
Dos veces en el polvo,
Y dos sobre el altar.

Nombre se dió. A dos épocas,
Una contra otra armada,
Las sometió, terrífico,
A la ley de su espada:
Las acalló; y cual árbitro
Entre ellas se asentó.

Pasó: temprano término
Puso el tedio á su vida,
Causa de envidia acérrima,
De piedad sin medida,
De ira en venganzas ávida,
Y de indomable amor.

Como la frente al náufrago
Pesada onda comprime,
Onda que sobre el mísero
Amenazante gime,
Cuando su vista túrbida
Tierra en vano buscó;

Tal baja á su alma el cúmulo
De su perdida gloria;
Mil veces á los pósteros
Quiso escribir su historia,
Y en las eternas páginas
Su diestra desmayó.

¡Cuántas veces mirándose
Solo, en recinto estrecho,
Caído el rostro fulmíneo,
Los brazos sobre el pecho,
Memorias ántes plácidas
Viénenlo á sorprender!

Y recordó las móviles
Tiendas de los guerreros,
Los batallones fúlgidos,
Los ginetes ligeros,
Y el apremiante imperio,
Y el presto obedecer.

Entónces ¡ay! su espíritu
En congojoso anhelo
Desesperó; mas válida
Mano vino del cielo,
Y á un aire puro y diáfano
Piadosa lo llevó;

Y á las sendas, benévola,
Lo entró de la esperanza,
A las moradas célicas
Donde el premio se alcanza,
Donde es tiniebla lúgubre
La gloria que pasó.

Fe, que inmortal, benéfica,
Vences toda grandeza,
Aquesto escribe—«Alégrate,
«Que más soberbia alteza
«Al deshonor del Gólgota
«Jamás se doblegó.»

De sus cenizas áridas
Toda aversion aleja
El Dios eterno y máximo
Que consuela y aqueja,
Cabe su yermo túmulo
Excelso reposó.

ODA

EN ALABANZA DE LAS CIENCIAS Y DE LAS ARTES.

LEIDA EN LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO
EL DIA 7 DE FEBRERO DE 1855.

El hombre, por su culpa desterrado
Del reino de la paz y la alegría
A este mundo de sombras y de horrores,
Repasa todavía,
Como ilustre monarca destronado,
En su triste memoria
Recuerdos de su ciencia y de su gloria.
Rayos de los primeros resplandores
Que en él vertian su luz indeficiente,
Vienen de cuando en cuando vencedores
A disipar las nieblas de su mente,
Mostrándole de léjos
De la verdad eterna los reflejos.
Entónces el espíritu abatido,
Hallando en sí de su Criador el sello,
En fervorosas llamas encendido
Suspira por lo grande y por lo bello.

Hora contempla atento
De su elevado sér los ricos dones,
De su alma inmaterial las perfecciones
Y el precio de su noble entendimiento.
Mira cómo al imperio sometidos
De esa su esencia pura,
Trasmiten sensaciones los sentidos,
Que ella luego depura,

Y solícita observa y examina
Al rayo hermoso de su luz divina;
Encontrando tambien, sin deferencia,
Que el sumo bien, que imaginó y desea,
Es un destello de la Suma Esencia,
Emanacion de la primera Idea.
De aquí, como de fuente cristalina
Que rompe de la tierra las prisiones
Y á su primer orígen se encamina,
Nacen en ella ideas, y pasiones
Que desdeñando el cerco breve, oscuro,
Que á la vida mortal está fijado,
Aspiran al imperio ilimitado
De la áurea eternidad en lo futuro.
Tú tambien, casto Amor, con bellas galas,
Guirnalda de jazmin, purpúrea veste,
Y en dorado carcax flecha sonante,
Naces de aquí, y en la region celeste,
Tendiendo al aire las brillantes alas,
Al hombre su morada le señalas.

Pero ¿qué fuera de él, si la palabra,
De su incorpóreo sér reflejo ardiente,
No diera á sus ideas sensible forma?
Con ella victorioso imprime y labra
En otra alma dispuesta y otra mente
Imágen que á la suya se conforma:
Con ella regla y norma
De la familia humana la armonía,
E intérprete de amor y sentimientos
Es nuncio de dolor ó de alegría,
Causadora de gozo ó de tormentos:
Con ella el hombre á los demás envía
En fácil locucion sus pensamientos,
Derrama los tesoros de su pecho,
Y los atrae á sí con lazo estrecho.
Muestra el esposo á la querida esposa
Con la voz, cuánto puede su hermosura,
Y ella le corresponde ruborosa
Con lánguidos acentos de ternura.
El infante, á la madre que divisa,

Con balbuciente voz gracioso llama,
Y ella con blando acento y dulce risa
Sus caricias dulcísimas reclama.
Es la palabra de amistad sincera
Lazo agradable y firme;
No hay secreta afeccion que no confiera,
Ni promesa fiel que no confirme:
Ministro del Oráculo divino,
De la alianza de Dios sello brillante,
Enseña al hombre errante
Su orígen celestial y su destino:
Pone en el corazon sagrada ciencia,
Y en los labios del sabio inteligencia:
Alecciona á los pueblos y á los reyes,
Dicta á la sociedad sagradas leyes,
Y conserva los hechos en la historia
Dignos de remembranza y de memoria.

Como al soplo de fieros aquilones
Corren veloces de la mar las ondas,
Así á su fin caminan las naciones,
Así los siglos impetuosos ruedan:
Exentas de rüina
Solo las letras indelebles quedan.
Aun escuchamos hoy la voz divina
Con que describe el inmortal Homero
Las iras de su indómito guerrero,
Y vemos el estrago y humo oscuro
Con que al furor del griego despiadado
Cae el troyano muro:
Aun de los labios del cantor latino
Percibimos los hechos singulares
Del soldado en el Lacio peregrino:
Aun se escucha el acento resonante
Con que otro mundo inmaterial describe
La voz robusta del eterno Dante;
Y aun miramos al ínclito Gofredo,
Cuando Torcuato sus hazañas canta,
Tener al mundo ante su fama quedo,
Al islamita vil lleno de miedo,
Libre y triunfante la comarca santa.

El sér humano audace y atrévido
¿Qué no intenta? Con curso vagaroso
La tierra y mar impávido recorre
En máquinas y naves, conducido
Por agente impalpable y vaporoso.
Ora ve desdeñoso
La cuna en que nació del hondo suelo,
Y en sérico balon escala y sube
A la region del cielo,
A la patria del trueno y de la nube.
De allí sabe robar al rayo ardiente
Su llama reluciente,
Y burlando sus ímpetus y ardores,
Traza nuevo camino á sus furores:
O bien á su elemento primitivo
Ordena, que privado de ardimiento,
Unido á un hilo de metal, activo
Sea nuncio de su voz y pensamiento:
Así en un punto y hora
Comunica á los hombres á porfía,
Del Poniente á los reinos de la Aurora,
Del Septentrion helado al Mediodía.

No satisfecho aún, con noble intento
Se eleva, sobre el círculo lumbroso
Por donde el sol camina sin sosiego,
Y con experta diestra y ojo atento,
Pesa y mide del astro portentoso
La mole, y ve su faz bañada en fuego:
Observa al paso luego
De los varios planetas
Las dilatadas órbitas, las metas
Con que el dedo divino
Puso término cierto á su camino:
De la desierta luna
Mira los valles, los enhiestos montes,
Los yermos sitios sin mudanza alguna:
Pronostica los tiempos y examina,
Sin límites ni estrechos horizontes,
El curso de los astros centellantes;

Compara á los cercanos los distantes
Y sus revoluciones determina
Del Acuario á la hermosa
Espiga, que fulgura
En manos de la Vírgen luminosa;
Del alto Orion al inclinado polo;
Del Centauro á la opuesta Cinosura:
Dilatando su vista en las esferas,
Ve de las nebulosas los espacios,
Y encuentra cada vez nuevas lumbreras
Que del Criador adornan los palacios.

¿Qué cantaré de vos, Artes hermosas,
Hijas del sentimiento y la armonía,
Vosotras que regais de frescas rosas
Las sendas deliciosas
Por donde el Genio audaz os mueve y guia?
¿Cantaré de la excelsa Arquitectura
La marmórea basílica, elevada
Sobre el espacio que la nube llena;
O la robusta mole con que osada
La hirviente mar refrena?
¡Oh tú, noble Escultura
Que del admirador pones delante
De los pasados héroes la figura,
Su viva accion, su intrépido semblante!
Y tú, veraz Pintura,
Que ostentas á los ojos cuidadosos,
Ya la copia feliz de la hermosura,
Ya de gloria y lealtad hechos famosos!
El campo y el vergel con ricas flores,
El esmaltado prado, el bosque umbrío,
La espumosa cascada, el manso rio,
La noche, y de la aurora los fulgores,
Todo lo trazas tú en tabla sucinta
Con diferentes luces y colores
Y diverso pincel y varia tinta.
¡Oh Música sonora,
Contigo goza el alma
De regalada calma,
O bien á tus cadencias obediente,

Sus triunfos canta, ó sus cadenas llora!
Unas veces se mueve á la querella
Con que su amor expresa dulcemente
La tímida doncella,
O el trovador ausente:
Otras en los misterios sacrosantos,
Llena de fé y adoracion profunda,
Desfallece á la plácida armonía
Que del templo los ámbitos inunda,
Cuando se unen al cántico sonoro
La flauta de marfil, las cuerdas de oro;
Entónces de su cárcel desatada,
Entre las blancas nubes del incienso,
Se encuentra de repente trasportada
Ante el trono inmutable del Inmenso.

Allí suspensa mira
En aquel Acto puro,
En aquella inefable suma Esencia,
A la ingenua Verdad sin la mentira,
A la increada Luz sin velo oscuro,
Al necesario Sér sin contingencia:
En lazo blando y sempiterno unidos
Amor y Potestad é Inteligencia.
De su Verbo dimana cuanto existe,
La tierra, el mar, el estrellado cielo:
Mora en la eternidad, y se reviste
De gloria y esplendor como de un velo.
Tiene bajo su diestra el gran tesoro
De bienes escogidos;
Le implora el hombre con humilde lloro,
Y le adoran los ángeles rendidos.
De integridad, amor, gloria, hermosura,
Perpetua juventud, placeres ciertos
Halla en él la criatura,
Manantiales purísimos abiertos.
Este es, alma, tu asiento y tu morada,
Este tu orígen es, esta tu fuente,
De la virtud y ciencia acompañada
Póstrate ante el Señor pura y ferviente.

PARTE OCTAVA.

POESÍAS SAGRADAS VARIAS.

El Alma y la Religion.

El Alma de los cielos descendida,
Inspiracion de Dios pura y sagrada,
Yace á un cuerpo de barro encadenada,
Sujeta á las miserias de la vida.

La santa Religion, compadecida,
La viene á consolar, de luz bañada,
De excelsas esperanzas animada
Y en fervorosas llamas encendida.

Cuando la muerte su prision quebranta,
Y ella la tierra tímida abandona,
En sus brazos al cielo la levanta:

Allí los himnos de la paz entona,
Premia sus triunfos, sus victorias canta,
Y de inmortal diadema la corona.

LA TEMPESTAD.

Sobre el empíreo nítido y sereno
Sienta Jehováh sus tiendas: la sagrada
Turba de los espíritus alada
Le cerca, y tiembla del abismo el seno.

Las tinieblas condensa: el orbe lleno
De terror, ve la llama desatada,
Y á la voz del Eterno dilatada
Ruge la tempestad y estalla el trueno.

El sonido retumba con espanto,
Los montes arden, túrbanse los rios,
Muge el mar oprimido de quebranto:

Entónces levanté los ojos mios
Al cielo, y dije con temblor y llanto:
¿Cómo te desconocen los impíos?

LA NATIVIDAD DEL SEÑOR.

CANCION.

En las regiones plácidas
Del luminoso Oriente,
De Dios la mano próvida
Formó al hombre inocente;
Y le ciñó benévola
Corona de justicia:
Puso en él su delicia:
Dióle sin tasa el bien.

Mas luego trocó el mísero
Su dicha en desventura,
Y su inocencia cándida
En negra mancha impura:
Entónces ¡ay! lanzáronle
Airados querubines
De los bellos jardines
Del aromoso Eden.

La clara region célica
Cerró para él sus puertas,
Y el tenebroso tártaro
Las suyas dejó abiertas:
Cercóle sombra fúnebre:
Con llanto de sus ojos
Regó duros abrojos
Del suelo que pisó.

¿Quién á sus pasos trémulos
Luz será en su camino?

¿Quién de sus quiebras hórridas
Reparador divino?
¿Quién podrá de sus crímenes
Pagar la deuda inmensa,
Si de Dios la alta ofensa
Pide que pague un Dios?

Cuando la noche lóbrega,
Llena de horror profundo,
Media su curso tácito
Sobre el dormido mundo,
De tus regios alcázares
¡Oh Dios! tu Verbo vino;
Tu Verbo, que divino
Tu Sér mismo engendró.

Ántes que en vuelo rápido
La luz apareciera,
Y sobre el cielo nítido
Criado el lucero fuera;
Ántes que en region diáfana
Brillara el nuevo dia,
Tu Verbo ya existia,
Eterno Dios de Dios.

Se nos ha dado un párvulo,
Hijo de Dios, nacido,
En cuyos hombros válidos
Carga su imperio unido:
De su mente recóndita
Es eterno reflejo,
Ángel de su consejo,
Príncipe de la paz.

Increada luz espléndida
Sobre nosotros brilla,
Naciendo el Unigénito
Con nueva maravilla.
Es su imperio sin límite:
Dios, Señor, Admirable,

Padre del siglo estable,
Rey de la eternidad.

En tierra seca y árida,
Sin verdor y sin fuentes,
Nace de Jesé un vástago
De ramos florecientes;
Sobre él baja el Espíritu
De clara inteligencia,
Espíritu de ciencia
Espíritu de amor;

Que regirá á los débiles
Con cetro de justicia,
Castigando del réprobo
La culpa y la malicia.
Al acento vivífico
Que brota de sus labios,
Los fuertes y los sabios
Creerán en el Señor.

Los desiertos estériles
Se llenan de alegría,
Y de aromas inúndase
La soledad sombría:
Crece el cedro en el Líbano,
Y tapizan el suelo
Las flores del Carmelo,
Las rosas de Saron.

No ponzoña maléfica
Oculta ya en su seno
La sierpe, ni los áspides
Matan con su veneno:
Los rebaños alégranse
Ya con el tigre fiero,
Con el lobo el cordero,
El niño con el leon.

Con amorosos cánticos
Anuncian en el suelo

Paz al hombre, los ángeles,
Y á Dios gloria en el cielo.
Revela estrella fúlgida,
En el éter luciente,
A la apartada gente,
De Dios la majestad.

En tanto, niño incógnito,
Entre escarcha y rocío
Lanza gemidos flébiles
Transido con el frio;
Y en vil establo sórdido
(Prestado domicilio)
Suspira sin auxilio
La triste humanidad.

En el pesebre mírase
Gigante pequeñuelo,
Hombre, que á Dios levántase;
Díos, que se humilla al suelo.
En sus facciones tímidas,
Cual pecador se muestra
Aquel que con su diestra
La redondez formó.

Huella con plantas débiles
Los monstruos de grandeza,
Y triunfa con sus lágrimas
De tronos y riqueza.
¡Oh, cómo el mundo atónito
Mira, cuán soberana
Vence á la gloria humana
La humillacion de Dios!

AL MISMO ASUNTO.

CANCION.

CORO.

¡Gloria á Dios en las alturas!
¡Paz al hombre acá en la tierra!
Y sucedan á la guerra
La justicia y la piedad.
En los valles y en los montes
Suenen ecos expresivos,
Con que canten los cautivos
Su adquirida libertad.

LETRA.

Para el hombre que sufria,
De la gracia despojado,
La dolencia del pecado,
Hoy desciende la salud:
Y á sus ojos que vertian
En tinieblas largo llanto,
Apiadado el cielo santo
Ya concede nueva luz.

Tú que triunfas en la altura
Y le prestas voz al trueno,
Que á la mar impones freno
Y á los astros das fulgor:
Reclinado en un establo
Al rigor del crudo invierno,

Te miramos, niño tierno,
Prisionero del amor.

Del amor, que poderoso,
Del empíreo te destierra,
Condenándote en la tierra
A gemir y suspirar:
La palabra que hizo al mundo
Convirtió en gemido flébil,
Y redujo á niño débil
Al Dios fuerte de Judá.

JERUSALEM.

Gloriosa dicta sunt de te, civitas Dei.
SALMO LXXXVI.—3.

I.

Morada del poder y los honores,
Corte de Dios un día,
Objeto de consuelos y terrores,
Prestigio de mi humilde fantasía:

¡Qué de veces, Salem, tus sumas glorias
A mi mente se ofrecen,
Y mezcladas con lúgubres memorias
Entre profundas sombras resplandecen!

Eres claro padron, que levantado
Puso el dedo divino,
Para marcar al hombre esclavizado
La libertad que el cielo le previno.

Eres tú, monumento sempiterno,
Eres viva enseñanza
Del amor y bondades del Eterno,
Y tambien de su enojo y su venganza.

¡Quién me diera gozarte y ver al vivo
En tus altas señales,
Las pisadas del tiempo fugitivo
Y de Dios los designios eternales!

¡Oh! si los sacros muros visitara,
Cual pobre peregrino,

En donde tú, Señor, la lumbre clara
Mostraste ya de tu poder divino!

Donde vaticinaron tus profetas
De tu Hijo la venida,
Y verdades sublimes y secretas
Mostraron á la tierra oscurecida:

Donde se presentara este Hijo amado,
Humilde y oprimido,
De los sabios y grandes despreciado,
Deshecho de los hombres y abatido:

En donde derramó propicio y grato
Las luces y el consuelo,
Abriendo con su sangre al hombre ingrato
Los supremos alcázares del cielo!

II.

Pues que una suerte contraria
En esta tierra me liga,
Encadenando enemiga
Los impulsos de mi amor:
Hágate el afecto acaso
Tocar lo que yo no veo,
Y en las alas del deseo
Alza el vuelo, corazon.

Junto á la rota muralla,
Que á Jerusalem circunda,
En la soledad profunda
El Eterno te hablará:
Allí escuchará benigno
Tus oraciones sencillas:
Prodigios y maravillas
A tus ojos mostrará.

No hay para el amor distancia,
Ni tampoco inconveniente:

Lo pasado y lo presente
Sabe en un punto juntar.
  Parèceme que salvando
Selvas y montañas densas,
Las soledades extensas
Y la inmensidad del mar,

  Se presentan á mis ojos
El monte de las Olivas,
Los estanques de aguas vivas,
El torrente de Cedron;
  Los sepulcros de los reyes,
Los escombros del santuario,
El santo monte Calvario,
Y la colina de Sion.

  ¡Salve! suelo sacrosanto,
Del hombre infeliz abrigo,
De su redencion testigo,
Sagrario de santidad,
  Asilo del inocente,
Del desgraciado patrono,
De revelaciones trono,
Y templo de la verdad!

  ¡Qué hermosas son en tus montes
Las plantas del que bendice
A los pueblos, y predice
Al cautivo libertad!
  ¡Del que anuncia á las naciones
Que ningun opreso gima,
Porque el Señor se aproxima
Y en el mundo reinará!

III.

Felices los que oyeron
¡Oh Señor! de tu boca santa y pura
Las palabras, y vieron
Tu modesta hermosura,
Gozando tu piedad y tu ternura.

Aquí les enseñabas:
Allí de tu poder muestras hacias:
Los enfermos sanabas:
La muerte destruías:
En todo, como Dios, resplandecias.

Brindabas á los niños
Tu amor: al infelice tus desvelos:
Al pobre tus cariños:
Al triste tus consuelos:
A todos con la herencia de los cielos.

Y porque tú alumbraste
Del hombre las tinieblas y ceguera,
Y benigno curaste
De su culpa primera
La horrible llaga, inveterada y fiera:

Yaces ¡ay! enclavado
A una cruz, sobre el Gólgota pendiente:
Del pecho lastimado
Lanzando tristemente
Suspiro profundísimo y doliente.

Como trozado lirio
Que sufre del Agosto los rigores,
Yaces con el martirio:
Cargaste mis errores,
Y eres varon de penas y dolores.

Tus entrañas traspasa
El dolor, y de tu alma se apodera:
Ardiente sed te abrasa:
Tu aliento se acelera:
Tu corazon se funde como cera.

¡Oh pueblo descreído,
Sordo á las voces y al ejemplo ciego!
La sangre que has vertido
Vendrá sobre tí luego:
Tu crímen vengará con hierro y fuego.

Ya sobre tí fulmina
Su rayo vengador, airado el cielo.
La compasion divina,
Al predecir tu duelo,
Lágrimas derramó sobre tu suelo.

IV.

Cuando aquesta ciudad delincuente
Se manchó con la sangre del Justo,
Un acento incesante, robusto,
Fatigaba los ecos do quier.
Con proféticas voces revela
Los arcanos del tiempo futuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

En el aire, de sangre teñido,
Escuadrones de ardientes guerreros
Con clarines, banderas, aceros,
Discurrir combatiendo se ven.
Despeñados despues los recibe
En sus senos el báratro oscuro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
«Ay de tí, desdichada Salem!»

Los Levitas oyeron de noche
Dentro el SANCTA SANCTORUM augusto,
De pavor penetrados y susto,
Pasos de hombres huyendo en tropel;
Y una voz que pronuncia: *Salgamos*
Presto, presto, del sitio inseguro:
«¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
«¡Ay de tí, desdichada Salem!»

El concento del arpa y salterio,
Y los ecos del gozo callaron:
Los ancianos sus voces alzaron,
Los mancebos gimieron tambien:

Vanos son de la vírgen los lloros,
Es del mago impotente el conjuro:
« ¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
« ¡Ay de tí, desdichada Salem! »

De furor el Romano ceñido
A tí viene frenético y ciego:
Le precede la muerte y el fuego,
El espanto le sigue despues:
Y te cerca, y te estrecha, y te intima
Su decreto terrífico y duro:
« ¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
« ¡Ay de tí, desdichada Salem! »

Fuertes lazos te cercan de muerte,
Hambre, espada, dolor te circundan,
Tus recintos de sangre se inundan,
En tí reina mortal palidez:
Estallando tus puertas, dan paso
Al gentil, al profano, al impuro,
« ¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
« ¡Ay de tí, desdichada Salem! »

Alza el soplo de la ira divina
En tu seno una súbita llama,
El incendio voraz se derrama
Y consume tu vana altivez:
Toda envuelta en torentes de fuego
Ya no ofreces un punto seguro:
« ¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
« ¡Ay de tí, desdichada Salem! »

Con el tiro postrero que lanza
Sobre tí la fatal catapulta,
Al Profeta infelice sepulta
Que el estrago anunciábate fiel.
Y al morir, este acento repite,
Que en el éter divágase puro:
« ¡Ay del pueblo, del templo, del muro!
« ¡Ay de tí, desdichada Salem! »

———

V.

¿Dónde están de la flébil elegía
Los tristes ecos, el amargo llanto?
¿Dó están, que no acompañan la voz mía
En tan duro quebranto?

Cayó Sion de su elevado asiento,
El Señor la apartó de su memoria,
Trocó en pena y suspiros su contento,
En afrenta su gloria.

Cubrió sombra de muerte su hermosura,
Negra mancha su cándido decoro,
Perdió su estima, cual con liga impura
Pierde su precio el oro.

¡Cómo yace desierta y desolada
La que un tiempo humilló pueblos enteros!
¡La señora del mundo esclavizada
Llora sus males fieros!

Su grandeza y beldad están perdidas,
Sus calles enlutadas y desiertas,
Sus torres y murallas derruidas,
Destrozadas sus puertas.

Asentados en tierra sus ancianos
Sobre ceniza vil, gimen dolientes;
Sus vírgenes tambien con lloros vanos
Humillaron sus frentes.

Mi vista con el llanto se oscurece,
Al contemplar escenas tan extrañas;
Mi voz entre sollozos enmudece,
Se rompen mis entrañas.

———

VI.

¡Cómo yace entregada
Hoy á letal olvido
La ciudad, á quien ántes
Miró el cielo benigno!

Finó, Solima bella,
Tu popular bullicio,
Y tristeza afrentosa
Domina en tu recinto.

Cuando tiende la noche
Su manto denegrido,
Se cruzan por tus plazas
Tristísimos suspiros.

Cayó Salem, prorumpen
Los ecos adormidos,
Cayó, tambien responden
Los montes convecinos.

No de Gion la fuente
Vierte raudales limpios,
Para regar los huertos
De higueras y de olivos:

Hora sus aguas turbias,
Con lánguido ruido,
Se arrastran torpemente
Entre zarzas y espinos.

En vano con su acero
Quiso el cruzado altivo
Reconquistar tu gloria,
Dándote nuevo brillo.

Sus triunfos se pasaron
Cual pasa el torbellino,

Que en pos tinieblas deja
Y truenos y granizo.

Y vino el Agareno
Cual tigre enfurecido,
Y te cerró en sus garras
Con hórridos rugidos.

Tambien el Idumeo
Bajando de sus riscos,
Dividió por despojos
A tus inermes hijos;

Llevándose delante,
Cual mudos corderillos,
Con despiadada vara
Tus vírgenes y niños.

Sin reyes y sin pueblo,
Templo, ni sacrificio,
Eres de tus contrarios
La presa y el ludibrio.

De los nuevos esposos
Las voces de cariño,
Ya no en tu triste espacio
Halagan los oídos.

Todo es pavor y llanto,
Todo es dolor esquivo.
¡Cuán largo es tu tormento!
¡Cuán duro tu castigo!

Cercada de tinieblas,
Hundida en un abismo,
Jamás te mira el cielo
Con ojos compasivos.

¡Pobrecilla! agitada
De un mar embravecido,

No hay quien de tí se duela
Ni alivie tu martirio.

Cuando pisa tu suelo
El pobre peregrino,
Ultrajes y rigores
Participa contigo.

El tirano, que ostenta
En tí su cetro indigno,
La piedad que te muestran
Castiga cual delito.

¡Oh, si pudiera acaso
Darte yo algun alivio!
Mas ¡ay! que nada puede
Mi canto dolorido!

VII.

Con lágrimas amargas contemplaba
Aquel funesto estrago, y el suspiro
Mi lastimado pecho trabajaba:

Cuando vuelto de un éxtasis me miro,
Al resplandor de un fósforo distante,
Colocado en un árido retiro.

El Espíritu Eterno en un instante
Allí me trasladó; su diestra fuerte
Me llevó cual relámpago brillante.

¡Espantoso lugar, do se convierte
En polvo la creacion, y se dilata
El pavoroso reino de la muerte!

Una série de rocas ciñe y ata
De una parte sus lindes; el Mar Muerto
Baña por otra aquella tierra ingrata.

Al extender la vista en el desierto,
De secos esqueletos descarnados
El infecundo suelo ví cubierto.

Y de cráneos y huesos separados,
De sus primeros troncos divididos,
En confuso desórden hacinados.

Nunca experimentaron mis sentidos
Sensacion más intensa de amargura,
Ni á compasion mayor fueron movidos.

Entónces se apagó la llama pura
Que brillaba serena y esplendente,
Y sus alas tendió la noche oscura.

Poseído de horror bajé la frente,
Y al suelo la incliné con triste lloro:
Despues, volviendo el rostro hácia el Oriente,

Miéntras á Dios en mi afliccion imploro,
Miro escrito entre luces en el cielo
El nombre de JEHOVÁH con letras de oro.

«¡Oh tú, fuente de vida y de consuelo!
Dije con voz rendida y fervorosa,
¿Por qué destruyes tu obra en este suelo?

¿Al seno de la nada tenebrosa
Entregarás ¡oh Padre! tus hechuras,
Trasuntos de tu ciencia portentosa?

Muévante á compasion las penas duras
A que nacen tus hijos condenados:
No les niegues del todo tus dulzuras.»

En esto se agolparon mil nublados,
Y cercaron mis ojos de repente,
Dejándolos en sombras sepultados.

En nueva turbacion cayó mi mente,
Y en hondos pensamientos sumergida,
Vagaba en lo pasado y lo presente.

Una lumbre de lo alto procedida
Por la tercera vez brilló á mis ojos,
Y una seña de paz esclarecida

Disipó de mi pecho los enojos:
Un Arcángel en medio despedia
Resplandores clarísimos y rojos.

El firmamento eterno comprimia
Al asentar sus plantas, y eclipsaba
Con su luz la diadema que ceñia.

Con paso varonil se adelantaba,
Y el profundo cristal del mar undoso
Sus luces y sus fuegos reflejaba.

Un viejo venerable y respetoso,
Vestido de una túnica de lino,
Y en la mano un baston de oro precioso,

Reverente á encontrar al Ángel vino,
Y arrodillado en tierra alzó el semblante,
Todo arrobado en éxtasis divino.

Mudo permanecia en tal instante:
La barba sobre el pecho le bajaba,
Cruzados ambos brazos por delante.

El cielo de esplendores le bañaba,
Y en posicion inmóvil su figura
Su sombra sobre el suelo proyectaba.

El Angel, descendiendo de la altura,
Con una ascua vivísima de fuego
A sus labios tocó con mano pura.

El semblante inclinó radioso luego,
Y en su seno inspiró con sacro aliento
Un alto y divinal desasosiego.

Sobre las alas rápidas del viento
Alzó otra vez el vuelo presuroso,
Y allá en las nubes colocó su asiento.

El anciano salió de su reposo,
Y de santo fervor su seno henchido
Y lleno de entusiasmo glorioso:

Puesto en pié gravemente, revestido
De excelsa majestad, la voz alzando,
Y el cetro de oro al cielo dirigido:

Del poder recibido firme usando,
«Volved de nuevo ¡oh muertos! á la vida:
«En nombre del Eterno yo lo mando.»

Dijo, y al punto, una aura, que impelida
Bajaba de los montes al desierto,
Por un poder incógnito movida;

El suelo resquebrado, seco, yerto,
De florecillas frescas y olorosas
Con su soplo vital dejó cubierto.

Y viéranse en el punto presurosas
Las reliquias humanas reunirse,
Renovando su enlace, artificiosas:

Con nervios y cartílagos unirse,
De carnes, miembros y vigor llenarse,
De fresca piel en torno revestirse:

Un pueblo entero poderoso alzarse,
Y entre cantos de Hosanna, con presteza
En tribus diferentes congregarse.

Colocado el profeta á su cabeza,
Con poderoso esfuerzo lo regia,
Lleno de majestad y de grandeza.

El Angel desde lo alto dirigia
Su marcha, y le indicaba su destino:
La tierra se aplanaba y abatia:

Los montes no estorbaban el camino:
Saltaban de contento los collados:
Brillaba en lo alto el cielo cristalino:

Claras fuentes y lagos sosegados,
Vergeles, huertos, frescas alamedas
Hallaba á su descanso preparados,

Y frutos en las verdes arboledas:
La mano del Eterno le cubria,
Dando sombra á sus sendas y veredas.

Jerusalem, Jerusalem, decia
La turba innumerable, y sus acentos
La bóveda celeste repetia.

Entónces resonaron en los vientos
Mil himnos de alabanza y de victoria,
A que unieron alegres sus concentos
Los espíritus puros de la gloria.

VIII.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

CORO SEGUNDO.

Viva, viva JEHOVÁH, que en la guerra
Los gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

EL PROFETA.

Este es ¡oh pueblo! el dia
En que el Señor demuestra
La fuerza de su diestra,
Su gloria y su poder.

Aqueste dia anunciaron
Visiones y profetas;
Sus palabras, completas
Hoy se llegan á ver.

UN JÓVEN.

Hoy del sepulcro helado
Libertarnos le plugo,
Y el poderoso yugo
De la muerte quebró:
Este es el dia anunciado
Con palabras expresas;
Sus eternas promesas
Hoy el Señor cumplió.

CORO PRIMERO.

Gloria, gloria al Señor, porque fuerte
De la muerte el poder quebrantó;
Y conforme á su santa promesa
Al sepulcro su presa arrancó.

EL PROFETA.

Regocijaos ¡oh cielos!
Salta de gozo ¡oh tierra!
Que la muerte, la guerra
Y la opresion cesó.
Resuenen en los montes
Los himnos de alabanza:
¡Qué cierta es mi esperanza!
¡Qué fiel es el Señor!

UNA DONCELLA.

La hija de Sion querida,
Que en prision sepultada
Lloraba desolada
Sin consuelo y sin luz:

Hoy recobra gozosa
Su espléndida belleza,
Su cándida pureza,
Su primera virtud.

TODO EL PUEBLO.

Viva, viva JEHOVÁH, que en la guerra
Los Gigantes aterra de Edom:
A su pueblo visita y halaga,
Y su llaga incurable sanó.

IX.

¡Jerusalem ilustre! este es el dia
En que los ojos mios van á verte
Coronada de paz y de alegría,
Sin temor y sin riesgo de perderte.
JEHOVÁH su salvacion al suelo envía,
Destrozado el imperio de la muerte;
Y trocando en placer tu llanto y penas,
De tu cuello desata las cadenas.

Levántate del polvo, Sion querida,
Do fuiste como esclava maltratada,
En mortales angustias sumergida,
Del cáliz soporífero embriagada.
Grande ha sido tu culpa y sin medida,
Y grande tu castigo, desdichada:
Mas apiadado ya, tu antiguo esposo
Hoy te abraza y te estrecha cariñoso.

Oye lo que te dice el Ser Eterno
Con acento dulcísimo, inefable.—
«Si no olvida la madre al niño tierno,
Que en su seno llevó por tiempo estable,
¿Cómo te olvidaria mi amor paterno,
Ni mi afecto de esposo, inestimable?

Ofendido, calmaste mis enojos
Con el llanto perenne de tus ojos.

«Sabe tú, que en mi mano dibujados
Tus muros y baluartes siempre tengo:
Ellos serán al punto reparados,
Que yo, Dios Poderoso, lo prevengo:
Yo, que vivo en los cielos estrellados;
Yo, que formé la tierra, y que contengo
En el espacio breve de mi mano
Al tempestoso y férvido océano.

«¿Se ha encogido mi brazo por ventura
Para que yo no pueda libertarte......?
¡Levántate, Salem! y tu amargura
Olvida, pues que vengo á consolarte:
Vístete tu preciosa vestidura:
Ven á tu antiguo trono á colocarte:
No ya la esclavitud te deshonora,
Sino que eres feliz, libre y señora.

«Extiende para tí tus pabellones,
Toma sitio más ancho y dilatado,
Que ya vienen de todas las regiones
Los hijos infinitos que te he dado:
Las remotas y bárbaras naciones
A tí se postrarán, yo lo he mandado:
Reyes serán los criados que tú elijas,
Y reinas las nodrizas de tus hijas.»

Los cielos y los astros de repente
En pavesas y en humo se deshacen,
Y otro cielo, otro sol más refulgente,
Y estrellas más espléndidas renacen.
El alto empíreo muéstrase patente,
Y entre luces sin fin, que de allí nacen,
Al suelo baja una ciudad divina,
Como esposa que al tálamo camina.

Y llega, y se establece en el cimiento
Do la antigua Solima fué labrada;

Tiene de oro macizo el fundamento:
Más pura es que el cristal, más acendrada:
Tres puertas manifiesta á cada viento,
Cada una por un ángel custodiada:
Sus muros son crisólitos brillantes,
Zafiros, amatistas y diamantes.

Allí se allega el pueblo presuroso
Entre cantos de gozo y alegría,
Y al escuadron angélico dichoso
Unido en la ciudad desde aquel día,
Disfruta de la paz y del reposo
Que á los suyos Jehováh benigno envía.
Allí jamás hay noche ni tristura;
Todo es delicia y paz, placer y holgura.

En medio se halla el trono del Cordero
De do mana una fuente de agua viva,
Y un árbol prodigioso y duradero,
Que cada mes da fruto con medida.
No entra allí el orgulloso, el altanero,
El rapaz, el violento, el homicida:
El vicio corrompido y la torpeza
Nunca empañan su brillo y su pureza.

FIN DEL IMPÍO.

Esta hora es de tu vida la postrera,
Gritó una voz en sueños al impío:
Empapado despierta en sudor frío,
Erizada de horror la cabellera.

¡No más una hora! exclama, y la altanera
Vista humilla con ciego desvarío:
¿Cómo alzarla podrá quien con desvío
A la virtud miró, que en lo alto impera?

Oye cómo del tiempo van huyendo
Las lejanas pisadas. Sordo al lloro
De la piedad, vacila, se confunde....

Tiembla, suspira.... y con dolor volviendo
La memoria al placer, la vista al oro,
Toca á su fin, y en el abismo se hunde.

AL MISMO ASUNTO.

Pasaba el pecador horas inciertas
Entre festines y lascivo canto,
Cuando mano letal rompió el encanto
Y de la tumba abrió las negras puertas.

Salieron de tropel las sombras muertas
Que el reino habitan de dolor y llanto,
Cercáronle, y en vano con espanto
El mísero tendió sus manos yertas.

Sus acciones allí pesa severo
De Dios el Juicio en su eternal balanza,
Y halla que cede la del vicio artero.

Tómale entónces la infernal venganza
En sus garras, cual buitre carnicero,
Y al abismo con él rauda se lanza.

JESUS CON LA CRUZ A CUESTAS.

El Hijo del Inmenso, el Infinito,
Sale ya, de su Padre abandonado,
Hácia el Calvario, con la cruz cargado,
Gimiendo bajo el peso del delito.

Desde la eternidad estaba escrito—
Muera el justo, libértese el culpado;
Sea inocente Jesus sacrificado,
Y alcance redencion Adan proscrito—

¿Qué te espera, Señor, sobre esa altura?
Los clavos y la muerte tormentosa,
La bebida de hiel y de amargura:

De tu Madre la vista lastimosa:
La ingratitud del hombre.... ¿Y aun procura
Llegar allí tu planta presurosa?

A LA SANTA CRUZ.

Salve, sagrada Cruz, firme confianza
Del que vive expatriado en este suelo:
De mi llagado corazon consuelo:
Dulce objeto de amor, dulce esperanza:

Tú me guardas de la ira y la venganza
Del Señor, que fulmina desde el cielo;
Y apareciendo en el etéreo velo,
Eres seña de paz y de bonanza.

¡Ah! ¡cuál fuera sin tí la suerte mia!
Lanzado á las tinieblas exteriores,
Nunca gozara de la gloria un dia.

Oprimido de culpas y de errores
Alcánzame piedad, y en mi agonía
Cúbreme con tus brazos protectores.



AL MISMO ASUNTO.

Misterio de la Cruz incomprensible:
Desprecio del gentil vano, orgulloso:
Escándalo al judío presuntoso,
Y del cristiano fiel signo visible:

Del que mora en la luz inaccesible
Hombre-Dios, suplicio doloroso:
El serafin te adora silencioso;
Tiembla de tí Satan aborrecible.

Tú descubres verdades peregrinas
Al que humilde, de tí vive abrazado,
Y al empíreo segura lo encaminas.

Confie en sus victorias denodado
El guerrero, y el sabio en sus doctrinas:
Nosotros, en Jesus crucificado.

MEDITACION SOBRE DIOS.

AL SR. D. JOSE MARIA TORNEL.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

Dejando en este suelo la morada
De los torpes sentidos,
Y el peso de cadenas y dolores,
El alma sublimada
Vaga por otros mundos escogidos,
Llenos de inteligencias superiores:
Mirando con desden el bajo mundo,
Sin que la ciña término prescrito,
Vuela con libertad á lo infinito
Por el éter profundo.

Mi pensamiento atónito se embebe
Cual gota en el océano cristalino:
Audaz entónces á marcar se atreve
Al tiempo su camino.
Con excelso destino
La extension atraviesa del espacio:
Llega á la inmensidad, pasa animoso
El abismo insondable y tenebroso,
Y abarcando en un punto la existencia,
Goza de Dios la inconcebible esencia.
Pero luego en mis labios desfallece
La palabra, si aspiro
A expresar lo que miro:
Mi lengua se entorpece

Prorumpiendo en sonidos, que en el viento
Pintan el pensamiento.

Un idioma fué al hombre concedido,
Que vuela y se difunde,
Y muere con la edad ó se confunde,
A sus necesidades reducido.
Otro hay sublime, universal, extenso,
Lenguaje de la ciencia,
Privativo de toda inteligencia.
No es un sonido muerto que circula
Y lánguido modula;
Sino palabra viva y abrasada
Que suena al corazon, y con la mente
Habla, razona, y la verdad traslada.
Por medio de suspiros y de ardores
Mueve, ilumina, y respirando fuego,
Prorumpe en dulce ruego,
Que conocen los tiernos amadores.

Ya no es en vano el tímido suspiro
Con que mi pecho sus deseos exhala:
El entusiasmo santo me señala
La celeste region adonde aspiro.
Su antorcha alumbra y guía
Mi planta incierta en el caos profundo,
Y en la region vacía
Mejor que la razon me explica el mundo.
¡Ven, pues! y con vuelo arrebatado
En sus alas de fuego y lumbre viva
Dejemos olvidado
Este globo, en tinieblas sepultado:
Y salvando los tiempos y el espacio,
Frente de la verdad clara y activa,
Toquemos allá arriba
El órden eternal con más despacio.

Ese astro universal, que no declina,
Sin noche y sin aurora,
Es Dios á quien adora
Naturaleza toda y se le inclina.

En sí contiene el tiempo presuroso:
Muda la inmensidad y la limita:
En el espacio tiene su morada:
Es á sus ojos nada
La série de los siglos infinita.
Él produce la luz de una mirada:
El mundo es su retrato portentoso:
Todo, á su sombra próspero subsiste:
De su seno dimana cuanto existe,
Como blanca corriente
Que en él tiene su orígen y su fuente.

Sus prodigios sin término nos dicen
Al nacer, que sus manos los producen:
Respira, y sus hechuras le bendicen:
Quiere, y sus obras por doquier relucen:
Su ser, es producir: consigo solo,
Del uno al otro polo,
A todo presta vida y movimiento:
Él es la inteligencia que mensura
La duracion de todo á su talento;
Pero su voluntad fuerte, ordenada,
Envuelve en sí equidad, sabiduría,
A todo lo posible acomodada,
De tal modo templada
Que de la nada al sér sus pasos guía.
Inteligencia, amor, vida, hermosura,
Juventud y placeres,
Sin tasa puede dar á la criatura:
Da formas á la nada y la engalana,
Y á la clase mortal de nuestros séres
Convierte en una estirpe soberana:
La eleva, disipando su ignorancia,
La comunica fuego, esfuerzo y brío,
Y hace resplandecer sin disonancia
Su excelso señorío.

Este es el Dios á quien el orbe adora,
A quien Abram servia,
Veneraban Pitágoras y Sócrates,
Y Platon entrevia.

Su Verbo le anunció sobre la tierra:
Del justo es el apoyo y la confianza,
Es del pobre esperanza;
La razon de por sí nos le revela.
No es el Dios del error y la impostura:
No es Dios por mano de hombre fabricado,
Con que engañar procura
El falso sacerdote alucinado
Al pueblo seducido:
Es sabio, esclarecido,
Eterno, único, solo, justo, bueno,
Del cielo conocido,
Señor del universo y Dios del trueno.

¡Feliz quien le conoce y quien le aprecia,
Y miéntras le desprecia
El mundo corrompido,
Él, por la fe camina dirigido;
Y á la luz de las lámparas sagradas
Con que el cielo de noche se ilumina,
Lleno de gratitud la frente inclina,
Y con ardor intenso
De su oracion ofrece el puro incienso!
El alma por arreo
Toma de arriba la virtud prestada
Entónces, y en las alas del deseo
Vuela, toda en ardores inflamada.

¡Quién viera en su inocencia
Al hombre allá en los tiempos primitivos,
En que hablaba con Dios, de su presencia
Gozaba, y penetraba en sus caminos!
¡Quién viera al mundo en su primera aurora!
Naturaleza simple, encantadora,
Alababa al Señor. Como diseño
De su poder lucia,
Marcada con el nombre de su dueño.
Él, luego, por los años olvidado,
Entre sombras y nieblas se oscurece,
Pero de nuevos rayos circundado,
Del hombre ante los ojos aparece.

Largo tiempo sus pasos dirigieras,
Y cual hijo instruyeras,
Mostrándote, Señor, fuerte y glorioso
En la zarza de Oreb, só las encinas
Del Mambré pavoroso,
En los valles de Sénnar, ó en las cimas
Donde Moisés hablaba
Contigo, y tus preceptos promulgaba.
De Abram la descendencia
(Como primicias de la humana gente)
Con maná mantuviste bondadoso
Hablando con prodigios á su mente,
Y mostrándote en todo poderoso;
Y cuando torpe olvido
Borraba de tus hechos la memoria,
Tus nuncios á la tierra descendian
Y tus altos portentos referian:
Mas hora de tu gloria
Los recuerdos huyeron,
O en la extension del tiempo se perdieron.
Al mundo, por la edad envejecido,
Caduco y eclipsado,
Le dejaste de hablar. La mano lenta
Del tiempo borró todos tus vestigios,
Y la duda se ostenta
Entre tí colocada y tus prodigios.

El orbe envejecido
No es trono á tu grandeza acomodado:
Tu nombre en el olvido
Se mira sepultado;
Y para conocerlo, ya es preciso
Volver atrás el curso de los dias.
El ojo humano mirará indeciso
Las encumbradas vías
Del firmamento y sus eternos velos,
Sin conocer el brazo que dirige
Tantos lucientes soles en los cielos.
¿Quién su camino rige?
¿Dónde empieza su fúlgida carrera?

¿Es eterna, ó lució por vez primera
Esa antorcha fecunda?
En vano en lo moral tu Providencia
Con ejemplos abunda,
Marcando en los sucesos tu existencia.
En vano, como un juego, los imperios
Haces pasar á diferentes manos,
Que apelando al acaso, tus misterios
Desconocen los míseros humanos.
Acostumbrados á mirar tu gloria,
Y las grandes mudanzas de la suerte,
En olvido de muerte
Trocaron tu memoria.

Despiértanos, Señor, renueva el mundo:
Levántate, y dejando tu reposo,
Habla á la nada, donde más fecundo
Saldrá á tu voz otro orbe portentoso.
A nuestros ojos da nuevos prestigios:
Obra nuevos prodigios:
Cambia el órden constante de esa esfera:
Otro sol luminoso
Sustituye al que hora reverbera:
Destruye este palacio ya ruinoso,
Indigno de tu gloria, y claramente
Manifiesta tu rostro, porque obligues
Al mundo á que te adore reverente.
Mas, ántes que en el cielo se oscurezca
El sol que hora relumbra,
Y del orbe la máquina perezca,
La fé que la alma alumbra
Tal vez á paso lento
Dejará de ilustrar el pensamiento;
Quedando todo el orbe desquiciado
En sempiterna noche sepultado.

PARTE NOVENA.

POESÍAS SAGRADAS TRADUCIDAS.

LA ORACION DE LA TARDE.

(IMITACION DE LAMARTINE).

En su carro de triunfo ya declina
El sol, cubierto de purpúreo velo,
Y con los rayos de su faz divina
Rompe el azul del apacible cielo:
A la sonora mar su frente inclina
Retirando sus luces de este suelo;
Y dorando las cumbres de los montes,
Arde y camina á nuevos horizontes.

Entretanto la luna, adormecida,
En el Oriente su esplendor derrama,
Y cual lámpara de oro suspendida,
Con misteriosa luz brilla y se inflama:
La ropa de la noche desprendida
De cándidos luceros se recama:
Calla el mar, y los vientos enmudecen;
Los cielos y la tierra desfallecen.

Esta es la hora feliz en que natura,
Recogida un momento, á Dios presenta
La grata sombra de la noche oscura,
Y el tierno brillo que la aurora ostenta.
En silencio parece que procura,
Con esa indecision que representa,
Recordar aquella hora fortunada
En que se vió salida de la nada.

Esas llamas con órden repartidas,
Que brillan en la noche trasparente,

Antorchas son del templo, que encendidas
Arden á Dios con luz indeficiente.
Esas rosadas nubes, que impelidas
Se mueven de la Aurora al Occidente,
Rodando en torno del espacio inmenso,
Son de su trono celestial incienso.

¡Mas qué! Bajo esas bóvedas eternas
Alumbradas de espléndidos fanales
¿No se oyen alabanzas sempiternas?
¿No resuenan los himnos celestiales?
Supla mi débil voz á las alternas
Canciones de los coros inmortales;
Y prestándole vida á la natura,
A su Hacedor alabe la criatura.

En alas de los vientos conducidas,
Y del fuego de ese astro alimentadas,
Irán mis oraciones, dirigidas
Al Eterno, en sus fúlgidas moradas.
El que oye las esferas, que movidas
Consuenan, en sus órbitas lanzadas,
Tambien escuchará benigno luego
Mi ardorosa oracion y puro ruego.

¡Salve, Dios poderoso, que fecundo
Llenas la inmensidad con tu presencia!
¡Tú eres ordenador de aqueste mundo!
¡Principio universal de la existencia!
Tuyo es el cielo, tuyo el caos profundo:
Alma, Padre, Criador de toda esencia:
Con todos estos nombres yo te adoro,
Y ante tus aras tu bondad imploro.

Con atónitos ojos miro escrito
En el cielo tu nombre refulgente,
Y en toda la creacion escucho el grito
Con que canta tu gloria reverente.
Dice el espacio, que eres infinito:
La tierra, que eres bueno y providente;

Los astros, mensajeros de tu gloria,
Que eres Señor del trueno y la victoria.

Tus obras todas muestran tu hermosura
Y retratan tu faz como un espejo:
Belleza siempre nueva y siempre pura
De quien el mundo todo es un bosquejo.
Mi alma tambien en su mansion oscura
Es de tu imágen tímido reflejo:
Conozco en mí tus dones y tus frutos,
Y venero tus altos atributos.

No sólo creo en tí, bondad suprema,
Sino que el pecho alienta tus amores,
Mi alma te busca, y en deseos se quema
De llegar á tus vivos resplandores.
Hora tocada de pasion extrema,
Como la esposa en tálamo de flores
Cuando siente abrasarse toda en fuego,
Alza á los cielos su lloroso ruego.

En tí siento, en tí pienso, en tí respiro:
Tu nombre ensalzará toda criatura:
Al traves de tus obras yo te miro,
En la tierra, el abismo y en la altura.
Por acercarme á tí, volé al retiro
Como el ave que vuela á la espesura,
Y contemplé tu luz divina y bella
Al ver salir la matutina estrella.

Cuando el sol, cual gigante luminoso,
Llenó de fuego la extension del cielo,
Sentí mi corazon, que fervoroso
Quiso volar á tí lleno de anhelo:
Tendió la noche el velo tenebroso,
Seguida de la paz y del consuelo,
Y has abierto á mi absorto pensamiento
Las fuentes del placer y el sentimiento.

En todas partes tu poder presencio,
Y mirando á tu alcázar estrellado,

Tus ocultos decretos reverencio
En altos pensamientos abismado.
En medio de la calma y el silencio,
Un rayo, de tu trono dimanado,
A mi alma pobre victorioso llega,
Ilustrando la mente torpe y ciega.

Tú eres, Señor, mi asilo y mi confianza,
Y mi único placer y refrigerio:
Sé que no está ceñida mi esperanza
A los dias de mi triste cautiverio:
Tu paternal cuidado á todo alcanza:
Todo lo abraza tu benigno imperio:
El alma, de tus labios inspirada,
Vivirá siempre en tu eternal morada.

En vano con espantos y temores
La vengadora muerte me acobarda,
Y el sepulcro voraz, lleno de horrores,
Los despojos del hombre, avaro aguarda:
Coronada de eternos resplandores
Mi alma saldrá de su prision, gallarda,
Y triunfante del báratro profundo,
Volará libre en la extension del mundo.

Apresura, Señor, el dia felice
En que libre de torpes ataduras,
Entre el coro inmortal que te bendice,
Pueda cantar tu gloria en las alturas.
¡Oh dia sin noche, que la fe predice!
¡Oh moradas de gozo! ¡Oh fuentes puras!
¡Cuándo será que á Sion arrebatado,
Viva entre sus delicias anegado!

LA LAMPARA DEL TEMPLO

O EL ALMA A LA PRESENCIA DE DIOS.

(IMITACION DE LAMARTINE.)

Lámpara, que en el Santuario
Con llama remisa alumbras,
¿Qué objeto ante los altares
Hace que así te consumas?

No es para marcar el vuelo
De la oracion que se encumbra,
Ni dar rayos al que reina
En trono de luces puras:

No para ilustrar del templo
Las altas naves confusas,
Cuyas sombras pavorosas
Envuelven tu llama mustia:

No para dar testimonio
Del fuego que á Dios circunda,
Ante cuyo solio penden
El sol radiante y la luna.

Otro objeto misterioso
Tu luz simbólica anuncia,
Cuando la brisa del templo
Tu llama en el ara impulsa.

Cuando mi mente te observa,
Religiosa te saluda,
Y admira, sin comprenderte,
Que así tu destino cumplas.

Átomo tal vez brillante
Tú de la creacion difusa,
Prestas eterno homenaje
Ante la presencia augusta.

Alma mia, ¿entre las sombras
De aquesta prision oscura,
Para la deidad suprema
Ardes en el mundo oculta?

No dejes jamas, no dejes
De dirigirle tu súplica,
Así como aquesta llama
Sus ardores perpetúa.

Cuando de la vida corras
Las soledades profundas,
Vuelve de la fe los ojos
A esa luciente columna.

En este mundo grosero,
Do error y sombras abundan,
Existe una luz que en vano
El hombre tocar procura:

Llama que de noche brilla
Del monte en la cima ruda;
Astro que las luces bebe
Del sol que la esfera ilustra;

Fuego inextinguible que arde
Oculto dentro de la urna,
Y que el incienso del ruego
Hace que al empíreo suba.

Cuando á vista del Eterno
El cuerpo en la huesa se hunda,

El alma volará libre,
Sin que su Autor la destruya.

Unida al disco supremo
De la Deidad trina y una,
Será tan sólo un destello
Del sol que jamás se ofusca;

Y brillará con los rayos
De aquella lumbrera suma,
Para quien son las estrellas
Polvo que el espacio ocupa.

ORACION DEL NIÑO POR LA MAÑANA.

TRADUCCION DE LAMARTINE.

Padre Eterno, á quien mi padre
Dobla humilde la rodilla;
A cuyo nombre mi madre
Con fe y con temor se humilla:

Ya sé que ese sol brillante
Es de tu poder un juego,
Y ante tu rostro radiante
Encubre su luz y fuego.

Que en el campo haces nacer
A los tiernos pajarillos,
Y te das á conocer
A los infantes sencillos.

Que cuando de flores lleno
Se muestra el bello jardin
Y frutos el huerto ameno,
Tú los produces sin fin.

Que disfruta de tu afecto
Cuanto hay en el orbe entero,
Y aun del despreciable insecto
Cuidas con amor y esmero.

Que al cordero y al cabrito
Prestas alimento grato,

Y hasta el humilde mosquito
Gusta la miel en mi plato.

Que de la fecunda espiga
Das á la paloma el grano,
Mil despojos á la hormiga,
Al infante el pecho sano.

Que los bienes que atesora
Tu amor, los alcanza el hombre
De dia, de noche, á la aurora,
Con solo invocar tu nombre.

Y que mi oracion sencilla
Llega á tu trono sagrado,
Donde se encoge y humilla
El Serafin abrasado.

Si oramos en tu presencia,
Dicen que placer te damos,
A causa de la inocencia
Que sin saberlo gozamos.

Y que igualando los niños
A los ángeles del cielo,
Son dignos de tus cariños
Cuando ruegan con anhelo.

Pues que de tu solio escuchas
Mis oraciones sin tedio,
De necesidades muchas
Voy á pedirte el remedio.

A los campos da rocío,
Alas al dulce jilguero,
Agua indeficiente al rio,
Lana y abrigo al cordero.

Pan al mendigo y asilo,
Al enfermo sanidad,

Socorro al pobre pupilo,
Al cautivo libertad.

Da familia numerosa
Al padre que espera en tí;
Corona á mi madre, honrosa,
Dándome virtud á mí.

Pon en mi pecho justicia,
En mis labios la verdad,
En tus leyes mi delicia,
En mi alma docilidad.

Y que mi voz se levante
Y llegue á tu solio inmenso,
Cual de mano del infante
En el altar el incienso.

EN LA MUERTE DEL REDENTOR.

(IMITACION DE ONOFRE MINZONI.)

Cuando Jesus en su última agonía
Conmovió de la tierra el fundamento,
De su ignorada tumba soñoliento
Entre sombras y horror Adan salia.

Alzado en pié, los ojos revolvia
Lleno de admiracion y sin aliento,
Preguntando ¿quién era el que sangriento
Del árbol de la cruz así pendia?

Cuando lo supo, su cabello cano
Arranca, y llanto de amargura vierte:
Ultraja el rostro con su yerta mano:

A su mujer clamando se convierte
Con voz que el monte ensordeció y el llano—
¡Yo por tí he dado á mi Señor la muerte!

PARTE DÉCIMA.

ALABANZAS A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

EN LA NATIVIDAD

DE NUESTRA SEÑORA.

A MI PRIMO Y AMIGO

D. ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON.

ODA.

De la casta doncella
Que en el Oriente brilla,
Y tras profunda noche se levanta;
De la que, toda bella,
La alta cerviz humilla
Al dragon infernal, con tierna planta;
¡Oh tú, mi lira, canta
Los celestiales dones,
La no vista pureza,
Su poder, su grandeza,
Esperanza de siglos y naciones!
A mi acento, sonora
¡Oh mi lira! despierta con la aurora.

Que no del cristalino
Cerco, al mundo bajara
El Hijo del Monarca Omnipotente,
Si á su grandeza dino
Albergue no encontrara
En tí, Vírgen castísima, inocente.
Más que en cristal luciente
Brilla la luz hermosa,

Más que en pradera amena
Descuella la azucena,
O en cerrado vergel purpúrea rosa;
Muy más con gracias puras
Sobrepasas á todas las criaturas.

Del abismo profundo
Do ruge entre tinieblas
El príncipe infernal, con faz tremenda
Salió, y el ancho mundo
Cubrió de gruesas nieblas,
Llevando á la razon por torpe senda.
Multiplicada ofrenda
Tuvo en templos y altares:
Fué la impureza rito:
Sacrificio el delito;
Y exigiendo holocaustos á millares,
Manchó, con rabia insana,
El ara criminal de sangre humana.

Mas luego que en Oriente
Te miró, coronada
De laurel vencedor y rayos de oro,
Postró su erguida frente
De víboras crinada,
Teñida en palidez, bañada en lloro.
Abatió con desdoro
Sus iras altaneras:
Gimió del hondo pecho;
Y puso con despecho
A tus plantas sus armas y banderas.
De sus negros retiros
Lanzó el reino infernal tristes suspiros.

Con faz plácida envía
Jehováh, desde la altura,
Llama de amor al infecundo suelo:
El orbe de alegría
Vistióse, y de hermosura,

Y abrió sus fuentes de piedad el cielo:
Dulcísimo consuelo
Sucede á los dolores;
A la odiosa fatiga
Tranquilidad amiga;
A las espinas, olorosas flores;
Lanzada la Malicia,
Besáronse la Paz y la Justicia.

Fama es, que la profunda
Mansion de sombra negra
En donde el padre Adan moraba en tanto,
De resplandor se inunda
Que su extension alegra,
Y suspendió los siglos de quebranto.
Bañado en dulce llanto,
La frente encanecida,
Trémulo de alborozo,
Alzando por el gozo
Las manos, y al Eterno dirigida
Con fe la voz sincera,
El anciano exclamó de esta manera.—

«En otra edad dichosa
Felice yo vivia
Inmortal, sin temor y sin dolencia:
En mansion deliciosa,
Cercado de alegría,
Sin recelar la voz de la conciencia:
Vestido de inocencia:
Del bien sumo, infinito,
El espíritu lleno:
El ánimo sereno:
Sujeto á la razon el apetito,
Y el alma prevenida
Con la luz de la gracia enriquecida.

«Mas luego que el mandato
De Dios rompí atrevido,

¡Ay culpa con mil lágrimas llorada!
Perdí al punto ¡insensato!
El cielo prometido,
Y el alma de la gracia fué privada.
La carne amotinada
Fué presa de dolores;
Natúraleza entera
Contra mí se alza fiera:
Me cercan del sepulcro los horrores,
Y dejo en triste suerte
A mi posteridad crímen y muerte.

«Era la pena eterna,
Ineficaz el llanto,
Sin fruto el mal, y el padecer prolijo;
Mas una Niña tierna
Merece al cielo santo
Que trueque la tristeza en regocijo.
Ella es Madre del Hijo
Del Alto Soberano,
A cuya voz abiertas
Del empíreo las puertas,
Será reparo del linaje humano:
En bien el mal convierte
Y arrebata sus triunfos á la muerte.

«Grande fué mi delito,
De cuyo gérmen nace
El mal inmenso de la gente impía;
Mas si á Dios infinito
Tener tal Madre place,
Y alivio tal mi daño requería,
¡Oh feliz culpa mía!»
Dijo: á su voz atento
De patriarcas el coro,
Tañó sus arpas de oro:
Plegó sus alas sosegado el viento;
Y se adurmió entre flores
El eco de esperanzas y de amores.

PLEGARIA A MARÍA.

A tí, Señora poderosa y santa,
Desfallecida el alma y sin aliento
Dirige su plegaria, á tí levanta
Su doloroso acento.

Si en negra tempestad vuelves los ojos,
El cielo al punto muéstrase sereno,
El piélago refrena sus enojos,
Calla el rugiente trueno.

Al fiero Querubin, que un tiempo pudo
Los cielos escalar, tú lo encadenas:
Del pueblo religioso eres escudo,
Y de valor lo llenas.

¿Quién eleva á tu trono su querella,
Que socorro no encuentre en tí, María?
Eres astro de luz, del mar estrella,
Que á la salud nos guía.

Eres prenda feliz, arca de alianza,
Del triste pecador dulce consuelo,
Anuncio de la paz y la esperanza,
Eres puerta del cielo.

En sombras y dolor vago perdido;
A mi auxilio, Señora, ven apriesa:
Contra mí el enemigo enfurecido
De maquinar no cesa.

Ten de mí compasion en aquella hora
Cuando próximo el término á la vida,
El alma desdichada gime y llora
Pensando en la partida.

Un lugar tenebroso se la espera:
De pecados y errores cuenta larga:
Castigo que las penas exaspera:
De Dios ausencia amarga.

¡Ah! que tu llanto, ante la cruz vertido,
No sea inútil ¡oh Madre de piedades!
Bálsamo sea al corazon herido,
Y limpie mis maldades.

MARÍA EN EL CIELO.

Donde el empíreo cándido y sereno
Más sublime se encumbra,
Y el trono del Cordero, siempre lleno
De claridad, relumbra:

Do selvas inmortales y extendidas,
Tejidas de esmeralda,
De flores de carmin se ven vestidas,
De púrpura y de gualda:

Do al soplo de las auras bulliciosas,
En praderas amenas,
Se mecen los claveles y las rosas,
Y blancas azucenas:

Do la tórtola arrulla, y la paloma
Canta en el bosque denso,
Difundiendo á los vientos grato aroma
El nardo y el incienso:

Do se extienden las fuentes y los rios
Y lagos trasparentes,
Que retratan los árboles sombríos
Y torres eminentes:

Do la celeste Sion, que allí aparece
Brillando en sus espacios,
Se ostenta misteriosa, y resplandece
Con muros de topacios;

Ciudad en cuyas plazas y confines
Resuena dulce canto,

Y alaban sin cesar los serafines
De Dios el nombre santo:

Allí tiene su asiento soberano
La Madre de clemencia,
A quien colma de dones por su mano
La Suma Omnipotencia.

Guarda de sus alcázares la entrada
Ejército triunfante,
Laureada la sien, la diestra armada,
Vestido de diamante.

Al viento ondean, en torres y en almenas,
Banderas y pendones,
Que ven de gozo y de respeto llenas
Del cielo las regiones.

Allí la castidad cándida y pura
Sus pabellones alza,
Y la inocente y maternal ternura
Unida á Dios se ensalza.

Cuando en favor del hombre se levanta,
Más bella que la aurora,
La que á toda criatura se adelanta,
Y el universo adora;

Vístela el claro sol de luz radiosa
Sin mancha ó sombra alguna;
Ciñen estrellas su cabeza hermosa,
Calza sus piés la luna.

Arco el íris le forma de colores
Variados, peregrinos:
El aire llueve inmarcesibles flores
Ante sus piés divinos.

Entre nubes de olores la circundan
Espíritus alados,

Que del cielo los ámbitos inundan
Con cánticos sagrados.

Y llénanse los cielos de luz pura,
Los vientos de alegría,
Las moradas eternas de hermosura,
Sus coros de armonía.

La tierra la proclama su abogada,
El cielo poderosa,
Y la inefable Trinidad sagrada
Hija, Madre y Esposa.

Cuando interpone por el mundo ciego,
De crímenes culpado,
Ante el Señor su poderoso ruego,
Quita el rayo á su mano.

No hay lengua inteligible en que no suene
¡Oh María! tu nombre:
Tu diestra el cetro de los cielos tiene,
Y eres Madre del hombre.

A LA SANTISIMA VIRGEN

DE GUADALUPE.

Yacia en profundo error, presa del duelo,
El mexicano, en noche tenebrosa,
Cuando del Santo Amor la Madre hermosa,
Llena de compasion, bajó del cielo.

Rompe de su ignorancia el negro velo,
Muéstrale de la fe la luz gloriosa,
Y le deja en su imágen portentosa
La enseña de la paz y del consuelo.

Entre las rocas de la tierra indiana
La ave tierna cantó con melodía;
Nacieron flores en la nieve cana:

Los cielos se vistieron de alegría;
Y eterna fuente de piedades mana
Donde sus plantas asentó María.

MARIA.

POEMA EN DOS CANTOS

DEDICADO A LA SRA. DOÑA GUADALUPE PESADO Y LLAVE DE SEGURA

POR SU AMANTE PADRE

JOSÉ JOAQUIN PESADO.

CANTO PRIMERO.

MARIA LLENA DE GRACIA.

Baja á mi corazon, sagrado fuego,
Por quien la alma, ante Dios, en viva llama
Víctima del amor se sacrifica;
Y dócil al poder de humano ruego
Ilustra mi razon, mi mente inflama,
Mis labios purifica.
¿Cómo podrá sin tí, mi débil canto,
Lanzado en esta tierra de quebranto,
Celebrar con purísima alegría
Las glorias de María:
Hija santa del Padre Omnipotente,
De su divino Verbo Madre hermosa,
Esposa del Amor indeficiente?
¿Qué criatura, en la tierra peregrina,
Qué acento terrenal, qué voz divina,
Qué inteligencia alada y amorosa,
Qué excelso habitador del reino eterno
Habrá que, al adorarla, no la nombre
LLENA DE GRACIA, asombro del infierno,
Tesoro de piedad, Madre del hombre?

I.

Cuando el Sumo Jehovah trazó en su mente
El orbe, y á su Verbo Soberano
Preparó asiento entre el linaje humano,
Delicia y paz de la futura gente,
Entónces se ofrecia
A sus ojos la imágen de María.
Ella estaba con Él, cuando fundaba
La tierra sobre sólido cimiento,
Y el claro firmamento
Más allá de los astros levantaba:
Cuando el espacio enriqueció de estrellas,
Veló á la luna en plácidos fulgores,
La aurora coronó de luces bellas,
El sol de resplandores;
Iluminó las puertas del Oriente
Con sus rayos espléndidos de vida;
El remoto Occidente
Con celajes de púrpura encendida;
Y dió á la noche, humilde y recatada,
Como esposa que sigue enamorada
Las huellas de su bien, en sombra oscura,
Profusa vestidura
De vistosos diamantes salpicada;
Señalando á los fúlgidos luceros
Magníficos senderos,
Por donde derramar su luz divina
Al aire, al agua, á la fecunda tierra;
La que opulenta encierra
Inagotable mina,
Riquísimo tesoro
De piedras finas, y de plata y oro:
Cuando á su voz los montes se elevaron,
Y de frondosas selvas se vistieron,
Y las fuentes brotaron,
Y por floridas márgenes corrieron:

Cuando á un soplo benéfico de vida
Dejó la nueva tierra convertida
En vistoso jardin, do su belleza
Ostentó la feliz naturaleza;
Al ufano pavon la cauda y alas
Pintó de hermosas galas;
Y al águila dotó de ojos potentes
Para beber del sol luces ardientes;
Prestando al aura lánguido murmullo
Con modulados sones,
Al ruiseñor canciones,
A la paloma querellosa arrullo,
Y á la mar, que ferviente se dilata,
En ondas de cristal peces de plata:
Cuando con resonantes melodías
Al tierno albor de la primer mañana,
Entonaron hosana
Del cielo las supremas jerarquías;
Repitiendo sus ecos sonorosos
Los campos espaciosos,
Los montes eternales,
Las sagradas esferas celestiales:
Entónces el Criador con regocijo
Vió y aprobó su hechura,
Y lleno de inefable gozo, dijo:
Mayor será de mi Hija la hermosura.

Y extendiendo la palma de su mano,
Con inefable amor dibuja en ella,
Por medio de un emblema soberano,
Las gracias de una cándida doncella.
Figuró una ciudad esclarecida
De aguas, jardines, vegas circundada,
De muros de topacio defendida,
De torres de diamante coronada,
De tesoros sin fin enriquecida,
Y de angélicas tropas custodiada:
Lugar de santidad, sitio seguro,
Donde nunca llegó crímen impuro.
No más graciosa primavera pinta
Los campos de Saron con sus colores,

Cuando en sus cuadros de labor distinta
Entreteje los ramos con las flores:
No más vistosa á la region serena
Se eleva, de marfil y oro labrada,
La torre de David, de triunfos llena:
Ni aparecen más bellas, á lo léjos,
Del Carmelo y Hermon las verdes cumbres,
Ni brillan con más plácidos reflejos
Del alto cielo las calladas lumbres;
Que se viera en la palma del Eterno
Así representada la hermosura
De la Madre del Hijo sempiterno,
Vírgen hija de Sion, ciudad segura.

Y cuando en la mansion de las delicias,
De verde pompa guarnecida en torno,
A quien daban los frutos sus primicias
Y los vistosos árboles su adorno,
El hombre delincuente
Comió la fruta del primer manzano,
Siendo orígen y fuente
Emponzoñada del linaje humano,
Y el Supremo Hacedor quiso clemente
Sanar su quiebra con piadosa mano,
Se presentó á su idea
La tierna imágen de esta Niña hebrea;
Para ser de la tierra, en feliz hora,
Ante el cielo piadosa intercesora.
Rompiendo como luz sombras oscuras,
Se anunció á nuestros padres en figuras:
Ora en la estancia del Eden florida
Por espadas flamígeras guardada,
Ora en nave al diluvio prevenida,
Ora en la escala de Jacob sagrada,
Ora en montaña de verdor vestida,
Ora en zarza del fuego respetada:
De la peña de Oreb en la corriente,
Y de Aron en la vara floreciente.
¡Oh Vírgen inmortal! tú eras la palma
Que de Cadés se alzaba en el desierto,
Tú de Genezareth el mar en calma,

Del pacífico Rey cerrado huerto,
Tierra de promision, fértil campiña,
Y en la rica Engadí guardada viña.
Los profetas absortos te miraban
Ya cual mística nube en el Carmelo,
Ya cual la puerta de oro, que guardaban
Para la entrada del Señor del cielo,
Ya en la ara ante que humildes se postrabán,
Ya del santuario en el sagrado velo,
Y ya en la Arca feliz, que deposita
Las tablas santas de la ley escrita.

Vosotras, almas justas,
Que entre sombras adustas
En el seno de Abram, contais llorosas
De los siglos las horas silenciosas,
La salud de las gentes aguardando;
Los pechos dilatad á la alegría,
Que, raudales de luces derramando,
Aurora de Jesus, nace María.

II.

El que formó las gotas de rocío
Limpias, al rayo de la luz serena,
Cándida la azucena,
Diáfano el aire, trasparente el rio;
El que cubrió los campos de hermosura,
Los encumbrados cielos de pureza,
Dejará que la hechura
En que más se esmeraba su grandeza,
Esfuerzo de su brazo omnipotente,
Fuese la presa de infernal serpiente?
¿El espejo pudiera en que se mira,
Quebrar con vil desdoro;
En vaso convertir indigno, de ira,
El vaso santo de oro;
Y hermanar la verdad con la mentira,
Faltando á su decoro?

¡Ah! no, que su adorable Providencia
Dar no puede al pecado la victoria,
Ni entregar del infierno á la potencia
La prenda más hermosa de la gloria.
¡Divina Fe! sobre los altos muros
De Roma, tu bandera se despliega,
Y á los incendios de tus rayos puros
La mente humana en claridad se aniega.
La Concepcion de María sagrada
No en simple creencia de piedad se afirma;
Ya la voz infalible y revelada
Del sucesor de Pedro la confirma.

De gracia enriquecida,
Tierna niña en el templo presentada,
Por soberana mano dirigida,
De claridad en claridad llevada,
Brilló en su edad primera
Como lucero en la azulada esfera.
Un ángel la propone reverente,
Doblando á su presencia la rodilla,
Que el Señor del empíreo, Omnipotente,
Su Hijo será con nueva maravilla;
Y al ver que humilde duda
De merecer tan sublimada alteza,
Dando seguridad á su pureza,
LLENA TODA DE GRACIA la saluda.
Presta el sí deseado,
Y las potencias inmortales vieron
Al Verbo, por los hombres humanado:
Las profecías antiguas se cumplieron:
Miró á la tierra la Verdad propicia,
Y llovieron las nubes la Justicia.
A la anciana Isabel despues visita
Dando al niño, que lleva en las entrañas,
(Prodigio entre su gente y las extrañas)
Vivificante luz, gracia infinita;
Y desatando el inspirado labio
En cántico divino,
Del Dios de Abram la fulminante gloria
Muestra, y el bien de que á ella la previno,

Y sobre la soberbia su victoria,
Y de su Iglesia el próspero destino;
Ofreciendo á Judá, que triste llora
Pasados y presentes desvaríos,
Sobre la márgen de extranjeros rios,
Prendas de libertad consoladora.
Recíbela Belem con tierno celo,
Rindiendo á su Hijo adoracion y honores
Los supremos espíritus del cielo
Y los humildes reyes y pastores.
Jesus, en brazos de su Madre hermosa,
Júbilo y gracias derramando al verla,
Era en verde boton fragante rosa,
En terso nácar reluciente perla.
Errante, encuentra asilo
En las antiguas márgenes del Nilo,
Enmudeciendo ante ella
Los falaces oráculos fingidos,
Y cayendo los ídolos mentidos
Al estampar su soberana huella.
Cuando del Salvador la voz divina
Resonaba en Samaria y Galilea,
Y celestial doctrina
Derramaba en los campos de Judea,
Dando de su mision divina muestra
Los hechos de su diestra:
Cuando con paso incierto,
Movido del amor que su alma aqueja,
Buscaba en el desierto
La descarriada oveja:
¿Quién entónces, Señora, quién, amante,
El sudor enjugaba de su frente,
Estampando sobre ella resonante
Ósculo reverente?
¿Quién preparaba luego en la morada
Ante él, la pobrecilla
Mesa, de dulce paz bien abastada,
Con voluntad sencilla;
Siendo en ambos comun, con lazo grato,
El ruego, la oracion, la vida, el trato?
¿Quién, á su ejemplo, quién, humilde y cara

Al cielo, penetraba en sus regiones,
Y estática miraba, cara á cara,
De Dios las perfecciones?
Tú, sola tú, que sus consejos sabios
Con la antorcha encendida recogias,
Y de su corazon y de sus labios
Llamas de vida y caridad bebias.

En la cumbre del Gólgota sangriento,
Por la salud del orbe levantado,
Jesus, en duro leño traspasado,
Espira á los rigores del tormento.
¿Qué lengua el sentimiento
Podrá explicar de la afligida Madre,
Cuando presenta resignada al Padre
En sus brazos al Hijo sin aliento;
Y lo presenta con dolor profundo
Para remedio del ingrato mundo?
Acerca aquellas manos bienhechoras
De salud obradoras,
A sus labios dolientes:
Con gemidos ardientes
Al cielo pide, que mitigue su ira:
En abandono y soledad suspira;
Y del Hijo adorado los despojos
Riega con los raudales de sus ojos:
Raudales de salud, fuentes de vida
Que fecundan la tierra prometida.
Donde ántes rebosaba la ternura
Rebosan ¡ay! las aguas de amargura.
¡Oh tú, Paloma santa,
Exenta de la culpa primitiva,
Con el ramo pacífico de oliva
Ante Dios justiero te adelanta!
¡Describa el íris tu sereno vuelo,
Señal de paz entre la tierra y cielo!

———

III.

Pasó la hora terrible
De la angustia: al quebranto
Sucede ya la calma bonancible,
Y el himno del amor al triste llanto.
Velo de flores la ribera cubre:
El sol su faz descubre,
Rasgando brillador densas tinieblas;
Y exentas de las nieblas
De la noche importuna,
Las estrellas se muestran y la luna.
¿Oís la voz sonora
Del Esposo, en la selva retirada,
Cual en verde enramada
La voz del ave al despertar la aurora?
Así amoroso canta—
«De esa tierra de espinas te levanta,
Esposa; ya pasó el invierno triste:
Sál, que por tí se viste
El nuevo Eden de plácidos colores.
Verás allí otras selvas, otras flores,
Otras sonoras fuentes,
Otros lagos tendidos, trasparentes:
Veránte coronada otros jardines
De inmarcesibles rosas y jazmines:
Conmigo gozarás de frutos ciertos
En inmortales huertos;
Y te serán mis brazos
De indisoluble amor perpetuos lazos.»

De penetrante fuego el seno herido,
Afanosa responde—
«¿Dónde te ocultas, dónde,
Imágen dulce de mi bien querido?
No engañes mi deseo:
Oigo tu voz entre las nuevas flores,
Mas tu rostro no veo,
Ni gozo tus amores.
Eres tú, como lirio en la cañada:

Tus ojos refulgentes
Son de paloma, orillas de las fuentes,
Y es de coral tu boca enamorada.
¿Quién hay entre los hijos de los hombres
Que se asemeje á tí, caro bien mio?
Abrasada en tu amor, quiero te nombres
Soberano Señor de mi albedrío.
¿Qué me importa la tierra y cuanto miro,
El orbe todo y estrellado cielo,
Si yo por tí suspiro,
Única ocupacion de mi desvelo?
¡Ay! concede, Señor, á esta tu esclava,
Tu esclava, y nada más, que se disuelva;
Y el espíritu humilde que te alaba
A tu seno feliz volando vuelva.
¡Vírgenes del Señor, castas esposas,
Que seguís las pisadas del Cordero,
Confortadme con aguas olorosas,
Que ausente de mi amor, de amores muero!»—
Del castísimo cuerpo desatada
El alma, y conducida á nueva esfera,
Se encuentra de repente reclinada
En brazos del Esposo que la espera.

Al espíritu unido el cuerpo santo
Otra vez, del sepulcro resucita,
De la inmortalidad vistiendo el manto,
Con clarísima luz, gloria infinita.
No su imperio limita
A la extension del dilatado suelo,
Que, proclamada Reina del Empíreo,
Se eleva á los alcázares del cielo.
No así vagante nube,
A quien el sol de resplandores llena,
Tan refulgente sube
Del hondo mar, á la region serena:
Ni el mismo sol hermoso
Se eleva á su zenit tan luminoso.
De unos en otros cielos va María
A tomar posesion del Reino eterno,
Para amparo del hombre y alegría,

Para terror y espanto del infierno:
Llénanse los espacios de armonía,
Y asentada en su trono sempiterno,
Toma el excelso Padre la diadema
Y la corona Emperatriz suprema.
Al punto ante sus plantas soberanas
Los ángeles se postran obedientes,
La veneran las vírgenes ufanas,
Y la adoran los mártires fervientes:
Con llanto de placer, las frentes canas
Inclinan los patriarcas reverentes:
Los profetas la dan adoraciones,
Y la invocan los pueblos y naciones.
El Padre con su gloria la circunda,
Y en ella sus portentos multiplica:
El Hijo celestial, ciencia profunda
En su mente derrama y comunica:
De tesoros sin número la inunda
El Esposo que la ama y santifica:
Benigna, desde allí, derrama al suelo
Torrentes de esperanza y de consuelo.

¡Oh Vírgen sin igual! si eres la hechura
Que sublimaron del Señor las manos;
Si los pechos humanos
Venciste en esperanza y en fe pura,
Y á los ángeles mismos soberanos
Pasaste en caridad y en hermosura;
Si eres de la alta diestra maravilla,
Monte de perfeccion sobre los montes,
Piélago de Virtud sin horizontes,
Abismo de la gracia sin orilla;
Si á la divina esencia te entregabas,
En su contemplacion solo vivias,
Y de instante en instante duplicabas
Los tesoros que de ella recibias;
Si un acto solo fué tu vida santa
Del inefable amor, que te enajena,
Y si amor á los cielos te levanta,
¿Quién no te cantará DE GRACIA LLENA?

CANTO SEGUNDO

PATROCINIO DE MARIA.

I.

A la silla fulgente,
En que María como reina impera
Sobre la tierra y levantado cielo,
Llega el eco ferviente
Que desde el bajo suelo
Le dirige el mortal, que en ella espera.
De la estrellada esfera,
Con remontado, infatigable vuelo,
Penetra la Oracion al almo coro
Que cerca su adorable acatamiento;
De blanco lino y púrpura vestida,
Cambiantes alas, y por más decoro
La hermosa frente de laurel ceñida.
Con querelloso acento,
Vertiendo largo lloro,
Presenta ante la Madre de clemencia
Del pobre la indigencia,
La congojosa duda
Del huérfano y la viuda,
Del niño el tierno canto,
Del miserable pecador el llanto,
El aliento postrer del moribundo,
Y el ruego universal de todo el mundo.
Ella bañando, así que la divisa,
El rostro en expresion, el labio en risa,
Ante el trono sagrado
De inaccesible lumbre revestido,
De la Justicia y Paz siempre asistido,
De ardientes serafines circundado,
Amorosa la alienta
Y al Monarca Supremo la presenta;
El que en señal de gozo y alegría
A sus brazos la allega,

Y el universo con amor entrega
Al Patrocinio augusto de María.

Entónces, llena de piadoso anhelo,
Vuelta la vista al suelo,
Dirige á los mortales
Estas palabras, de su amor tesoro,
Cadentes como el céfiro sonoro,
Dulces como la miel de los panales—
«Sobre la eterna Sion tengo mi asiento,
Y en Salem mi reposo,
Que en ella plugo darme heredamiento
Al Señor poderoso.
Su mano me elevó, cual cedro erguido,
Alzóme, cual ciprés sobre la altura;
Hermosa soy, como rosal florido,
Fecunda, como palma en la llanura:
Como en campo feraz frondoso olivo,
Como cedro á la márgen de la fuente,
En la casa de Dios plantada vivo,
Llenando de perfumes el ambiente.
Gratas son de la mirra en las cortezas
Las olorosas lágrimas que llora,
Pero más para Dios son las ternezas
De este mi corazon, que lo enamora.
Mis ramos extendí, cual terebinto,
Que de gracia y honor rinde tributos;
Y soy de bello huerto en el recinto
Multiplicada vid, llena de frutos.
Yo del hermoso Amor soy madre hermosa,
Y del Temor sagrado y la Esperanza,
En la luz tengo mi mansion gloriosa,
Por mí la dicha y el poder se alcanza.
Venid á disfrutar castas delicias,
Hijos de Adam, que caminais errantes,
Y sabréis de mi boca las caricias
Con que regala Dios á sus amantes.»

Dice, y al punto Espíritus alados,
De noble aliento y ademan guerrero,
De pavonadas armas escudados,

Y de volantes plumas coronados
Sobre los cascos de bruñido acero,
En escuadras lucidas y ordenadas
A ejecutar las órdenes sagradas
De quien la redondez cual Reina adora,
Se aprestan obedientes,
Ora en el cielo, ora en la tierra, y ora
En la region de las precitas gentes,
Para ligar con dobles eslabones
Al sañudo Satán y sus legiones:
Dando al orbe salud, paz á la tierra,
Freno á la dura guerra,
Descanso á la fatiga,
Grano sazon á la dorada espiga,
A los campos benéfico rocío,
Fecundidad al rio,
A las ondas bonanza,
Y á los hombres dulcísima esperanza.

El mártir vence con serena frente
Por ella del tormento los rigores,
Y el jóven blandamente
Halaga de las llamas los ardores;
Que si la carne tímida y paciente
Desfallece, oprimida de dolores,
Al alma no abandona
La gracia, que de triunfos la corona.
Esquiva el solitario la morada
Del mundo corrompido,
Y á otra luz dirigido
Los miembros y el espíritu traslada:
De cilicio cubierto
En hondas soledades se sepulta,
Dando alivio á su sed la fuente oculta,
Y alimento las palmas del desierto:
Fijos siempre los ojos en María
Como en antorcha bella,
Pisa con firme huella
De la virtud la vía;
Y sin error ni duelo
Sube la escala mística del cielo.

La Vírgen delicada
Exenta de contagio ponzoñoso,
Tierna flor, consagrada
En el jardin del celestial Esposo,
De cuyo aliento sus olores toma,
Vierte en la tierra celestial aroma.
Entre la ara y vestíbulo postrado,
Vertiendo largo llanto,
El sacerdote santo
Pide al cielo humillado,
Suspenda descargar el rayo ardiente
Sobre el pueblo culpado y delincuente.
Se une el amante en el altar sagrado
A su bien, con lazadas amorosas,
Y pide allí para su prenda cara
Felicidad preclara,
A la esposa mejor de las esposas.
Objeto de esperanza y de cariño,
La madre enseña al inocente niño
A repetir, con cándida alegría,
El nombre de María.
Se alienta al escucharlo el peregrino,
Que estampando su planta en las arenas
De regiones ajenas,
Riega acaso el camino
Con lágrimas, que traen á su memoria
Tristes recuerdos de perdida gloria.
El huérfano la invoca con ternura
En los espantos de la noche oscura:
El siervo en la faena,
Y el cautivo infeliz en su cadena.
La Madre de piedad, blando consuelo
Infunde en los humanos corazones,
Derramando propicia desde el cielo
Sus dulces bendiciones.

II.

El espíritu de odio, entre la niebla
Que sus antros circunda
Y de terrores sempiternos puebla,
En sombras espantosas
Lanzadas de su boca el orbe inunda;
Que la Suma Verdad, de gloria llena,
Permite alguna vez á los errores
Aparecer, con formas tenebrosas,
Para que luego en la region serena
Brillen con nueva luz sus resplandores:
Como tras la tormenta, en noche horrible,
Se deja ver la Aurora
Sobre el mar bonancible,
De las ondas y vientos triunfadora.
Por imágenes locas seducido
El Gnóstico extraviado,
Filósofo en la ciencia envanecido,
Neciamente se juzga iluminado;
Séres, causas, sistemas multiplica,
Y en las redes que tiende se complica.
Al fatalismo estúpido rendido
Se forja un Dios de mal el Maniqueo,
Que con supremo empleo
A la Suma Bondad iguala y mide:
El mundo así divide,
Y con doble poder castiga y premia.
Llevando por divisa la blasfemia
Arrio, se alza protervo,
Al mismo Dios se encara,
Y contra el Hijo eterno, contra el Verbo,
Sus saetas sacrílego dispara.
Del título de Madre de Dios sumo
Nestorio despojar quiere á María,
Cual si pudiera convertir en humo
La claridad del día,
O con mano insolente
Robar al sol los rayos de su frente.

Un novador la libertad destruye
Queriendo que sin ella obre la Gracia,
Otro á la voluntad solo atribuye
Para las obras santas eficacia.
Focio, que de profana ciencia henchido,
Entre sombras hipócritas se emboza,
La túnica inconsútil del Ungido
Con mano audaz destroza.
La Religion y Sociedad maltrata
Llena de frenesí, turba enemiga,
Destroza, incendia, mata,
Y devasta los campos de la Albiga.
De libertad privando al alma humana,
Libertinaje cínico predica
Lutero indócil, y su iglesia vana
En puras negaciones edifica:
Deja al desenfrenado pensamiento
Vagar, como la nube por el viento:
Sustituye á la luz de la prudencia
El fatuo resplandor de la demencia:
Hace al vulgo voltario
Intérprete del dogma y de las leyes,
Despoja de riquezas el santuario,
Quita al Sumo Pastor el incensario,
Y convierte en Pontífices los reyes.
Calvino, más atroz, al hombre niega
Eleccion, de socorros lo despoja,
Lo pone en brazos de la suerte ciega,
En insondable perdicion lo arroja,
E imputa despechado
Al Criador el delito y el pecado.
Enfermo el corazon, muerto el ingenio,
El discípulo triste de Jansenio
Contra la autoridad dudas suscita;
La voz sagrada del pastor le irrita;
Iguala la justicia á su deseo,
Y es de la ley de gracia el fariseo,
Que con doble balanza asigna y pesa
Lo que á sí y á los otros interesa.
La tradicion y los preceptos quiebra
El libertino de Ferney, con gozo,

Y sus crímenes cuenta sin rebozo
El filósofo inmundo de Ginebra:
Como el lobo rapaz causa el destrozo
Del rebaño, ó en el charco la culebra
Inficiona las aguas, así lleno
Por ambos queda el mundo
De espantosos estragos y veneno.
La falsa Libertad, grito profundo,
Rugido de furor, eco de muerte
Inspirada por ellos, ronca lanza;
Frenética á los templos se abalanza,
En humo y en ceniza los convierte:
Disputa el cetro á la Deidad suprema,
Y á una ramera vil incienso quema.
A manos del verdugo carnicero
Muere sin gloria el ínclito guerrero,
Y el indefenso anciano y la doncella;
El sacerdote con su sangre sella
La verdad que anunció. Fieros los vicios
Multiplican la rabia y los suplicios;
Y al resplandor de antorchas funerales,
Alzada la tajante guillotina,
Ensangrentados á la mar vecina
Bajan del turbio Sena los raudales.
¡Tal es de la impiedad el predominio!
¡Cuánto estrago do quier, cuánto exterminio!

¿Y será que las puertas del infierno
Contra la Iglesia santa prevalezcan
Y que las ondas del abismo crezcan
Sobre el monte de Dios, monte divino?
¿El ángel rebelado,
Con lazo diamantino,
Tendrá al mundo á sus piés encadenado?
¿Excederá en poder y en excelencia
A la alta Omnipotencia?
No, que ya en torno veo
Venir por María nuevos favores
A la tierra, y alzar nuevo trofeo
A su nombre los astros superiores:
Húndese en confusion el monstruo feo

Del Error, á sus rayos brilladores,
Y la verdad sencilla
Con enseña de paz triunfante brilla.
El Discípulo amado
La eternidad del Verbo referia,
Y en Patmos arrobado
Los triunfos contemplaba de María.
¿Qué voz dirá las glorias
Con que, implorando su favor divinò,
Dejaron de la Fe vivas memorias
Al Bárbaro, al Heleno y al Latino
Concilios que veneran las historias,
Ya en la ilustre ciudad de Constantino,
Ya en la orilla del Tíber opulento,
En Nice antigua, y la moderna Trento?
¿Qué lengua humana cantará el decoro
Que en sus escritos á la Iglesia dieron
Tantos ingenios, en sus libros de oro,
Con que la fe ortodoxa defendieron,
Desde Clemente, Bernabé y Justino,
Hasta el Doctor angélico de Aquino?
Luego, tantas escuelas celebradas
Bajo su proteccion, tanta doctrina,
Tantas ilustres cátedras, alzadas
Para la ciencia humana y la divina,
Y tantas frentes fieles,
Que coronan de honor sacros laureles,
¿Quién dirá? ¿quién? Más fácil cosa fuera
A las selvas contar las verdes hojas,
Sus flores á la hermosa primavera,
Al rutilante sol sus luces rojas,
Que no las perfecciones y excelencias,
Que deben á la fe todas las ciencias.
No de monte elevado
Baja sonante, limpio y caudaloso
Manantial, de sus cumbres despeñado,
Más benéfico y puro al prado hermoso,
Regándolo con linfa bienhechora,
Que de montaña que se eleva al cielo,
Donde la ciencia verdadera mora,
Las aguas del saber bajan al suelo.

III.

De Arabia desigual, cuyos costados
Baña el Pérsico mar y el Eritreo,
Cuyos campos el sol mira abrasados
Con desigual arreo;
Ya en fecunda region de incienso llena,
Ya en soledad de peñas erizada,
Ya en desierto de arena;
Invocando por ley sólo su espada
El mentido Profeta
Sale, al frente de huestes homicidas:
Brillan las armas de la luz heridas,
Y la ronca trompeta
Con terrífico són, anuncia al viento
De muerte y destruccion el mandamiento.
Ofrece á sus secuaces
Dominio universal, bienes falaces
De mundanal riqueza,
Y en premio de pelear muelle torpeza:
Pueblos y tribus con rigor condena
A la servil cadena;
Y á la tierna mujer, débil criatura,
A rígida prision que eterna dura.
Sus fieros sucesores,
Ministros de su rabia y sus furores,
Devastan cual torrente
Las plácidas regiones del Oriente:
Embisten á Salem con furia insana:
Sumisos pueblos á su yugo ligan;
Y en sus corceles rápidos fatigan
La playa Tingitana.
Con doble brazo y con robusto pecho
Doman las ondas del Hercúleo estrecho,
Y blandiendo feroces la cuchilla,
Hunden en sangre y en inmundo lodo,
Del Guadalete á la infeliz orilla,
La pompa y el poder del Reino Godo,

El monte pasan, con ardiente saña,
Que divide la Francia de la España,
Selvoso Pirineo;
Y, dueños ya de turbulentos mares,
Amenazan en naves á millares
Las faldas del Peloro y Lilibeo.
A la voz de sus armas y banderas
Se estremecen de Italia las riberas;
Y el rápido Eridano,
No pudiendo cejar de su corriente,
Lanza lleno de horror grito doliente,
Y se entra temeroso al Oceano:
Todo antiguo valor desaparece,
Y la tierra enmudece.

¡Ay, quién dará á los ojos vivas fuentes
Para llorar en tan amargos dias
Pasadas alegrías,
Y dolores presentes!
Entre murallas bárbaras suspira
La vírgen tierna, con amargo llanto,
Pierde el amor su encanto,
Sus acentos la lira,
Y la tierra más bella se convierte
En campo funeral, yermo de muerte.
Mas de repente ved fuegos hermosos,
Del cielo descendidos,
Propagarse en los pechos fervorosos,
Y de su llama heridos,
Audaces emprender altas acciones
Los nobles corazones.
Visten la roja cruz pueblos y reyes,
Y sobre astro inmortal, que el aire inflama,
Brilla de María con luz divina
La imágen soberana,
A quien la tierra, á quien la mar se inclina.
No con mayor rumor de selva densa
Agita el viento las robustas hayas,
Ni más sonoras de la mar inmensa
Se dilatan las ondas por las playas,
Que naciones guerreras,

Tendidas sus banderas,
Caminan victoriosas
De Siria en las riberas arenosas.
A sus golpes potentes
Rendidas postran las soberbias frentes
Orgullosas ciudades,
En cuyo alcázar y trabado muro,
Vencedores del hierro y las edades,
En vano el Moro se juzgó seguro.
Dejan en cada paso una memoria,
Y en cada marcha alcanzan denodados
Una nueva victoria.
Coronado de lauro, el caballero
La enseña de la Fe siguió triunfante,
Y al sexo débil humilló galante
Los indomables filos de su acero,
Contraponiendo al agareno impío
Gala en las córtes y en los campos brío.
A los puertos volvió nadante pino
De Jope y Ascalon, y las Estradas
Del Calvario y Belem dejó regadas
Con lágrimas de amor el peregrino.
Abrevó sus rebaños la pastora
En la onda clara y pura
De las cisternas de Jacob, segura;
Y alegre recogió la cegadora,
Al canto dulce de la paz amiga,
En los campos de Ruth dorada espiga.
Y si el cielo dejó con faz airada
El que otra vez la musulmana espada
Subyugara la tierra prometida,
Y permitió correr velo de muerte
Sobre la alta Bizancio esclarecida;
Tambien con brazo fuerte
De la excelsa ciudad que baña el Darro
Los muros desmantela,
Y abre las puertas al sonante carro
Del ilustre Fernando y de Isabela.
No ménos con espanto
En las salobres aguas de Lepanto
Dió al Jóven de Austria su fulgor terrible,

Y rayos dió á su mano,
Con que el brío quebró del monstruo horrible,
Y el ítalo valor alzó invencible,
Y enalteció con lustre el nombre hispano.

IV.

Mas, ¿qué bello espectáculo arrebata
La mente y corazon á otras escenas
Pacíficas, serenas,
En que el alma se esparce y se dilata?
Mirad al misionero
Pasar el mar profundo,
Y por ignoto y áspero sendero
Todos los climas visitar del mundo.
Caridad encendida
En ardores lo inflama,
Y los tesoros de la Fe derrama
Pródigo de su sangre y de su vida.
Desde la zona tórrida, que abrasa
El sol con llama ardiente,
Hasta el remoto polo, por do pasa
Con tibio rayo, perezosamente:
Del rudo Atlante al Tormentorio ciego,
Del Rodope y Caucaso al Himalaya,
Del Cotopaxi atormentado en fuego,
Al Orizaba y su adormida playa;
Todo lo abraza su ferviente celo,
Todo lo corre con desnuda planta,
Y en sus brazos solícitos levanta
La rubia mies con que enriquece el cielo.
Dicta al infante celestial doctrina,
Llena al anciano de consejos sabios,
Y pone en los oídos y los labios
Del neófito feliz la ley divina.
Al moribundo, ya desamparado

De todo alivio, vela,
Y tierno le consuela
Con la imágen de un Dios crucificado.
La sociedad adorna con sus dones,
Las turbas civiliza,
Y en ellas eterniza
De fe y abnegacion santas acciones.
¡América feliz! tú viste un día,
Por el auxilio santo de María,
En ciudades trocarse tus aduares,
Y elevarse al Señor sacros altares,
Donde ántes imperó la idolatría.
Tú adoraste la cruz en las llanuras
Por donde el mar del Sur sus ondas puras
Entre perlas y nácares desata,
Y allá en las soledades y espesuras
Que riega y baña el caudaloso Plata:
Allí tú viste, á los cadentes ecos
De música acordada
Que resonaba por los montes huecos,
Elevarse la fábrica esmerada
Del rico templo y la modesta estancia,
A quienes bellos huertos y jardines,
En torno á sus confines,
Llenaban de frescura y de fragancia;
Reduciendo á verdad, con gracias nuevas,
Las ingeniosas fábulas de Tébas:
Tú viste, bajo verdes enramadas
Por inocentes manos levantadas,
A la márgen de arroyos bullidores
Ceñidos de arrayan y césped fino,
Sobre tapetes de olorosas flores,
Tributar al augusto Sacramento,
Entre el incienso y cántico divino
Humilde adoracion y rendimiento;
Y al crepúsculo incierto de la tarde,
Cuando Héspero en los cielos centellea
Y más risueño entre celajes arde,
Oíste, al resonar de la campana,
Saludar á su Reina soberana
La familia dichosa de la aldea.

¡América feliz! tus montes de oro
Tus ricos frutos, tu fecundo suelo,
¿Qué valen, comparados al tesoro
Que en la fe y la piedad te ha dado el cielo?

Reconocido á tanta maravilla
Con que la gloria de María crece,
El orbe todo ante sus piés se humilla
Y los tributos de su amor le ofrece.
Absorto á gloria tanta
Su nombre invoca, sus grandezas canta
Con reverente culto;
Ya en el recinto oculto
De sencilla morada,
Ya en Basílica ilustre, levantada
De mármol y oro, á la region del viento:
En cuyos artesones
Ornados de blasones,
Del arte y la expresion raro portento,
Esmeraron sus formas los cinceles,
Y animaron sus tintas los pinceles.
El creyente devoto, así decora
A su reina inmortal, á su Señora,
En el campo Piceno
De las aguas Adriáticas bañado,
Templo, de excelsas torres adornado,
En fértil sitio de laureles lleno.
Así mano divina trazó un dia
Sobre el Monte Esquilino, en líneas breves,
Santuario augusto, ante la turba pía,
Con milagrosas nieves.
Adonde el Monserrat su frente encumbra
Revestida de pinos eminentes,
Donde la aurora alumbra
Del Ebro caudaloso las corrientes,
Y donde abraza ledo
El padre Tajo á la imperial Toledo;
De la Siria en los campos abrasados
Y del rígido polo entre la bruma:
¡Cuántos templos se miran consagrados
A la Madre de Dios, con gloria suma!

En tu orilla tambien, México hermosa,
Que entre planteles de mosqueta y rosa
Adornas esplendente
De oro tus plantas, de jazmin tu frente,
Y altiva ciñes con nevados montes
Tus extensos y claros horizontes;
Junto á tus lagos de cristal dormido
Donde flotan tus huertos de esmeralda,
Rico templo erigido
Se ve del Tepeyac sobre la falda.

Hombre, que en las borrascas de la vida,
Envuelta en nieblas y de luz escasa
Ves tu nave, del viento combatida,
Que entre las rocas ásperas fracasa:
Con la duda oprimido el pensamiento,
El corazon cercado de congoja,
Tiemblas ante la tumba, macilento,
Como ante el huracan la débil hoja:
Si nacido á la dicha y hermosura
Del increado Amor, que en lo alto impera,
Débil tu aliento merecer procura
Las glorias de la vida venidera;
Fija siempre los ojos en María,
Estrella de esperanza en mar incierto,
Que si su luz á tu barquilla guía
Con planta firme pisarás el puerto.
De la inmortalidad con nuevas galas,
Y libre del pecado y su dominio,
Descansarás feliz bajo las alas
De su santo y dichoso PATROCINIO.

PARTE UNDÉCIMA.

VERSIONES DE LOS LIBROS SAGRADOS.

EL CANTAR DE LOS CANTARES.

ADVERTENCIA.

El Cantar de los Cantares tiene por objeto, segun el comun sentir de los intérpretes, celebrar las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. Pero así la antigua Sinagoga como la Iglesia cristiana, han creído siempre que bajo este sentido literal se escondian sublimes misterios, y que entre el velo de la alegoría se dejaba ver la union de Dios para con su pueblo; es decir, la relacion íntima de la naturaleza divina con la humana: y no falta quien pretenda descubrir una profecía consoladora, cuyo cumplimiento está reservado al fin de los tiempos.

La sencillez de su argumento, la vehemencia de los afectos y las bellezas que lo esmaltan, han hecho de él un libro clásico en punto á gusto. Es sin duda la obra más acabada que nos ha dejado la antigüedad en este género. Los hebreos le llamaron el Cantar de los Cantares, para denotar con esta duplicacion de palabras, segun la índole de su idioma, la excelencia de la composicion y el primor y tersura de su estilo.

Varias son las opiniones que hay acerca de la naturaleza de este poema. Unos creen que sea un drama seguido; otros que es un agregado de Idilios, con poco ó ningun enlace entre sí. En materia tan oscura, lícito es á cada uno seguir la opinion que más le acomode. Para mí creo que es un verdadero drama, adecuado á su argumento, y muy conforme á las costumbres sencillas del pueblo judaico. La diversidad de pareceres nace tal vez

del empeño que ha habido en juzgar esta linda composicion por las reglas del teatro griego, ó por las formas del teatro moderno, más complicadas todavía. Considérese bien su argumento; reflexiónese en la clase de dramas que podia producir un pueblo agrícola y pastor, y se verá que no podian ser otros mas que éstos. Contento con imitar á la naturaleza tal como se le ofrece, no se aparta de las escenas rústicas, pero risueñas y amables que tiene siempre delante de los ojos.

El objeto del escritor sagrado es, como se ha dicho, celebrar aquí las bodas de dos esposos: las expresiones son ardientes, los coloquios apasionados, las alabanzas encarecidas; pero el curso del poema es tranquilo y sosegado. Parece un arroyo de plácida corriente, en cuyas aguas se retratan las flores de sus orillas, los bosques que lo coronan y la bóveda del cielo: su curso no se altera ni corre por precipicios, sino que llega con serenidad á su término. Así me figuro los Cantares: son un trasunto fiel de los ánimos de ambos esposos, no turbados con los celos, ni inficionados con pasiones bastardas.

Diversas son las divisiones que los críticos han hecho de ellos. Evasio Leone en su version italiana los reparte en ocho cantatas: D. Tomás Josef Gonzalez de Carvajal, en su traduccion española, en quince idilios: Arias Montano en su paráfrasis poética sigue la division de la Vulgata: el Sr. Bossuet, á cuya opinion se inclina Lowth, los reparte en siete secciones, correspondientes á los siete dias que destinaban los hebreos al festejo de las bodas. Esta opinion parece la más plausible, como más conforme á la naturaleza del asunto. Yo la he seguido en la presente paráfrasis, bien que los lugares de la division no coincidan exactamente con los que señala el Sr. Bossuet. Los inteligentes dirán si la que ofrezco es oportuna, y si contribuye ó no á dar claridad al poema, y descubrir su contextura.

Era costumbre entre los hebreos que en los siete dias destinados á solemnizar los casamientos, acompañasen á los esposos cierto número de doncellas y de mozos sus amigos. A esta costumbre alude la parábola de las vírgenes discretas, y otros muchos lugares de la Escritura. Estas personas son las que componen los coros de los Cantares, tomando parte en el diálogo, y ayudando al progreso y desenvolvimiento del poema.

Para comprender bien su argumento, es necesario tener presentes las costumbres de aquellos lugares y de aquellos tiempos. No precedia al matrimonio una larga galantería, mediante la cual se hubiesen tratado los amantes con frecuencia, sino que por lo comun se celebraba el casamiento por conciertos entre los padres ó deudos, habiéndose comunicado muy poco entre sí los contrayentes. Así es que éstos se trataban los primeros dias con el cariño de esposos y con la pasion de amantes; mas no gozaban de una completa libertad, ni les era dado verse á solas, sino burlando la vigilancia de aquellos que los rodeaban. En estos cortos intervalos era cuando se declaraban con más vehemencia sus afectos, siendo á menudo sorprendidos por sus amigos, quienes tomaban parte en sus conversaciones. Hé aquí lo que da materia á los Cantares, y lo que forma su argumento. Los esposos desean verse y hablarse á solas; se atisban y se acechan, ora por las rejas de un jardin, ora tras los cercados; se citan y se emplazan con frecuencia; se ven ya de mañana, ya al caer la tarde, ya de noche; se convidan mutuamente, bien para salir al campo y gozar de la Primavera, bien para bajar al huerto y gustar sus frutos. La esposa, tierna y apasionada, llama unas veces á su esposo, otras desfallece de amor: sueña que le pierde, despierta sobresaltada, oyendo la voz del que ama; responde á su reclamo, y ya que es ido, refiere á sus compañeras lo que acaba de soñar: duérmese otra vez á tiempo que viene su amado, sale cuando ya éste ha desaparecido, y le busca por las calles y plazas sin poderle encontrar. Salen detrás de ella sus doncellas, la hallan en la calle, y despues de preguntarle á quién busca, la acompañan en demanda de su amante. Este, siempre que la ve, se deshace en sus alabanzas, unas veces á solas, otras unido á los coros, los cuales, bien ensalzan la belleza de la esposa, bien ponderan la bizarría del príncipe, bien describen la magnificencia de su morada. Se ven al fin en el campo, para donde se han citado tantas veces, bajo el mismo árbol á cuyo abrigo nació la esposa; ruega ésta á su amado vaya á despedirse de sus amigos, y vuelva presto para consagrarse enteramente á su amor. Aquí fenece el poema en siete partes, ó sean jornadas, correspondientes á los siete dias destinados á los regocijos nupciales. Dígase ahora si una composicion tan sencilla, fundada en las costumbres patriar-

cales del pueblo hebreo, debe ser juzgada por las reglas comunes de la poesía dramática.

Su estilo no puede ser más acomodado al intento: hay en él todo el fuego de una pasion santa, expresado con la riqueza y lozanía de la diccion oriental. Sus comparaciones son atrevidas y valientes, y aunque ajenas de nuestro modo de decir, no nos causan disgusto, sino que ántes bien dejan en nosotros una impresion gratísima; prueba inequívoca de su mérito eminente. La cabellera de la esposa es más bella que los vellones de las cabras que se crian en los montes de Galaad, celebrados en la Palestina por su finura y color: su boca es una cinta de grana: sus dientes son más iguales y limpios que las ovejas cuando salen apareadas del baño con sus crias mellizas: su cuello es erguido y gracioso como la torre de David: su talle semejante á la palma: sus ojos como de paloma: en fin, toda es perfecta y hermosa sin mancha ni defecto.—No es ménos notable la figura del esposo, cuya tez cándida y rubicunda, sus mejillas más frescas que las flores, y su cabello negro como las plumas de los cuervos, lo hacen notable entre los hijos de los hombres. Los lugares de la escena son tambien escogidos.

Concluirémos esta breve advertencia con aquellas sabidas y célebres palabras de Bossuet: «En este poema, dice, todo respira delicias; donde quiera se ofrecen flores y frutos, plantas bellísimas, una agradable Primavera, fértiles campiñas, huertos floridos y regados; aguas, pozos y fuentes; bálsamos naturales y artificiales; gemidos de tórtolas y arrullos de palomas; miel, leche y vino en abundancia: finalmente, en ambos esposos modestia y hermosura, ósculos castísimos, caricias y abrazos tan tiernos como honestos. Si hay algunos objetos que en otras partes causen horror, como son rocas, montes ásperos y cuevas de fieras, aquí toman un aspecto agradable, y ayudan á dar variedad á este hermoso cuadro.»

Como para publicar las versiones de los libros santos sea necesaria la licencia del Ordinario, el Sr. Vicario Capitular de este Arzobispado ha tenido á bien conceder la suya para la presente version, y en seguida se inserta.

SR. VICARIO CAPITULAR:

El que suscribe, ante V. S. como mejor proceda, dice: que habiendo hecho la adjunta traduccion parafrástica, en verso castellano, del libro de los Cantares, y de algunos salmos, pide á V. S. la haga examinar, y no resultando en ella (como espera) cosa contraria á la fe, buenas costumbres y reglas establecidas para las versiones de los libros santos, se sirva darle licencia de imprimirla, con arreglo á lo prevenido en las leyes vigentes de la materia.

México, Octubre 27 de 1838.—*José Joaquin Pesado.*

México, Noviembre 9 de 1838.—Pase á la censura del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, Prebendado de esta Santa Iglesia. Así lo decretó y rubricó el Sr. Vicario Capitular.—R.—Una rúbrica.—*Francisco Patiño,* secretario.

SR. VICARIO CAPITULAR:

He leído detenidamente y con el mayor placer la version parafrástica que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos hizo el Sr. D. Joaquin Pesado, y que V. S. se sirvió pasar á mi censura.

Nada hallo en dicha version parafrástica opuesto á nuestra santa fe ó sana moral. No es esta la oportunidad de encarecer su mérito poético, y yo me alegro, porque desluciria con mis elogios un mérito superior á todo encarecimiento.[1]

1 Si alguna cosa pudiera hacer creer al traductor, que su obra no estaba destituida de todo mérito, seria la favorable calificacion de una persona tan instruida y de tanto gusto como el Sr. Moreno y Jove; pero teme que en esta vez hayan pesado más en su ánimo su misma benevolencia y cortesanía, que los defectos ajenos.

Soy de parecer, puede V. S. servirse conceder su licencia para su impresion, con tal de que ántes de la publicacion de la obra se le pase un ejemplar, ó para satisfacerse de que no hay yerro tipográfico que produzca una inteligencia equivocada, ó para que si lo hay, y fuere sustancial, se salve en la fe de erratas. Tal es mi sentir, que someto al superior de V. S. como más acertado.—San Cosme, Noviembre 24 de 1838.—Sr. Vicario capitular.—*Manuel Moreno y Jove.*

México, Diciembre 4 de 1838.—Visto el dictámen que antecede, del Sr. Dr. y Maestro D. Manuel Moreno y Jove, Prebendado de esta Santa Iglesia, concedemos nuestra licencia y facultad para la impresion de la version parafrástica, que del sagrado libro de los Cantares y de algunos Salmos ha hecho el Sr. D. José Joaquin Pesado, en los términos que en él se contiene.—Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capitular.—*M. Posada.—Francisco Patiño*, secretario.

A LA SEÑORA

DOÑA MARÍA DE LA LUZ

DE LA LLAVE Y SEGURA

DEDICA ESTA

VERSION DE LOS CANTARES,

EN TESTIMONIO DE AMOR,

SU ESPOSO

JOSÉ JOAQUIN PESADO.

EL CANTAR DE LOS CANTARES DE SALOMON.

I.

ESPOSO, ESPOSA.

ESPOSA.

Un ósculo sagrado
Reciba de tu labio casto, hermoso,
¡Esposo idolatrado!
Tu pecho enamorado
Es más dulce que el vino generoso.

No en balde las doncellas,
Llevadas del aroma de tu fama,
Van pisando tus huellas,
Heridas todas ellas
Del fuego celestial que las inflama.

Es tu nombre divino
Perfume derramado y oloroso,
Que lleva de contino
Por celestial camino
Al coro de las vírgenes dichoso.

El coro concertado
A mi rey ensalzaba en el banquete;
Él me sentó á su lado,
Luego, lleno de agrado,
Me llevó á lo interior de su retrete.

Aunque me veis morena,
Doncellas de Solima, soy hermosa,
Toda de beldad llena:
A mi esposo enajena
La simple vista de mi faz graciosa.

Morena cual las pieles
Soy, que al Alarbe sirven de cortinas:
Bella, cual los doseles
Que en sus frescos verjeles
Tiene el rey, de brocado y telas finas.

A causa de una riña
Que mis hermanos entre sí tuvieron
Siendo yo tierna niña,
A guardar una viña
En los abiertos campos me pusieron.

Guardé el viñedo ajeno,
Sin cuidar, simplecilla, mi hermosura:
El sol me hirió de lleno,
Y el viento y el sereno
Quemaron de mi rostro la blancura.

Díme, esposo querido,
¿Dó abrevas tus ganados? ¿dó sesteas?
¿Con otros confundido
Vagas por el ejido?
¡Haz que al punto te mire, y que me veas!

ESPOSO.

A mis oídos vino
La seductora voz de tus amores
Y tu canto divino:
Sál, esposa, al camino,
Y sigue mis rebaños y pastores.

Y con ellos agrega
Tus ovejas y tiernos recentales,

Y á mi cabaña llega,
Asentada en la vega
Donde brotan los puros manantiales.

Lozana eres y activa,
Y como cervatilla juguetona
Eres hermosa y viva;
Los ánimos cautiva
La gracia y esbeltez de tu persona.

De blanda tortolilla
Tímida y querellosa, es tu semblante.
¡Cómo en tu cuello brilla
Preciosa gargantilla
De plata y oro y piedras relumbrante!

ESPOSA.

Recostado en su asiento
Estuvo el rey con pláticas sabrosas;
Llena yo de contento
Derramé por el viento
Mis perfumes de nardos y de rosas.

Cual racimo florido
De las viñas de Engadi, es mi adorado:
Hacecito escogido
De perfume subido,
Que mantengo en mi pecho reclinado.

ESPOSO.

Cuando tu rostro asoma
¡Cómo brilla con fúlgidos destellos!
¡Es tu aliento un aroma!
¡Dulces cual de paloma
Son tus ojos clarísimos y bellos!

ESPOSA.

Tú sí, dulce amor mio,
Que traspasas á todos en belleza
Y en apostura y brío:

De gracia y gentileza
Te dotó la feliz naturaleza.

LOS DOS.

De flores es nuestro lecho
Cubierto de fresca sombra,
Sobre la pintada alfombra
Del césped de este verjel.
En él servirán de techo
Los altos cedros frondosos,
Los pinos siempre vistosos
Y los ramos de laurel.

(Vánse.)

II.

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

Flor en el campo, lirio en las praderas,
Eres en hermosura.

ESPOSO.

Mi amada entre sus caras compañeras
Es entre espinas azucena pura.

ESPOSA.

El manzano sus ramos hojarosos
Alza en el bosque umbrío;
Así entre los mancebos más hermosos
Descuella y sube el adorado mio.

¡Quién sus frutos dulcísimos gustara,
Y á su sombra durmiera!

¡Con qué gozo al descanso me entregara!
Con qué placer sus dones admitiera!

¡Quién me diera pasar de estos jardines,
Y bosques y praderas,
Al salon do celebra sus festines
Filiada por amor en sus banderas!

Confortadme con aguas olorosas
Y frutos escogidos,
Que abrasada de llamas amorosas
Desfallecen del todo mis sentidos.

Acude á socorrer tu esposa amada,
Esposo, con presteza,
A tu derecha mano esté apoyada,
Y sostén con la izquierda mi cabeza.

(Cae desvanecida.)

ESPOSO.

(Canta á lo léjos.)

Vosotras, que en las llanuras,
En los bosques y praderas
Seguís la caza ligeras,
Hijas de Jerusalen:
No interrumpais las dulzuras
Con que nos brinda el reposo,
Hora que en sueño amoroso
Yace mi adorado bien.

(Retírase.)

ESPOSA.

(Despues de un intervalo.)

La voz de mi amado
En sueños oí....
Por montes y oteros
Miradle venir,

Cual corzo ligero
Saltando gentil.

Ya llega y se pára
Detras del jardin:
Ventanas y rejas
Atisba de allí:
Silencio, que canta....
Doncellas, oid....

ESPOSO.

(Detras del jardin.)

Levántate y goza
Del tiempo feliz:
Partamos al campo,
Que es dulce partir:
¡Hermosa paloma!
¡Esposa gentil!

Horrores de invierno,
Fugaces huid,
Oscuros nublados,
Del campo partid,
Que quiere á la vega
Mi esposa salir.

La higuera sus frutos
Arroja de sí,
Las viñas se adornan
Con rubio carmin:
Sus dones preciosos
Ofrecen á tí.

Hermosa paloma,
Gala del pensil,
Que del hueco muro
Do váste á encubrir,
Tus arrullos blandos
Dejas percibir:

Tu rostro amoroso
No ocultes de mí:
Permite que escuche
Tu dulce gemir.
¡Véante mis ojos,
Esposa gentil!

Vosotros, amigos,
Que al campo venís,
Cazad las raposas
Que talan la vid,
Y goce sus frutos
Mi esposa gentil.

ESPOSA.

Yo soy de mi amado,
Mi amado de mí;
Oculto entre flores
Le miré dormir,
A par del ganado
Que lleva tras sí.

El sol refulgente
Bajó del zenit,
Las sombras del monte
Ya llegan aquí,
Respiran las auras
Con soplo sutil.

Los ciervos ligeros
Que en Béter yo ví
Por tajos y peñas
Veloces huir,
No igualan tu gala,
Esposo gentil.

(*Váse el esposo.*)

ESPOSA.

(Hablando con el coro de doncellas.)

De aqueste breve rato en que dormia,
Referiré á mis caras compañeras
El sueño que ocupó mi fantasía.

Llena de mil memorias lisonjeras,
Parecia que en mi estancia yo pasaba
Las horas de la noche placenteras:

Cuando me figuré que dispertaba,
Y que en el mismo punto, de mi lecho
Mi esposo de repente me faltaba.

En amorosas lágrimas deshecho
Late mi corazon, clamando en vano
Al que mantengo en lo íntimo del pecho.

Al sosiego y reposo doy de mano,
Y por calles y plazas, mi querido
Salgo buscando con ardor insano.

En vano fué mi anhelo y mi gemido,
Que miéntras más la sigo, más se aleja
La dulce sombra de mi bien perdido.

Manifestando voy mi ardiente queja
Con suspiros y lágrimas copiosas,
Agitada del ansia que me aqueja.

Al escuchar mis voces dolorosas,
Las patrullas que rondan en las puertas
Salieron á encontrarme presurosas.

«Vosotras que contino estais dispiertas,
Díjeles ¿encontrásteis á mi amado?
Dadme, si sabeis de él, noticias ciertas.»

Apénas de allí me hube separado,
Cuando hallo al que buscaba el alma mia,
Al que tanto mis ojos han llorado.

Colgada de su cuello le decia:
«No te dejaré más desde este instante:
A tu lado estaré de noche y dia:

A tu lado estaré firme y constante:
A mi casa vendrás, y siempre unidos
Yo tu amada seré, serás mi amante......»

ESPOSO.

(*La interrumpe cantando.*)

Vosotras, que en las llanuras,
En los montes y praderas
Seguís la caza ligeras,
Hijas de Jerusalen:
No interrumpais las dulzuras
Con que nos brinda el reposo,
Hora que en sueño amoroso
Yace mi adorado bien.

(*Vánse.*)

III.

ESPOSO, ESPOSA, CORO DE MANCEBOS.

CORO DE MANCEBOS.

Voz primera.

¿Quién es aquella hermosa,
Que del desierto viene,
Como nube cargada
De inciensos y pebetes?

¿Quién es la que camina
Tan galana y alegre,
Semejante á la palma
Que en el aire se mueve?

Voz segunda.

Mirad el rico lecho
Que el esposo previene
A su querida esposa
En su regio retrete:
Sesenta caballeros
Resueltos y valientes,
De los más esforzados
Que en su palacio tiene,
Todos de acero armados,
Cual diestros combatientes,
Con la espada á la cinta
Le hacen la guardia siempre,
Disipando temores
Nocturnos, que la ofenden.

Voz tercera.

El lecho está formado
De cedros y cipreses,
Con pilares de plata
Nielados y esplendentes,
Y de oro acrisolado
Basas y capiteles:
El pabellon de Tyro
En torno resplandece,
Y el techo y los costados
Con majestad defiende.
Brocados exquisitos
Por dentro lo guarnecen,
Y telas delicadas,
Que de oro y sirgo tejen
Las vírgenes hermosas,
Con quienes noblemente

Solima celebrada
Se ufana y envanece.

Todo el coro.

Doncellas de Solima,
Dejad vuestros retretes,
Y en ordenados coros
Hoy recibid alegres
Al príncipe, que en triunfo
A su palacio viene.
Una corona de oro
Le ciñe entrambas sienes,
Corona que su madre
Amante le previene,
Y con ella en sus bodas
Lo ensalza y enaltece.

ESPOSO.

¡Qué hermosa eres en todo, amada mia!
¡Qué graciosa en tu talle y apostura!
¡Qué vivos, qué brillantes
Tus ojos rutilantes!

Entre el velo sutil, que de tu frente
Se desprende, cubriendo tu semblante,
Lanzan tus luces bellas
De amor claras centellas.

No es tan blando el profundo vellocino
De los rebaños del Galad selvoso,
Como es sobremanera
Tu luenga cabellera.

Salen del lavadero las ovejas
Blancas como la leche, acompañadas
Por floridos oteros
De mellizos corderos:

Y al albor de sus cándidos vellones
Adornados con bella simetría,
Sobrepuja en blancura
Tu limpia dentadura.

Si hablas, tu dulce y amoroso acento
Suspende el alma y roba los sentidos:
Tu boca soberana
Es cual cinta de grana.

Como la flor vistosa del granado
Se muestra y luce entre las ramas verdes,
Así entre el velo brilla
Tu rosada mejilla.

Se alza la torre de David, ornada
Con escudos y arneses de valientes,
Y más enhiesto y bello
Se levanta tu cuello.

Son tus pechos turgentes y elevados
Cual corcillos lozanos y mellizos,
Que en praderas amenas
Pacen entre azucenas.

Luego que el sol mitigue sus ardores
Y se extienda la sombra, iré á buscarte
Por ese valle extenso
Al Monte del incienso.

Toda tú eres hermosa, prenda mia:
Hermosa por extremo y agraciada:
Bella como la luna,
Pero sin mancha alguna.

Del Líbano desciende, amada esposa;
Desciende á mi morada, donde quiero
Ceñir con la diadema
Esa frente suprema.

De la cima de Amana y de las cumbres
Del Sanir y del Hérmon elevado,

Do tienen escondidas
Las fieras sus guaridas,

Contemplarás las vegas espaciosas,
Los montes y los valles dilatados;
Las regiones completas
A tu imperio sujetas.

Mi corazon heriste, y lo enlazaste
Como con una red, esposa mia,
Con solo una mirada,
Y una sola lazada.

¡Qué dulce, qué agradable es tu cariño!
¡Más dulce que los vinos generosos!
Olores escogidos
Exhalan tus vestidos.

En tus labios se oculta miel sabrosa,
Y perfumada leche grata y buena:
Aromas donde quiera
Derramas placentera.

Eres jardin cerrado y florecido,
Eres fuente sellada, clara y pura,
Y de candores llena
Eres blanca azucena.

Eres como mi huerto donde crecen
El ciprés gigantesco y el granado,
Y ofrece por tributos
El manzano sus frutos.

Do brinda el azafran, el cinamomo,
Y el nardo, y otras plantas del Oriente,
Y árboles infinitos
Aromas exquisitos.

ESPOSA.

Fontana deliciosa,
Que riegas los jardines;

Arroyo que del Líbano desciendes,
Y por la vega hermosa,
Orlado de jazmines
Sonando pasas y tu curso extiendes:
Sombra que el sol defiendes,
Viento, que entre las flores
Soplas del medio dia:
Aura del Norte fria,
Que en torno vuelas derramando olores;
Doblad vuestra hermosura,
Que ya vino mi gloria y mi ventura.

Venga mi esposo amado
Y llegue al huerto ameno
A gozar de sus frutos escogidos:
El suelo entapizado,
El ambiente sereno,
Las ramas y los árboles floridos
Deleiten sus sentidos.

ESPOSO.

Ya me tienes presente,
Hermana, esposa mia,
Goce la vista mia
De tu vista amorosa y refulgente,
Y entre castas delicias
Merezca tus purísimas caricias.

Amados compañeros,
Gozad los tiernos frutos
Que en este huerto preparó mi esposa:
Estos son los primeros
Dulcísimos tributos,
Que ya del año la estacion hermosa
Nos ofrece abundosa.
Venid en hora buena,
Comed, amigos caros,
Bebed hasta saciaros:
De miel y leche se nos muestra llena
La mesa, y á porfia
Nos brinda mirra, vino y ambrosía.

IV.

ESPOSA, CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

Lo que ántes la fantasía
Con vanas sombras pintó,
La suerte lo realizó
Ya para desgracia mía.

En mi lecho descansaba
Toda embargada del sueño,
Cuando pensando en mi dueño
Sólo el corazon velaba.

Entónces á mis oídos
Su mágica voz llegó,
Y al corazon penetró
Robándome los sentidos.

«Vengo á darte la alborada,
Dijo, transido de frío,
Y de abundante rocío
Con la cabeza empapada.

«Ábreme, paloma mia,
Más acendrada que el oro,
Hermana, amiga que adoro,
Abre, que ya viene el dia.»

Díjele, si no ha un instante
Que me desnudé el vestido,
¿Cómo pretendes, querido,
Que del lecho me levante?

Cuando me entré á reposar
Sabes que mis piés lavé:

¿Cómo quieres hora, que
Salga y los vuelva á ensuciar?

Sueño en tanto; mas despierta
Oigo que mi dulce amigo,
Llega la mano al postigo,
Y pretende abrir la puerta.

Al ruido que causó
Sentí impresiones extrañas,
Se movieron mis entrañas,
Y el corazon palpitó.

Salto del lecho ligera,
Cíñome la vestidura,
Esencias y mirra pura
Voy vertiendo en mi carrera.

Alzo la aldaba á la puerta
Para que pase mi amado;
Mas ¡ay! habíase alejado
Y ya la encontré desierta.

En dura pena batallo,
Paréceme oír su voz,
Sigo sus pasos veloz,
Y en ninguna parte le hallo.

Llámole, no me responde:
En vano busco á quien amo:
Silencioso á mi reclamo,
No sé en qué parte se esconde.

Encontré con los soldados
Que rondan calles y muros,
Y sordos á mis conjuros
Me atropellaron osados.

Mi velo me arrebataron,
Llenándome de denuestos,

Y al retirarse á sus puestos
Me hirieron y lastimaron.

Hijas de Jerusalen,
De pesares desfallezco:
Si compasion os merezco
Id á anunciarlo á mi bien.

CORO DE DONCELLAS.

¿Qué tienes, esposa,
Divina y hermosa,
Que llenas los vientos
De tiernos acentos,
Desalada y tímida
Buscando tu bien?

¿Qué hay en ese esposo
Galan y dichoso,
Que tanto le quieres,
Y así lo prefieres?
¿Por qué tan solícita
Preguntas por él?

ESPOSA.

¿Sabeis quién es mi amado?
Es blanco, rubicundo, y escogido
Entre la juventud del pueblo amado.
Su mitra de oro deja desprendido
Cual renuevos de palma su cabello,
Que baja en crespas ondas por el cuello.

Su luenga cabellera
(Cual plumaje de cuervo) negra, oscura,
Hace sombra á su cara placentera.
La tímida paloma en la espesura,

Cabe las muchas aguas trasparentes,
Envidiara sus ojos refulgentes.

Son sus frescas mejillas
Un vistoso jardin de lindas flores,
Plantado de un arroyo á las orillas
Por la mano de diestros labradores;
Y nacen de sus labios encendidos
Olores, que enajenan los sentidos.

Ornan sus lindas manos
Anillos de esmeraldas; y distintos
Su peto y cinturon lleva adornados
Uno con perlas y otro con jacintos:
Calzada lleva por mayor decoro
Su planta de marfil sandalia de oro.

Su aspecto majestoso
Es cual cedro bellísimo y subido
Que descuella en el Líbano espacioso:
Es su acento dulcísimo al oído:
Tal es el caro amante á quien yo quiero,
Tal es el dulce esposo por quien muero.

CORO DE DONCELLAS.

Dí ¿por qué rumbo
Partió tu amado?
De tí alejado
¿Dónde se fué?
Contigo irémos,
¡Oh linda esposa!
Sin par hermosa,
Bella mujer.

V.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE MANCEBOS.
CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

¡Ay! venga mi amado
Al plantel ameno,
De frutales lleno,
De fuentes regado.

Hermosos jardines
De tempranas flores,
Do esparcen olores
Rosas y jazmines!

Yo soy de mi amado,
Mi amado de mí:
Oculto le ví
Detras del cercado.

Eran azucenas
De su frente adorno,
Soplaban en torno
Las auras serenas

ESPOSO.

¿Qué dices, esposa,
Más linda, más bella
Que fúlgida estrella,
Que pintada rosa?

La excelsa Solima,
Ciudad consagrada,
No es tan celebrada,
Ni de tanta estima,

Como tú, que luces
Cual signo celeste:
El cielo te preste
Sus eternas luces.

CORO DE MANCEBOS.

Escuadron compuesto
De bravos guerreros,
Armado de aceros
Y en batalla puesto,

No causa arrogante
Tan terrible efecto,
Como el noble aspecto
De la esposa amante.

ESPOSO.

Aparta esos ojos
Que roban los mios:
Mis fuerzas y brios
Fueron tus despojos.

CORO DE MANCEBOS.

Los vellones blondos,
Que muestran las cabras
De Galad, entre abras
Y montes redondos,

Nunca son tan bellos,
Nunca tan vistosos,
Como tus hermosos
Y luengos cabellos.

CORO DE DONCELLAS.

De blancas ovejas
Cándido rebaño,

Saliendo del baño
Limpias y parejas,

Se extienden, pastando
Campos no marchitos,
Y sus corderitos
Las siguen balando,

Su lana luciente
No llega en blancura
A tu dentadura
Limpia y refulgente.

ESPOSO.

De gasas velada
Cual lucero brillas,
Lucen tus mejillas
Como una granada.

CORO DE MANCEBOS.

Hay en el jardin
Princesas sesenta,
Señoras ochenta,
Doncellas sin fin....

ESPOSO.

Y entre todas, una
Que mi esposa llamo,
La que adoro y amo
Cual otra ninguna.

Doncella escogida,
Vírgen singular,
Te tengo de amar
Por toda la vida.

CORO DE DONCELLAS.

De tu madre fuiste
Cariñoso empleo:
Reina del deseo,
¿Qué no mereciste?

CORO DE MANCEBOS.

En amor inflamas
Con tus luces bellas
Reinas y doncellas,
Princesas y damas.

Luego que te vieron
Feliz te llamaron,
Reina te aclamaron,
Parias te rindieron.

CORO DE DONCELLAS.

¡Cielos! ¿quién esta
Niña soberana?
Corazones gana
Con risa modesta.

Como luna, bella,
Clara como aurora,
Como sol que dora
Los cielos, es ella.

CORO DE MANCEBOS.

Y tambien terrible
Cual falanje fuerte,
Que la misma muerte
Desprecia invencible.

ESPOSO.

Descendí á mi huerto
De verdes nogales,
Por ver los frutales
Bajo el cielo abierto;

Y ver si brindaba
La vid sus tributos,
Si sus rojos frutos
El granado daba;

Y entónces te ví,
Te seguí abrasado,
Absorto, agitado,
Y fuera de mí;

No de otra manera
Que en veloce carro
Vencedor bizarro
Vuela en la carrera.

TODOS.

Vuelve, vuelve, princesa escogida,
A los brazos del rey que te adora,
Y concede á nosotros, señora,
Admirar tu virtud y beldad.
Esto piden con voto ferviente,
Al compás de instrumentos sonoros,
Entre acento de aplauso, los coros;
Esto el pueblo feliz de Judá.

VI.

ESPOSO. ESPOSA.

ESPOSO.

¡Con qué elegancia caminas,
Oh princesa! Tu calzado,
Por mano diestra formado,
¡Qué bien tu planta ciñó!

Al mirar con ojo absorto
De tu breve pié las huellas,
Siento en mi pecho con ellas
Los progresos del amor.

Anillo bien trabajado
Tu esbelta cintura enlàza;
Torneado como taza
Que encierra grato licor.
Orígen de alta progenie
Tu seno casto y rotundo,
Será, cual trigo fecundo,
Como azucena en candor.

Tus pechos, cual cervatillos,
Abultan tu seno bello,
Y se levanta tu cuello
Como torre de marfil.
El Líbano, si se mira
Frente á Damasco, no iguala
En su simétrica gala
Tu bien formada nariz.

Brillan tus ojos divinos
Como estanques trasparentes,
Frecuentados de las gentes
A las puertas de Hesebon;
Y tu cabeza adornada
Ya con el purpúreo velo,
Es bella como el Carmelo,
Que al cielo su frente alzó.

Con tu gracia y donosura,
Princesa, robas el alma:
Airoso como la palma,
Mueves el talle gentil.
Son tus pechos, cual racimos
Que de ella penden airosos,
Y tus cabellos hermosos
Flotan al aire sutil.

Gozaré de amor los frutos
En tu seno reclinado;
Es tu amor más estimado
Que el racimo de la vid.
Vierte néctar de tu boca,
Tu rostro el carmin inflama,
Y tu garganta derrama
Olores de mil en mil.

ESPOSA.

Tiempo es, querido esposo, que partamos
A do nos brinda amor bienes supremos:
Nuevo amante y amada allí serémos:
Pues aplacen los campos á do vamos,
Los campos habitemos.

Saliendo á la campaña con la aurora
Mirarémos las viñas florecientes,
Los granados vistosos y esplendentes,
La turba de los pájaros canora,
Y las risueñas fuentes.

Las mandrágoras llenan de fragancia
Los floridos verjeles que visitas,
Brotan los campos plantas infinitas,
Y los árboles dan con abundancia
Sus frutas exquisitas.

Nuevas y añejas frutas he gúardado
Para darlas á tí, dulce bien mio:
A solas quiero hablarte; el bosque umbrío
Mi confidente ha sido, y mi cuidado
A su silencio fío.

VII.

ESPOSO. ESPOSA. CORO DE DONCELLAS.

ESPOSA.

¡Quién me diera, hermano mio,
Que fueras un niño tierno,
A quien su madre amamanta
Y le mantiene en su seno!

Para tomarte en mis brazos,
Para llenarte de besos,
Sin que los ojos curiosos
Se lastimaran de verlo.

Al encontrarte en la calle
Te recostara en mi pecho,
Sin temer los desacatos
Del labio del vulgo necio.

Con qué gusto te llevara
Allá á mi pajizo techo,
En donde mora mi madre,
Y donde viven mis deudos!

Allí entre castas delicias
Pasara contigo el tiempo,
Y tus recientes amores
Fueran mi dulce embeleso.

A tu voluntad rendida,
Servirte fuera mi empleo:
De un corazon que avasallas
Fueras soberano dueño.

Proporcionara á tus gustos
Mil inocentes recreos,

Sirviéndote por mi mano
Licores y vino nuevo.

Vino que de mis granados
Hice el otoño postrero,
Misturado con aromas
Y con esencias compuesto.

Mas ¡ay! en vano imagino
Que le miro y que le tengo:
En el vago laberinto
De mis ficciones me pierdo.

¡Qué mal del objeto que amo
La dura ausencia tolero!
¡Qué lentas corren las horas!
¡Qué de zozobras padezco!

Vuelve otra vez á mis brazos;
Compadécete á lo ménos:
Atiende que soy tu esposa
Y como amante te ruego.

Sobre tu diestra apoyada
Permíteme estar al ménos,
Y con tu izquierda soporta
Mi frente, que desfallezco.

(*Cae desvanecida en brazos del esposo.*)

ESPOSO.

¡Oh de Solima,
Vírgenes bellas,
Tiernas doncellas
Que andais aquí:

No con murmullo
Turbeis el sueño,
Miéntras mi dueño
Quiera dormir!

CORO DE DONCELLAS.

Voz primera.

¿Quién es aquella
Que aromas vierte,
Y del remoto
Desierto viene?

Voz segunda.

Llena de gozo
De amores muere,
Y entre delicias
Ya desfallece.

Todo el coro.

La frente inclina
Lánguidamente
Sobre su amado
Que la sostiene.

(*Váse el coro.*)

ESPOSO.

(*A la esposa, que vuelve en sí.*)

Debajo de este manzano
A cuya sombra descansas,
Naciste tú, hermana mia,
Tan hermosa como el alba.

Desde entónces á mis ojos
Fuiste la prenda más cara,
Pues que creciste en virtudes,
Y en hermosura y en gala.

Pónme á tu pecho por sello
Y á tu derecha por marca,
Mira que amor es potente
Más que la muerte inhumana.

Implacables son los celos
Cual del abismo las llamas,
Lámparas inextinguibles,
Que cuanto tocan abrasan.

Las corrientes de los rios,
Del mar las profundas aguas,
Jamás el amor destruyen,
Ni sus ardores apagan.

Si el hombre da en recompensa
De la prenda que más ama
Sus más preciados tesoros,
Lo reputará por nada.

ESPOSA.

Ya que en tí, querido esposo,
Hallo mi dicha colmada,
Permíteme te suplique
Mires por mi tierna hermana.

Ella es niña todavía,
Y sus formas delicadas
Apénas se desenvuelven
En su hermosura y sus gracias;

Y su virtud es tan firme
Como un palacio de plata,
Cuyas puertas son de cedro
Y defienden las entradas.

ESPOSO.

Si es mi pecho firme escudo,
Y mis brazos son muralla
Con que á tí, querida esposa,
Te preservo de acechanzas;

Yo tambien seré defensa
Y refugio de tu hermana,
Pues me place ver cumplida
La felicidad de entrambas.

Tengo cerca de Solima
Una viña bien lograda,
La que diestros viñadores
Constantes cuidan y labran.

Por premio de sus servicios
Entreguésela arrendada,
Y cada uno por sus frutos
Me da mil siclos de plata.

Aunque yo conservo de ella
La propiedad que gozaba,
Te concedo sus productos:
En ella dispon y manda.

ESPOSA.

Tú me colmas de finezas,
Adorado esposo; basta:
Los amigos que vinieron
Contigo, inquietos te aguardan.

Vete breve, amado mio;
Vete breve, y los alcanza,
Cual corcillo que atraviesa
Por la florida montaña.

Vete, y á mis brazos vuelve
Despues, tranquilo y en calma;
Vuelve á inundar de delicias
Al pecho que te idolatra.

PROFECIA CONTRA BABILONIA,[1]

REVELADA A ISAIAS, HIJO DE AMOS.

(CAPÍTULOS XIII Y XIV.)

VERSION HECHA AL CASTELLANO Y DEDICADA POR EL TRADUCTOR

A SU AMADO PRIMO

EL SR. D. JOSE BERNARDO COUTO.

I.

«Alzad el estandarte en la montaña
Y levantad la voz; seréis oídos.
¿No veis en derredor, ardiendo en saña,
Acudir los guerreros escogidos?

1 CENSURA.—Señor Provisor: La version hecha al castellano por el Sr. D. Joaquin Pesado, de la Profecía contra Babilonia revelada á Isaías, hijo de Amós, es brillante y digna del talento de su famoso autor. Por lo mismo, sin detenerme, debo decir á V. S. que la religion y la buena literatura exigen de consuno el que cuanto ántes vea la luz pública este trabajo.

México, Febrero 2 de 1851.—*Dr. Juan B. Ormaechea.*

DECRETO.—México, Febrero 22 de 1851.—Visto el anterior dictámen del Sr. Prebendado Dr. D. Juan Bautista Ormaechea, sobre la impresion de la version hecha al castellano de la Profecía contra Babilonia revelada á Isaías, la cual consta en los capítulos trece y catorce del libro de dicho Profeta; concedemos la licencia que se pide para que se imprima, bajo la prevencion de que se inserten la censura, este decreto, y de que no salga á la luz pública sin estar cotejada previamente por el Sr. censor. Así lo decretó el Sr. Provisor Vicario general, etc., y firmó.—Doy fe.—*Covarrubias.*—*Atanasio Vera,* notario oficial mayor,

«Señalad con la mano á los distantes
Dónde quedan los regios pabellones:
¿No veis brillar sus armas centellantes
Y alistarse los nuevos batallones?

«Juntos escuadroné con firme alianza
Altos guerreros, dignos de memoria;
Suena en los montes grito de venganza:
Se oye en los campos canto de victoria.»—

Esto dijo JEHOVAH. De todas partes
Ejércitos y huestes numerosas
Marchan bajo sus claros estandartes,
Y cubren las campañas espaciosas.

A sus filas pasó JEHOVAH revista,
Y camina á su frente denodado.
¿Habrá quien á sus órdenes resista,
De fuerza y de poder viéndolo armado?

II.

Se acerca el dia triste y doloroso
De Dios á las venganzas prevenido,
Y exhala el babilonio temeroso
Tristísimo gemido.

Ya no hay brazos robustos que militen
Y defiendan los muros y torreones;
Como cera en el fuego se derriten
Los muertos corazones.

Cual la mujer, que diferir quisiera
El parto, y tiembla como débil hoja,
Así esquiva el guerrero la lid fiera,
Y tiembla de congoja.

Míranse con espanto los soldados:
Sus semblantes, cubiertos de amargura,

Por el rayo parecen aterrados
Que baja de la altura.

Se acerca el dia del Señor airado,
Dia de indignacion, furor, justicia,
En que arguya á la tierra de pecado
Y extinga su malicia.

Fúnebre sombra sobre el éter puro
Cubrirá las estrellas importuna:
Quedará el sol en el Oriente oscuro,
Y en su zenit la luna.

III.

—«Yo, dice Dios, castigaré el pecado,
La iniquidad que ofende mi decoro;
El soberbio opresor será humillado,
Convirtiendo su pompa en largo lloro;
Ministro de mis iras el soldado,
Más ávido de sangre que de oro,
Sin inquirir riquezas escondidas,
Sangriento atentará sólo á las vidas.

«Conmoverá mi mano poderosa
En lo alto el estrellado firmamento,
Y en la region profunda y tenebrosa
Desquiciará del orbe el fundamento.
Como huye la oveja temerosa
Y el tierno recental del lobo hambriento,
Así los forasteros con presura
De Babel han de huir la desventura.

«Todo brazo ocupado en su defensa,
Lánguido, soltará la dura espada,
Y toda vida en su muralla extensa,
Sin compasion será sacrificada.
El padre mirará con pena inmensa
A su esposa oprimida y deshonrada,

Sus hogares quemados y desiertos,
Y ante sus ojos ¡ay! sus hijos muertos.

«El despiadado Medo no pretende
Encontrar los tesoros de oro y plata:
Su brazo vigoroso el arco tiende,
Lanza la flecha y al contrario mata.
Ni el mismo seno maternal defiende
Al feto, que no ha visto la luz grata.
En brazos de la madre rudo hiere
Al infante infeliz que al punto muere.

«Aquesta Babilonia tan erguida
Cuyo poder el mundo rige y doma,
Dejará con espanto repetida
La suerte lamentable de Sodoma.
Caerá su gloria, en el abismo hundida,
Cual piedra que del monte se desploma:
Ni tenderá en sus campos y pensiles
El Árabe sus tiendas y rediles.

«Sustentará su destrozado suelo
Bestias agrestes, fieras rugidoras;
Con fatídicos cantos el mochuelo
De noche turbará las tristes horas:
Aumentarán su horror y amargo duelo
Monstruos y larvas mil aterradoras:
En sus yermos palacios eminentes
Se enroscarán pintadas las serpientes.»—

Apresura este tiempo ¡oh Dios! y mira
Compasivo á Judá: dale asistencia:
Rompe la esclavitud en que suspira
Implorando tu amparo y tu clemencia.
Si tu soplo de amor vida le inspira,
El extranjero buscará tu herencia:
De Jacob la familia numerosa
En paz habitará su tierra hermosa.

Las naciones remotas y vecinas
Vendrán con las familias desterradas,

Y volverán las tribus peregrinas
A la dulce quietud de sus moradas.
Para siervos y esclavos les destinas
Los pueblos á quien fueron subyugadas:
Siervos son los que fueron opresores,
Y los que eran cautivos son señores.

¡Amado pueblo! mi consejo escucha,
Y cumple en él con lo que el cielo ordena.
Cuando de tu opresor, que en vano lucha
Contra Dios, vieres rota la cadena,
Y tras congoja y amargura mucha
Goces en libertad su luz serena,
Llenos los ojos de amoroso llanto
Entonarás de júbilo este canto.

IV.

¿Cómo cesó del déspota
El poder absoluto?
¿Por qué el exactor ávido
No cobra ya el tributo?
¿Por qué el cetro durísimo
Del ímpio se quebró?

Al que con yugo bárbaro
Los pueblos oprimia,
Y con sangriento látigo
Al esclavo afligia,
A eterna pena y lágrimas
JEHOVAH lo condenó.

Murió. La tierra plácida
Cobra aliento y se goza:
Inundado de júbilo
El orbe se alboroza,
Y entona con la cítara
El himno de la paz.

Alégrese en el Líbano
El cedro floreciente,
Que ántes postraba lánguido
A su segur la frente,
Para aumentar armígero
Sus naves en el mar.

Cayó. El abismo cóncavo
Gimió de asombro lleno:
De los sepulcros lóbregos
Que encierra en su hondo seno,
Gigantes sombras lívidas
Al recibirle alzó.

Los monarcas y príncipes
Que yacen en su centro,
Dejan sus solios fúnebres,
Le salen al encuentro,
Y mirándole atónitos
Exclaman á una voz.—

«¿Tambien mano mortífera
Hirió tu pecho duro?
¿Trocaste en negro féretro
Tu lecho de oro puro?
¿Y, cual á nos, recógete
La muerte en su redil?

«Vino al profundo báratro
Esa altivez impía,
Y tu cadáver pálido
Yace en la huesa fría:
Gusanos son tu séquito;
Te cubre polvo vil.»—

¿Cómo caíste, espléndido
Lucero de la aurora?
¿Por qué el Oriente cándido
Tu lumbre ya no dora?
¿Por qué tu brillo efímero
Tan presto se eclipsó?

¿Tú, que los montes sólidos
Potente trastornabas?
¿Tú, que los mares férvidos
Sañudo dominabas?
¿Tú, cuya voz sacrílega
Al cielo así insultó?:

—«Entre las nubes cárdenas
Del aquilon, mi lanza
Dominará en el vértice
Del monte de la alianza:
El trueno y el relámpago
Tendré bajo mis piés.

«Escalaré al Empíreo:
El sol será mi asiento:
Seré como el Altísimo
Allá en el firmamento:
Junto á su trono fúlgido
Mi trono asentaré.»—

Pasó tu gloria. Incógnito
Bajaste á lo profundo:
Sin sepulcro y sin título
Yaces en cieno inmundo:
Los que te ven, admíranse
Y dicen con horror:

—«¿Es éste aquel que impávido
Turbó la tierra entera,
El que llenó sus ámbitos
Con su fama guerrera,
Y vidas ¡ay! sin número
Con su espada segó?

«¿Es éste el que belígero
Domó con brazó experto
Las ciudades magníficas
Y las trocó en desierto?
¿El que al preso en sus cárceles
Nunca dió libertad?

«Bajo de ricos mármoles
Están en ancho espacio
Los muertos reyes ínclitos
Cada uno en su palacio:
¿Y de éste el cuerpo fétido
Sin sepultura está?

«Ved sus despojos hórridos
En el suelo arrojados,
Y con sus mismas víctimas
Confusos y mezclados:
Víctimas que tiránica
Su mano destrozó.

«Como arrancado vástago
En el polvo, marchito,
Así se mira el réprobo
Desechado, maldito:
De sus senos el túmulo
Lo expele con horror.»—

En festines opíparos
Tu reino disipaste,
Y de tus pueblos pródigo
La sangre derramaste:
Jamás tus tristes pósteros
Tu cetro empuñarán.

Heredarán los míseros
Tu error y suerte dura,
Y con tus grandes crímenes
Tu inmensa desventura:
Tras sus pisadas trémulas
La muerte seguirá.—

«Ya mi espada justísima,
Dice Dios, se levanta,
Y sus cervices rígidas
Vengadora quebranta:
De Babilonia lúbrica
El nombre borraré.

«Sus excelsos alcázares,
Sus torres elevadas,
Serán piedras estériles,
Del erizo moradas;
Y sus jardines, ciénagas,
Y lodo su altivez.

Mi palabra verídica
Tendrá su cumplimiento:
Ántes se verá en átomos
Deshecho el firmamento:
De la muerte en las páginas
Babel escrita está.

«¡Orgullo babilónico,
Te humillará mi saña:
Hundiré tus ejércitos
Al pié de mi montaña,
Y tus doblados vínculos
Mi pueblo romperá!

Los designios que próvido
Medito en mi consejo,
Los castigos insólitos
Que á la tierra aparejo,
Sumiso el tiempo rápido
Cumplidos mostrará.»—

De Dios la voz terrífica
Así lo ha decretado:
¿Quién se opondrá á sus órdenes?
¿Quién á su brazo airado?
¿Quién resistirá intrépido
Su eterna voluntad?

HIMNO AL ESPÍRITU SANTO.

(Veni Creator Spiritus.)

Desciende á nuestros pechos,
Nuestras mentes visita
Con tu gracia infinita,
Espíritu Criador.
Paráclito te nombras,
De Dios dón eminente,
Fuego, caridad, fuente,
Y espiritual uncion.

Dedo del Padre, y dádiva
Suya, con siete dones,
Tú, que en los labios pones
Palabras de salud;
Da luz á los sentidos,
A nuestras almas fuego,
A la carne sosiego,
Y aliento á la virtud.

Líbranos de enemigos,
Danos paz y alegría,
Y siendo nuestra guía
Preservanos de error.
Al Padre conozcamos
Por tí, y al Hijo eterno,
¡Oh tú que sempiterno
Eres por siempre Dios!

SALMOS.

SALMO I.

FELICIDAD DEL JUSTO.

Dichoso el que alejado
De las juntas que tienen los impíos,
No pisa descarriado,
Entregado á funestos desvaríos,
La senda del pecado.

Mas en la ley divina
Toda su voluntad tiene cifrada:
Atento la examina
Cuando la noche corre sosegada,
O la luz ilumina.

Como el árbol frondoso,
Plantado á las orillas de la fuente,
Que copado y vistoso
Ofrece en la estacion correspondiente
Su fruto delicioso:

Sin pena ni recelo
Así será de próspero y felice
El justo en este suelo;
Mirándolo benigno lo bendice
El Señor desde el cielo.

No así la suerte dura
Será del pecador; cuyo destino
Es muerte y desventura,

Cual polvo que arrebata el torbellino
En tempestad oscura.

Eternos resplandores
No gozarán los malos, siempre llenos
De sustos y temores,
Ni entrarán al concilio de los buenos
Jamas los pecadores.

Por seguro sendero
El Señor á los buenos encamina
Al gozo duradero,
Miéntras el de los malos se termina
En precipicio fiero.

OTRA TRADUCCION DEL SALMO I.

Feliz quien del impío
No asiste á los consejos,
Y de los pecadores
No pisa los senderos.

Ni en pestilente silla
Toma jamas asiento,
Sino que sigue humilde
La voluntad del cielo.

Obedece y medita
Las leyes del Eterno,
De dia entre sus labores,
De noche con silencio.

Como el árbol frondoso,
Que de ramos cubierto
Se eleva á las orillas
Del plácido arroyuelo;

Cuyas vistosas hojas
Le son verde ornamento,
Y sazonados frutos
Rinde copioso á tiempo:

Así será dichoso
El justo en este suelo,
Gozando miéntras vive
De prósperos sucesos.

Empero los impíos
Todos serán dispersos,

Cual polvo que arrebata
El soplo de los vientos.

No se alzarán en juicio
Al lado de los buenos,
Y del concilio santo
Serán echados léjos.

Por caminos felices
Llega el justo á su término;
Las sendas de los malos
Perecen sin remedio.

SALMO V.

ORACION DE POR LA MAÑANA.

Atiende ya al acento fervoroso
Con que se vuelve á tí tu siervo indigno;
Escucha el ruego humilde y ardoroso
Que exhalo en tus altares, Rey benigno;
Deja que en tu presencia soberana
Derrame mi oracion por la mañana.

En tí meditaré desde la aurora,
Sabiendo que aborreces la malicía,
Y desechas la turba engañadora
Que comete á sabiendas la injusticia:
Abrasas con el fuego de tu ira
A todos los que siguen la mentira.

El hombre sanguinario y fraudulento
Será de tí, mi Dios, abandonado,
Miéntras yo en tu divino acatamiento
Vivo bajo tu sombra resguardado,
Y doblo ante tu templo la rodilla
Con profunda humildad y fe sencilla.

Dirígeme, Señor, por sitio ameno,
Abriendo ante mis pasos el camino;
Líbrame del engaño y del veneno
Que esparcen los malvados de contino:
Sepulcro destapado es su garganta,
Que la inocencia con su aliento espanta.

Frústrense sus designios criminosos,
Destiérralos, Señor, de tu presencia,

No merezcan los ímpios licenciosos
Gozar de tu amorosa Providencia;
Sólo los inocentes y los buenos
Contigo vivirán de gloria llenos.

En tí se gozarán todas las gentes
Que veneran tu nombre sacrosanto,
Y reciben tu auxilio reverentes
En las horas de angustia y de quebranto:
Como con un escudo defendiste
Al pueblo venturoso que escogiste.

SALMO XXI.

JESUCRISTO EN LA CRUZ.

I.

¿Por qué, por qué, Dios mio,
Así me desamparas?
Por más que yo te imploro,
Veo la salud lejana.

Clamo durante el dia,
Y no oyes mis plegarias,
Ni por la noche atiendes
Mis dolorosas lágrimas.

Gloria nuestra, que habitas
En tu excelsa morada,
De tí los padres nuestros
Su salud aguardaban:

Llamáronte, y sus vidas
Fueron al punto salvas:
Clamaron, y sus preces
No fueron desechadas.

Yo, cual gusano inmundo
Que en la tierra se arrastra,
Tedio causo á las gentes,
Odio á la plebe insana.

Moviendo la cabeza
Con risa y algazara,

Cuantos me ven me insultan
Y con furor exclamán:

«Pues que en su Dios espera,
Y esto, dice, le basta,
Sálvelo del peligro,
Puesto que tanto le ama.»

¡Oh Dios! tú que benigno
A tu siervo sacaras,
Desde el materno seno,
A ver la lumbre clara:

Aun era débil niño,
Que anhelante mamaba
A los maternos pechos,
Y ya eras mi esperanza.

Desde ántes que naciese
Eras mi deidad cara:
Nací, y entre tus brazos
Con amor me estrechabas.

¡Ay! no de mí te alejes,
El tormento me acaba:
Me cercan los dolores,
Nadie de mí se apiada.

Mis crudos enemigos
Como toros me asaltan:
Cual leones sangrientos
Mi corazon desgarran.

El hórrido tormento
Mis huesos desencaja,
Y al dolor me disuelvo
Como la nieve en agua.

Mi corazon cual cera
Se funde en mis entrañas,

Y mi verdor se seca
Como el barro en las brasas.

Adherida la lengua
Al paladar, se abrasa,
Al polvo del sepulcro
Caminan ya mis plantas.

Como canes, que fieros
La presa despedazan,
Rabiosas me circundan
Estas gentes malvadas.

Clavan mis piés á un tronco,
Las manos me taladran,
Cuéntanse ya mis huesos,
Mortales son mis ansias.

Con atencion observan
Si ya mi vida acaba;
Por suerte mis vestidos
Se parten y separan.

¡Dios mio! no te alejes,
Mi amor, mi confianza:
Tú me socorre y libra
Del filo de la espada.

Líbrame de las fieras
Que de acabarme tratan:
Quiebra al leon los dientes,
Al unicornio el asta;

Y enseñaré tu nombre
A tu familia cara,
Y cantaré en la iglesia,
Señor, tu alabanzas.

II.

Alabad al Señor, ¡oh criaturas!
Que temeis su virtud y poder:
Engrandece á tu Dios bondadoso,
¡Oh linaje feliz de Israél!

La oracion fervorosa y humilde
De su pobre jamás desdeñó:
Al mirarme en dolores hundido
Escuchóme y el rostro inclinó.

Mi alabanza ante el pueblo rendido
A tí quiero, Señor, dirigir;
Y ante aquellos que temen tu nombre
Mis promesas y votos cumplir.

De tu mano abastado el hambriento,
Tu alabanza, mi Dios, cantará,
Y pasando de un siglo á otro siglo,
Satisfecho y feliz vivirá.

La extension de la tierra concorde
Prestará su homenaje al Señor:
A su ley convertidas las gentes
Le verán con respeto y temblor.

Pueblos, tribus, imperios del mundo
Te obedecen, callando ante tí:
El monarca doblega la frente,
Y el guerrero la erguida cerviz.

Reverente mi vida consagro
De este mundo al Supremo Hacedor:
Mi familia obediente y sumisa
Sus mandatos oirá con temor.

A la gente futura, los cielos,
Revistiendo de gloria su faz,
Hoy anuncian propicios, que vienen
La justicia á la tierra y la paz.

SALMO XXVIII.

LA TEMPESTAD.

Al Rey Supremo servid ¡oh reyes!
En sus altares poned las víctimas,
El culto dadle que le es debido,
Y honor y plácemes á su alto nombre.
Tras viento y fuego, su voz tremenda
Suena en las nubes, y al estampido
La etérea bóveda retumba cóncava,
Y el mar indómito se humilla y muge.
Su voz, del Líbano los cedros quiebra,
Altos abetos descuaja, y saltan
Como cabritos, que sueltos triscan.
Cual becerrillo medroso y tímido
Retiembla el Líbano, el Hérmon calla.
Voz es la suya, que entre tinieblas
Estalla, y lanza fuego y relámpagos.
Voz, que el desierto de Kádes mueve,
Los montes hiende, las selvas altas
Sin hojas deja, solas y yertas.
Miéntras su pueblo su nombre honora,
Y de alabanzas llena su templo,
Él, que es del orbe Rey sempiterno,
Que desde lo alto vierte raudales,
Que las esferas subyuga inmensas,
Que enfrena el piélago y el mundo rige,
De fuerza y bienes lo colma próvido
Y lo bendice plácido siempre.

SALMO XXXVII.

ORACION EN TIEMPO DE ANGUSTIA.

No con tu fuerte mano me destruyas,
Ni traspases con flechas mi costado,
No me increpes airado,
Ni con furor me arguyas:
Mira todos mis huesos quebrantados
Con el peso, Señor, de mis pecados.

De mi mucha maldad la cuenta larga
Sobrepuja y oprime mi cabeza:
Me agobia la tristeza
Como pesada carga;
Licencias que mis ojos cometieron
Las llagas de mi cuerpo corrompieron.

Pagando á la miseria su tributo
Empapo con mis lágrimas el suelo:
Cubierto estoy de duelo,
Y el corazon de luto:
Arden en mis entrañas derretidas
Del tormento las brasas encendidas.

Rompo el aire con ayes y gemidos,
Desfallezco entre sustos y temores,
Publico mis dolores
Con tristes alaridos:
Alivia la afliccion en que me veo,
Tú, Señor, que conoces mi deseo.

Mi débil corazon atribulado
Respira con profundo sentimiento:

Con lágrimas sin cuento
Mis ojos han cegado:
Se alzaron contra mí todas las gentes,
Y huyeron mis amigos y parientes.

Urdieron sin cesar falsos testigos
Engaños contra mí de toda suerte:
Procuraron mi muerte
Mis fieros enemigos;
Y al mirar mis congojas y pesares
Prorumpieron en burlas y cantares.

En esta tempestad violenta y ruda,
Y entre tantos combates repetidos,
Me tapé los oídos,
Hice mi lengua muda,
Mostrándome á la injuria indiferente
Como aquel que no mira y que no siente.

En tí, Señor, apoyo mi esperanza,
Da entrada á mis querellas en tu oído:
El adversario erguido
Perderá su confianza;
Y quitándole el gozo que tuvo ántes,
Afirmarás mis pasos vacilantes.

Dispuesto estoy, mi Dios, y resignado
A sufrir de tus manos el castigo:
A detestar me obligo
Por siempre mi pecado:
En medio de amarguras tan inmensas
Borraré con mi llanto tus ofensas.

No te alejes de mí, Salvador mio,
Camina en mi socorro diligente,
Mira cuál insolente
El enemigo impío
Tanto se multiplica, que parece
Que triunfa y que del todo prevalece.

SALMO L.

EL PECADOR ARREPENTIDO.

Apiádate, Dios mio,
De esta ánima mezquina,
Conforme á la grandeza
De tus misericordias infinitas;

Y segun la abundancia
De tu piedad antigua,
Borra, Señor, piadoso
De mi crímen la sombra denegrida.

La mancha vergonzosa
De mis delitos, limpia,
Y la asquerosa llaga
De mis iniquidades purifica.

Conozco mi pecado,
Miro la culpa altiva,
Que alzada ante mis ojos
Mis maldades inmensas atestigua.

Pequé contra tí sólo,
Hice el mal á tu vista,
Si acaso me condenas
Ninguno dudará de tu justicia.

Mas mira que engendrado
Fuí de una raza inicua,
Y fué mi carne frágil
En error y pecado concebida.

Pues la verdad ingenua
Ponés en alta estima,
Tus íntimos arcanos
Manifiesta á mi mente oscurecida.

Lávame con hisopo,
Y mi alma será limpia;
Báñame, y al momento
Quedaré blanco cual la nieve misma.

Si escuchar me dejares
Tus palabras divinas,
Mis huesos humillados
Se llenarán de gozo y alegría.

La série de mis culpas
Aparta de tu vista,
Y borra por tu mano
El proceso espantoso de mi vida.

Un corazon ingenuo
Dentro mi pecho cria:
Infunde en mis entrañas
Soplo de rectitud, que vivifica.

No apartes de tu rostro
Mi súplica sumisa,
Ni me quites airado
Las luces de tu espíritu divinas.

El gozo de tu gracia
Hoy á mi pecho inspira:
Con superior aliento
Mis nacientes propósitos confirma.

Enseñaré tus sendas
A las almas perdidas;
Los ímpios humillados
Tu ley aceptarán con fé sencilla.

Líbrame de esa sangre
Que por venganza grita,

Y tus altas piedades
Ensalzará mi lengua agradecida.

Abre, Señor, mis labios,
Haz que la boca mia
Prorumpa en alabanzas,
Y en acciones de gracias sin medida.

Si ofrendas exigieras
Yo las ofreceria;
Mas sé que no te place
La sangre en tus altares esparcida.

El sacrificio quieres
Del ánima contrita,
Del corazon mudado,
Y de una voluntad simple y sumisa.

Desciendan tus palabras
Hoy sobre Sion propicias,
Y se alzarán al punto
Los derrocados muros de Solima.

Aceptarás entónces
Ofrendas de justicia,
Oblacion, holocaustos,
Y en tus aras la sangre de la víctima.

SALMO LI.

CASTIGO DE LA CALUMNIA.

¿Por qué así te glorías
En tu misma maldad tan orgulloso?
Engaños y falsías
Está todos los dias
Maquinando tu labio mentiroso.

Despedazas sañudo
Con lengua infame la conducta buena:
Como el puñal agudo
Rompe el pecho desnudo,
Que no sospecha la traicion ajena.

El bien has desechado,
A la verdad prefieres la mentira:
Tu corazon doblado
Cubre disimulado
Con engaño, los ímpetus de ira.

Pronto verás tu ruina,
Prófugo y arrancado de tu suelo:
Ya contra tí fulmina
La cólera divina
Su flamígero rayo desde el cielo.

El justo temeroso
Exclamará mirando tu castigo:
«Este es el fin ruinoso
Del hombre poderoso,
Que tuvo á su Hacedor por enemigo.»

Yo cual fértil olivo
Viviré para siempre en tus moradas
¡Oh Dios eterno y vivo!
Con cántico expresivo
Allí serán tus glorias celebradas.

Resuene mi alabanza
Por tus hechos, Señor, eternamente:
En tí está mi confianza,
Pues eres la esperanza
De todo el que te adora reverente.

SALMO LXVII.

TRASLACION SOLEMNE DEL ARCA

Y TRIUNFOS DEL PUEBLO DE ISRAEL.

Fulminando amenazas y castigos
Se levantó el Señor: sus enemigos
Confusos, asombrados,
Como cera en el fuego consumida,
Como arena á los vientos esparcida,
Huyeron derrotados.

¡Justos, que presenciásteis la victoria,
Entonad vuestros himnos en memoria
De tan plausible dia!
¡Alabad al Señor, santas criaturas,
Levantando su nombre á las alturas
Con voces de alegría!

En tempestosa nube va y camina,
Y cielo y tierra y mares ilumina
El que Jehovah se nombra:
A los justos alegra su presencia,
Miéntras con su terrible Omnipotencia
A los ímpios asombra.

Fijó en este Santuario su morada,
Do al huérfano y la viuda desolada
Entre sus brazos cierra:
Salva de la cadena al prisionero,
Propaga las familias, y severo
Al rebelde destierra.

¿Quién cantará, Señor, cuando salias
Al frente de tu pueblo, y lo regias
Por medio del desierto?
Las nubes á tu voz se liquidaron,
Los encumbrados montes retemblaron,
El Sínai quedó yerto.

Salvaste en las llanuras abrasadas
Con lluvias bienhechoras y templadas
Tu heredad afligida:
En medio del ardor y la sequía
Tu grey, que con la sed desfallecía,
Tornó de nuevo á vida.

Venciste al enemigo, y las doncellas
Referian, animosas cuanto bellas,
Lo que vieron sus ojos:
Atónitos los reyes se escondieron,
Y las mujeres débiles vinieron
A partir los despojos.

Aquel que en los bagajes escondido
El combate evitara, ya salido
Tambien su parte toma,
Haciendo alarde de vistosas galas,
Semejantes al cuello y á las alas
De la hermosa paloma.

Cuando venció á los bárbaros caudillos,
Manifestó el Señor con tales brillos
Su faz resplandeciente,
Que se ofuscó el Selmon; su cumbre helada
Mostró con ménos rayos coronada
La nieve de su frente.

Esta santa montaña es la que quiere
Dios para su morada, y la prefiere
A otros montes vistosos:
En vano envidiaréis tanta ventura,
Montes, engalanados de verdura
Y de bosques frondosos.

Rodeado de huestes, en su carro
Sube á este monte el vencedor bizarro:
Los contrarios altivos
Postrados ya, lo adoran soberano,
Y sus dones reparte por su mano
A libres y cautivos.

Bendito seas, Señor, que poderoso
Rompes nuestras prisiones: bondadoso
Nos libras de la muerte;
Tus bienes con largueza nos prodigas,
Y las duras cervices enemigas
Quiebras con brazo fuerte.

Del enemigo de Bazan astuto
Triunfarás; los abismos á pié enjuto
Vadearás sin recelo;
Romperás del contrario la coyunda,
Tus perros lamerán su sangre inmunda:
Dijo el Señor del cielo.

Dijo, y su triunfo y su solemne entrada
Los enemigos en su real morada
Atónitos miraban:
Salieron los cantores los primeros,
Las vírgenes tocando sus panderos
Seguian, y así cantaban:

«Gloria al Dominador, siempre triunfante,
Que esas turbas con rayo devorante
Dejó ya traspasadas.
Celebrad su poder, tribus dichosas,
Que fuísteis por sus manos poderosas
Del polvo levantadas.»

La pompa proseguia: ledos y ufanos
Del pueblo de Judá los más ancianos
Caminaban delante;
Los de Nephtáli y Zabulon seguian,
Y los de Benjamin despues venian
Con rostro jubilante.

Haz, Señor, de tus obras larga muestra,
Confirma las hazañas de tu diestra,
Establece tus leyes:
Poseídos de horror, llenos de espanto,
Llevarán dones á tu templo santo
Los príncipes y reyes.

De aquel pueblo falaz, que desde el Nilo
Nos acecha cual fiero cocodrilo,
Reprime los clamores;
Y de éstos, que nos buscan coligados,
Furiosos, como toros encelados,
Enfrena los furores.

Enfrénalos, Señor, y verás luego
Pedir la paz interponiendo el ruego
Al Egipto insolente:
El orbe callará bajo tu espada,
Y hasta la Etiopia bárbara y tostada
Se postrará obediente.

Alabad al Señor, pueblos y gentes,
Bendecid en idiomas diferentes
Su nombre sin segundo:
Ved, que sobre los astros se levanta
Lleno de luces, y sus glorias canta
La redondez del mundo.

¿Oís cual retumbó su voz sonora?
Bendigamos su mano protectora,
Su poder y su alteza:
Él es roca y presidio de afligidos,
Pidámosle, y dará á sus escogidos
Virtud y fortaleza.

SALMO LXXV.

TRIUNFO DEL SEÑOR

SOBRE SUS ENEMIGOS.

En Judá conocido
Es el Dios de los cielos poderoso:
Su nombre esclarecido
Jacob venera humilde y temeroso.

Tiene en Salem su asiento
Y en el monte Sion su domicilio:
Desde allí vela atento
En su guarda, y le da valor y auxilio.

La flecha centellante
Del contrario quebró y el arco rudo,
La espada relumbrante
Y del valiente el pavonado escudo.

Entre la nube oscura
Brotar hizo de luz tendida vena:
Su semblante fulgura:
Su voz de trueno los espacios llena.

¡Oh Dios, cuál resplandece
En los montes tu fuerza y poderío!
El contrario fallece,
Sin vida el corazon, perdido el brío.

Sintió de fuerza ajeno
Su brazo el lidiador, ántes temido:
Quedaron á tu trueno
Muerto el bridon y el carro suspendido.

Terrible eres airado:
¿Quién sostendrá tu vista? ¿quién tu ceño?
Tu juicio oyó sagrado
La tierra, y se postró como con sueño.

Postróse silenciosa,
Cuando el Señor, de gloria revestido,
Su mano poderosa
Inclinó, por salvar al abatido.

Y su diestra sagrada
Alza del enemigo los despojos:
La ira encadenada
Yace á sus piés y tiembla ante sus ojos.

Elevad vuestros votos
A Dios, los que asistís á sus altares;
Ofrecedle devotos
Víctimas y holocaustos á millares.

Sacrificad sencillos
Al que al soberbio con su soplo aterra,
Terrible á los caudillos,
Terrible á los monarcas de la tierra.

SALMO LXXXIII.

MEMORIAS DE JERUSALEM

Y DESEOS DE VOLVER A ELLA.

¡Qué dulces son los recuerdos
De tus mansiones sagradas!
¡Qué agradables las moradas
Donde resides, Señor!
Al contemplar ¡oh Dios vivo!
La hermosura de tu casa,
Todo mi pecho se abrasa,
Desfallece el corazon.

La tórtola querellosa
Halla á sus hijuelos nido,
Y el pájaro perseguido
Vuela á las selvas fugaz:
Cuando náufrago me via,
O extraviado en el desierto,
Era tu templo mi puerto,
Era mi nido tu altar.

Felices los que en tus atrios
Tus alabanzas entonan,
Y las bondades pregonan
De que los colmas allí.
Descanso logran y holgura
En tu santo domicilio:
Amor, proteccion, auxilio
Reciben siempre de tí.

Mas yo, peregrino errante
Que de su patria se aleja,
Al viento exhalo mi queja
En el valle del dolor;

Y mi corazon palpita
Cuando á mis solas contemplo,
En el camino del templo
Donde reside el Señor.

Fatigado del camino,
Paréceme que las fuentes,
Bajando por las pendientes,
Templan mi ardorosa sed;
Y que empapados mis labios
Y restaurados mis bríos,
Gozan ya los ojos míos
De la vista de mi rey.

Escucha, Señor, mi ruego,
Muévate mi tierno llanto,
Alivia el duro quebranto
Que sufro ausente de tí.
Tú serás doblado escudo,
Que al enemigo resista:
Vuelve á tu ungido la vista,
Hazlo triunfante y feliz.

Mejor es en tus umbrales
El breve espacio de un dia,
Que en pérfida compañía
Un siglo de falso honor.
Yo prefiero allá en tu casa
Ser un pobre y vil desecho,
Que en rico y dorado techo
Morar con el pecador.

Verdad y misericordia
Amas con suma estrecheza,
Gloria y bienes con largueza
A tus servidores das.
Al varon que en tí esperando
Camina con inocencia,
Tus bienes y tu clemencia
No le retiras jamás.

SALMO CXIII.

LA LIBERTAD DE ISRAEL.

Cuando del yugo bárbaro
Fué Jacob redimido,
Rompiendo las cadenas
Del opresor Egipcio,

Entónces su potencia
Mostró el Señor Altísimo,
Fundando entre nosotros
Su estable poderío.

Las aguas al mirarlo
Abrieron sus abismos,
Y el Jordan caudaloso
Retrocedió sumiso.

Saltaban los collados
Llenos de regocijo,
Cual suelen en el prado
Triscar los corderitos.

¡Oh mar! ¿por qué tus senos
Abriste de improviso?
¿Por qué, Jordan, tus ondas
Vuelves á do has nacido?

¿Por qué mostrais ¡oh montes!
Cual tiernos corderillos,

El gozo que os ocupa,
Con saltos repetidos?

Ya veo que el Eterno
Ostenta su dominio,
Dejando á una mirada
El orbe estremecido.

Él torna en un estanque
El arenoso sitio,
Y en copiosos raudales
El escarpado risco.

Señor, no por nosotros,
Mas por tu nombre mismo,
Aterra con tu nombre
Al adversario impío.

Haz muestra desde el cielo
De tu poder invicto,
Apoyos de tu trono
Son la Verdad y el Juicio.

Cuando á insultarnos vengan
Esos pueblos inicuos,
Y pregunten con mofa
Dó está tu domicilio,

Dirémos—En el cielo
Mora Dios de contino:
Con su poder inmenso
Produjo cuanto quiso.

No así los simulacros
Del ciego gentilismo,
Forjados de oro y plata
A golpe de martillo.

Labios tienen y no hablan,
Sus ojos nada han visto,

Ni gozan los aromas
Que exhala el sacrificio.

De fauces siempre mudas,
De piés siempre tullidos,
Tienen manos sin tacto,
Y sin oír, oídos.

Es á ellos semejante
El necio que los hizo
Y pone su confianza
En troncos sin sentido.

Mas el pueblo que dócil
Sigue al Señor, propicio
Sobre él derrama el cielo
Su luz y sus auxilios.

Si en el Eterno espera,
Si lo adora rendido,
Si obedece sus leyes
Con corazon sencillo,

Entónces á su sombra
Descansará tranquilo,
De bienes abastado
Y de virtudes rico.

Nunca su pueblo caro
Entregará al olvido:
Es el constante objeto
De todos sus cariños.

Sobre todos derrama
Tesoros infinitos,
Y su favor alcanzan
Los grandes y los chicos.

Al justo favorece
Con dones excesivos,

Logrando sus piedades
Los hijos de sus hijos.

Los que seguís constantes
Las sendas y caminos
Del Dios de cielo y tierra,
Seais siempre benditos.

Él reina coronado
Allá sobre el Empíreo,
Dejándonos del mundo
El cetro y el dominio.

Dános, Señor, aliento
Para cantar unidos
Acordes alabanzas,
Y reverentes himnos.

No con un golpe cortes
De nuestra vida el hilo;
¿Quién cantará tu gloria
En el sepulcro frio?

Miéntras aquí vivamos,
Señor, te bendecimos:
Despues te gozarémos
Por siglos infinitos.

SALMO CXX.

CONFIANZA EN EL SEÑOR.

VOZ DEL CREYENTE.

A los sagrados montes
De do viene el auxilio,
Con lágrimas de gozo
Alcé los ojos mios.

Lleno yo de esperanza,
En el Señor confio,
Que estableció la tierra,
Y que los cielos hizo.

VOZ del SACERDOTE.

Asienta sin tropiezo
Tu planta en estos sitios,
Que no se entrega al sueño
Quien guarda tus caminos.

No duerme ni descansa
Jehovah para sus hijos:
Él te será custodia
Y te verá propicio.

Su mano te hará sombra,
Y su favor divino
Derramará copioso
En tí sus dones ricos.

El sol con sus ardores
No te será nocivo,
Ni la luna de noche
Con su dañoso brillo.

El Señor te defiende
De todos los peligros,
Y tu vida preciosa
Conservará solícito.

Tus sendas y veredas
Vigila de contino:
Serás feliz y salvo
Por eternales siglos.

SALMO CXXV.

EL PRISIONERO LIBRE.

Hoy á Sion de sus cadenas
Libre hiciste tú, Señor,
En deleites convirtiendo
Su tristeza y su dolor.

No pudiendo tanto gozo
Nuestros pechos contener,
A los labios se difunden
El contento y el placer.

Entre gentes extranjeras
Con asombro se dirá:
¡Oh, qué santo es el Eterno!
¡Oh, qué grande es su piedad!

Y olvidando las desgracias
Que nos llenan de pavor,
Las victorias y los triunfos
Cantarémos del Señor.

Ven, Señor, con brazo fuerte
Esta cárcel á quebrar,
Cual torrente, que en el austro
Va los campos á inundar.

Quien los campos en invierno
Con sus lágrimas regó,

En las eras del estío
La cosecha recogió.

Así el pueblo que ántes iba
Trabajando con dolor,
Hoy regresa ufano, y lleno
De riquezas y de honor.

SALMO CXXVII.

EL PADRE DE FAMILIA.

¡Dichoso tú que al mandato
De Jehovah la frente inclinas!
¡Dichoso tú, que caminas
Por las sendas del Señor!

La tierra que cultivares
Te brindará sus tributos,
Y gozarás de los frutos
De tu constante labor.

Como vid al olmo asida,
Siempre verde y siempre hermosa,
Así tu fecunda esposa
Florecerá junto á tí;

Y tus hijos, cual renuevos
Del olivo bien logrados,
De tu mesa rodeados
Harán tu vejez feliz.

Quien respeta al Dios del cielo
Y sigue su senda santa,
Quien su ley jamas quebranta,
Logrará felicidad:

Dócil oye el canto mio,
Fiel atiende á mis lecciones,
Y el Señor sus bendiciones
Sobre tí derramará.

A Salem, tu patria amada,
Mirarás de gloria llena,
Gozando en vejez serena
Horas de ventura y paz.

Disfrutarás con tus hijos
Gozos puros y completos,
Y llorado de tus nietos
Al sepulcro bajarás.

SALMO CXXVIII.

LA PERSECUCION NO DURA SIEMPRE.

Desde mi edad más tierna
(Que mi pueblo lo diga)
Luché con una turba
De gentes descreídas.

Malvadas insidiaron
Mi juventud sencilla,
Y soltaron los diques
A toda su malicia.

Domeñaron mi cuello
Con la coyunda indigna,
Y agobiaron mi espalda
Con cargas excesivas.

Pero todas sus obras
Quedaron confundidas,
Y el Señor ha quebrado
Sus cervices altivas.

Perezcan los que osados
Contra Jehovah maquinan,
Y maldicen audaces
De su ciudad divina.

Serán sobre la tierra
Como yerba tardía,
Que nace en los tejados
Y al punto se marchita,

Ni el segador la mano
Llena con sus espigas,
Ni el que cosecha forma
Con ella sus gavillas.

Ni habrá entre los que pasan,
Si la cosecha miran,
Quien diga: « ¡Cuán hermosa!
¡El Señor la bendiga! »

SALMO CXXX.

SUMISION Y CONFIANZA EN EL SEÑOR.

Señor, tú sabes
Que este mi seno
De orgullo lleno
Jamás se vé:

Ni arrebatado
De mis enojos
Estos mis ojos
Con ira alcé.

Deseos que al alma
La desvanecen,
Jamás empecen
Mi corazon;

Y porque humilde
Quedé á tu planta,
Tu mano santa
Me levantó.

Cual tierno niño,
Que en lazo estrecho
Pende del pecho
Do se crió,

Así en tus brazos
Yo me defiendo,
De tí dependo
Tan solo yo.

Ven á sus atrios
Con alborozo,
Lleno de gozo,
¡Oh pueblo fiel!

Jehovah tus dichas
Benigno afianza:
Tú la esperanza
Coloca en él.

SALMO CXXXVI.

EL ISRAELITA PRISIONERO

EN BABILONIA.

Del Eufrátes sentado en la orilla,
De Judá me acordé con tristura,
Y, al mirar su marchita hermosura,
La corriente con llanto aumenté.
De memorias funestas y amargas
Sólo vive el dolor que alimento:
«En un sauce, ludibrio del viento,
«Para siempre mi lira colgué.»

El tirano que allí nos oprime
Con cadenas y duros baldones,
Nos mandó repetir las canciones
Que entonamos en Sion otra vez.
¿Cómo fuera que en tierra enemiga
Profanara, cautivo, mi acento?
«En un sauce, ludibrio del viento,
«Para siempre mi lira colgué.»

Si de tí me olvidare, Solima,
Hierro agudo mi mano segregue,
A las fauces mi lengua se pegue
Si un recuerdo jamás te negué.
Tú que fuiste en un tiempo mi gloria,
Eres hoy de dolor monumento:
«En un sauce, ludibrio del viento,
«Para siempre mi lira colgué.»

Cual gigante se alzó el Idumeo
Precedido del hierro y el fuego:
Tú lo viste frenético y ciego,
¡Oh Señor! devastar á Salem.
«¡Que perezca!» clamó como trueno,
Y los muros derrumba violento:
«En un sauce, ludibrio del viento,
«Para siempre mi lira colgué.»

Babilonia insensata, ya el cielo
Te apareja tremendo castigo,
El acero del crudo enemigo
Templará con tu sangre su sed;
Y verás como ardiente, insaciable,
Se apacenta en tus hijos, sangriento:
«En un sauce, ludibrio del viento,
«Para siempre, mi lira colgué.»

PARTE DUODÉCIMA.

FRAGMENTOS ÉPICOS.

FRAGMENTOS
DE UN POEMA INTITULADO MOISÉS.

I.

PINTURA DE MENFIS Y DEL PALACIO DE FARAON.
SE PRESENTA MOISÉS ANTE ÉL.

En las frondosas márgenes que riega
El raudo Nilo en dilatado curso,
La populosa Ménfis se elevaba,
Célebre un tiempo en armas y doctrinas
Y en placeres tambien. En sus espacios,
En sus plazas y pórticos sonoros,
Sostenidos de excelsos arquitraves
Y columnas robustas, circulaba
La multitud confusa: sus alcázares,
Moradas de riquezas y deleites,
Tocaban con sus cúspides al cielo:
En sus frescos jardines, bajo sombras
De vividoras palmas y de hiedras,
Sonaban fuentes, querellosas flautas,
Y el canto del amor: sus bellas hijas,
Coronadas de rosas y de mirtos,
Formaban danzas y lascivos coros.
Todo en aquel lugar era contento:
El poder derramaba allí su pompa,
La liviana fortuna sus favores
Y el placer voluptoso sus delicias:
Sólo el nombre de Dios era olvidado,
Y el fiel adorador era oprimido.

En medio la ciudad, bajo alto techo
De vistosos y ricos artesones
En que el oro y colores relucian,
Sobre sublime asiento reclinado
Se mostraba Faron, á cuyas plantas
La rodilla inclinaban obedientes
Ciudades grandes, numerosos pueblos,
Y naciones y tribus. Ante el solio
Elevado y magnífico, asistian
Con sumiso ademan magos y ancianos
Dotados de saber, guerreros fuertes
Con doblados aceros en las diestras.
Del monarca eran leyes las palabras,
Las miradas mandatos. ¿Quién osado
Burlara su poder? ¿Quién sus preceptos
No acatara temblando?

El sol ardia,
Y espléndido su curso promediaba
Iluminando el mar, la tierra, el éter:
Su disco de oro se espejaba trémulo
Del ancho rio en las movibles ondas,
Y la brisa con alas empapadas
De esencias y gratísimos olores
Giraba levemente, levantando
Fragante nube de ligero incienso
Del trono en derredor. Un noble prócer
Inclinándose ante él, y entrambos brazos
Cruzando al pecho con respeto, dijo:
«A tus puertas ¡oh rey! dos forasteros
Permiso piden para entrar, y exigen
Llegar á tu presencia, su demanda
Exponerte, Señor, y ver de cerca
Tu excelsa majestad.»—Silencio breve
Reinó en la estancia, y el monarca alzando
Su cetro de oro, concedió el permiso.
Dos personas llegaron, y ante el trono
Hicieron respetoso acatamiento.
Eran Moisés y Arón, enviados ámbos
Por Jehovah soberano al pueblo suyo

A romper la cadena en que gemia
Como esclavo infeliz en aquel suelo.
Atrayendo de todos las miradas,
Y pendiente el concurso de sus labios,
Moisés, volviéndose al monarca, dijo:—

«Permite, oh rey, que en libertad anuncie
La divina mision con que el Eterno
A tí me envía y su querer declare.
No te empezca, Señor, si de mi boca
Desnuda sale la verdad, y pido
(De vil temor y de altivez exento)
Para mi pueblo libertad. Escucha
Benigno mis razones, y hallen ellas
Allá en tu corazon grata acogida.
De Jacob la familia á estos lugares
Con permiso del rey un tiempo vino
Y en ellos se extendió. Benigno el cielo
La colmó de favor. Cual la semilla
Con el riego y cuidado se propaga,
Y crece y fructifica, así este pueblo
Se propagó sin término, abastado
De bienes y ventura. Mas no altivo
Hizo á tus leyes resistencia: siempre
Te obedeció, Señor, dando el ejemplo
De sometido y fiel. Despues sin causa
Reducido se vió á la servidumbre.
Plégate de ella desatarlo y darle
La dulce libertad que ántes gozaba.
Sabe que desde el cielo Dios ha visto
Su lamentable suerte, y ha dispuesto
Que destrozado el yugo que lo agobia,
Salga de esta mansion, y agradecido
Le ofrezca en el desierto un holocausto,
Siendo yo quien lo rija y lo conduzca:
Concédeme que cumpla sus preceptos.»

El rey con extrañeza así responde:
«¿Quién eres tú, que á mí locas demandas
Te atreves á poner? ¿Qué Dios es ese
Para que así le escuche y necio rompa

La cadena, yo mismo, con que atado
Sirve ese pueblo vil?»

Los dos entónces
Aaron y Moisés así replican:
«Del Supremo Señor que rige el mundo
Y da el imperio y del poder despoja,
Ministros somos. Por su voz llamados
Debemos dirigirnos al desierto,
Donde con pecho y corazon sencillos
Un sacrificio le ofrezcamos.... »

«Cese
Vuestro indiscreto hablar, clamó indignado
El monarca, callad: yo haré severo
Que ese pueblo insolente se reprima
Con debido rigor. De sus tareas
No desviarlo intenteis, si de mi enojo
No quereis que os oprima el grave peso.
¡Ministros! redobladle los trabajos,
Duplicadle el afan: mirad que audace
Se aumenta con el ocio y se envanece,
Maquinando proyectos con que aspira
A sacudir el yugo de sus hombros.
Enmudezca, y conozca que ha nacido
Para vivir tan sólo en la obediencia. »—

Sin escucharlos más, llenos de oprobio
Ambos de aquel lugar echados fueron,
Fulminando sobre ellos amenazas.
Silencioso Moisés fuése llorando
Del caudaloso rio por la ribera.

II.

ESCLAVITUD DE LOS ISRAELITAS.

Entónces más que nunca encrudecida
Se alzó la tiranía. La tierra dura
Regada del esclavo miserable
Con el triste sudor, dábale apénas
Sustento escaso. De su mano débil
El fruto opimo á su Señor pasaba.
Sin patria y sin hogar, destituido
De bienes y consuelo, le eran propios
Sólo la desventura y el trabajo.
Cuando la aurora con remisas luces
Despuntaba en Oriente, dando vida
Al universo, comenzaba entónces
Su difícil tarea. Cuando á la cumbre
Tocaba el sol del abrasado cielo,
Ruda lo molestaba sin descanso
La bronca voz de agreste sobrestante;
Y despues que la noche silenciosa
Largo tiempo en el cielo discurria,
Apénas le era con rigor medido
Tiempo para el sosiego. Su cabeza
Agobiada de horror y pesadumbre
Jamás al sueño se entregó apacible;
Que en medio de él la imágen le aterraba
Del tirano cruel. Los blandos lazos
De amor, fueron para él duras cadenas
Y orígen de pesar. Triste y esclava
A su esposa miró, y al hijo tierno
Tambien esclavo. Cuando el pecho estéril
La triste madre con dolor le daba,
Mezclaba con sus lágrimas la leche:
Furtivo el beso le aplicó á sus labios:
Nunca en descanso lo estrechó á su seno,
Ni pudo prodigarle sus caricias.

El cuerpo, los sentidos, las acciones,
Los subyugó un señor, que aspiró impío
A dominar tambien la inteligencia,
Y ofuscar la razon y oprimir la alma,
Del Hacedor clarísimos destellos.

De llanto y de terror aquellos dias
Fueron para Judá. Sus tiernas vírgenes
Lamentaron con lúgubres endechas
Su perdido valor, su faz marchita,
Y ofuscada su luz. Alto gemido
Resonó por los campos y ciudades.

III.

ALOCUCION DE MOISÉS Á LOS ANCIANOS DE ISRAEL.

Ancianos de Judá, prestad oído
De mi labio á la voz, baje mi acento
A vuestro corazon, no como el rayo
Que la alta cumbre con estruendo hiere
Y la quema y abrasa; mas cual lluvia
Que cayendo benigna de las nubes
Empapa blandamente las campiñas.
Mi lengua narrará desde su orígen
Lo que ordenó el Señor. En otro tiempo
Prófugo me ausenté de estos lugares,
Huyendo del rigor que en ellos sufre
Nuestro pueblo infeliz; y allá en la tierra
Lejana de Madian, viví tranquilo
De mi suegro cuidando los rebaños
Como simple pastor. De las ciudades
Aborrecí la pompa, y mis deseos
No salian de las tiendas y rediles.

Memorias dolorosas de mi pueblo
Con frecuencia venian á conturbarme
Y destrozar mi seno. Contemplaba
Con intenso pesar su servidumbre,
Y derramaba lágrimas estériles.
La esperanza perdí de su rescate
(Al ménos en el curso de mi vida),
Y si acaso una ráfaga ligera
Alguna vez miré, fué cual relámpago
Que hace en la sombra un sulco y desparece.
Un dia que el ganado apacentaba
Penetré por acaso en el desierto,
Y en el Oreb entré, monte sagrado,
Donde ví de repente, que una zarza
Envuelta en vivas llamas, toda ardia
Sin consumirse, y dije sorprendido:
Voy á ver por mi vista este milagro:
¿Cómo es que arde la zarza y no se quema?
Entónces una voz de entre las llamas,
«Moisés, Moisés,» me dijo:—y yo repuse,
Señor, aquí me tienes.—«No prosigas,
Continuó, mas desata tus sandalias,
Porque es santa la tierra que hora huellas.
Yo soy el Dios de Abram, el de tu padre,
Y el de Isac y Jacob.»—Cubrí mi rostro
Sin atreverme á ver tanto prodigio,
Y desligué el calzado de mis plantas.—
«Yo ví (siguió la voz) desde los cielos
Lo que sufre mi pueblo, sus clamores
Llegaron á mi oído, y he bajado
A templar su dolor, á darle ensanche,
Sacarlo del desierto, y conducirlo
A otra tierra feraz, buena, espaciosa,
Que brota de su seno miel y leche:
La que á Abram ofrecí y á su linaje
En perdurable dón. Vé, y te apresura
Para partir á Egipto, donde quiero
Que á su Farón intimes de mi parte
Deje salir en paz el pueblo mio!»—
¿Quién soy, repuse yo, para que logre
Persuadir al monarca á dar al pueblo

Soltura y libertad? Yo sé que tú eres
El Dios de nuestros padres, y conozco
Tu infinito poder; mas si me piden
Que declare tu nombre ante las gentes,
Entónces ¿qué diré? Mira que me hallo
Sin gracia y valimiento. ¿Cómo puedo
Lo que mandas, cumplir?—«Yo iré contigo,
El Señor replicó, y mi nombre es este:
EL QUE ES: con esta voz en todos tiempos
Conocido seré. Yo formé el mundo,
Dueño soy de los cielos y la tierra,
Soberano y Eterno. Mis mandatos
Despreciará Farón; lo sé, y por esto
Extenderé mi brazo poderoso,
Quebrantaré su pueblo, y con prodigios
Salvos os sacaré de entre sus manos.»—
Mal seguro y dudoso todavía,
Le repliqué, Señor, y si dudaren
De la verdad ¿qué haré?—«Toma tu vara,
Dijo el Señor, y arrójala en la tierra.»—
Hícelo, y al momento convertida
Quedó en una serpiente, que veloce
Giraba por el suelo, y tortuosa
Con nudos y revueltas se enredaba.
Huir quise espantado, mas me dijo
El Señor, la cogiera, y al momento
A recobrar volvió su forma antigua.
Al seno me previno que metiera
La mano, y la sacara, y la ví toda
Mas blanca con la lepra que la nieve;
La volví á introducir y quedó limpia.—
«Si cuando intimes tú mi órden suprema
Crédito no te dieren, un prodigio
Harás, dijo el Señor: si persistieren
En su necia ceguera, haz á sus ojos
Manifiesta una nueva maravilla;
Y si aun no me dieren obediencia,
Descargaré sobre ellos mis furores,
Volveré sangre el agua de su rio,
Los llenaré de plagas, y la muerte
Derramará el espanto en sus moradas.»—

Prometióme de nuevo sus auxilios,
Y me mandó por último tomase
Por compañero á Arón de aquesta empresa.
Partí de aquel lugar lleno de asombro,
A mi casa volví, tomé mi esposa,
Que de su padre se apartó llorando,
Y yo tambien llorando, adios le dije.
Emprendí mi camino pobremente
Por arenas y estériles quebradas,
Con ánimo y valor. La suma empresa
De que vengo encargado, combatia
Con viva agitacion mi pensamiento:
Miraba por delante mil peligros,
Zozobras, riesgos, azarosos lances
Que á prueba ponen la constancia: via
Las dudas de mi pueblo, sus sospechas,
Y la dureza de Farón; mas nada
Pudo ya detenerme, que el Eterno
Me alienta y fortifica: sus preceptos
Viven en mí grabados. Una tarde,
Cuando el sol ocultaba ya sus luces,
Al rendir con cansancio la jornada,
Un ángel ví, que alzándose terrible
Sale á mi encuentro y me amenaza airado
Diciéndome:—«Si eres israelita,
¿Cómo tienes un hijo incircunciso?»—
Al punto mi mujer toma temblando
Un pedernal, y al niño circuncida,
Y bañando mis piés con sangre, exclama:—
«¡Eres tú para mí sangriento esposo!»
El ángel se ausentó diciéndome ántes:—
«El que escogió el Señor para ser guía
De los demás, y guarda de sus leyes,
Perfecto debe ser.»—Yo mi camino
Seguí de nuevo, y al Oreb llegando,
Lugar de la vision, monte eminente,
Veo que mi hermano Arón viene, y el ósculo
Dándome de salud—«A tí me envía
El Señor, dice, y seguiré constante
Tus huellas.»—Yo le estrecho entre mis brazos,
Pongo en su boca las palabras santas

Que escuché del Señor, y le confío
La misteriosa vara. Caminamos
Muchos dias per el árido desierto:
Toqué del Sínai las quebradas faldas,
Ví del Mar Eritreo las turbias ondas,
Y circundé solícito su orilla.
Dejé los anchos campos que me dieron
En mi persecucion seguro asilo,
Y de nuevo miré la tierra fértil
Del celebrado Egipto. ¡Cuán hermosa
Apareció á mis ojos! ¡Qué recuerdos
Tan opuestos sentí! Si era mi patria,
Era tambien suplicio de mi pueblo.
Entónces os junté, y presente os hice
La aparicion de Dios, sus prevenciones
Y estas mismas palabras que hoy refiero:
(Perdonad si mi labio las repite)
Al rey me dirigí, cuya soberbia
Se irritó con oírme, y mandó al punto
Acrecentar al pueblo sus trabajos
Sin tasa y miramiento. Desde entónces
Vive el dolor tenaz en mis entrañas,
Vive la compasion, mas tambien vive
Firmísima esperanza. El Dios excelso
Que de los hombres las acciones pesa
En eterna balanza, y que escudriña
Los corazones con su luz, permite
En el rey la dureza, por castigo,
Y en nosotros, por prueba. Estoy seguro
De la eterna verdad de sus promesas:
Son más firmes y estables que los montes:
Más que el sol y la luna permanentes:
Primero faltarán los astros todos
Que ellas, en sólo un ápice. Dispuesto
Estoy á sostenerlas y á sellarlas,
Derramando mi sangre. Hermanos mios,
No ofendais al Señor con vanas dudas:
Dejarémos bien pronto esta morada
De amargura y tormento, y pasarémos
A otro suelo feliz de paz y dicha,
Do crezca nuestro pueblo y se dilate,

Y en él erija el culto verdadero:
Do nazca el Salvador, que de la tierra
Entera lanzará la servidumbre,
Y el reino afirmará de la justicia
Por siglos y más siglos. ¡Oh tú, cielo,
Apresura este plazo, y nos envía
Noble resolucion y alta esperanza,
A fin de que ayudemos esforzados
A que tengan efecto tus promesas.

LA REVELACION.

CANTO PRIMERO.

I.

El fin de aqueste siglo de malicia,
El triunfo de JESUS sobre el pecado,
La ruina del error y la injusticia,
El orbe en nueva gloria trasformado,
Y el reino de verdad y de justicia
Sobre eternos cimientos levantado,
Pretende celebrar humilde y pía,
Tímida, la cristiana Musa mía.

II.

Espíritu divino, que antecedes
Siempre eterno á los siglos más lejanos:
Que Dios en sér, consustancial procedes
Tú, del Padre y el Hijo soberanos:
Luz aspirada y viva, que concedes
Al hombre que se acerque á tus arcanos,
Vivifica, Señor, Único, Sabio,
Del hijo de la nada el yerto labio.

III.

Tú viertes en las horas de quebranto
En mi doliente pecho la dulzura,
Rompes las fuentes del copioso llanto,
Y abres mi corazon á la ternura:
Hora, que de la noche el negro manto
Se extiende, y reina la tiniebla oscura,
Baja piadoso á mi alma, la ilumina,
Y á tus altas moradas la encamina.

IV.

Que solo así este polvo, que te implora,
Llegará á tu adorable acatamiento,
Sin que tu llama activa y vengadora
Castigue su liviano atrevimiento;
Y admirará tu ciencia, triunfadora
Del humano rebelde entendimiento:
En toda inteligencia, sin tu ayuda,
La mente es ciega y la palabra muda.

V.

Excelso Sér, altísimo Misterio,
Lumbre á mis pasos, de mis dudas calma,
Alivio en el dolor y refrigerio,
Única vida indeficiente al alma;
Líbrame del terreno cautiverio,
Dáme que obtenga la triunfante palma
De mis antiguos yerros y pasiones,
É infunde en mí tus soberanos dones.

VI.

Y tú, Criatura hermosa, que pasaste
De esta tierra infeliz, con blando vuelo,
A esa region de paz, donde encontraste
Reposo sin afan, gozo sin duelo:
Pues que llena de gloria, no olvidaste,
Al pisar los alcázares del cielo,
El afecto de esposa, con que un dia
Tu esposo coronaste de alegría;

VII.

Vuelve la vista, amada Elisa, y mira
Esta obra, que consagro á tu memoria,
Renovando las cuerdas de mi lira,
Que de tu huesa al pié yace sin gloria;
Y á tu amador ardiente, que suspira
Por dejar esta vida transitoria,
Abreviando los plazos de tu ausencia,
Ruega al Señor conceda su asistencia.

VIII.

Desde aquel triste y tenebroso dia
En que Elisa murió, bella y serena,
Y puesta en el sepulcro, parecia
Desfallecida y lánguida azucena;
Su morada quedó yerma y sombría,
De amargo llanto su familia llena,
Y yo ¡triste! oprimido, con tributo
De horrenda asolacion y negro luto.

IX.

Una vez que mis ojos se cerraron
Con doloroso llanto adormecidos,
Y tras luenga vigilia, se entregaron
A penoso letargo mis sentidos,
Pavorosas sentí que resonaron
Las voces de la muerte en mis oídos:—
«Se va á extinguir el soplo que te alienta:
«Rinde, mortal, de tus acciones cuenta.»—

X.

Gimo, y mi corazon duda, y se arroja
A nueva lucha, palpitando incierto;
Y el ánimo oprimido de congoja,
El rostro frio de sudor cubierto,
Conozco, cómo el alma se despoja
Con íntimo dolor del cuerpo yerto;
Como aquella, á su Dios temblando vuelve,
Y éste, en pura materia se resuelve.

XI.

Hállome solo á la espantosa orilla
Que divide los términos del mundo:
Nebulosa region, do el sol no brilla,
Y turbulento bate un mar profundo.
Al punto en una alígera barquilla
Cubierta de algas, entre cieno inmundo,
Un ángel me tomó, partió violento,
Y el agua hendió con raudo movimiento.

XII.

La interrumpida luz, fúnebre, escasa,
De un fuego subterráneo que á lo léjos
Un monte inmenso retumbando abrasa,
Entre nieves lanzando sus reflejos,
El rastro alumbra, do la barca pasa:
Atónitos mis ojos y perplejos
Ven las olas rodar, correr los montes,
Y ensancharse los negros horizontes.

XIII.

De luz teñida, entre la sombra muerta,
Resaltaba brillando la figura
De mi Ángel tutelar, toda cubierta
De una rica y espléndida armadura:
Rige firme el timon su diestra experta;
Con la otra mano, lleno de tristura,
Cubre el bello semblante pensativo,
Y su mismo pensar lo muestra esquivo.

XIV.

Despues de una pasmosa travesía,
Tan veloz como el mismo pensamiento,
Do amarrida la vista, discurria
Entre objetos de horror, con desaliento;
Y el ánimo agitado, padecia
De incierto porvenir todo el tormento;
A una isla sin verdor la barca llega,
Y en sus playas estériles me entrega.

XV.

Allí, sobre un peñon, á quien reviste
De defensa y terror un muro fuerte,
Un alcázar se eleva, donde asiste
Inexorable y ávida la Muerte:
De sus negras estancias, la Hambre triste,
La Peste asoladora, el Tedio inerte,
Los males todos entre sí ligados
Salen, contra los hombres conjurados.

XVI.

La Muerte misma entre confusa niebla
Asoma alguna vez su frente pálida,
Asqueroso el cabello que la puebla,
Ojos hundidos, la figura escuálida;
Sepultando en olvido y en tiniebla
La tierna juventud, la edad inválida,
Inocencia, beldad, siervos, monarcas,
Y ciudades enteras y comarcas.

XVII.

Allí la cruda y espantosa Guerra,
Sobre peñascos ásperos ligada
Con cadenas durísimas, aterra,
Bramando, la comarca desolada:
Cuando el brazo de Dios la echa á la tierra,
Párte, como una furia encarnizada,
Agitando en sus manos giganteas
Sangrientas armas y encendidas teas.

XVIII.

Por altas peñas, entre arenas muertas,
Turbas de toda edad ví numerosas,
Que clamando tendian sus manos yertas:
Ví desangradas sombras, que medrosas
En silencio á su fin iban inciertas:
Así del mar las olas presurosas,
Que en sucesivo afan la orilla hieren,
Se agrupan, corren, y llegando mueren.

XIX.

No hay un solo mortal que no visite,
Para nunca volver, esta ribera,
Que el plazo funeral llorando evite,
Ni ablande con gemir la suerte fiera;
Y que en silencio allí no deposite
Su esperanza, su amor, su gloria entera:
De mil reyes los nombres celebrados
En rota losa ví, casi borrados.

XX.

Esto miraba yo, cuando á su planta
Me hizo doblar el Ángel la rodilla
Do, tremolando al viento, se levanta
La enseña de las tumbas amarilla:
Formó de polvo con su mano santa
En mi frente una cruz, y mi mejilla
Tocó diciendo:—«Esta señal te advierte
Que el hombre triste en polvo se convierte.»—

XXI.

Aquel reino de espanto, en un momento
Cayó en nuevo pavor: la luz se agota:
Cesa del mar el rudo movimiento
Con que las rocas cóncavas azota;
Calla la Guerra, que con ronco acento
La comarca tristísima alborota;
Y al estruendo fugaz del tiempo alterno
Suceden soledad, silencio eterno.

XXII.

El Alma entónces vaga dolorida
De sombra en sombra, en dudas abismada,
Como piedra al acaso desprendida
En los antiguos senos de la nada:
Ni término, ni asiento, ni medida
Encuentra, en la extension inanimada
Que recorre, buscando el bien natío,
Y do quiera se encuentra en el vacío.

XXIII.

¡Terrible situacion! La inteligencia
Con que el hombre al nacer se vió dotado,
Para gozar de Dios la suma esencia,
De inextinguible amor centro abrasado,
Cediendo con despecho á la violencia
Que la aparta del término anhelado,
En tinieblas densísimas se ofusca,
Y se aleja del bien cuando le busca

XXIV.

¿Dónde estoy? ¿A dó voy? ¿Qué dura suerte
Así me oprime cual pesada carga?
¿Seré presa indefensa de la muerte?
¿Al tedio cederé que me aletarga?
¿O, superando las edades, fuerte,
Viviré siempre en soledad amarga,
Sin gozar de la vista clara y pura
Del que es Primer Amor, Suma Hermosura?

XXV.

Tú, que llenas de brillos á la aurora
Y coronas de rayos la mañana,
Que haces nacer el sol que el mundo dora,
Y vistes de candor la nieve cana:
Tú, á cuya voz su luz consoladora
La luna esparce por su esfera vana,
Cuando la muda tierra se adormece
Y el cielo vigilando resplandece:

XXVI.

Tú, que excitas los íntimos ardores
En que la esencia inmaterial se abrasa,
De llegar á tus vivos resplandores,
Y en tí los bienes merecer sin tasa:
Tú, que infundes amor y eres de amores
Fuente siempre perenne, nunca escasa,
¿Condenas á este objeto, dulce y caro,
A terrible orfandad y desamparo?

XXVII.

Tarde te conocí, Criador amable,
Belleza siempre nueva y siempre antigua,
Lazo blando de afecto deleitable,
Dulce solaz que el ánimo apacigua:
Tú solo eres contento perdurable:
Sombra, que los ardores amortigua:
Se hallan en tí, sin repugnancia unidos,
Encanto al alma, y gozo á los sentidos.

XXVIII.

¡Oh! ¡qué será de mí si á ese tu centro
No vuelo, desatado en viva llama,
Tras el deseo férvido, que dentro
Del seno vive y sin cesar lo inflama!
Si movido de amor, amor no encuentro,
¿A dónde mi existencia se derrama?
¿Qué es el vivir, si el corazon no quiere?
¿Y qué la voluntad, si el amor muere?

XXIX.

Si á tí, Sagrado Fin, no existo junto,
Ni he de mirar tu faz cabe tu asiento;
Si soy objeto de odio, venga al punto
Mi total destruccion y acabamiento,
Y el inmortal espíritu, difunto,
Perezca con el cuerpo macilento:
Si el alma de la nada fué formada,
Condénala otra vez á que sea nada.

XXX.

Mas ¿qué digo, insensato? ¿Qué pronuncia
Movido de terror el torpe labio?
¿El alma morirá, si ella renuncia
La vida, de su esencia con agravio?
¡Inútil esperar! Todo me anuncia
Que al formarse de Dios el dedo sabio,
Con libertad y con razon cumplida,
Me dió tambien perpetuidad de vida.

XXXI.

¡La nada! . . . . ¿qué es la nada? En la materia
Podrá ejercer acaso sus rigores,
Mas no en el alma, que inmortal, no feria
Por muerte vil sus dotes superiores:
Será eterna su dicha ó su miseria,
Perpetuos sus placeres ó dolores;
Mas no se logrará que ella sucumba
Al inútil reposo de la tumba.

XXXII.

Jamás seré tu presa, nada odiosa:
Yo sostendré contra tu fuerza inerte
El rigor de una vida trabajosa,
Unido á las congojas de la muerte.
Dilata mi existencia dolorosa:
Que vivo ¡oh Dios! en tu rigor me advierte:
Libra mi esencia de la nada fría,
Y prolonga por siglos mi agonía.

XXXIII.

Así, clamando, contra mí batallo,
Y al dolor y tormentos me sentencio;
Mas doquier que me vuelva, solo hallo
Delirios, soledad, sombras, silencio.
Me hundo en nuevos abismos, tiemblo, callo,
Y ni lugar, ni tiempos diferencio:
Páro en un punto, y con igual suceso
La eternidad me abruma con su peso.

XXXIV.

Cuando hé aquí, que de súbito aparece
Lejano resplandor, que me deslumbra,
Y en forma circular se acerca y crece
Astro sereno, que el espacio alumbra:
En medio un trono fúlgido se ofrece,
Que con vivos crisólitos relumbra;
Y de oro en candelabros diferentes
Siete antorchas lo cercan refulgentes.

XXXV.

Sostienen su peana extraordinaria
Entre nubes, alados querubines:
Fórmanle alrededor corona varia
Hermosos y abrasados serafines:
Los rayos de la excelsa luminaria
Penetran del espacio los confines:
Asombróse de ver la Noche negra
En sus reinos la luz, que el cielo alegra.

XXXVI.

Sobre el trono se ostenta fulminante
El Hombre Dios, con majestad ceñido
De una dorada zona rutilante,
Y de bordada púrpura vestido;
Rayos sus ojos son, sol su semblante;
Su cabello, de luz brilla teñido:
Y calzados sus piés con rico adorno,
Lucen, cual oro derretido en horno.

XXXVII.

Cuando su diestra en la extension levanta,
Cércanla en derredor siete luceros,
Que jamás otros de belleza tanta
Vió el empíreo cruzar por sus senderos:
Proceden de su boca sacrosanta
De espada de rigor dobles aceros:
Resuena de sus labios el acento
Como el mar agitado por el viento.

XXXVIII.

Herido de su luz con el torrente
Que absorto miro y temerario arrostro,
Me abandonan las fuerzas de repente,
Súbita palidez cubre mi rostro,
Y ante el solio del Hijo Omnipotente
Temblando caigo, y con pavor me postro:
La inmensa claridad en que me anega
Es rayo, que me abate y que me ciega.

XXXIX.

Sonó su voz y penetró en mi oído
Aturdido de horror, de espanto lleno,
Cual si oyera con hórrido estampido
De monte en monte retumbando el trueno.—
«Yo soy, dijo, principio conocido
Y único fin tambien de cuanto ordeno:
Yo tengo con dominio sempiterno
Las llaves de la muerte y del infierno.

XL.

«Apréstate, mortal, y de tu vida
A mi justicia rinde estrecha cuenta.»—
Al momento una luz desconocida
Dejó mi mente de ilusion exenta.
Y con asombro ví, no interrumpida,
La série de mi vida turbulenta:
Las horas de mi edad todas vinieron,
Y contra mí los años renacieron.

XLI.

Como en cueva profunda, tenebrosa,
Por edades cerrada entre malezas,
Si repentina antorcha luminosa
Penetra por sus hondas asperezas,
Se ofrecen á la vista temerosa
De monstruos mil cristadas las cabezas,
Que al súbito fulgor rugen, se erizan,
Y entre sí se destrozan y encarnizan:

XLII.

No de otra suerte, en la conciencia mia
Monstruos se sublevaron horrorosos:
Aletargada turba, que dormia
En los senos del alma misteriosos.
¡Oh Dios! ¡Cuál fué mi espanto, mi agonía,
Cuando en tenaces círculos nudosos
Sierpes venenosísimas me ligan,
Rabiosas me sofocan y atosigan!

XLIII.

Alzo la vista con agudo grito,
En lazos de dolor inmoble y preso,
Y ante el solio de Dios encuentro escrito
En tablas de diamante mi proceso:
Una contiene número infinito
De culpas y de errores, cuyo peso
Vence la tierra y mar con sus arenas:
Otra, ¡cuán limitadas obras buenas!

XLIV.

Junto á aquella, Satan, fiero enemigo,
Espíritu del mal, con torvo ceño,
Terrible acusador, sagaz testigo,
Encarece mis culpas con empeño;
Y demanda insolente mi castigo,
Como el de siervo vil áspero dueño:
Horroriza á los ojos su figura
Negra en color, gigante en estatura.

XLV.

Al lado de ésta, lacrimoso asiste
El Espíritu ilustre de mi guarda,
Intentando librar á mi alma triste
De la desgracia eterna que la aguarda:
A los ataques de Satan resiste,
Y el breve plazo funeral retarda:
En esto, el Sumo Juez cerró la audiencia,
Para dar de sus labios la sentencia:

XLVI.

Y tomando en sus manos la balanza
Con que del hombre las acciones pesa,
Y el premio y el castigo, sin mudanza
Distribuye, conforme á su promesa:
Cuando la débil luz de mi esperanza
En humo se exhalaba y en pavesa,
Creyendo oír con penetrante grito:
De mi presencia apártate, maldito:

XLVII.

Una hermosa mujer ví, que venia,
A quien ligera nube circundaba,
Los ámbitos llenando de alegría
Que con sereno vuelo atravesaba:
Rastro extenso de luces la seguia:
Aromas á su paso derramaba:
Nunca tan linda la risueña Aurora
Nace del terso mar, y el cielo dora.

XLVIII.

Viste preciosa túnica de lino,
Más cándida y más pura que la nieve
Que en monte excelso, al cielo convecino,
Del sol en su zenit los rayos bebe:
Cubre un velo su rostro peregrino:
Calza sandalia de oro su pié breve:
Llega al solio, descúbrese, y rendida
Dijo, con voz de mí reconocida:—

XLIX.

«Soberano Señor, si á esta tu sierva,
Que ante tu acatamiento se anonada,
Tu clemencia sin límites reserva
Que merezca esta vez ser escuchada,
Por un sér infeliz, á quien conserva
Mi no olvidado amor la fe jurada,
Imploro tu piedad; pecó como hombre,
Pero nunca, Señor, negó tu nombre.

L.

«Que en su inmortal espíritu, nacido
Para la eternidad, objeto de ella,
Ofuscado se vió, mas no extinguido,
El rayo hermoso de tu lumbre bella:
Como en el pedernal endurecido
Oculta permanece la centella,
En su alma conservó tu fe divina,
Llama que en las tinieblas lo ilumina.

LI.

«¡Qué de veces, absorto, viendo escrito
Tu refulgente nombre allá en el cielo,
Lloró su triste corazon marchito,
Henchido de dolor, presa del duelo;
Y llamado de tí, Bien infinito,
El fango desdeñó del hondo suelo,
Aspirando con ala voladora
Tocar al trono, do tu Esencia mora!

LII.

«¡Oh! si en objetos de la tierra, viles,
No se hubieran sus ojos engañado,
Y ausente de tus pastos y rediles
Por peligrosas sendas extraviado;
Hora allá en tus moradas y pensiles,
La sien ceñida de laurel sagrado,
Asentado á tu mesa, gozaria
Perpetua holgura en sempiterno dia.

LIII.

«¿Y qué, Dios de bondad, tú has prevenido
Por decreto absoluto, irrevocable,
Que este sér, con tu sangre redimido,
Sea tizon del abismo miserable?
¿De su eterna heredad desposeído,
Vaso de horror, objeto abominable,
Privado de tus vivos resplandores,
Gemirá en las tinieblas exteriores?

LIV.

«¿Podrá estar limpio el hombre, á tu presencia,
Sulcando de la culpa la mar ancha,
Si la luz de tu pura inteligencia
En los Ángeles mismos halló mancha?
¡Ay! su desgracia muévate á clemencia,
Alivia su afliccion, su ánimo ensancha,
No le niegues airado tus consuelos,
Ni le cierres la puerta de los cielos.

LV.

«¿Querrás que de dos almas, que se amaron
Desde que criadas por tu soplo fueron,
Que en la tierra gozosas se encontraron
Y con amor recíproco vivieron;
Que juntas por la vida caminaron,
Y una misma esperanza mantuvieron,
Una quede en tu gloria permanente,
Y que la otra perezca eternamente?

LVI.

«No lo quieras, Señor, piadoso, bueno,
(Anegada en sollozos le decia)
De tu justo furor depon el trueno,
Perdona la mitad del alma mia.»—
Dijo, y el labio, de amargura lleno,
En la diestra del Dios fuerte imprimia,
Y apagó en ella con su dulce llanto
El rayo que brillaba con espanto.

LVII.

Y elevando despues su rostro bello,
En los ojos del Juez clavó sus ojos,
Suelto en profusos rizos el cabello,
Pálidos de temor sus labios rojos;
Y creyendo en JESUS ver un destello
De compasion, templados sus enojos,
Tímida, vacilante, sin sosiego,
Llorosa renovó su ardiente ruego.

LVIII.

«A tu bondad divina, sin medida,
Excelsa y suma, cual tu misma esencia,
A la piedad humana, que se anida
En tus puras entrañas de clemencia,
Se acoge desolada y afligida
Quien tus juicios temblando reverencia:
Perdona ¡oh Dios! la hechura de tus manos,
Y apiádate, Señor, de tus hermanos.

LIX.

«Conozco que mi ruego no es bastante
Para impetrar de tí la voz de olvido;
Pero pongo tus méritos delante,
Y la sangre preciosa que has vertido:
Piedad te pido, humilde y suplicante:
En nombre de tu Madre te la pido:
Es mi Madre tambien, ella me envía:
¿Desdeñarás los ruegos de MARÍA?»—

LX.

Oyó este nombre, y su semblante airado
El Juez bañó con plácida sonrisa,
Como en el cielo oscuro y anublado
Blanda luz de repente se divisa,
Que al náufrago en las ondas agitado
Seguro puerto y dulce calma avisa:
Callan los vientos, se despeja el cielo,
Y el íris tiende su gayado velo.

LXI.

Párte Satan con vergonzosa huida
A las hondas cavernas del tormento,
Como el ave nocturna, perseguida
Del sol, que sube á su inflamado asiento:
Goza mi rostro el aura de la vida,
Me inspira la esperanza nuevo aliento,
Y, cual renuevos del rocío bañados,
Alégranse mis huesos humillados.

LXII.

JESUS, abriendo sus purpúreos labios—
«Ceda el rigor á la clemencia, dijo:
Mi venganza remito y mis agravios,
Y logre el pecador el nombre de hijo.
Yo determino en mis consejos sabios
Que el plazo, en éste, de su vida fijo,
Se prorogue una vez, y allá en el mundo
Expíe sus yerros, con dolor profundo.

LXIII.

«Pero ántes, mirará de mi venganza
El tremendo lugar, do entre castigos
Penan los que sin luz, sin esperanza,
De su Dios, y de sí son enemigos:
Las regiones de paz y bienandanza
Donde colmo de gozo á mis amigos,
Divisará tambien: á un tiempo mismo
Verá el cielo, la tierra y el abismo.

LXIV.

«Verá el tremendo dia, que ya preparo
Para dar, en el mundo delincuente,
Castigo al vicio, á la virtud reparo,
Enarbolar mi cruz gloriosamente;
Romper el seno de la Muerte, avaro,
Dar á mi Iglesia triunfo indeficiente,
Y con candado encarcelar, eterno,
Las rebeldes legiones del Infierno.

LXV.

«Ya se aproxima la hora, que dispuso
Mi Padre, en sus recónditos arcanos,
De que fenezca el mundo, y en que puso
La suerte de los hombres en mis manos:
El torpe reino del error cônfuso
No regirá los míseros humanos,
En cuyas sendas brillará, constante,
Siempre la claridad de mi semblante.

LXVI.

«Ángeles de JEHOVAH, ministros mios,
Requerid, requerid vuestros aceros,
Que tiempo es ya de encadenar los bríos
Del Crímen y el Error, déspotas fieros,
Que desatados de sus antros frios
Pisan mi ley, osados y altaneros;
Mi Providencia de temor arguyen,
Talan mi campo y mi heredad destruyen.»—

LXVII.

Dijo, y estas palabras resonaron
Del cielo por las bóvedas extensas,
Y del profundo abismo penetraron
A los antros de horror y sombras densas.
Escuadras mil de espíritus bajaron,
Que de JESUS en derredor, suspensas,
Himnos cantaban en unido coro,
Acompañadas de sus arpas de oro.—

LXVIII.

«Gloria, decian, á tí, que descendiste
De tu asiento inmortal de luces bellas,
Y la llorosa humanidad vestiste,
Bañando en sangre de dolor tus huellas:
Triunfante del pecado, el cielo abriste
Al hombre, y lo elevaste á las estrellas:
Los cielos se te inclinen y te honoren:
Los hombres y los ángeles te adoren.

LXIX.

«Muéstrate ya, Monarca poderoso,
Ciñe al muslo tu espada reluciente.
Y lleno de hermosura y victorioso
Procede, triunfa y reina felizmente:
Al imperio te eleven poderoso
Los hechos de tu diestra prepotente,
Y te coloquen en excelsa cumbre
Unidas, la Justicia y Mansedumbre.

LXX.

«¿Qué importa que las gentes y naciones
Contra tí se levanten coligadas,
Si á todos los contrarios corazones
Traspasaran tus flechas herboladas?
Tus tendidas banderas y pendones
Harán sombra en regiones apartadas:
El cetro del poder tendrás brillante:
Será inmóvil tu trono de diamante.

LXXI.

«Amaste la virtud, y en los palacios
Do lleno de esplendor alumbra el día,
El Dios que vivifica los espacios,
Te ungió con óleo puro de alegría:
Coronado de auríferos topacios,
Vertiendo mirra, casia y ambrosía,
Te unirás á tu Iglesia, digna esposa,
Y á tí la elevarás limpia y hermosa.

LXXII.

«Ella, con vestidura donde pinta
Mano divina, para más decoro,
En rojo fondo de encendida tinta
Cándidos lirios y recamos de oro,
Y entre sus cercos, de labor distinta,
De perlas derramó rico tesoro,
Se acercará á su Esposo, tierna, amante,
Como de aromas mil nube fragante.

LXXIII.

«Oye, Esposa sagrada, atiende, inclina
Tu oído, á la alta inspiracion del cielo,
Deja esa tierra, que de tí no es dina,
Valle opaco de duda y desconsuelo,
Y eleva el vuelo á la region divina
Do la santa verdad luce sin velo:
Abandona del mundo la bajeza,
Que el mismo Dios codicia tu belleza.

LXXIV.

«Mira, que va á cesar de tu amargura
El tiempo prevenido en sus decretos;
En gozo trocarás la ausencia dura,
El desprecio y oprobios en respetos:
En alas del amor, brillante y pura,
Entrarás á sus íntimos secretos;
Y ornada de laurel tu noble frente,
El orbe á tí se postrará obediente.»—

LXXV.

Cesaron de los coros los acentos,
Que á intervalos el eco repetía,
Y, vagos, se extendieron por los vientos,
Derramando dulcísima armonía:
Los altos cielos, al prodigio atentos,
Se vistieron de gloria y alegría:
Sonó en ellos la voz de la esperanza:
Sólo el infierno resonó venganza.

LXXVI.

Las Escuadras Angélicas cercaron
A Jesus, entre nubes fulgorosas,
Y en sus carros flamígeros lo alzaron,
Resonando las llamas luminosas:
Al encumbrado empíreo penetraron
Cuyas puertas, abriéndose gloriosas,
Dejaron ver, patentes y serenas,
De la ciudad del gozo las almenas.

LXXVII.

A los muros entró la pompa augusta
Y la vision al fin desaparece:
Tiende sus alas la tiniebla adusta
Y de nuevo el espacio se oscurece.
El alma santa que, amorosa y justa,
A los ojos de Dios tanto merece
Que alcanzó mi perdon, Elisa bella,
Sola quedó, cual vespertina estrella.

LXXVIII.

Estática la ví, y á par sumisa,
De los cielos beber la luz fulgente:
Despues, envuelta en esplendor y en risa
Miróme y ausentóse derepente.
¿A dó vas? ¿A dó vas, amada Elisa?
Ven en mi auxilio, ven, clamé doliente:
No te alejes y ocultes tu hermosura....
Dije así, y se cerró la noche oscura.

LXXIX.

Densa niebla me estrecha y me circunda,
Y sombra de amargor y de recelo;
Largo llanto mis párpados inunda,
Privados de la gloria y luz del cielo;
Y me hallo ausente, en soledad profunda,
Sin la que fué mi escudo y mi consuelo,
Y al ausentarse me dejó en despojos,
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

LXXX.

Recuerdo entónces de mis tiernos años
Las dulces horas, con placer corridas,
Cuando fueron mis plantas, sin engaños,
Por la materna mano dirigidas.
¡Qué de yerros despues, qué grandes daños!
¡Qué de estériles lágrimas vertidas!
¡Cuántas veces, con soplo turbulento,
Abrasó el infortunio mi contento!

LXXXI.

Y recuerdo aquella hora venturosa,
Orígen de mi amor y mi alegría,
En que tu talle ví, tu faz de rosa
Llena de timidez, Elisa mía;
Y luego aquella, en que tu voz graciosa
En las aras juró que me queria;
Nuestras almas dejando, enamoradas,
Con afecto dulcísimo enlazadas.

LXXXII.

El áspero sendero de la vida
De flores, por tu mano, ví adornado,
Y tambien en la tumba, tan temida,
El árbol de esperanza ví plantado:
Árbol que elevará su copa erguida,
Con nuestras mutuas lágrimas regado,
Y, defendido con cuidados tiernos,
Vencerá del sepulcro los inviernos.

LXXXIII.

Símbolo bello de tu amor precioso,
Protegido de tí dará sus frutos,
Y con tu influjo, rendirá, copioso,
De mi arrepentimiento los tributos;
Hasta que en otro mundo más hermoso,
Mis ojos de llorarte nunca enjutos,
Gocen, sedientos de tus claras luces,
La gloria accidental que tú produces.

LXXXIV.

En pavorosa noche así gemia,
Ciegos los ojos, tímida la huella.
Cuando de pronto, en la region vacía
Altísima miré débil centella,
Que en círculos extensos descendia
Luciendo en las tinieblas como estrella:
Al acercarse conocí en su vuelo,
Que bajaba un Espíritu del cielo.

LXXXV.

Y la figura distinguí, gallarda,
Del Númen que benéfico me auxilia,
Que entre peligros mi existencia guarda
Y defiende mi sueño y mi vigilia:
Hace que el pecho en las virtudes arda,
Consuelo y paz al ánimo concilia,
Sus álas sobre mí plácido tiende,
Y del sagrado Amor la antorcha enciende.

LXXXVI.

Cuando deja su patria refulgente
Para que el cuerpo en su prision la ciña,
Todo lo olvida el ánima inocente,
Ingenua y candorosa como niña:
Sus conceptos expresa balbuciente,
Tímida los objetos escrudriña;
Ó, ciega acaso con tupida venda,
Del mundo material pisa la senda.

LXXXVII.

Pero entónces, el Angel bondadoso
Que compasivo el cielo le prepara,
De la diestra la toma cariñoso,
La encamina, y solícito la ampara.
Éste, que me dirige cuidadoso,
A mí volvió benévolo la cara,
Y trabando mi mano de su mano,
Me habló, como el hermano habla al hermano—

LXXXVIII.

«Desde que á los umbrales de la vida
En orfandad te hallaste abandonado,
Has sido tú, sin término y medida,
El amoroso fin de mi cuidado:
Si alguna vez tu planta divertida
Vagó en las selvas del placer vedado,
A tus pasos quité sierpes astutas,
Y de tu mano venenosas frutas.

LXXXIX.

«Y hora que el Juez Supremo te destina
A recorrer el laberinto ciego,
En donde al bando réprobo fulmina
Rayos que lo reduzcan á sosiego,
Y para reprimir su audacia, empina
Montes sobre sus cárceles de fuego,
Entre las sombras de su seno rudo
Yo tu antorcha seré, seré tu escudo.

XC.

«Ven, pues, y con valor y fuerza entera
A ver el hondo Abismo te apresura.»—
Así dijo; y cual águila altanera,
Que su presa mirando en la espesura,
Se abate rapidísima y ligera,
Conmigo descendió desde la altura:
Cruza inmensos espacios, resplandece,
Y corriendo veloz desaparece.

XCI.

Al esplendor templado que derrama,
Miré del Universo los asientos,
Donde oculta en la tierra está la llama,
Y mezcladas las aguas con los vientos:
Allí el Criador, que con su soplo inflama
La vida, reservó los elementos
Con que al morir este orbe ya infecundo,
Edifique otros cielos y otro mundo.

XCII.

El Caos, monarca antiguo y poderoso,
Allí tiene su imperio y su morada
Encanecido, rígido, rugoso,
De luenga barba y veste dilatada;
A su diestra, en su trono poderoso,
La terrífica Noche está sentada;
Coronados los dos de gruesas nieblas,
Y cercados de espanto y de tinieblas.

XCIII.

Sobre la mole peñascosa y basta
Con su cetro durísimo de acero
Las iras templa y el furor contrasta
Aquel anciano, del abismo fiero.
Sofoca el fuego en la montaña vasta:
Enfrena el rayo fúlgido y ligero:
Los vientos, de sus alas despojados,
Braman ante sus piés encadenados.

XCIV.

Que si no, con impulso furibundo
Raudos arrebataran en su vuelo
El mar, la tierra, la extension del mundo,
La portentosa máquina del cielo:
Caliginosa sombra, horror profundo,
La inmensidad cubrieran con su velo,
Y á la obra del Señor, aniquilada,
Sucediera el imperio de la nada.

XCV.

Allá, en antros eternos sepultados,
Se anuncian, bajo formas diferentes,
Sucesos infinitos, variados,
De mundos, de naciones y de gentes:
Allí, de modos mil eslabonados,
Los futuros se inician contingentes;
Y como ensueños vagos, no visibles,
Abortan y perecen los posibles.

XCVI.

Aquí, agitando el curso fugitivo
De las Horas, los Dias y los Años
En todo el Universo, el Tiempo esquivo
Produce las mudanzas y los daños:
Fiero, resuelto, infatigable, activo,
Sin atender á súplicas ni engaños,
Cuantos séres abraza la natura
A su forzoso término apresura.

XCVII.

Él, con la sombra y luz, el curso mide
De las altas esferas celestiales,
Y en placer y en dolor tambien divide
La existencia fugaz de los mortales:
A la necia ambicion el paso impide:
Las conquistas convierte en funerales;
Y cuenta y mide, con relox perfecto,
La duracion del mundo y de un insecto.

XCVIII.

La pobre choza y el altivo imperio
A su planta le sirven de escalones,
Y pone en vergonzoso cautiverio
Las gloriosas enseñas y pendones:
Del uno y otro célebre hemisferio
Arrebata á los pueblos y naciones,
Y cuanto en su corriente hinchada ostenta,
A la espantosa Eternidad presenta.

XCIX.

Despues, en el espacio destendido,
De estrellas remotísimas sembrado,
Ví el globo de la tierra, suspendido,
Girar, sobre su peso equilibrado:
El claro sol, su brillo recogido,
Lo baña opuesto, en el contrario lado;
Y aquella parte á que me acerco, entrega
Al mudo imperio de la noche ciega.

C.

Por otro punto la indecisa luna
Con débil luz, apénas lo tocaba,
Que su pálida faz, niebla importuna
En temerosas sombras embozaba.
Una figura gigantesca y bruna
Volando, hácia la tierra se inclinaba:
Era Satan, que enderezaba el vuelo
A la mansion del sempiterno duelo.

CI.

Al acercarse más el monstruo odioso,
Las anchurosas alas equilibra,
Y revolviendo el curso vagaroso,
Su mole inmensa á lo profundo libra:
Su vista, cual cometa pavoroso,
Con luz siniestra en su carrera vibra:
Llega á la entrada del oscuro centro,
Y al punto se hunde y desvanece dentro.

CII.

Al polo aquilonar llegué, nevoso,
Con charcos y con hielos impedido,
Sin senda, sin vestigio, triste, odioso;
Yerma region, de lágrimas y olvido:
Un rio lo circunda silencioso,
Donde todo consuelo huye perdido:
La Tristeza, con llanto interminable,
Crece y aumenta el curso miserable.

CIII.

A su márgen están los altos montes,
Que espiran rojas llamas de su asiento,
Y empañan los remotos horizontes
Con el vapor que sube al firmamento:
Toqué sus cimas negras y bifrontes,
Y bajando á las rocas del cimiento,
Hallé el anuncio del dolor eterno
En la terrible puerta del Infierno.

CANTO SEGUNDO.

I.

«La mano del Eterno me dispuso
Antes que el cielo y tierra fuesen criados,
Y en círculos diversos me compuso,
A la pena y castigo preparados:
Do con ley de dolor viva recluso
El bando de los séres reprobados:
La dulce compasion aquí no alcanza:
DEJAD, LOS QUE AQUÍ ENTRAIS, TODA ESPERANZA.»

II.

Estas palabras ví, con negra tinta
De la alta puerta en el dintel impresas,
Y en ellas la sentencia hallé, sucinta,
Que condena las ánimas opresas.
Quedó en mis labios la color extinta,
Inundaron mi faz lágrimas gruesas,
Tembló mi corazon, y un hielo frio
Cuajó mi sangre, encadenó mi brio.

III.

Volviera atrás la temerosa planta,
Oprimido de horror, presa del miedo,
Si mi Ángel tutelar, con mano santa,
No me tuviera en aquel trance quedo:
Mi contristado espíritu levanta,
Y signando mi frente con el dedo,
Al Infierno voraz me hizo invisible,
A sus llamas y ardores impasible.

IV.

Asombrado pasé la horrible puerta,
Y bajé una ancha escala tortuosa,
Tajada en vivas rocas, y cubierta
De una bóveda negra y peñascosa:
Desciende en vueltas mil y deja abierta
Entrada á una caverna espaciosa,
Do empiezan del abismo las regiones,
Y sus senos de llanto, y sus prisiones.

V.

En medio de la cueva, en peña ruda,
La Venganza divina está sentada,
De oscura cabellera y faz sañuda,
De torvo sobrecejo y vista airada:
El labio sin accion, pálida, muda,
Empuñando en la diestra ardiente espada:
Y de su talle al suelo caen tendidos
Los pliegues de sus fúnebres vestidos.

VI.

En torno las Congojas y Dolores,
El Temor amarillo y el Recelo,
La Envidia macilenta, los Rencores,
El Despecho frenético y el Duelo,
La asisten, y la cercan veladores:
Al pisar el precito en aquel suelo,
Todos vierten en él sus copas, llenas
De lágrimas amargas y de penas.

VII.

Y pasa el desdichado á otros lugares,
Por extenso arenal y bosque umbrío,
Semejante en el polo á los pinares
Donde tiende la luna el rayo frío.
Caminando las almas á millares
Llegan á divisar lago sombrío,
Y en su orilla infeliz vagan llorosas,
Cortadas por las ondas cenagosas.

VIII.

La Desesperacion con vista fiera,
Desencajada faz, torva figura,
Se mira alguna vez, de la ribera,
Cortar las negras aguas de amargura;
Y con voz penetrante y plañidera
Desvanécense allá en la sombra oscura,
Muriendo vagamente repetidos
Sus agudos lamentos y alaridos.

IX.

Jamás, tierra infeliz, en tí se anida
El ave, tiernamente enamorada;
Ni en tu profunda noche es percibida
La música de amor, dulce, acordada;
Ni ménos en tu sombra fué sentida
La voz de esposo ó de la esposa amada,
Que expresa con recato, entre caricias,
De un inocente amor castas delicias.

X.

Mas, sólo de la Rabia y las Injurias
En tu ámbito fatal, vaga el acento,
De la Culpa salaz, hijas espurias,
Hermanas del atroz Remordimiento.
Yo ví en tu seno las odiosas Furias
Cuyas sierpes silbaban en el viento,
De antorchas y de látigos armadas,
Congregar á las almas desdichadas.

XI.

No tiembla, más sensible y fatigado,
Despedido del mar por la onda fiera,
Desnudo y contrastando al viento helado,
El pobre pescador en la ribera;
Que, sabiendo el castigo preparado
Inflexible y eterno, que la espera,
Temblaba sin cesar la gente triste,
A quien continuo horror el pecho embiste.

XII.

Entre nublados cárdenos y fríos,
Al impulso veloz de airado viento,
Pasaban los espíritus sombríos
A diversas regiones de tormento.
No arranca de los árboles umbríos
Más hojas en otoño turbulento
El sañudo Aquilon, con negras alas,
Despojando las selvas de sus galas;

XIII.

Ni vuelan en más número tendidas
Por el aire las aves, en hileras,
Cuando á nuevas regiones dirigidas,
Ven de léjos las húmidas praderas:
Apénas unas turbas son cogidas,
Cuando otras turbas cubren las riberas,
Que aquel viento infernal traslada presto,
Con repetido soplo, al lado opuesto.

XIV.

Yo tambien, trasladado de repente
Por oculta potencia poderosa
A la contraria orilla, tristemente
Penetré por la tierra lacrimosa;
Donde el ángel rebelde y delincuente
Sometido al dolor, nunca reposa;
Donde el hombre en el crímen obstinado,
Halla castigo justo á su pecado.

XV.

¡Cuánto tormento, oh Dios, cuánto suplicio,
Cuánto género nuevo de rigores
Ví en aquel triste y doloroso hospicio,
Do siempre morarán los pecadores!
Duras cadenas, áspero ejercicio,
Rígidos hielos, férvidos ardores,
Vigilia, llanto, sempiterno duelo;
¡Y nunca ver el apacible cielo!

XVI.

El Ángel soberano que me rige
Con paso firme y con imperio blando,
Mis errores disipa y los corrige,
Por aquellos lugares penetrando.
Do quiera que mi vista se dirige
Aterrada y llorosa, va notando
En nueva proporcion nuevos dolores,
Y á pecado mayor penas mayores.

XVII.

En un profundo valle ví una fuente,
Que turbia nace en unas cuevas hondas,
Y allí penando innumerable gente,
Atascada en sus márgenes hediondas:
Son ebrios y golosos, que en ardiente
Fiebre, se aplican á las negras ondas:
Hínchanse, se corrompen, y entran luego
En rabioso delirio, sin sosiego.

XVIII.

Al rico avaro ví, torpe, encogido,
De piedra el pecho, el corazon de acero,
En un punto quedar todo encendido
Con fuego abrasador, con soplo fiero,
Y en castigo á su culpa merecido
Alzar en vano el grito lastimero;
Miéntras de sus hundidos ojos brota
El llanto del dolor, gota por gota.

XIX.

En volúmen de niebla ennegrecida,
Que senos hondos con sus alas cubre,
Por laberinto eterno, sin salida,
La turba de Filósofos se encubre,
Que de vano saber y ciencia henchida
En sus obras á Dios nunca descubre;
Mas torpe y necia, el Universo entrega
Al mudo acaso y á la suerte ciega.

XX.

De otra parte, los hombres que vivieron
Sin ley y sin razon, y al apetito
Sacrificios infames ofrecieron,
En templos consagrados al delito,
Y el órden natural contradijeron;
Allí vagan, en número infinito,
Por region abrasada y pavorosa,
Llenos todos de lepra vergonzosa.

XXI.

Los lascivos, escuálidos y heridos
Con asquerosas llagas y señales,
Exhalaban tristísimos gemidos
En secos y ardorosos arenales.
No un número mayor se ve de heridos
De la muerte, en los tristes hospitales,
Cuando hace dilatar la peste impura
Sus fauces á la negra sepultura.

XXII.

Ví de Onan castigada la lascivia,
Vertiendo de sus miembros macilentos
Corrompida materia y sangre tibia
Que mil gusanos recogian hambrientos:
Parece á veces que su mal alivia,
Y que cierra los ojos soñolientos,
Cuando lluvia de azufre y viva llama
De repente en sus carnes se derrama.

XXIII.

Sobre tropas, en yermos derramadas,
El viento llamas esparcidas llueve,
Como esparce en las sierras levantadas
El soplo de Aquilon copos de nieve:
A las desnudus carnes aplicadas,
Forman herida, que parece leve,
Con dolores despues, vivos, profundos,
Castigo de los hombres iracundos.

XXIV.

Ví allí á Nembrot, por su soberbia loca
Ligado con cadenas diferentes,
Sobre el áspero lecho de una roca,
Cercado en derredor de ascuas ardientes:
Espumas derramaba de la boca:
Volvia los ojos y crugia los dientes;
Expresando en sus miembros retorcidos
El intenso dolor de sus sentidos.

XXV.

Guerreros miré allí, conquistadores,
De árboles gigantescos suspendidos,
Sufrir de un vivo incendio los ardores,
De inflamadas materias revestidos;
Y en tanto que publican sus dolores
Con agudos lamentos y alaridos,
Cae de sus cuerpos la encendida grasa,
Quema los troncos y la arena abrasa.

XXVI.

En estanques de sangre y pez hirviendo,
Encontré los tiranos sumergidos,
Sin respirar siquiera, pretendiendo
En vano dar alivio á sus sentidos:
A Sila, á Mario y á Neron tremendo,
A Diocleciano y á Sapor temidos,
A Ezelino feroz, á Marat rudo,
A Robespierre y á Danton sañudo.

XXVII.

En regiones lejanas y apartadas,
Bañadas siempre por el lago extenso
Al que montes y rocas escarpadas
Ciñen de un lado, y de otro el bosque denso:
En áridas llanuras abrasadas
Hay de serpientes mil, número inmenso:
No la ancha Libia, fértil en venenos,
Vió con más sierpes sus desiertos llenos.

XXVIII.

Donde quiera, la planta temerosa
Con abrojos y víboras tropieza:
En unos, picadura dolorosa
Castiga la desidia y la pereza:
En otros, mordedura ponzoñosa
La presuncion altiva y la aspereza;
El aire inficionado, donde toca,
Comprime el pecho, el corazon sofoca.

XXIX.

Un fugitivo, en una senda estrecha
Buscaba amparo, bajo el bosque umbrío,
Cuando un dragon horrible, que le acecha,
Al encuentro salió contra él, bravío:
Le oprime entre sus garras y le estrecha,
Le hace gemir con doloroso ahoguío:
Su venenoso aliento en él infunde,
Y aquel sér en su sér une y confunde.

XXX.

Sepáranse despues el hombre y fiera,
En un círculo de humo dilatado,
Quedando aletargada la primera,
Y de su piel el hombre despojado:
Una nube de tábanos, ligera,
Se asentó sobre el cuerpo ensangrentado,
Violentos castigando al que insaciable
Despojó de su hacienda al miserable.

XXXI.

Míranse en él las venas sanguinosas
Serpear por los miembros palpitantes,
Los músculos, en ramas dolorosas,
Con nueva rigidez vibrar, tirantes:
Nótanse, en convulsiones horrorosas,
Moverse las entrañas anhelantes;
Y respirar el labio, entre lamentos,
Dilatando la vida á los tormentos.

XXXII.

De un monte por el áspera subida
Ví pasar, entre espesos matorrales,
Una turba indefensa, combatida
De bravos y silvestres animales:
No huye con más furia, perseguida
De sabuesos, la caza entre jarales,
Que corrian allí desatentados
Hombres, de hambrientas fieras acosados.

XXXIII.

El monte cruzan, toman la ladera,
Y á pedazos sus miembros arrancaban
Cerdosos jabalíes, en la carrera,
Y aquí y allí sangrientos los regaban:
Así castiga Dios turba altanera,
Cuyas manos sacrílegas robaban
La paz de su heredad, y en ella misma
Introducian, por su mal, el cisma.

XXXIV.

Ya miraba de un Focio miserable,
Con espanto, la sangre y las heridas,
Ya de un Henrico Octavo detestable
Las entrañas rasgadas y rompidas:
Cuando un sonido sordo y lamentable,
Semejante al que forman esparcidas
Ramas de verde leña, en lento fuego,
Mi oído y atencion atrajo luego.

XXXV.

¡Cuánto crece mi asombro y mi sorpresa,
Al oír una voz clara y formada,
Que amargas penas y dolor expresa,
De la herida de un árbol exhalada!
¿Quién eres? exclamé ¿qué voz es esa,
Por prodigio inaudito articulada?—
«Soy, me responde, un suicida triste,
Que aquí la forma de este tronco viste.

XXXVI.

«Errores que el amor en vano llora,
Pasiones é inquietud, despecho fiero,
Me hicieron de una esposa, á quien adora
El alma, ser verdugo carnicero:
Ella voló al Empíreo con la aurora,
Yo entregado al tormento duradero,
Privado de una prenda tan querida,
Con veneno letal corté mi vida.

XXXVII.

«Consume la ponzoña lentamente
La fuerza y los espíritus vitales,
Y el corazon cobarde y delincuente
Palpita, con latidos desiguales:
Mortal amarillez cubre mi frente,
Y abreviados los términos fatales,
A la honda eternidad mi alma se lanza,
Viva al dolor y muerta á la esperanza.

XXXVIII.

«Una hija cariñosa me asistía,
De mi perdido bien prenda adorada,
Ángel de paz, que quiso en mi agonía
Dejar mi salvacion asegurada:
La voluntad rebelde se desvía
De este postrer auxilio, y separada
El alma de la carne, queda yerto
En sepulcro de horror el cuerpo muerto.

XXXIX.

«La alma ligada en el abismo oscuro,
La divina justicia la condena
A mantener, bajo este tronco duro,
Doliente vida, en perdurable pena.
Ese, que has visto tú, rebaño impuro,
A los suicidas de tormento llena,
Y á cuantos en la selva nos hallamos
Los miembros rompe al desgarrar los ramos.»—

XL.

En baños de metal, ví, derretido,
De la Iglesia á los fieros opresores,
Enemigos de Dios y de su Ungido,
De sus templos y bienes robadores:
Entre ellos miré aquel que, revestido
De púrpura, entre aromas y entre flores,
Profanara en Babel, con vil desdoro,
De la sacra Salem los vasos de oro.

XLI.

En un sitio despues me entré, cerrado,
Lúgubre y pavoroso cementerio,
De sepulcros de piedra rodeado,
Donde ejerce el dolor doblado imperio:
Con ardor invisible y concentrado,
Condenados á estrecho cautiverio,
Allí penan apóstatas monarcas,
Incrédulos famosos, y heresiarcas.

XLII.

Sobre la tumba estaba de Juliano
Esta inscripcion: *¡Venciste, Galileo!*
En la de Leon Isáurico, tirano,
Muerte y persecucion sólo deseo:
En la de Henrico, Emperador Germano,
Aparento adorar lo que no creo:
Sobre la de Isabela, que da norma
A la Iglesia de Albion, *¡Sangre y Reforma!*

XLIII.

Allí la vista con asombro mira
A un Arrio en vivas brasas sepultado,
A un Nestorio insensato que delira,
A un Eutiques indócil y obstinado,
A un Lutero feroz ardiendo en ira,
A un Calvino de infamia señalado;
Al Filósofo adusto ginebrino:
De Ferney al Patriarca libertino.

XLIV.

Éste ¡cuánta impiedad, cuántos estragos
Al Orbe ocasionó con sus escritos!
¡A la Iglesia de Dios, cuántos amagos!
¡Al hombre en sociedad, cuántos delitos!
No encierra el ancho espacio átomos vagos
Tantos, como él dolores infinitos;
Y cuantos por su culpa se condenan,
De nuevas penas su medida llenan.

XLV.

Vedlo aquí, que hora inmóvil, y estrechado
Para mayor penar, en sitió breve,
Hundido el vientre, el pecho levantado,
Lleno de rabia el corazon aleve,
Ardiendo en sed y de sudor bañado,
No hay tormento en el alma que no pruebe:
Torpe la vista, fétido el aliento:
Los miembros sin accion ni movimiento.

XLVI.

Penetrado de horror, dejé llorando
Aquel sitio infeliz, cuando ví luego
Por pedregosas calles tropezando
Dilatado escuadron, callado y ciego,
De hombres miserables, que jadeando
Andaban, paso á paso, sin sosiego,
Cansados, temblorosos, oprimidos,
De láminas de plomo revestidos.

XLVII.

No camina en la mina tenebrosa,
Cargado de mas peso, el operario,
Cuando al débil brillar de luz medrosa
Recorre la labor, con paso vario;
Que de turba de hipócritas, odiosa,
Con pena se movia cada falsario,
Al cielo y los abismos enemigo,
Sufriendo así durísimo castigo.

XLVIII.

Los Fariseos de falaz ingenio,
De ovejas con la piel, lobos rapaces,
Caminaban unidos de Jansenio
A los tristes é hipócritas secuaces:
Para todos la ley era un convenio,
Que afectaban mirar por varias faces;
Poniendo en la conciencia dobles fueros,
Blandos á sí y á los demás severos.

XLIX.

Interminable série de cavernas,
Abiertas de la playa en rocas duras,
Prisiones asperísimas y eternas
De las almas sacrílegas é impuras,
Brillan con rojas llamas sempiternas
En las moradas del abismo oscuras;
La triste luz de sus ardientes fraguas
Refleja á trechos en las muertas aguas.

L.

De sus breves placeres arrancado
Exclama un pecador: ¡ay triste! ¿dónde
Me encuentro? —En el Infierno condenado—
Una voz misteriosa le responde:
Otro, por largos siglos abrasado
Entre el fuego y el humo que lo esconde,
Pregunta con despecho: ¿qué hora es esta?
Y aquella voz —La Eternidad— contesta.

LI.

¡Oh Eternidad terrible y espantosa,
Duracion para el hombre incomprensible!
Sóla tú te levantas poderosa,
Contra el tiempo y sucesos invencible:
De encima de tu mole portentosa,
Más alta que la máquina visible,
En regiones tranquilas y serenas,
Con sublime mirar todo lo llenas.

LII.

Las corrientes del tiempo asoladoras
Se agolpan de tu trono á los cimientos,
Sin que basten sus ondas mugidoras
A mover tus perpetuos fundamentos:
Las edades del mundo son tus horas:
Los dilatados siglos tus momentos:
Todo se hunde á tus piés, todo se abisma,
Y eres, inmóvil tú, siempre la misma.

LIII.

No llegan á tu oído inexorable
Los ecos del dolor y blando ruego:
La dicha de los justos inefable
Ves con serenidad y con sosiego:
Debajo de tu trono perdurable,
Abismada en sus cárceles de fuego
El ánima infeliz, de tí no alcanza
Un rayo de consuelo y de esperanza.

LIV.

Qué mucho, que entre llamas y prisiones
Con rabia y con furor clame el precito —
«¡Perezca el dia de llanto y de aflicciones
En que nací á la culpa y al delito!
¡Malditos sean, libertad, tus dones!
¡Detesto de la vida el dón maldito!
¡Montes que me escuchais, venid encima:
Vuestra mole mi sér hunda y oprima!»—

LV.

No de otro modo la enjaulada fiera,
Entre cadenas y dobladas barras,
En vano se fatiga y desespera
Por romper de su cuello las amarras:
Ruge desesperada y altanera,
Esgrime los colmillos y las garras,
Aumentando la rabia que la aqueja,
Aquel mismo furor con que forceja.

LVI.

Al fin del muerto lago cenagoso,
En sus aguas pesadas y sin vida
Se espeja, con aspecto pavoroso,
De Gehenna la ciudad, toda encendida:
Sus torres de metal ferruginoso
Y su doble muralla encandecida
Se dejan ver, entre las sombras crasas,
Como en profunda noche ardientes brasas.

LVII.

Del lado opuesto á la ciudad famosa,
Sinuoso y resonante se ve luego,
Sobre llanura estéril, pedregosa,
Con lentitud pasar un rio de fuego,
Que de una ciudadela temerosa
Bate los dobles muros, sin sosiego:
Su corriente, de léjos, aparece
Sierpe que inmensa ondea y resplandece.

LVIII.

No de la Cordillera á la salada
Agua, que ocupa el Mexicano Seno,
Remota antigüedad vió arrebatada,
En triste dia de terrores lleno,
De lava destructora y abrasada
Corriente, más hinchada y más sin freno,
Que surcó en hondas quiebras las montañas,
Y dilató su curso en las campañas.

LIX.

Iguales entre sí sus varias partes
Eleva la ciudad con simetría,
Coronados sus muros y baluartes
De gruesa y formidable artillería:
Allí de destruccion todas las artes
Sostienen de Satan la tiranía;
Y el que era liberal ante el Eterno,
Es déspota y tirano en el Infierno.

LX.

Son sus guardias espíritus guerreros,
Gigantes contra el cielo rebelados,
Cuyos semblantes con braveza fieros,
Por el rayo de Dios se ven sulcados:
Armados de corazas y de aceros,
Negros como la noche, despechados,
Prontos á la venganza y los arrojos,
De siniestro fulgor llenos sus ojos.

LXI.

De la ciudad en medio se levanta,
Sobre cuadrada forma, un edificio,
Que en altura á los otros se adelanta,
De ruda construccion y órden Egipcio.
Cuatro plazas se extienden á su planta
Destinadas al bélico ejercicio,
Y en ellas, peristilos dilatados
En columnas de Pesto sustentados.

LXII.

De la maciza mole sobre el centro
Una cúpula inmensa se descubre,
Que atrevida se eleva, y á su encuentro
Baja una niebla que su cima encubre;
Vestida de labores por adentro
El solio de Satan defiende y cubre;
Y en la extension del liso pavimento,
Bajo rico dosel se alza el asiento.

LXIII.

A la luz de una lámpara, que brilla
Sola en aquel lugar, Satan sañudo
Se deja ver en poderosa silla,
Atlético en sus formas y membrudo:
Apoya sobre un brazo la mejilla,
Cobrizo de color, aspecto rudo:
Feroz es su mirada resoluta,
Torva su frente, su cabeza hirsuta.

LXIV.

Nunca se viera en lúgubre santuario
Para sangrientos ritos erigido,
Cuando media su curso solitario
La noche, envuelta en sueño y en olvido,
De mano de famoso estatuario,
De una antorcha al brillar rayo lucido,
Ante los ojos de aterrada gente,
Coloso más soberbio y más valiente.

LXV.

De duro corazon, nunca movido
A la dulce piedad, al tierno ruego,
Jamás al beneficio agradecido,
Y á las divinas luces siempre ciego;
En su antigua maldad empedernido,
Obstinado al ardor de eterno fuego,
Sin consuelo, sin Dios, sin esperanza,
No ve en lo porvenir mas que venganza.

LXVI.

Dura respiracion su pecho abulta:
De terrores su frente perturbada,
Aguda pena de pasion oculta
Deja ver, al semblante trasladada:
La vista altiva, con que al cielo insulta,
Pensativa en el suelo está fijada:
Con ronco acento y labio rencoroso
Así rompe el silencio pavoroso.—

LXVII.

«¿Será que siempre la fortuna adversa
Me entregue á la inaccion y al abandono?
¿Que la anarquía me burlará perversa?
¿Sucumbiré del cielo al negro encono?
¿Veré mi fuerza, sin union, dispersa?
¡Oh, cuánto cuesta conservar un trono,
Si súbditos ingratos lo disputan,
Y á su Señor iguales se reputan!

LXVIII.

«¡Quimérica igualdad, que así confundes
Hechos viles con ínclitas acciones,
Y del olvido en las tinieblas hundes
Guerreros timbres, bélicos blasones!
No serás tú la que gloriosa fundes
El imperio eternal de estas regiones;
Ni al Dios que en lo alto su potencia muestra,
Arrebates el cetro de la diestra.

LXIX.

«Luchan conmigo opuestos enemigos,
Cuya fuerza en mi daño se convierte:
El Cielo, que implacable en sus castigos
Torrentes de dolor sobre mí vierte:
Y la ambicion de pérfidos amigos,
Que de sus fines mi valor divierte,
Convirtiendo mi augusta monarquía
En piélago de horror y de anarquía.

LXX.

«Hoy, ante el trono de ese Sér odioso,
Que en los cielos usurpa mi alta silla,
Ví perdonar á un pecador medroso,
Que arrepentido ante sus piés se humilla;
Y encadenar mi brazo poderoso
Al simple ruego de mujer sencilla.
¿Y yo, entretanto, despechado peno....?
¿Para cuándo es el rayo y es el trueno?

LXXI.

«El Cielo ya verá lo que yo puedo,
Al presentarme armado en la campaña,
Derramando en sus huestes torpe miedo,
Cercado el corazon de ardiente saña;
Luego, uniendo la astucia y el denuedo,
Y enlazando la fuerza con la maña,
Sabré quitar á los caudillos míos
Las excesivas fuerzas y los bríos.

LXXII.

«Sublime inteligencia y fuerza unidas,
Un sólo entendimiento y una mano
Darán á mis legiones escogidas
Triunfos sin fin sobre el comun tirano:
Con mis banderas marcharé tendidas;
Escalaré al Empíreo soberano;
Y, enseñoreado ya del firmamento,
En el trono de Dios pondré mi asiento.

LXXIII.

«Y en alas de las nubes sublimado,
Empuñando en mi diestra el rayo ardiente,
De cándidos luceros coronado,
Cruzaré de la Aurora al Occidente:
El Universo todo prosternado
Se inclinará á mis plantas obediente:
Depuesto Dios, sus ángeles rendidos,
Me adorarán mis súbditos unidos.»—

LXXIV.

Dijo, y hace llamar los paladines
Que dividen con él altos honores:
Suenan al punto trompas y clarines
Desde las atalayas superiores:
Propágase el acento á los confines
De aquel reino de asombros y de horrores,
Y lo repiten con pavor los ecos
Por duras rocas y por montes huecos.

LXXV.

No se ven al crepúsculo dudoso,
Despues que en triste tarde el Sol se oculta,
Más sombras en el bosque silencioso,
Que desde léjos el pavor abulta,
A quienes el viajero temeroso
Determinar la forma dificulta;
Que allí se ven, por valles y por montes,
Sombras mil enlutar los horizontes.

LXXVI.

Ni de la luna al rayo macilento,
En número mayor se mira errante
De osos rapaces escuadron hambriento,
En pos del extraviado caminante;
Que venir de Satan al llamamiento
Sus numerosos próceres, delante:
A la corte infernal todos se llegan,
Y en sus calles y plazas se congregan.

LXXVII.

Artificiosa luz deja bañado
En un momento, con fulgor intenso,
El palacio sublime y dilatado,
Sus altas torres y su muro extenso:
Cada adalid se acerca, trasformado
En noble prócer, á un concurso inmenso;
Y lo reciben músicas y coros
En los atrios y pórticos sonoros.

LXXVIII.

El justiciero Dios, tal vez permite
Que tomen los espíritus impuros
Forma falaz, que accidental compite
Con los altos espíritus más puros,
Sin que esto sus tormentos debilite;
Y si consiente que elevados muros
Alcen, por monumento á su soberbia,
Penas sabe añadir á su protervia.

LXXIX.

Presentóse Moloch, cruel, arrogante,
A quien el Amonita con desvelo
Sacrificaba en llama devorante,
Sobre su altar al hijo pequeñuelo;
Siguiéndole Camós, terror constante
Del disoluto Moab, en cuyo suelo
Fué ocasion de matanza y de pelea,
Y escándalo á las hijas de Judea.

LXXX.

A éste, en el bosque de Solima denso,
Entre mujeres, danzas y cantares,
El sabio Salomon ofreció incienso
Con decrépita mano en sus altares.
¡Ah! ¿quién no gime, atónito y suspenso,
Viendo que los excelsos luminares
De ciencia y de virtud, caen confundidos
En el torpe placer de los sentidos?

LXXXI.

Vino aquel que ante el Arca sacrosanta
Del verdadero Dios cayó por tierra;
Asmodeo, que en torpezas se adelanta;
Memnon, que los tesoros desentierra
Y con ellos alcázares levanta;
Baal, que á los creyentes hizo guerra,
Cuando fuego encendió en las aras pías
La aterradora voz del grande Elías.

LXXXII.

Y Rimmon, adorado por divino
En las comarcas fértiles y amenas
Do el Pharphar y el Abbana cristalino
Reflejan de Damasco las almenas;
Y Thamuz, que del Líbano vecino
En las montañas dominó serenas,
En cuyas cimas hay selvas frondosas,
Y en las faldas ciudades numerosas.

LXXXIII.

Vino Belial, que con nefandos vicios
Trajo á Sodoma del Señor la saña:
Astarte, la deidad de los Fenicios,
A quienes con fingido rostro engaña:
Astaroth, que burló con artificios
El extenso país que Eufrates baña:
Belzebut, lleno de furor y encono,
Que al mismo Satanás disputa el trono.

LXXXIV.

Y Apis tambien, que convirtió en Egipto
Los brutos en objetos de misterio:
Adónis, que la mente al apetito
Sujetó, en vergonzoso cautiverio:
Júpiter, que entre número infinito
De adoradores extendió su imperio,
Levantando sus aras y su solio
De Roma en el supremo Capitolio.

LXXXV.

El que aspiró al imperio de los mares
Para reinar en ellos turbulento:
El que en el Aquilon sentó sus lares
Rey de las tempestades, Dios del viento:
El que, notable por sus piés impares,
Hizo suyo del fuego el elemento,
Autor de los estragos de la tierra
Con los trenes y máquinas de guerra.

LXXXVI.

El que con nombre de veraz, Apolo,
En sus templos fingió la profecía,
Y consultado desde polo á polo,
Con ambiguas palabras respondia:
Mercurio, lleno de perfidia y dolo,
Patron de la rapiña y la falsía;
Todos llegaron. Triste y taciturno,
Antropófago cruel, llegó Saturno.

LXXXVII.

Y vinieron tambien los que tomaron,
Para más excitar pasiones viles,
La forma de mujeres, y estragaron
El vigor de los pechos varoniles:
Juno, á quien reina excelsa apellidaron:
Vénus, adoracion de los gentiles:
Minerva adusta, Proserpina hermosa;
Diana, llamada la triforme diosa,

LXXXVIII.

Ni faltaron de México afamada,
Allí, los rigorosos Dioses fieros,
A quienes, sobre el ara levantada,
Ofrecian sus ministros carniceros
La sangre de la vírgen delicada,
Y miembros de indefensos prisioneros,
Que al golpe cortador caían distantes,
De los sangrientos cuerpos palpitantes.

LXXXIX.

Ni ménos los que allá en India famosa,
Insensibles al llanto y al gemido,
Hacen quemar la miserable esposa
Viva sobre la tumba del marido;
Ni aquellos que en la China poderosa
Entregan al infante desvalido,
En los cerrados bosques y riberas,
A los voraces dientes de las fieras.

XC.

En fin, cuantos las tierras levantadas
Que con perenne llama alumbra el día,
Y cuantos las regiones apartadas
Que en los polos envuelve niebla fría,
En la presente edad y en las pasadas
Sometieron á infanda tiranía,
Tantos entran al sumo ayuntamiento,
Y en el grande salon toman asiento.

CANTO TERCERO.

I.

Redondo el edificio, á todos lados
Vario se ostenta en piedras y colores:
Los próceres, por órden colocados,
Se muestran en asientos superiores:
En altas galerías agrupados
Miles y miles hay de espectadores:
Las lámparas, que están en la techumbre,
Bañan todo el espacio en viva lumbre.

II.

Satanás, circundado de blasones,
Que coronan sus gradas y doseles,
Entre alzadas banderas y pendones,
Ciñe su erguida frente de laureles:
Con aplausos sin fin y aclamaciones
Lo saludan allí sus tropas fieles:
Él, silencio á sus voces imponiendo,
Comienza así á decir, grave y horrendo.—

III.

«¡Dominaciones y altas Potestades,
Milicia, que en los cielos producida
Fuiste, para reinar en las edades,
De todo el Universo obedecida,
¿Cómo el título augusto de deidades
Os pudo arrebatar mano atrevida?
Vuestro antiguo valor ¿quién lo encadena?
¿Quién á perpetuas llamas os condena?

IV.

«El Monarca que reina en las alturas,
Obras nos considera de su mano,
Y quiere castigarnos, cual hechuras
Que contradicen su poder tirano.
Nada debemos á él. Esencias puras
Nos produjo el esfuerzo soberano
Del oculto poder, que obra disperso
En toda la extension del Universo.

V.

«Siendo Dios nuestro igual, quiso privarnos
De aquella libertad y ser divino,
Que al Acaso feliz le plugo darnos,
Por las eternas leyes del Destino:
Quiso á su duro imperio sujetarnos;
Y unido al hombre vil ¡exceso indino!
Pretende que, humillado ante su silla,
Hoy el Ángel le doble la rodilla»

VI.

«Primero de la máquina del Mundo,
Sin equilibrio ya, rotos los lazos,
Bajara con estruendo á lo profundo
La excelsa arquitectura hecha pedazos;
Primero, hundido en calabozo inmundo,
A perpetua prision daré mis brazos;
Que no que al que se llama Omnipotente
Ligera inclinacion haga mi frente.

VII.

«Yo su enemigo soy: en todas partes,
En lo alto de los cielos y en la tierra
He usado del valor y de las artes,
Para aterrar aquel que nos aterra:
Yo levanté contra él mis estandartes:
Yo á sus falanjes declaré la guerra:
Yo su furor sostuve, sin desmayo,
Golpe á golpe oponiendo, y rayo á rayo.

VIII.

«Al hombre crió, de gracia enriquecido,
Y yo lo inficioné con el pecado:
De los cielos envió su Hijo querido,
Y yo lo hice morir crucificado:
Quiso hacer de su Iglesia un reino unido,
Y yo la he dividido y destrozado.
¿Qué combate, qué cisma, qué herejía,
Ó qué persecucion no es obra mía?

IX.

«Si entre nosotros la discordia ruda
No embarazara á mi valor el vuelo,
Ni la ciega ambicion pusiera en duda
Mi excelsa autoridad, mi noble celo,
Nuéstras potentes armas ¿quién lo duda?
Triunfaran sin obstáculo en el Cielo:
Dios bajara á estas cárceles sombrías:
Reinaran en la luz mis jerarquías.

X.

«¿No os acordais de vuestra patria hermosa?
¿Qué es el triste fulgor de los Infiernos,
En competencia de la luz gloriosa
Que inunda los alcázares eternos?
Levantad vuestra frente generosa:
Aspirad á los lauros sempiternos;
Salgamos con valor y fuerza unida
A conquistar los campos de la vida.

XI.

«Mirad, que ya en la tierra se prepara,
Entre el libertinaje y la anarquía,
Al cielo triste y á nosotros cara,
Terrible y general apostasía:
Queda en el templo abandonada el ara:
La razon de la crencia se desvía;
Y la blasfemia, como está previsto,
Marca los tiempos ya del Antecristo.

XII.

«Arrebatemos, pues, caros amigos,
Esta ocasion: romped el yugo duro:
De vuestra decision serán testigos
El abismo, la tierra, el cielo puro:
Si burlando los hados enemigos
Obedeceis mi voz, yo os aseguro
Que uniréis á los rayos de la gloria
El frondoso laurel de la victoria.»—

XIII.

Cual suenan con vibrante movimiento
Por la playa marítima las ondas,
Que al romper la tormenta eleva el viento
En dilatada sucesion, redondas,
Repitiendo el sonido turbulento
Las altas selvas y cavernas hondas:
Tal en sordos rumores el concurso
Prorumpe, al fin del tentador discurso.

XIV.

Memnon, avaro espíritu medroso,
Que en su comarca de metales rica,
Busca sin fruto á su dolor reposo
En los altos palacios que fabrica;
Éste, que nunca al porvenir dudoso
El estado presente sacrifica;
Que de empeorar su condicion recela,
Y su mansion y sus tesoros vela:

XV.

Quiso de la fortuna incierta y varia
Indicar las mudanzas y accidentes;
Quiso de aquella guerra temeraria
Descubrir los peligros inminentes;
Reveló su pasion atrabiliaria;
Hizo sus celos y temor patentes:
Fué todo oscuridad y todo duda
Con torpe voz y lengua tartamuda.

XVI.

Y quiso al fin con lánguido artificio
A los males poner otro remedio,
Pactando con el cielo un armisticio,
Ó á la ciudad de Dios poner asedio.
Demente lo reputan y sin juicio
Las turbas que allí están, hartas de tedio,
Y llenas de furor en voces rompen,
Que el discurso larguísimo interrompen.

XVII.

Levántase Moloch: su frente erguida
Muestra la atrocidad de sus intentos:
No se cura del cielo, odia la vida,
Y arrostra con despecho los tormentos.
—«No se espere de mí oracion florida
Dijo, ni delicados pensamientos:
No sé mas que pelear; este es mi oficio:
El campo de batalla es mi ejercicio.

XVIII.

«Yo miro cual merece al vil cobarde
Que tiembla al recelar males mayores,
Y lleno de temor concurre tarde
A empresas á sus fuerzas superiores.
Aquel que en fuego de la gloria no arde,
Que no aspira á sus vivos resplandores,
Y que á la suerte se doblega necio,
No alcanza compasion, sino desprecio.

XIX.

«Ni cumple á mi valor que arte traidora
Me sirva para herir al enemigo:
Sé el ardor que en mi pecho se atesora:
Sé aplicar por mis manos el castigo.
No gusto de elocuencia engañadora
Que á débil timidez sirva de abrigo;
Pláceme, sí, en la diestra del valiente
Traspasadora lanza, espada ardiente.

XX.

«Edades han pasado numerosas
Y dilatados siglos han corrido,
Desde que estas legiones valerosas
Yacen en ocio torpe y en olvido.
Trocádose han los tigres en raposas;
Mas su astucia infeliz ¿de qué ha servido?
Nuestros templos ¿dó están? ¿Dó los altares?
¿Dónde los sacrificios á millares?

XXI.

«Preciso es confesar que, degradados
De nuestra antigua gloria y nuestra fuerza,
Tristes desfallecemos, empeñados
En que el órden comun su curso tuerza.
Si en recobrar los cielos estrellados
Nuestro valor y brío no se esfuerza,
Vano es pensar que con el dolo y maña
Podamos realizar tan grande hazaña.

XXII.

«Salvemos con valor y sin recelo
Del tenebroso abismo los umbrales:
Alcen nuestros ejércitos el vuelo
Sentando en el Empíreo sus reales:
Cerquemos los alcázares del cielo
Con máquinas y trenes infernales,
Y asaltando de Dios á los asientos,
Fuego y llamas lancémosle violentos.

XXIII.

«Si á la guerra me llamas denodado,
Cuenta, noble Satan, con mi asistencia,
Que aunque libre Señor soy de mi Estado,
Tributo á la milicia deferencia:
Sea la guerra el único cuidado
Que nos haga luchar á competencia:
Guerra clame el abismo, guerra el suelo:
Guerra suene en los ámbitos del Cielo.»

XXIV.

Los espíritus fieros que esto oyeron,
Altos vivas del pecho desataron,
Que las bóvedas cóncavas hirieron
Y en la cúpula inmensa retumbaron:
Unos, desatentados, aplaudieron
Por la excesiva libertad que amaron,
Juzgando ¡necios! que al finar la guerra
Libres fueran ya más en cielo y tierra.

XXV.

Otros, porque á su mente acalorada
La soberbia ambicion soltó la rienda,
Y esperan ver su fuerte diestra armada
De suma autoridad en la contienda.
Otros (faccion terrible y arrojada),
Por esperar que con la guerra horrenda
Afirmara Satan su monarquía,
Y ellos con él su odiosa tiranía.

XXVI.

Jefe de oposicion y de partido,
Genio de la discordia turbulento,
Belzebut fiero, de ambicion movido,
Profesa á Satanás odio violento.
Al mirar al congreso conmovido,
Pretende aprovechar aquel momento,
Para minar la autoridad suprema,
Y otro órden levantar y otro sistema.

XXVII.

Muestra doblado talle y estatura,
Inclinada de un lado la cabeza,
Cargado de hombros, fuerte contextura,
Desdeñando el adorno y gentileza:
En su semblante alguna vez fulgura
Ya la risa falaz, ya la entereza:
Facundo en el hablar, ojo certero,
En crímenes é intrigas el primero.—

XXVIII.

«Si dulce libertad, si patriotismo
Son para el corazon objetos caros;
Si de las negras sombras de este abismo
Intentais á los astros sublimaros;
Si iguales en valor y en heroísmo,
Bajo el solio de Dios quereis sentaros;
Dijo, reconoced de vuestra esencia,
Antes, el alto precio y la excelencia.

XXIX.

«¿Qué importa que con noble bizarría
Quiteis á Dios el cetro prepotente,
Si despues, simulada tiranía
Os hace doblegar la heróica frente?
No es el brillo exterior, no la falsía
Lo que deslumbra al ánimo valiente:
Otro prez inmortal, otra corona
El generoso espíritu ambiciona.

XXX.

«La propia dignidad, fuego divino,
Roba su vista audaz: á sus fulgores
En lo alto ve las leyes del destino,
Y huella á los tiranos opresores:
De la áurea eternidad halla el camino;
Y ceñido de vivos resplandores,
Sobre la esfera material se eleva,
Y la gloria y poder consigo lleva.

XXXI.

«Somos por propia esencia soberanos:
(Bien lo demuestran nuestros altos hechos);
La potestad comun en nuestras manos
Está, y la voluntad en nuestros pechos.
Anonademos ya títulos vanos
Que hizo la usurpacion: nuestros derechos
Fijemos por señal y por divisa,
En ley fundamental, clara y precisa.

XXXII.

«En ley fundamental, que contrareste
Del despotismo audaz las invasiones,
Y apoyo firme eternamente preste
A la alma libertad en sus acciones.
¿Qué importa que el espíritu celeste
Se disponga á luchar, si sus blasones,
Sus mismas armas de su gloria llenas,
Se truecan en baldones y en cadenas?

XXXIII.

«Detesto el despotismo entronizado,
No ménos que en el cielo, en el infierno;
Todo poder perpetuo es usurpado,
Digno de execracion y de odio eterno:
Rey no será, mas tigre coronado
Aquel que tome para sí el gobierno
Sin la libre eleccion de sus iguales,
Siendo orígen sin término de males.

XXXIV.

«No digo aquesto porque en ello crea
Que el noble Satanás sea comprendido:
Confieso que en el bien comun se emplea,
De la ambicion de mando desprendido:
Pero ingenua mi voz mostrar desea
Tambien.... » El orador fué interrumpido:
Roncas voces á un lado se escucharon:
Altas risas al otro resonaron.

XXXV.

Sosegado algun tanto aquel tumulto,
Continuó—«Mi voz desea mostraros
Que para conservar libres de insulto
Estos que son de vos timbres preclaros,
Sólo á la libertad tributeis culto,
Sólo á su ley os plegue sujetaros:
En vosotros la fuerza toda estriba:
De ella sola el gobierno se deriva.

XXXVI.

«Para aspirar del cielo á la conquista
Tengamos dignidad en el infierno,
Que no el valor á combatir se alista
Debajo de un tiránico gobierno.
La Gloria divinal, que con su vista
Ciñe y abraza un porvenir eterno,
Con caractéres escribió de fuego:
Ántes la libèrtad, la guerra luego.»

XXXVII.

No en la montaña más airado el viento
Cuando agita la cima, sonoroso,
Arranca y lanza de su antiguo asiento
La encina secular y el roble añoso,
Y redoblando el ímpetu violento
Se precipita al mar tempestuoso,
Alzando con furor las ondas fieras
Y llenando de espanto las riberas;

XXXVIII.

Ni más veloz en un instante dado,
La eléctrica corriente se desprende
De los lóbregos senos del nublado,
Y en llama rapidísima se enciende;
Cruza el rayo el espacio dilatado;
Con horrible estampido el cielo hiende;
Retroceden los rios, tiemblan los montes;
Suenan llenos de horror los horizontes;

XXXIX.

Que veloz fué en un punto, y poderosa,
La astuta voz del orador artero,
Para que la Discordia alzase odiosa
Súbita llama en el concurso fiero:
No hay sosiego ni paz; nadie reposa:
Cada uno su opinion muestra altanero;
A espadas amenazan las espadas,
Y á miradas de horror torvas miradas.

XL.

El reino de tinieblas, dividido
Y con abierta lucha destrozado,
Mostrado habria, que la Discordia ha sido
Siempre la consecuencia del pecado;
Si el Eterno no hubiera diferido
Derramar sobre el bando rebelado,
Hasta la hora final de angustia y lloro,
De toda su justicia el gran tesoro.

XLI.

Hora permite en sus consejos sabios,
Que los hijos del mal, con mano fuerte,
A la santa virtud causen agravios,
Que su alta Providencia en bien convierte;
Mas cuando pronunciare de sus labios
La sentencia final de pena y muerte,
Y sellare las puertas del Infierno,
Los dejará en discordia y odio eterno.

XLII.

Iba á entregarse á sedicion abierta
Aquella aborrecible monarquía,
Dejando franca y dilatada puerta
A la intestina guerra y la anarquía,
Cuando Satan á reprimir acierta
De su falaz contrario la osadía,
Saliéndole al encuentro, áspero, fiero,
Como á tigre feroz leon carnicero.

XLIII.

En pié se pone el infernal tirano:
Con terrífico horror la vista gira:
Fija en la lanza la siniestra mano
Do pende el manto, que á la espalda tira:
La diestra eleva por el aire vano,
Y exhalando las llamas de su ira
Por la hinchada nariz, de rabia lleno
En esta forma habló, con voz de trueno.—

XLIV.

«¿Quién es el necio espíritu, que entiende
De sus fuerzas hacer audaz ensayo
Para quitarme el cetro? ¿Quién pretende
De mi alta diestra desatar el rayo?
Si mi enojo justísimo se enciende,
Sepa que, herido con mortal desmayo,
Sin que ninguno á mi furor lo esconda,
Lanzarlo puedo á la prision más honda;

XLV.

«Y sepultando allí su frente impura,
Alzar sobre él un cerro y otro cerro,
Encadenándolo en morada oscura
Con prisiones durísimas de hierro:
De tormentos llenar su cárcel dura,
Y condenarlo con perpetuo encierro,
A que publique en dolorosos gritos
Mi enojo, por los siglos infinitos.

XLVI.

«De la milicia angélica gloriosa
Jefe por eleccion y por mi esencia,
Tengo bajo mi diestra poderosa
Honra, gloria, poder, valor y ciencia.
¿Quién contrastar mis mandamientos osa?
¿Quién hacer á mis leyes resistencia?
¿Quién como yo?....—Resuelto y temerario
Le ataja y le replica su contrario.—

XLVII.

«Podrás, dijo, podrás, fiero tirano,
Reinar acaso en la region umbría;
Podrás, ardiendo en ambicion, insano,
Erguido en medio de una turba impía,
Honores merecer de soberano;
Mas quiero que repare tu osadía,
Que existe en lo profundo del abismo
Quien aspire al honor y al heroísmo.

XLVIII.

«Yo vengaré al Espíritu ultrajado,
A quien tu brazo audaz sus glorias quita,
Y en los escombros de tu trono odiado
A la Razon pondré, de tí proscrita:
¿Quién como yo, prorumpes despechado?
¿Quién como Belzebut? fiera maldita»....—
Dijo, y en Satanás fija sus ojos,
Vertiendo fuego, respirando enojos.

XLIX.

La Discordia, cual sombra vagarosa,
Por la bóveda altísima alza el vuelo,
Dudando á quién dará la palma odiosa
De la final victoria en aquel duelo.
La circunstante turba silenciosa
La aguarda con horror, llena de anhelo,
Cuando con nueva forma, de repente,
Satan se deja ver en trono ardiente.

L.

Sobre su frente la Soberbia alzada
Llena de pompa y vanidad se mira,
A cuyos lados, de furor armada,
Vertiendo llamas de venganza la Ira,
Y la Envidia de celos devorada,
Una ruge feroz, otra suspira:
La insaciable Avaricia está á su diestra,
Y la triste Lascivia á su siniestra.

LI.

La Gula, que empañó de los humanos
Con su aliento las dichas inocentes,
Y la Pereza vil, con sueños vanos,
Torpes inclinan á su pié las frentes.
Con llameantes hachas en las manos
Y crinadas las sienes de serpientes,
Amenazando al cielo con injurias,
Guardan sus gradas las terribles Furias.

LII.

De trasparentes llamas circundado
Resplandece Satan, fuerte y terrible,
Con pavonadas armas escudado,
Al poder del infierno inaccesible:
Parece que su trono sublimado
Náda en líquido fuego inextinguible,
Brotando de su asiento una corriente
De metal encendido y lava ardiente.

LIII.

La Pereza brutal, sierpe escamosa,
Que en triplicados círculos envuelta
Yacia indolente, irguiéndose tortuosa,
En espiral inmensa desenvuelta,
Baja de la peana fulgurosa
Del inflamado trono, y luego vuelta
A Belzebut, con tardo movimiento,
Sobre él inspira ponzoñoso aliento.

LIV.

Encárasele el monstruo aborrecido:
Él lo aguarda resuelto, con firmeza,
Mas vacila despues desvanecido,
Los brazos tiende, dobla la cabeza,
Los ojos vuelve en blanco, y sin sentido
Postra en el duro suelo su fiereza;
El monstruo lentamente lo circunda,
Cubriéndolo de sangre y baba inmunda.

LV.

Así de la Argentina en los desiertos
Do hinchado corre el caudaloso Plata
Que, rompiendo tal vez sus cauces ciertos,
Por anchísimos campos se dilata,
Bajo altos bosques de verdor cubiertos,
La portentosa boa constriñe y ata,
Entre los nudos de su cola fiera,
Yerta y aletargada á la pantera.

LVI.

En esto una espantosa forma airada
Entre ambos enemigos se interpone:
Su parte superior agigantada
De busto y rostro humano se compone,
Y la parte inferior en prolongada
Cola, que sobre el suelo extiende y pone:
Canes, que á sus entrañas incorpora,
La cercan de fiereza ladradora.

LVII.

Coronada de fuego en torno, esgrime
Su izquierda mano un dardo penetrante,
Con que en el pecho del precito imprime
Remordimiento atroz, cuando anhelante
Por el perdido bien en vano gime;
Y en la derecha un látigo estallante
Armado de alacranes, con que acosa
Al réprobo, que un punto no reposa.

LVIII.

No hay fiera en el abismo más temida,
Y que más multiplique sus horrores
Que ésta, que en el Empíreo fué nacida
Entre los celestiales resplandores:
Es la CULPA, de Dios aborrecida,
La que intenta robarle adoradores,
De quien nació la muerte con espanto,
Orígen del dolor, causa del llanto.

LIX.

La que mira á Satan como escogido
Para dar realidad á sus intentos,
Abandonado al mal, y prevenido
De audaces y soberbios pensamientos;
La que trae á su imperio sometido
El bando de los fieros descontentos,
Y encadena á sus órdenes severas
Las legiones rebeldes y altaneras.—

LX.

«Yo soy, dijo, de Dios opositora:
Del Universo en los primeros dias
Contrasté su poder, y soy señora
De altas y numerosas jerarquías.
A mi vista, á mi voz aterradora
Se conturban las cárceles sombrías
Del reino del espanto: tiembla el suelo,
Los astros palidecen en el cielo.

LXI.

«Duros castigos que mi brazo aplica
Cansan, sin extinguir, el sentimiento:
En vivas penas, y en dolores rica
De lágrimas amargas me alimento:
La eternidad las crece y multiplica
Con llama abrasadora y con tormento:
Gimen, bajo los golpes de mi mano,
El hombre vil y el ángel soberano.

LXII.

«En todo el Universo obedecida
Será mi voluntad, yo lo he jurado;
Y toda inteligencia sometida
A la ley de dolor y de pecado
Quedará. Tú, Satan, con frente erguida
Lleva mi obra á término deseado:
El orbe es tu heredad, el sol tu trono:
Yo, rey omnipotente te pregono.

LXIII.

«Y siguiendo con próspera ventura
El curso de tus triunfos y victorias,
Mi venganza durísima asegura,
Y asegura tambien tus altas glorias:
Verás que en tabla de diamante dura
Escriben las edades tus memorias:
Yo véngo contra tí los desacatos:
«*¡Ay del que contrariase tus mandatos!*»

LXIV.

Dijo, y rabiosa en la amarilla boca
De Belzebut virtió negro veneno,
Que abrasando en un punto cuanto toca,
Con vivas llamas le devora el seno;
Y ordena que clavado en una roca
Sobre alto monte, de dolores lleno,
Pasto ofrezcan á fieras alimañas
Vivas y renacientes sus entrañas.

LXV.

La terrible sentencia oyen sañudas
Las altas potestades del abismo;
Y pasmadas de horror, páranse mudas.
Asegura Satan su despotismo:
De miles de su bando las desnudas
Espadas centellean, al tiempo mismo
Que el veleidoso vulgo rey lo aclama,
Y Señor absoluto lo proclama.

LXVI.

Colocado el Congreso en duro aprieto,
Para calmar los odios y la grita,
En manos de Satan, por un decreto,
La autoridad suprema deposita:
El tirano sagaz finge, discreto,
Que á conquistar el cielo se limita
Tan sólo su deseo, y con su espada
La libertad comun dejar vengada.

LXVII.

Disuélvese el concurso entre el estruendo
Con que se van sus miembros alejando;
Y el nuevo cargo de Satan tremendo
Se anuncia al pueblo por solemne bando.
El estampido del cañon horrendo,
Los vivas que en el viento van sonando,
El lejano rumor que se alza y crece,
Conmueve la ciudad y la ensordece.

LXVIII.

Sale el caudillo al público, seguido
De fuerte guardia, entre soberbia pompa,
Y lo anuncia al infierno estremecido
El ronco són de la tartárea trompa.
Su nombre, por los ecos repetido,
Hace que el aire con estruendo rompa:
Su nombre cantan con robusto aliento,
Deformes serafines por el viento.

LXIX.

Desplegando de horror bárbara enseña,
Y de antorchas armada y de puñales,
Hace de sí la multitud reseña
En calles, atrios, plazas y portales.
En número mayor no se despeña
Por las regiones árticas glaciales,
Sediento de matanzas y de robos,
Arrabiado escuadron de hambrientos lobos.

LXX.

Y camina y prosigue embravecida
Tributando, insensata, por do pasa,
A Satanás, aplausos sin medida,
A sus contrarios, maldicion sin tasa:
Ya á un enmigo arrastra enfurecida,
Ya un edificio con furor abrasa,
Añadiendo al insulto y vilipendio,
Sangre, exterminio, asolacion, incendio.

LXXI.

Con la carroza encuentra, en que asombrado
Memnon, á sus Estados se volvia,
Y al punto el miserable es maltratado
Por la turba feroz, con rabia impía:
Queda el carro á las llamas entregado;
Y sueltos al estruendo y vocería
Sus bridones, de allí parten violentos
Esparciendo las crines á los vientos.

LXXII.

Auméntase el concurso numeroso,
A quien turba tras turba se le agrega
Fuera de la ciudad, y poderoso
En los vecinos campos se congrega.
Ocupa al punto el valle pavoroso,
El soto agreste, la desierta vega,
Y al número y ardor que lo arrebata
Cediendo, hasta los montes se dilata.

LXXIII.

Tal suele en fulminantes tempestades,
De los montes bajar raudo torrente,
Que arramblando cabañas y heredades,
Aumenta progresivo su corriente:
Amenaza murallas y ciudades
Sonoro, hinchado, túrbido, impaciente;
Y de los valles la extension profunda
Con ondas hervorosas cubre, inunda.

LXXIV.

Sobre una estéril y árida colina
Que descuella en el centro de la escena,
Arrogante Satan ve y examina
De la tropa infernal la fuerza plena:
Armas y divisiones determina:
Divide el mando, la maniobra ordena;
Y vestido de malla y duro acero,
Se muestra en las fatigas el primero.

LXXV.

Aparece de léjos su figura
Inmóvil, como rígido coloso,
Que contrasta en dureza y estatura
Con la cumbre del monte cavernoso:
Cercan rojos celajes su cintura:
Es su lanza cual mástil poderoso:
Luce el escudo que en el hombro ostenta,
Como en noche de horror luna sangrienta.

LXXVI.

De músicas marciales al acento,
Que el aire pueblan con medidos sones,
Marchan en undulante movimiento
Series de interminables batallones:
Tremolan las banderas en el viento:
Brillan las armas, ruedan los cañones,
Y al peso de los trenes, que lo oprime,
El fondo inmenso del Infierno gime.

LXXVII.

Contra el Supremo Sér, en odios fieros
Arde el Abismo todo, hasta sus fines;
Alardes donde quiera hay de guerreros,
Súbitos alzamientos y motines;
Y al brillo y estridor de los aceros,
Y al sonar de atambores y clarines,
En cerrado escuadron antiguas lanzas
Salen á derramar nuevas venganzas.

LXXVIII.

Así el Infierno su estandarte arbola,
Y unido para el mal rayos fulmina
A la Iglesia de Dios, paloma sola,
Que por la tierra pasa peregrina:
Su Esposo con dolores la acrisola,
Como en fuego vivaz la plata fina:
Mas ella entonará con nueva gloria
Himno de paz y canto de victoria.

CANTO CUARTO.

I.

Al salir del Abismo, absorto miro
Rasgado de la noche el negro velo,
Color sereno de oriental zafiro
En las regiones nítidas del cielo;
Del viento occidental dulce suspiro
Las hojas mueve del florido suelo,
Y en el Oriente, cuyas puertas dora,
Perlas esparce la risueña Aurora.

II.

¡Salve, divina Luz, tú, que nacida
De Dios á una palabra soberana,
Muestras de tí su esencia revestida
A la familia angélica y humana!
¡Reflejo de su gloria esclarecida!
¡Del puro y casto Amor querida hermana!
¡Con qué placer á tu Criador adoro!
¡Cuánto anhelo gozar tus rayos de oro!

III.

¿Admitirás, acaso, Luz hermosa,
De mis labios un himno resonante,
Con que te ensalce espléndida y gloriosa,
Circundando de Dios la faz radiante?
Ó ¿querrás que potente y victoriosa
En tus primeras horas yo te cante,
Cuando el caos revuelto iluminaste,
Y la tiniebla lóbrega lanzaste?

IV.

¿Ó bien, cuando de Dios nuevo portento,
Volando vencedora en el espacio,
De estrellas salpicaste el firmamento,
Y adornaste del cielo el gran palacio?
¿Cuando con rayos encendido el viento,
Brilló el sol en su trono de topacio
Por tí, y allá en los límites del mundo
Apareció el cometa rubicundo?

V.

¿Ó cantaré mejor, cuando las alas
Librando al bonancible aire sereno,
Amante vivificas y regalas
Con templado calor el suelo ameno;
Y á cada clima próvida señalas
Flores que ofrezca y frutos de su seno?
Sin tí no hay complacencia ni dulzura:
Toda tú eres amor, toda hermosura.

VI.

Tú eres al mundo temporal, visible,
Anuncio de gratísima esperanza,
Y allá en la eternidad indefinible
Mar inmenso de gozo y bienandanza.
Unidas al acento incomprensible
Que entona el universo en alabanza,
Ofrécele al Criador, á quien adoras,
Estas que me inspiró rimas sonoras.

VII.

Tus ardores imploro yo rendido,
Y á tu influjo benéfico me entrego,
Despues de haber pasado y recorrido
Los laberintos del abismo ciego:
¡Ay! da consuelo al ánimo afligido,
Anima el corazon con santo fuego,
Mi ferviente oracion á Dios eleva,
Y en tus alas flamígeras la lleva.

VIII.

¡Oh! cuán hermosa apareció á mi vista
La obra grande de Dios Omnipotente,
Bien que en el punto donde estoy no asista
Siempre con vivo rayo el Sol luciente:
Su llama, apénas en Oriente vista,
Unas veces se oculta en Occidente;
Otras perenne, sin ponerse, vive
En el círculo inmenso que describe.

IX.

Hay en el Sur una comarca bella,
Que abraza el cerco de su polo helado,
Aunque por causas privativas de ella
La llena de vigor aire templado;
De extranjero jamás sintió la huella,
Ni vió en su playa navegante osado:
El alma, separada de su velo,
Allí se purifica para el cielo.

X.

Templada claridad su espacio alumbra
Con los nacientes brillos de la aurora,
Y el lucero del alba, que se encumbra
Hácia un extremo, el horizonte dora:
El encrespado mar luce y relumbra
Movido por la brisa halagadora:
Derrama en el zenit su luz fulgente
La cruz hermosa del Centauro ardiente.

XI.

El suelo humedecido se mostraba
De helechos alfombrado y césped fino,
Y entre variadas piedras resonaba
Jugueton, un arroyo cristalino:
El menudo rocío salpicaba
El musgo y troncos del lugar vecino:
De amantes aves las canciones varias
Sonaban por las selvas solitarias.

XII.

Suspensa aquí, mi soberana guía
La vista desplegó por la campaña,
Como quien registraba y descubria
Los varios sitios de la tierra extraña;
Y alzándome á una altura, do se vía
(Disipado el vapor que el aire empaña)
Un vasto y portentoso panorama,
De esta manera mi atencion reclama.—

XIII.

«Viste ya la morada dolorosa,
Consagrada al tormento y á la pena,
Donde el remordimiento no reposa,
Y la existencia mísera envenena.
¿Ves hora aquella selva silenciosa
Con que Dios sus orillas encadena?
En ella al niño de su gloria priva,
Que muere con la culpa primitiva.

XIV.

«Nota, que el tierno infante no ha podido
Por la luz revelada conocerle,
Y que, si bien por sí no ha delinquido,
Ni con pecado actual llegó á ofenderle,
Por la culpa de Adan con que ha nacido
No es digno de gozarle y merecerle;
Ajeno allí á la gloria soberana,
Goza felicidad tan solo humana.

XV.

«Que por la culpa universal, primera,
El hombre de la gloria fué privado,
Como de prenda superior, que no era
Debida á su flaqueza y á su estado.
Solo cuando de Dios la ley severa
Rompe, y de sus pasiones arrastrado,
Se convierte insensato á la criatura,
Merece aquel dolor que eterno dura.

XVI.

«Y no permite la Bondad divina
Que quien no hizo á sus leyes resistencia,
Ni de su santa voluntad declina,
Ni tuvo fe de su adorable esencia,
Quede mezclado en insondable ruina
Siéndole dolorosa la existencia;
Ántes logre alcanzar de su largueza
El bien de que es capaz naturaleza.

XVII.

«Allí en sombrosas selvas dilatadas,
Auras serenas y corrientes puras,
Moran aquesas almas, entregadas
De humana ciencia á inciertas conjeturas:
Hablan de las edades ya pasadas,
De las horas presentes y futuras,
Ó bien preguntan con sencillo anhelo:
¿Quién la tierra formó? ¿Quién hizo el cielo?

XVIII.

«¿Quién formó por su mano las pasmosas
Basas en que la tierra tiene asiento?
¿Quién el aire y estrellas luminosas
Que bordan la extension del firmamento?
¿Quién en las largas noches silenciosas
La luna, que camina á paso lento?
¿Quién da brillos al sol, y quién la aurora
Hace que nazca de la mar sonora?

XIX.

«Allí en bosques, jardines, cenadores,
A sus bellas moradas más vecinos,
En círculos de plantas y de flores,
A la sombra de hiedras y de pinos,
Reciben sin cesar gratos olores,
Escuchan de aves amorosos trinos:
Los vientos, que fresquísimos circulan,
La mente halagan, el sentido adulan.

XX.

«¿Qué fuera de vosotras, almas tiernas,
Si bañadas de gloria en lumbre pura,
Viérais en las regiones sempiternas
El orígen de toda la hermosura?
Allí en las fuentes del placer eternas
Se abisma y se dilata la criatura:
Nada su dicha y perfeccion limita:
Une á inmenso saber, gloria infinita.

XXI.

«Mira aquí (prosiguió) entre rocas duras
Romperse el mar en círculos de plata,
Y mira allí praderas y llanuras
En que la tierra corre y se dilata:
Mira á este lado verdes espesuras,
Que inmenso lago en su cristal retrata:
Mira al otro colinas: mira el monte
Nevado, que domina el horizonte.

XXII.

«En medio de las aguas extendidas
Descollando verás Isla graciosa,
Sus orillas de bosques revestidas;
Y en medio una montaña verde, hermosa,
De donde claras fuentes desprendidas
Descienden á la playa sonorosa:
La playa, cuyo pié, cuyas arenas
Besan con languidez ondas serenas.

XXIII.

«En la falda verás distintamente
Marmóreo templo, con primor labrado
A la florida márgen de una fuente,
De almenas y de torres coronado:
El alto domo de cristal luciente
De una cruz de diamante rematado;
Símbolo de amargura y de tristeza,
Y tambien de candor y de pureza.

XXIV.

«En aquesos lugares la Alma hermosa,
Del peso de la carne desprendida,
Cual oro se depura, y amorosa
Se eleva á las regiones de la vida.
Apréstate, y con planta presurosa,
Sumiso pecho y voluntad rendida,
Camina con ardor, sin negligencia,
Al reino de humildad y penitencia.»—

XXV.

Ya se mostraba el sol con luz más cierta,
Cuando al profundo valle descendimos
Por una senda en la montaña abierta,
Y el suspenso camino proseguimos.
Al trasponer un bosque, excelsa puerta
De bronce y mármol de repente vimos,
Que á los sagrados sitios daba entrada,
Por un Ángel del cielo custodiada.

XXVI.

De blancas alas, verde vestidura,
Suelto el cabello y entregado al viento,
Reflejaban lucientes su figura
Las gradas del bruñido pavimento.
Cada alma, ante él venida, se apresura
A saber el lugar de su tormento:
Yo, dirigido por mi excelsa guía,
Tomé su vénia y proseguí mi vía.

XXVII.

Hasta llegar al lago iba un camino
Entre verdes laureles y olivares,
Éstos imágen del valor divino,
Premio aquellos de triunfos singulares:
Las auras, en confuso remolino,
Llevaban ecos tiernos y dispares;
De un fervoroso amor votos sagrados,
Suspiros encendidos y abrasados.

XXVIII.

Cruza un esquife el lago trasparente
Impelido de la onda arrulladora,
Cuyo gemido imita dulcemente
Tierno acento de tórtola que llora:
En él ilustre compañía de gente
Con blando modular, con voz sonora,
Al compás de una flauta navegando,
Esta flébil cancion iba cantando:—

XXIX.

«Por tí, patria de luz, region serena,
Suspira el corazon de noche y dia:
¡Quién pudiera romper, ay, la cadena
Que de tí lo separa todavía!
¡Bendito sea el afan y sea la pena
Que conduce á gozar de tu alegría!
El que nació á tu dicha y hermosura,
¿Qué ha de encontrar sin tí, sino tristura?

XXX.

«En la estacion sedienta y calurosa
El ciervo busca la escondida fuente,
El alma arrebatada y amorosa
Busca la claridad de tu corriente;
Ni sigue la abrasada mariposa
Con más ardor la luz resplandeciente,
Que nosotras inquietas, sin sosiego,
Las llamas de tu gloria y de tu fuego.»—

XXXI.

En leño que movió vela ligera,
Hízome entrar mi soberana guía,
Y al soplo de la brisa placentera
Sobre el agua trazó segura vía:
Costeando por la plácida ribera,
Sorprendida mi vista descubría
En nueva sucesion diversas gentes,
Sometidas á penas diferentes.

XXXII.

Por las serenas ondas resbalando
Navegaba tranquilo en la barquilla,
Las gentes y lugares observando
Que abraza en su extension tan vasta orilla:
Sentí las blandas auras circulando,
Gocé la luz que en sus espacios brilla,
Llegué á sus rocas, admiré sus prados,
Y contemplé sus bosques dilatados.

XXXIII.

Y miraba en contraste de los vicios
Las opuestas virtudes practicadas:
Aquí, humildes y abyectos ejercicios,
Contra las presunciones levantadas:
Allí, con viva fe, sacros oficios
Por obras de piedad menospreciadas:
Por vano regocijo largo llanto,
Y por liviano hablar silencio santo.

XXXIV.

Quienes á rudas pruebas entregados
Por indiscreto amor, en sus retiros
Eran por nuevo afecto levantados
Del cielo hasta los tronos de zafiros:
Quienes en vivas llamas abrasados
Exhalando tristísimos suspiros,
Llegaban á borrar, con penas fieras,
De amor liviano manchas pasajeras.

XXXV.

Miré postrados en la tierra dura
Al hielo, al sol con humildad extrema,
Los que ciñeron régia vestidura,
Y adornaron sus frentes de diadema:
En tal abatimiento, en tal postura,
Allí le dan á la Deidad suprema
La fiel adoracion, que descuidaron
Cuando reyes del mundo se miraron.

XXXVI.

En sitios ví, de flores esmaltados,
Agradable reunion de hermosos niños,
Por prematura muerte arrebatados
Al paternal amor y á los cariños:
De laureles y rosas coronados,
Y vestidos de cándidos armiños,
Ofrecen por tributo su alabanza
A la Madre de toda la esperanza.

XXXVII.

A su imágen inciensos ofrecian,
A la sombra de un alto sicomoro:
En traje de pastores dirigian
Tres Ángeles sagrados aquel coro,
A cuyas voces plácidas unian
Los blandos tonos de sus arpas de oro:
Llenos de languidez callan los vientos
Y las selvas escuchan sus acentos.

XXXVIII.

Porque tambien las selvas sonorosas
Para el canto de amor tienen oídos,
Y vuelven las montañas cavernosas
Los ecos dulcemente repetidos.
Yo conservo estas voces numerosas
Que hirieron vivamente mis sentidos:—
«¡Oh, Madre de piedad, tú nos escucha:
Tu amor es grande y nuestra pena mucha!

XXXIX.

«De la clara razon apénas vimos
En nosotros los rayos brilladores,
Cuando de las pasiones conocimos
En el alma los duros torcedores:
Ausentes de la gloria, aquí gemimos,
Privados de sus puros resplandores,
No gozando de dichas duraderas
Hasta no compurgar culpas ligeras.

XL.

«De nosotros te apiada, Vírgen Santa,
Exenta y libre del error primero;
Cuya mano benéfica quebranta
La cadena del triste prisionero.
¿La redondez del orbe no te canta
Del mar de gracia espléndido lucero?
En nosotros manten tus ojos fijos:
Míranos con piedad, somos tus hijos.

XLI.

«Al despertar la aurora, en tus altares
Ofrecemos floridos canastillos,
Y guirnaldas de rosas y azahares
Cuando derrama el sol todos sus brillos:
Olorosos inciensos á millares,
Por la tarde, con ánimos sencillos;
Y de noche, entre llantos y oraciones,
Levantamos á tí los corazones.»—

XLII.

No percibí ya más, porque alejado
Al impulso del aura y las corrientes,
Ví un campo de peñascos erizado,
En forma de columnas eminentes;
Y en ellos con espíritu humillado,
Estílitas sumisos y fervientes,
Implorando del cielo la clemencia
Con vigilias, dolor y penitencia.

XLIII.

Un escuadron despues ví, peregrino,
Con pié desnudo entre ásperos zarzales,
Emprender asperísimo camino
De un monte por los duros peñascales:
Báculos de taray, ropas de lino
Llevaban, y con pasos desiguales
Aspiraban á ver, en la alta cumbre,
De la llama de amor la viva lumbre.

XLIV.

Ví despues obedientes cenobitas
En lugares agrestes congregados,
Con penas y asperezas exquisitas
En aras del dolor sacrificados.
Ya derramaba luces infinitas
El sol, desde los cielos levantados,
Cuando un sitio repuesto acaso vimos,
En que el mediado curso suspendimos.

XLV.

Atada á un tronco la ligera barca,
Descanso un prado nos brindó y asilo,
Que extenso valladar ciñe y abarca
De oscura madreselva y verde tilo:
Ante una ermita, que su centro marca,
De mujeres hallé coro tranquilo,
Mostrando entre sus velos ojos bellos,
Y negras trenzas por los albos cuellos.

XLVI.

De odoríferas flores componian
Un altar á sus ritos consagrado;
Mas cuando al resplandor del sol veían
Mi cuerpo, de la sombra proyectado,
Y por esta señal reconocian
Que del peso mortal iba cargado;
Suspenden su labor, tiemblan, se espantan,
Y en un punto asombradas se levantan.

XLVII.

Y huyen de aquel lugar con alarido
Al valladar vecino, al soto ameno,
Cual palomas al súbito estampido
De horrísono arcabuz ó ronco trueno;
Mas una á quien la fimbria del vestido
Un zarzal enredó, de espinas lleno,
De mí se vió alcanzada y detenida,
Para decir la causa de su huida.

XLVIII.

Mis palabras su fuga suspendieron,
Y algun tanto del susto recobrada,
Declaróme el espanto con que vieron
Todas, á un vivo entrar por su morada.
Al fin mis blandos ruegos consiguieron
Dejar su timidez tranquilizada,
Y pregunté de nuevo me dijera
¿Qué lugar era aquel, y ella quién era?

XLIX.

Díjome:—«Este lugar se ha prevenido
Para aquellos que purgan con dolores
Los restos de la culpa, que han tenido
Por error cometido en sus amores.
Oye la historia de mi bien perdido,
Para ejemplo de tristes amadores:
Nací de Grecia en la aromosa playa:
Mi patria Atenas fué, mi nombre Aglaya.

L.

«Mi madre, bella flor muerta temprano,
Dándome á luz, bajó á la sepultura,
Y yo quedéme á ser de un padre anciano
Objeto de carísima ternura:
Debí blandas caricias á su mano,
A su boca palabras de dulzura:
Eran mi vista y cariñoso acento
Luz á sus ojos, y á su labio aliento.

LI.

«Figurábase ver en mis facciones
De mi madre la imágen lisonjera,
Y, jóven, mis soñadas perfecciones
Divulgaba la fama vocinglera.
Cercada de amorosas pretensiones,
Mostré la voluntad rebelde y fiera,
No queriendo turbar las alegrías
Del autor adorado de mis dias.

LII.

«Vivia así feliz y respetada,
Inexorable del amor al ruego,
En una bella quinta retirada,
Que bañaba el Cefiso con sosiego.
Una tarde en que sola y divagada
De sus ondas miraba el blando juego,
Me encontré de repente entre sus flores
Circundada de aceros brilladores.

LIII.

«Eran de unos piratas, que de Egina
El Golfo con sus robos infestaban,
Y á Estambul y la costa convecina
Esclavos y riquezas trasladaban:
Profundo abatimiento me domina
Cuando ví que á sus naves me arrastraban,
Sordos á mis lamentos y mi lloro,
Desnudos de piedad, sedientos de oro.

LIV.

«A mi padre infeliz rabiosos matan,
Y llenos de furor roban la quinta:
En sangre de los criados que maltratan
Queda la arena de sus calles tinta:
El botin presurosos arrebatan;
Y á la luz del crepúsculo, indistinta,
Recogen sus dispersas centinelas,
Y al turbulento mar tienden las velas.

LV.

«¿Cómo podrá mi labio referiros
Del pecho atormentado los dolores,
Sin que fuesen capaces mis suspiros
De ablandar á mis duros opresores?
Las ondas de la mar en anchos giros
Levantaban los vientos bramadores:
Yo á su impulso, indefensa, caminaba
De un odioso Señor á ser esclava.

LVI.

«La aurora aparecia en el Oriente
Coronada la sien de blancos lirios,
Y de mi amargo llanto la corriente
No calmaba el dolor de mis martirios:
Subia el sol al zenit resplandeciente,
Y oscurídad miraba en mis delirios:
De la noche las negras horas largas
Aumentaban mis lágrimas amargas.

LVII.

«Pasados de este modo algunos dias,
Una mañana ví, ¡nunca la viera!
De Estambul y sus ricas cercanías
La odiosa para mí, mortal ribera,
Do entre celos brutales y entre espías
La mujer desfallece en cárcel fiera,
Amenazada siempre de suplicios,
No incentivo al amor sino á los vicios.

LVIII.

«No en público mercado fuí vendida
Con el comun de esclavas desdichadas,
Sino al Serrallo infame conducida,
Cerrándose tras mí puertas ferradas.
A gemir condenada de por vida
En sus hondas estancias dilatadas,
En todos tiempos y ocasiones era
La tristeza mortal mi compañera.

LIX.

«Bajaba alguna vez á los jardines,
Por divertir allí mis penas graves,
Mirando con envidia, en los confines
Del ancho y libre mar correr las naves:
Una tarde que, oculta entre jazmines,
Escuchaba los trinos de las aves,
Un mozo audaz, ajeno de temores,
Lleno de amor me requirió de amores.

LX.

«Oye, Cristiana bella, me decia,
Las quejas de un amante que te quiere,
Que en tus ojos miró la luz del dia,
Y morirá feliz si por tí muere:
¡Inocente paloma! ¡Gloria mia!
¿Qué profundo pesar tu pecho hiere?
Díme, mi dulce bien ¿qué mano fiera
Te puso en estos muros prisionera?

LXI.

«Mira, yo soy un jóven que, nacido
En el remoto suelo Mexicano,
Por casos de fortuna aquí he venido
A ser esclavo del sultan tirano.
Es mi nombre Constanzo: á tí rendido
Y abrasado en tu fuego soberano,
Si vinieres conmigo, te prometo
Guardar á tu beldad todo respeto.

LXII.

«Te llevaré á mi patria venturosa,
Do hallarás limpia fe, cortés llaneza,
Y venerando el título de esposa,
El esclavo seré de tu belleza:
Libre, feliz, encantadora, hermosa,
Disfrutarás de módica riqueza,
Pasando en mi heredad tranquilos dias,
Ajenos de zozobras y porfías.

LXIII.

«Verás allí en eterna primavera
Los campos de mil flores esmaltados,
Asombrada de bosques la ribera,
Y los montes de nieve coronados:
Verás á la ciudad, que reverbera
En el centro de lagos dilatados,
Y en sus contornos, al placer abiertos,
Flotando los jardines y los huertos.

LXIV.

«Si admites que este siervo, que te adora,
De tu cuello desate las cadenas,
Y de una alma te dignas ser señora,
A quien de gloria y entusiasmo llenas,
Aguárdame mañana en aquesta hora,
En que incierta la luz se mira apénas:
Aquí estaré presente, y yo te juro
Que salva te pondré en lugar seguro.

LXV.

«Y en nave con recato prevenida
A Grecia volverás por rumbo cierto,
Y desde allí á mi patria trasferida,
En ella pisarás seguro puerto......
No siguió, que una seña convenida
(Impidiendo que fuese descubierto)
Le obligó á retirar, dejando en tanto
Al pecho dudas y á los ojos llanto.

LXVI.

«El sitio, la ocasion, el lance extraño
Produjeron en mi alma, que delira,
Ya sombrío temor de nuevo daño,
Ya esperanza del bien por que suspira.
¿Tan ardiente pasion será un engaño?
¿Tan encendido amor será mentira?
Así mi pensamiento vacilaba,
Y amor mi voluntad avasallaba.

LXVII.

«¡Oh, cómo triunfa una alma generosa
De un pecho tiernamente agradecido!
¿Podrás, yo me decia, ser rigurosa
Con un amante, ante tus piés rendido,
Que te enajena de prision odiosa,
Y que, á todos los riesgos prevenido,
La cara libertad estima en nada
Si á tu dicha y amor no va enlazada?

LXVIII.

«¿Negarás á tu amante hacer pedazos
La negra puerta á la mansion del duelo,
Las cadenas trocando en blandos lazos
Y las tinieblas en la luz del cielo?
¿Te esquivarás á ver entre sus brazos
Por la postrera vez tu patrio suelo,
Y de tus padres el sepulcro santo
Piadosa humedecer con dulce llanto?

LXIX.

«¡Cuánta serenidad allí te espera!
Desde el cielo sus almas venerables
Te alcanzarán la dicha verdadera,
Amor y bendiciones perdurables.
¡Patria, donde miré la luz primera,
Adios, por siempre adios! Si á las instables
Ondas vuelvo otra vez, tú estás de asiento
Siempre en mi corazon y pensamiento.

LXX.

«Viva en la dicha, ó viva en desventura,
Jamás te olvidaré ¡patria adorada!
Y allá en el Nuevo Mundo con ternura
Repetiré tu nombre enamorada:
Cuando amor me colmare de ventura,
De rosas y de mirtos coronada,
En medio de mi encanto y de mi gloria,
Tú siempre vivirás en mi memoria.

LXXI.

«En tales pensamientos se ocupaba
Llena de nueva vida el alma mia,
Y la que ántes en dudas se abismaba,
Ya intrépida á los riesgos se exponia:
Al fin cuando en su ocaso se ocultaba
El postrer rayo del siguiente dia
Y brillaba en las sombras el lucero,
A mi libertador con ansia espero.

LXXII.

«Y ved, que de repente sorprendida,
Y en sus brazos robustos levantada,
Por oculto lugar soy conducida
A una puerta remota y excusada;
Cuya guarda, del oro seducida,
A mis pasos la deja franqueada:
La ciudad prontamente atravesamos;
Y en una pobre casa nos entramos.

LXXIII.

«En ella un sacerdote anciano, griego,
En ignorada soledad vivia,
Y, prevenido con secreto ruego,
Oculta habitacion nos disponia;
De sacras ropas revestido luego
Nuestra union confirmaba y bendecia,
Trocando los de amor blandos abrazos
De santa union en perdurables lazos.

LXXIV.

«Si amaste alguna vez, y has conocido
El valor sin igual de un bien seguro,
Y lleno de esperanzas has unido
A la dicha presente el bien futuro;
Si por favor del cielo has conseguido
Enlazar la virtud al amor puro,
Y ofreció una pasion correspondida
Encanto al corazon, al alma vida:

LXXV.

«Ya podrás comprender la dicha mia.
El amor dilataba sus contentos,
Miéntras llegaba el suspirado dia
De entregarme á las ondas y á los vientos:
Aguardábalo llena de alegría,
Cuando de hombres feroces y violentos
Acometida ví con furia insana,
Nuestro indefenso albergue una mañana.

LXXVI.

«Reos de lesa majestad, nos vimos
A inexorables jueces entregados,
En cuyo tribunal bárbaro fuimos
Al suplicio de fuego condenados:
En recurso postrer comparecimos
Del Sultan poderoso en los estrados,
El cual con ademan y faz severa
A Constanzo increpó de esta manera:—

LXXVII.

«¿Díme, mancebo infiel, cómo pudiste
Robar á mi jardin su flor más bella,
A mí trono la luz de que se víste,
A mi cielo de amor su clara estrella?
Puede el cuervo mendaz en hora triste
Al ave seducir que se querella;
Pero su dueño si venganza toma,
Al cuervo matará y á la paloma.

LXXVIII.

«Por derecho y por ley yo soy tu dueño:
Por ley y obligacion eres mi esclavo:
¿Cómo quisiste, pues, con torpe empeño,
Causar á mi grandeza menoscabo?
De cruel y sanguinario me desdeño,
Pero de justiciero, sí, me alabo:
É inflexible descargo en la malicia
El hierro vibrador de la justicia.—

LXXIX.

«Con modesto ademan y acento firme
Le responde Constanzo de esta suerte:—
En tu poder estoy, puedes herirme,
Y puedes, gran Señor, darme la muerte:
Mas, de la cara prenda á dividirme
A que el cielo me unió con lazo fuerte
No basta tu poder, ni yo pudiera
Si tamaño imposible pretendiera.

LXXX.

«En la remota México felice
Nací, donde los cándidos amores
El cielo dichosísimo bendice,
Con cadenas ligándolos de flores:
Donde no la mujer gime infelice
Oprimida de celos y temores:
Del hombre compañera cariñosa,
Vive con él enamorada esposa.

LXXXI.

«En mi primera edad me ví lanzado
Del patrio suelo, con el padre mio,
El que, siendo español, fué condenado
A tanta pena por decreto impío:
Así destruye la razon de Estado
El ingénito amor de un pueblo pío.
Triste y errante, al espirar mi infancia,
Me recibió cortés la culta Francia.

LXXXII.

«Jóven despues, en años floreciente,
Dado al comercio, me entregué á los mares,
Asistiendo en los puertos del Oriente
A los ricos mercados y bazares:
Ya proyectaba el ánimo impaciente
Volver la prora á los antiguos lares,
Por haber levantado en sus regiones
La hermosa Paz sus blancos pabellones:

LXXXIII.

«Cuando caza me da nave pirata
En las instables ondas del mar fiero,
Y cargado de hierros me arrebata
A tus altos palacios, prisionero.
Ahora bien, Gran Señor, ¿qué suerte ingrata,
Qué poder, qué razon, qué ley, qué fuero,
Condena al que nació inocente y libre,
A que en su cuello tu cuchilla vibre?

LXXXIV.

«Si no te habian mis ojos conocido,
Ni mis manos pudieran ofenderte,
¿Por qué á la esclavitud me has reducido?
¿Y por qué me amenazas con la muerte?
Si á Aglaya por esposa he pretendido
Y conmigo se unió, Señor, advierte
Que la oprimiste con poder tirano,
Siendo libre y señora de su mano.—

LXXXV.

«Si por tu dicha no tomase en cuenta,
El Monarca repuso, tu ignorancia,
Pronto tu pena borraria mi afrenta,
Castigando cual debo tu arrogancia:
Mas quiero que obre la justicia lenta,
Precediendo la blanda tolerancia:
Llámaste libre, mis acciones culpas,
Y fundas en mi oprobio tus disculpas.

LXXXVI.

«Y es que, sin duda, como infiel, ignoras
Mi alto poder, mi autoridad completa,
Y que el mundo á mis armas vencedoras
Sujetó con sus leyes el Profeta.
Si á la única Deidad por dicha adoras,
Sabe que soy la luz que la interpreta:
Sometidas á mí todas las gentes,
Soy Padre universal de los creyentes.

LXXXVII.

«Mas, porque entiendas que á mi excelso trono
Asiste la piedad y soy clemente,
Tu crímen execrable yo perdono
Y esa jóven te doy perpetuamente,
Con tal que humilde implores en tu abono
Del Profeta la ley, como creyente;
Y colmaré tu diestra con largueza
De poder, de placeres y riqueza.—

LXXXVIII.

«Esta proposicion pudiera, indigna,
Haber puesto en peligro mi constancia,
Ante el suplicio cruel que le designa
Del tirano la bárbara arrogancia,
Si de Constanzo la firmeza, digna
De quien guarda la fe con vigilancia,
No triunfara, diciendo en aquella hora
Con ademan sereno y voz sonora.—

LXXXIX.

«Agradezco, Señor, que hayas prestado
A esta mi débil voz, atento oído,
Y al cielo gracias doy, que se ha dignado
Hacerme de la luz hijo querido,
Para que nunca ciego y extraviado
Abandone la fe con que he vivido:
Ántes que de JESUS el nombre niegue,
Muerta mi lengua al paladar se pegue.

XC.

«¿Quieres que el crímen y el error pregone,
E insensible de Dios á la doctrina,
Sus preceptos olvide, y abandone
La senda que á la vida me encamina?
¿Qué importa que tu mano me corone
De gloria mundanal, si me destina,
Por medio del placer y falso encanto,
A la mansion de sempiterno llanto?

XCI.

«Y tú, querida esposa, en quien adoro
De un depurado amor las gracias bellas,
Los temores olvida, deja el lloro,
Y levanta la vista á las estrellas.
Allí, enlazados al celeste coro,
Ajenos de inquietudes y querellas,
Nuestra dichosa union afirmarémos,
Y en piélagos de luz nos perderémos.—

XCII.

«Entónces el Tirano enfurecido
Ejecuta en Constanzo la sentencia,
Haciendo que las llamas consumido
Lo manifiesten ¡ay! á mi presencia.
Nunca el hombre de gracias prevenido
Mostrara más heróica resistencia:
Allí recojo su último suspiro,
Y su postrer mirada á lo alto miro.

XCIII.

«Yo ví, yo ví su espíritu glorioso
Sereno levantarse al cielo santo,
Dejándole á mi pecho congojoso
Aguda pena, inextinguible llanto.
Aterrada del caso doloroso,
Y oprimida de angustia y de quebranto,
Al ardor de violenta calentura
Camino á la funesta sepultura.

XCIV.

«Una noche terrible, en que la vida
Con equívocas señas se mostraba,
Y á mi lecho, de sombras revestida,
La muerte pavorosa se acercaba;
Se me ofrece la imágen tan querida
De Constanzo, que luces derramaba,
Y me dice con labio placentero:
Es el cielo tu patria, en él te espero.

XCV.

«El alma, de los miembros desligada,
Ante su juez divino comparece,
Y, hasta quedar cual oro acrisolada,
En aqueste lugar gime y padece.
Vivir del fin eterno separada
Y sufrir el dolor, bien lo merece
Quien pudo vacilar por un instante,
Entre el amor de Dios y el de su amante.

XCVI.

«De su bondad sin límites espero
Acorte á mi penar los largos plazos,
Y me lleve á su gozo duradero,
Exenta ya de peligrosos lazos;
Donde le ofreceré mi amor sincero,
Y de Constanzo entre los dulces brazos,
Disfrutaré purísimas caricias,
Eternidad de gloria y de delicias.»—

XCVII.

Dijo, y en largo llanto se desata,
Semejante á las gotas de rocío,
Que de su trono de cristal y plata
Vierte la luna sobre el bosque umbrío,
Cuando la noche plácida dilata
Por el orbe su extenso señorío;
Y ofrecen al mortal para consuelo
Quietud la tierra y esperanza el cielo.

XCVIII.

En tanto, las amables compañeras
De Aglaya, las graciosas fugitivas,
Aquí y allí, en el soto y las praderas,
Se dejaban mirar ménos esquivas:
Las más curiosas vienen las primeras
Respondiendo á mis voces expresivas;
Al fin me cercan todas ruborosas,
Y aceptan mis saludos cariñosas.

XCIX.

Cércanme en derredor bellezas raras,
Y muchas, al hablarme tiernamente,
Hacen memoria de sus prendas caras,
Recuerdos de su patria y de su gente:
Y porque el alto sol sus luces claras
Ya inclinaba á los montes de Occidente,
Dejando yo el lugar en que nos vimos,
Con lágrimas de amor nos despedimos.

NOTA DEL CANTO CUARTO.

Podrá extrañar acaso algun lector, lo que se indica en este Canto cuarto, respecto á los niños del Limbo, y á los tormentos del Purgatorio: para satisfacerlo dirémos brevemente lo que sigue:

Es de fe que sin recibir el sacramento del bautismo, nadie puede entrar al Reino de los Cielos. Jesucristo dijo expresamente *que quien no renaciese del agua y del Espíritu Santo, no podia entrar en el Reino de Dios.* (San Juan, III, 5). En tal virtud, están excluidos de él los niños que mueren sin bautismo ántes de llegar al uso de la razon, quedando sujetos á la pena de daño. Hasta aquí es de fe. Ahora, sobre la suerte que en lo demás se les espera, hay tres opiniones, que, no perteneciendo al dogma, la Iglesia las ha dejado correr y enseñar con libertad en las escuelas, como hace con todo lo que es meramente opinable.

La primera consiste en decir que, á más de la pena de daño, tendrán alguna de sentido, aunque no tal que les haga insoportable la existencia y quisieran mejor no haber nacido: esta opinion, que es de San Agustin, ha parecido muy dura, y Santo Tomás la combate con razones solidísimas. La segunda dice, que no tendrán pena ni gloria; pero no es fácil explicar cómo el alma humana pueda permanecer por toda la eternidad en un estado de insensibilidad é indiferencia tan contraria á su naturaleza y á sus inclinaciones. La tercera, que es la más probable, excluyendo como debe á los niños, de la bienaventuranza eterna, les concede, no obstante, el goce de cierta felicidad natural, no por sus méritos, que no tienen ningunos, ni porque se deba á su natura-

leza, que tampoco es acreedora á tal bien, sino por la infinita bondad de Dios. Puede consultarse sobre este punto la obra titulada *Nodus Prœdestinationis dissolutus*, del Cardenal Celestino Sfondrato, impresion de Amberes de 1699, página 162 y siguientes; y la que le sirve de apéndice, con el título de *Litteræ parvulorum, sine baptismo mortuorum*, impresa en Colonia.

En cuanto al Purgatorio, debe advertirse que hay en él muchas penas proporcionadas á la gravedad del reato de las culpas que allí se purgan, y que el suponer con este fin muchos y diversos lugares, no desdice de la verdad católica. Unas culpas son castigadas con pena de fuego, otras lo serán con penas más benignas, y muchas acaso con una simple detencion, que no por carecer de dolores, dejará de ser penosísima á unas almas que sienten un deseo vivo y ardiente de unirse á Dios, que es el sumo bien. Trata esta materia el Padre Francisco Javier Alegre, docto jesuita mexicano, en sus Instituciones teológicas, libro XVIII, corolario á la proposicion 1ª, citando al venerable Beda, al cardenal Belarmino y otros autores. Véase tambien á Ludovico Blosio, en su Joyel espiritual, capítulo 13.

LA JERUSALEM LIBERTADA

DE TORCUATO TASSO.

A LA SEÑORITA DOÑA MARIA DEL CARMEN

PESADO Y LA LLAVE.

De los cantos que un tiempo resonaron
En Parténope bella, y juntamente
Las orillas del Tíber encantaron;

Cuando, agitando su veloz corriente
Y coronado de robusto pino,
El antiguo Eridano alzó la frente;

Y descendiendo en carro cristalino
Del cano monte á las arenas de oro
Del mar, al Tasso saludó divino:

Al vate ilustre, que alternó sonoro
El blando plectro y el clarin guerrero
En tonos varios, con igual decoro:

Estos fragmentos, que pasó mi esmero
A la materna lengua castellana,
Reciba de mi amor tu amor sincero.

En esto solo mi querer se afana,
Que á no esforzar tu aliento mi osadía,
Fuera del todo mi esperanza vana.

Llena de vivo ardor la fantasía,
Quisiste que á otros tonos vibradores
Pudiera responder la lengua mía;

Pintando caballeros lidiadores,
Hechos, en que al valor la fe se aduna,
Hazañas de otra edad, y otros amores:

Al valor sometida la fortuna,
Alta la enseña de la Cruz triunfante,
Y postrada á su pié la Media Luna.

¡Mas cuán ajeno estoy! ¡oh, cuán distante
De igualar con mi voz y ronco acento
Al cantor de Gofredo resonante!

Que fuera pretender un mismo aliento
En el insecto humilde y vagaroso,
Y el águila caudal que rompe el viento;

Y acercándose al astro luminoso,
Cruzando los espacios, ve y domina
Las altas sierras y el abismo undoso.

La mariposa, que á la luz se inclina,
Se abrasa en los ardores de su fuego:
Mi suerte aqueste ejemplo determina.

No quieras, pues, que deslumbrado y ciego,
Me levante á tocar del sol la lumbre,
Donde muera abrasado y sin sosiego;

Ni que osado, al pisar la excelsa cumbre
De la ilustre Salem, quede humillado
Debajo de su inmensa pesadumbre.

Recibe estos fragmentos, que de grado
A tí mi númen con placer dedica:
Mi númen de tus luces animado.

Tú, en tanto, con ardor tu genio aplica
Al bello original, no á quien traslada
En tosco mármol escultura rica;

Y serás de su espíritu alentada:
Porque si el Tasso en esta edad viviera,
Tú fueras por el Tasso celebrada;

Pues que siempre cantó la fe primera,
La obediencia filial, el amor puro,
La religion sencilla y verdadera.

Si pudiera mi voz en lo futuro
Vivir y penetrar, que tú triunfaras
Cercada de esplendores, te aseguro:

Celebrara mi voz tus prendas raras:
Y sobre el bajo mundo y las estrellas
La coronada frente levantaras,
Y en el cerco del sol vieras tus huellas.

FRAGMENTO I.

PROPOSICION É INVOCACION.—VISION DE GODOFREDO.
SU ALOCUCION A LOS CRUZADOS.

I.

Las armas canto y el varon cristiano
Que el gran sepulcro libertó de Cristo:
Mucho obró con la mente y con la mano,
De fe animado y de valor provisto:
Venció al infierno, que se opuso en vano,
Y al Asia y Libia con valor no visto;
Y tuvo ante su enseña esclarecida,
Su vagarosa gente recogida.

II.

¡Oh Musa! tú que en la celeste esfera
De estrellas ciñes inmortal corona,
No de rama fugaz, perecedera,
En la mentida márgen de Helicona;
Mi pecho enciende en llama duradera,
Ilustra mi cantar; y tú perdona
Si entretejo tus páginas de flores,
Y presto á la verdad vivos colores.

III.

Porque tú sabes bien cuánto se inclina
El mundo á las dulzuras del Parnaso,
Y que si á ellas se mezcla la doctrina,
Encanto y persuasion le dan, acaso.
Así al niño la ingrata medicina
Damos, bañando en miel la orla del vaso:
Bebe el amargo jugo, y no percibe
Que de su engaño la salud recibe.

IV.

Tú, magnánimo Alfonso, que me llevas
En alas de tu próspera fortuna,
Cuando en profundo mar de amargas pruebas
Vagaba yo sin esperanza alguna;
Si recibes mi canto, si lo apruebas,
Y si mi rima á tí no os importuna,
De tí dirá despues, sonora y rica,
Hazañas, que hora apénas pronostica.

V.

Justo será (si en paz á verse llega
Este batallador pueblo cristiano,
Y en naves y caballos pide entrega
De su presa voraz al Trace insano)
Que el cetro de la mar, si á tí te plega,
Tengas, ó el de la tierra soberano:
Émulo de Gofredo, oye, te ruego,
Y apréstate á la guerra airado luego.

VI.

Eran seis años que en Oriente habia
El Cruzado vencido en la pelea,
Lanzando á los infieles de Antioquía,
Y asaltando los muros de Nicea:
A su valor el persa se rendia,
Y allá en Tortosa su bandera ondea,
Recogiendo su tropa en cerco breve,
Bajo las tiendas que escarchó la nieve.

VII.

Se acercaba á su fin aquel invierno,
Y asomaba la dulce primavera,
Cuando de su alto solio el Padre Eterno
(Solio que con mil luces reverbera,
Y cuanto las estrellas del infierno
Se alzan, él se alza sobre la alta esfera)
Volvió al suelo los ojos, y vió junto
El orbe reducido á un solo punto.

VIII.

Con vista perspicaz observa y mira
Congregados en Siria los cristianos;
Ni á sus ojos se esconde y se retira
El secreto pensar de los humanos:
Observa que Gofredo solo aspira
A purgar á Salem de ímpios paganos;
Y que armado de fe y de santo celo,
Gloria y poder desprecia de este suelo.

IX.

Y ve que Baldovino codicioso
A humanas glorias y grandeza aspira:
Que Tancredo, de vida desdeñoso,
Tras un liviano amor corre y delira:
Que Bohemundo, un reino poderoso
A fundar, solo en su provecho aspira,
Establecer costumbres, dictar leyes,
Y dar orígen á famosos reyes;

X.

Y que en esto se encuentra tan entero,
Que otra empresa ni sufre ni consiente.
Halla en Reinaldo un ánimo guerrero,
Y espíritu vivaz, genio impaciente:
No en busca de oro esgrimirá su acero,
Sino de honor inmarcesible, ardiente:
Güelfo le enseña y graba en la memoria
Hechos y hazañas de la antigua historia.

XI.

Despues que de estos y otros lidiadores
Miró en el corazon el Rey del mundo,
Llama á Gabriel, bañado en esplendores,
De sus primeros ángeles segundo:
El que inicia en la tierra sus favores:
De su gloria y bondad nuncio facundo:
Mensajero de Dios en este suelo,
Intercesor del hombre allá en el cielo.

XII.

Y Dios le dice: á Palestina baja
Y dí á Gofredo:—«¿Qué tardanza es esa?
¿Por qué la guerra su vigor relaja?
¿Por qué no libras á Salem opresa?
Cíñete de valor, obra, trabaja
En dar remate á la sagrada empresa:
Que tú eres el caudillo designado
Por mí, del noble ejército cruzado.»

XIII.

Gabriel escucha, y obediente inclina
Su voluntad, que á la de Dios responde:
Víste á su esencia inmaterial, divina,
Forma que con la humana corresponde:
Miembros gallardos, gracia peregrina,
Que no su orígen celestial esconde:
Entre niño y doncel sus rasgos bellos:
Garzos los ojos, blondos los cabellos.

XIV.

Cándidas alas, con matiz encima
De oro y nácar tomó, prontas y bellas:
Los cielos atraviesa, y se sublima
Sobre la tierra y sobre el mar con ellas:
Suspéndese del Líbano en la cima,
Salpicada su túnica de estrellas:
De allí la tierra á contemplar se libra,
Y en el aire se cierne y equilibra.

XV.

Y pasa de Tortosa á la ribera,
Atrás dejando la selvosa cumbre,
A tiempo que, naciendo, reverbera
El sol sobre la mar con viva lumbre.
Gofredo alzaba á Dios, con fe sincera,
La oracion matutina de costumbre,
Cuando á Gabriel divisa de repente
Más brillante que el sol en el Oriente.

XVI.

Y escucha que le dice:—«Hé aquí oportuna
Ocasion de lograr en guerra viva,
De un golpe sepultar la Media Luna
En sombras, libertando á Sion cautiva.
A tus guerreros sin tardanza aduna,
Su fe despierta, su valor aviva:
Une al arrojo un corazon sencillo:
Mira que Dios te nombra su caudillo.

XVII.

«Yo soy su embajador: yo te revelo
Su mente y su querer. ¡Cuánta esperanza
Tienes del triunfo! Toma sin recelo
El doble escudo y la ferrada lanza.»—
Dijo, y las alas revolviendo al cielo,
Mas allá de los astros se abalanza.
Gofredo queda al esplendor fulgente
La vista ciega, atónita la mente.

XVIII.

Mas luego que notó en su pensamiento
Quién vino, qué mandara, qué le dijo,
Arde ya por llevar á fin su intento,
Si ántes en su memoria estaba fijo:
No por verse encumbrado á tal asiento
Muestra vana ambicion ó regocijo,
Que más alto querer su pecho inflama
Y en la hoguera de Dios arde su llama.

XIX.

Luego á los capitanes afamados
A su consejo generoso invita,
Por cartas y mensajes redoblados,
A que su imperio y potestad limita:
Cuanto alienta los ánimos osados,
Cuanto en los pechos la virtud excita,
Cuanto es grato al honor y al sentimiento,
Tanto pone sagaz en movimiento.

XX.

Lléganse los guerreros libremente
(Bohemundo con ellos no venia):
La campaña una parte de la gente,
Otra parte Tortosa contenia.
Los grandes del ejército potente
Se unen (¡noble senado!) en aquel dia;
Y Gofredo les dice, con decoro,
Grave en la vista y en la voz sonoro:—

XXI.

«Nobles guerreros, que á enmendar los daños
De su heredad sagrada Dios elige,
Y en medio de peligros y de engaños
De la tierra y el mar, ampara y rige:
Vosotros, que venciendo en pocos años
El poder que al Oriente doma y rige,
Pregonais, á despecho de sus reyes,
De Dios el nombre, y de Jesus las leyes:

XXII.

«No dejasteis, por cierto, el patrio nido
Viniendo aquí (si mi opinion no yerra)
Por las ondas del mar embravecido,
Y entre peligros de lejana guerra,
Solo para adquirir vano sonido
De fama, ó por ganar bárbara tierra:
¿Qué puede aprovechar caduca palma
Si entre los triunfos se aventura el alma?

XXIII.

«Vuestra promesa recordad divina
De tomar por asalto el sacro muro,
Que ahora gime en servidumbre indina,
Y romper del infiel el yugo duro,
Fundando en la region de Palestina
Un nuevo reino á la piedad seguro;
Donde los peregrinos y devotos
Puedan cumplir en libertad sus votos.

XXIV.

«Aun no el trabajo á la alta empresa iguala
(Bien que iguale el valor al grande intento);
Lugar más levantado nos señala
El noble corazon y el pensamiento.
¿Qué importa que Asia su poder y gala
Postre de nuestra espada al ardimiento,
Si, por fin, nuestras armas peregrinas
No formarán imperios sino ruinas?

XXV.

«No elevará edificios el que quiera
Sobre cimientos fabricar mundanos;
Y más donde la fe gime extranjera,
Oprimida de bárbaros paganos.
En la versátil Grecia ¿quién espera?
¿Quién de Occidente en los socorros vanos?
Si alguno por aquesto obrar procura,
Fabricará no más su sepultura.

XXVI.

«Vencer los turcos, debelar los persas,
Y derribar los muros de Antioquía,
No fué, en batallas grandes y diversas,
Obra de nuestro esfuerzo y valentía;
Y si por nuestro error fueren adversas
Al fin que se propuso la fe pía,
Serémos en contiendas diferentes
Ludibrio al mundo y fábula á las gentes.

XXVII.

«No hagamos del Señor los dones vanos,
Ni los quitemos de su fin divino:
Siguiendo sus impulsos soberanos
Caminarémos á feliz destino.
Hora que vemos los estorbos llanos,
Propicia la estacion, libre el camino,
¿Quién nos priva alcanzar con nueva gloria
Los laureles del triunfo y la victoria?

XXVIII.

«Príncipes, yo os protesto (y mis desvelos
Que ve el tiempo presente y ve el futuro,
Los atienden tambien los altos cielos)
Que este es el tiempo de triunfar seguro.
Tengan efecto ya nuestros anhelos,
Lleguemos á escalar el sacro muro,
Ántes que Egipto con sus tropas fieras
Se oponga á nuestras armas y banderas.»—

FRAGMENTO II.

PREPÁRASE ALADINO, TIRANO DE JERUSALEM,
A RESISTIR A LOS CRUZADOS.

I.

Anuncia ya la fama, mensajera
De rumores veraces y mentidos,
Que de los francos la nacion guerrera
Hinche y huella los campos extendidos:
Designa cada hueste brava y fiera,
Nombra sus campeones escogidos,
Sus campamentos y designios traza,
Y á Salem con incendios amenaza.

II.

Los males que se temen son mayores
Que aquellos que se sufren de presente:
Suelta el vulgo la rienda á sus temores,
Todo pecho se turba y toda mente:
Llegan, cunden, se aumentan los rumores:
Pasan del campo á la ciudad doliente:
Del viejo rey, al riesgo ya vecino,
Revienta en saña el corazon mezquino.

III.

Aladin es el rey, que manda é impera
En la santa Salem, con diestra dura:
Hombre cuya crueldad antigua y fiera
Habia templado ya la edad madura.
Luego que tales nuevas entendiera,
De su seguridad tan sólo cura:
Une á viejo rencor nueva falsía:
De amigos y enemigos desconfía.

IV.

Porque dentro los muros vive unido
Un pueblo y otro, de diversa creencia,
El breve y corto á Cristo sometido,
El mayor á Mahoma reverencia.
Cuando el rey, en su trono establecido,
Dió á su ley y á los suyos preferencia,
Relevó de tributos los paganos,
Y oprimió duramente á los cristianos.

V.

Con el peligro, la crueldad nativa,
Que aletargada de la edad parece,
Llena de fuerza y de furor se aviva,
Y sedienta de sangre ruge y crece.
Así despierta en la estacion estiva
Serpiente, que en el hielo se adormece:
Así manso leon vuelve á su furia,
Si mano incauta en su prision lo injuria.—

VI.

«Miro, decia, desusado gozo
En esa raza infiel y descreida;
Mal reprime su audacia y su alborozo,
Siempre en nuestra desgracia prevenida:
Sus proyectos descubre sin embozo,
Y tendiendo asechanzas á mi vida,
Quiere abrir de Salem las puertas santas
Al cruzado, y segar nuestras gargantas.

VII.

«Mas yo reprimiré su intento impío,
De mi justicia en ejercicio pleno:
Correrá de sus lágrimas un rio,
Mataré al niño en el materno seno:
Sus casas quemaré, y el templo pío
Mirará el atrio de su sangre lleno:
Allí entre llantos, y dolor, y azotes,
Las víctimas serán sus sacerdotes.»—

VIII.

Así el malvado rey juzga y razona
Sin ser parte á efectuar su pensamiento:
Si luego al pueblo tímido perdona,
No procede de noble sentimiento:
Excítalo el furor, mas abandona
Soltar la rienda á su rabioso intento:
Teme al fin impedir con sus furores
La paz: teme irritar los vencedores.

IX.

Templa algun tanto, pues, su furia insana,
Ó mas bien á otro objeto la desvía:
Los edificios rústicos allana
Y quema la cabaña y la alquería.
No deja en derredor morada sana
Donde el Franco repose, noche ó dia:
Los campos tala, amarga las corrientes,
Y envenena los pozos y las fuentes.

X.

Sombrío y cauto, de poner no olvida
Los muros á peligro de quebranto:
La ciudad, por tres lados guarnecida,
Era al lado boreal débil un tanto:
De fosos y bastiones revestida
La deja en breves dias, con espanto;
Y aumenta más y más su tropa varia
Con vasallos y gente mercenaria.—

FRAGMENTO III.

OLINDO Y SOFRONIA.

I.

Miéntras á dura guerra el cruel tirano
Se apresta, Ismenio se le ofrece un dia:
Aquel que en lo hondo del sepulcro vano
Sabe dar vida á la ceniza fría:
Aquel que á impulso de conjuro insano
Llena de asombro la region umbría:
Aquel que á Satanás manda y obliga,
Y á los demonios desenlaza y liga.

II.

Sacrílego ha formado un rito vario
De la cristiana ley y la islamita,
Y haciendo de las dos uso nefario,
De un error á otro error se precipita.
De la cueva en que mora solitario
Y sus perversas artes ejercita,
Viendo el público riesgo, llega artero
A detestable rey, peor consejero—

III.

«Señor, decia, á dobles marchas viene
El vencedor ejército temido:
Obra tú sin tardanza, cual conviene,
Y del cielo serás favorecido:
De rey y capitan en tí se aviene
Uno y otro poder, firme y unido:
Si obran cual deben súbditos y amigos,
Sepulcro encontrarán tus enemigos.

IV.

«Yo tambien hácia tí vengo de léjos,
A estar en el peligro de tu parte:
Mi vejez te dará sabios consejos:
Mi magia agotará su ciencia y arte.
No temas que rebeldes ó perplejos
Los demonios se nieguen á ayudarte:
Pero ántes de iniciar misterios tantos,
Diré por dónde empiece mis encantos.

V.

Un subterráneo altar de oro fulgente
En el cristiano templo yace oculto,
Donde á la Madre de su Dios potente
El católico ofrece humilde culto:
Lámpara luce ante ella indeficiente:
Un velo cubre su adorable bulto:
Penden en derredor preciosos votos
Que en sus aras consagran los devotos.

VI.

«Quiero que aquesta imágen arrancada
De sus altares, por tu mano sea
A la mezquita nuestra trasladada:
Mi esfuerzo allí que en tu querer se emplea,
Hará que miéntras fuere custodiada,
Libre de riesgos la ciudad se vea:
Seguro entónces mantendrá tu imperio
Sus muros, por altísimo misterio.»—

VII.

Dícele, le persuade, é impaciente
A la casa de Dios el rey camina,
Atropella por todo; irreverente
Arrebata la imágen peregrina,
Y la lleva al lugar donde frecuente
Turba, con falsos ritos desatina:
Prorumpe en torno, con acento vago,
Torpes blasfemias el inmundo mago.

VIII.

El ministro que el templo cuida y guarda,
Nota, al resplandecer la nueva aurora,
Que en el silencio de la noche tarda
Despareció la imágen, á deshora.
Su pecho se aterece y se acobarda:
Estalla el rey en ira vengadora,
Sospechando que oculta mano pía
Haya hurtado la imágen de María.

IX.

Ya fuera de algun fiel obra furtiva,
Ó del airado cielo alta potencia,
Que mal puede sufrir quede cautiva
Imágen á quien tanto reverencia:
Dudándose si el caso se deriva
De milagro, ó de humana diligencia,
Piedad será, que reverente el celo
Toda la gloria la atribuya al cielo.

X.

Mándala el rey buscar con rabia fiera
Por templos y por casas de enemigos,
Y ofrece á quien el robo descubriera
Premios, y al robador duros castigos.
El mago indaga, atisba, inquiere, espera,
Mas ni indicios encuentra, ni testigos:
El cielo en la ignorancia lo sepulta,
Y á sus encantos el prodigio oculta.

XI.

Viendo el rey de sus manos escaparse
El hurto, solo en su venganza piensa,
Y siente el pecho indómito abrasarse
En ira y rabia inmoderada, inmensa:
No sabiendo á quien deba castigarse,
Hace la pena general, extensa—
«Todos perecerán de una manera,
Exclama; el justo y el culpado muera.

XII.

«Para que el reo no escape, que perezca
Tambien el inocente. ¿Mas qué digo?
¿Hay acaso un infiel que no merezca
Morir, como rebelde y enemigo?
¿Quién hay que á mi justicia no se ofrezca
Merecedor perpetuo de castigo?
¡Soldados! sin piedad matadlos luego:
Sus moradas entrad á sangre y fuego.»—

XIII.

Así dice á su tropa, y se difunde
El terror en los fieles velozmente:
Una suerte los mezcla y los confunde:
Ante todos la muerte está presente.
Temblando ante el rumor, que crece y cunde,
No hay quien la fuga ó la defensa intente:
Mas donde la esperanza no fijaron,
Allí la salvacion comun hallaron.

XIV.

Una doncella habia, severa y pura,
De egregia estirpe y nobles sentimientos:
Vírgen, que estima en poco su hermosura,
En mucho sus honestos pensamientos:
Que en soledad doméstica procura
Esquivar del amor dulces intentos,
Recatando su aspecto y formas bellas
De alabanzas, miradas y querellas.

XV.

Pero en vano recata, en vano cela
Sus castas gracias á profanos tiros:
Amor no lo consiente, y la revela
De un doncel á los tímidos suspiros:
Amor, que ciego ó vigilante vela
Al pecho que ama, en invisibles giros.
¡Amor, tú á la doncella dirigiste
Del tierno jóven la mirada triste!

XVI.

Sofronia aquella, Olindo éste se llama,
De una patria los dos, de fe sincera:
Él arde por la hermosa en viva llama:
Ella lo ignora, ó le rechaza fiera:
Él no acierta á decirle cuánto la ama,
Consúmese adorando y poco espera:
Ella, ciega, su amor no ha conocido,
Ó, ingrata, su pasion pone en olvido.

XVII.

Ya se anuncia, ya llega, ya se apresta
A todo el pueblo destruccion y lloro:
Sofronia, generosa cuanto honesta,
Piensa cómo salvarlo sin desdoro:
Ya á los impulsos del valor se presta,
Ya la detiene el virginal decoro:
Luchan fuerza y pudor en su alma bella,
Y triunfa al fin la fortaleza en ella.

VIII.

A la vista del vulgo, en tanto duelo,
Expuso su belleza, y pudorosa
Bajó los ojos y plegó su velo,
Esquiva en su mirar y generosa:
No sabe si abandono ó si desvelo
Den nuevas gracias á su faz hermosa:
Naturaleza y el amor propicio
Truecan su negligencia en artificio.

XIX.

Vista de todos pasa, á nadie mira,
Y erguida y con valor, al rey se viene:
No por verlo enojado se retira,
Ántes su aspecto intrépida sostiene.—
«Vengo, dice, Señor (suspende tu ira:
Haz que tu pueblo su furor enfrene)
Vengo á mostrar y darte prisionero,
Al reo que buscas con enojo fiero.»—

XX.

Y desprendiendo el velo, de improviso
Dejó brillar su faz, del rey delante:
Confuso éste quedó, quedó indeciso,
Y enfrenó la ira, y aplacó el semblante.
A ser ella más blanda, él más remiso
En su antigua crueldad, fuera su amante;
Mas no arde el fuego del amor risueño
Entre esquiva beldad y áspero dueño.

XXI.

Inundado en la luz de la belleza,
Perplejo queda el corazon villano—
«No temas, dice, tu discurso empieza,
Y al pueblo todo salvarás cristiano.»—
Ella repone—«hiere mi cabeza,
Porque ese robo es obra de mi mano:
Soy delincuente, acusador, testigo:
En mí sola descarga tu castigo.»—

XXII.

Víctima de su pueblo, la doncella
Se ofrece del tirano á la venganza:
¡Magnánima mentira! No es más bella
La verdad, ni más digna de alabanza.
Con la sorpresa el rey no la atropella,
Ni á sus iras se entrega sin tardanza:
Ántes, la dice, así, como quien duda—
«¿Quién te prestó consejo? ¿Quién ayuda?»—

XXIII.

«A nadie quise dar de tanta gloria
La más pequeña parte, ella replica:
Sola me pertenece la victoria:
Bien claro mi denuedo te lo explica»—
Y por eso mi espada vengadora
En tí, la dice el rey, se justifica»—
Ella repone—«en mí tu enojo llena:
Sola soy al honor, sola á la pena»—

XXIV.

Irritado el tirano, dice—«¿Dónde
Ha ocultado la imágen tu osadía?»—
«No la escondí, que la quemé, responde,
Y en quemarla juzgué que bien hacia:
Así por siempre á tu furor se esconde,
Libre de injuria y de asechanza impía.
Vanas son diligencias que previenes:
El hurto no hallarás; al reo tienes.

XXV.

«Bien que aquí, ni ladron, ni robo se halla,
Que recobrar lo propio es permitido»—
Del rey entónces el furor estalla
Como de fiera indómita el rugido.
Tiembla el pudor, y la belleza calla
Ante el ceño del tigre enfurecido.
En vano Amor contra su saña ruda
La defiende solícito y la escuda.

XXVI.

Queda Sofronia hermosa, condenada
A morir, de una hoguera en los ardores;
Quítanle el casto velo y sufre, atada,
De cadenas los ásperos rigores:
Un momento del rey la alma agitada
Parece vacilar en sus furores:
Cándida está cual lirio la belleza,
No con la palidez, con la pureza.

XXVII.

Corre la fama, el vulgo se congrega,
Y Olindo, entre la turba numerosa,
Ante el tirano, sin aliento, llega,
Latiendo el pecho, el alma recelosa.
Pára: la vista en derredor despliega;
Y al ver atada á su mitad hermosa
Sobre los leños y la llama ardiente,
Rompió furioso en la apiñada gente;

XXVIII.

Y arrojándose al rey gritó—«no es esta
La que pudo robar la imágen santa:
Inexperta y mujer, ¿cómo se presta
A llevar á su fin empresa tanta?
¿Qué guardia á su mandar halló dispuesta?
¿Qué muro abrió las puertas á su planta?
Yo soy el delincuente»—En tanto precia
El amante, á quien tanto le desprecia—

XXIX.

«Yo allá, por donde la mezquita bebe
En su alta cumbre el esplendor del dia,
Subí de noche, entré, y volví por breve
Desvanecida y peligrosa vía.
A mí la muerte y el honor se debe:
Nadie debe usurpar la pena mía:
Reclamo la prision, la pena fiera,
La ardiente llama y la voraz hoguera.

XXX.

Alza Sofronia el rostro, y dulcemente
Movida de piedad al jóven mira—
«¿A qué vienes, oh mísero inocente?
¿Qué error te mueve? Qué furor te inspira?
¿Sin tí me consideras impotente
Para burlar del rey la rabia y la ira?
Sabe que hay corazon en este pecho,
Que muere solo y muere satisfecho»—

XXXI.

Así dice al amante; mas en vano,
Porque él en su propósito persiste.
¡Oh espectáculo grande y sobrehumano,
En que amor lucha y la virtud resiste!
Do es la vida al vencido premio vano:
Gloriosa al vencedor la muerte triste.
Entre ambos la contienda noble crece,
Y el rey al escucharlos se enfurece.

XXXII.

Piensa quedar su autoridad burlada
Si el oficio de juez no cumple y llena—
«Pues aqueste es culpado, ésta culpada,
Dijo, sufran los dos la misma pena»—
Al punto, al poste en que Sofronia atada
Estaba, revolviendo la cadena
Ata el verdugo á Olindo con presteza,
Vuelta la espalda, opuesta la cabeza.

XXXIII.

Ya la llama en la leña serpëaba,
Al soplo de los fuelles encendida,
Cuando el mísero jóven se quejaba
Con voz á la doncella conocida—
«¿Es este el blando lazo, que esperaba
Uniese nuestros cuellos de por vida?
¿Este el fuego feliz de los amores,
Que ardiese con recíprocos ardores?

XXXIV.

«¡Oh qué lazos tan otros, y qué fuego
El amor me anunciaba y prometia!
La suerte injusta nos divide luego,
Para juntarnos en la tumba fría.
Al ménos en la hoguera halle sosiego
Mi alma, al ligarse con la amada mía:
Duélome de que muera justa y bella,
Y yo me gozo de morir con ella.

XXXV.

«¡Oh suerte ciertamente venturosa!
¡Oh martirio feliz apetecible,
En que exhale en los labios de esta hermosa
Lleno de amor, mi espíritu invisible,
Y que en una misma suerte dolorosa
La manifieste mi pasion sensible!»—
Así el amante su dolor explica,
Cuando ella dulcemente le replica—

XXXVI.

«Amigo, otros cuidados y lamentos
De más alto valor el tiempo pide,
Encamina al Señor tus pensamientos:
Su divina bondad nadie la impide:
Suframos en su nombre los tormentos,
Para gozar la gloria en que reside.
Mira el radiante sol y mira el cielo,
Y tu alma sentirá fuerza y consuelo»—

XXXVII.

Los infieles prorumpen en gemidos,
Los fieles en suspiros sofocados;
Aun del tirano mismo los sentidos
Parecen algun tanto desmayados.
Avergonzado, cierra los oídos,
Y abandona á los tristes condenados.
Tú sola, tanto duelo no acompañas,
Sofronia, ni tu rostro en llanto bañas.

XXXVIII.

Miéntras aquesto pasa, hé aquí un guerrero
(Que tal parece en hábito y talante)
Venir veloz en un corcel ligero,
De tierra extraña, peregrino errante:
Vuela en su yelmo cándido plumero,
Y en su escudo se ve tigre rapante,
Enseña que en la guerra usa Clorinda,
Doncella tan guerrera como linda.

XXXIX.

Ésta las galas y hábito profuso
Menospreció desde su edad primera:
A los bordados, á la aguja y huso
Jamás quiso aplicar la mano fiera:
No fijó á su pudor sitio recluso,
Mas en campaña le guardó, guerrera.
De noble orgullo y esquivez armada,
Miéntras más se la mira, más agrada.

XL.

Niña y gentil, con pequeñuela diestra
De un fogoso corcel las riendas toma,
Y triunfante en el curso y la palestra
A sus rivales sobrepuja y doma:
Victoriosa la caza la demuestra
En alto monte y en tendida loma:
Veloz y suelta, porque más asombre,
Entre hombres fiera, y entre fieras hombre.

XLI.

Y hora viene de Persia la famosa
Que en el mar Eritreo sus costas pinta,
A cruzar con el franco, valerosa,
Su lanza, en sangre de cristianos tinta:
De repente la llama pavorosa
A sus ojos brilló con luz distinta;
Y acercándose al mozo y la doncella,
Por turbas y soldados atropella.

XLII.

Ceden el paso, y la gallarda mora
Nota que ya cercanos á la muerte,
Una guarda silencio, el otro llora,
Y muestra más valor la ménos fuerte.
Aquel, vuelve la vista á la que adora,
Ya ella en su angustia la atencion convierte:
Ésta, los ojos levantando al cielo,
Todo afecto mortal deja en el suelo.

XLIII.

De ambos Clorinda bella se conduele,
Y nota su dolor, mira el quebranto;
De aquel que siente más ménos se duele;
Conmovida al silencio, que no al llanto.
Busca con inquietud quien la revele
¿Qué causa motivó suplicio tanto—
«¿Qué crímen, qué palabra, qué delirio,
Pregunta, dió ocasion á este martirio?»—

XLIV.

Informe fiel del doloroso asunto
Un triste anciano á su demanda diera.
Clorinda enternecida juzga al punto
Que causa no hay para que alguno muera:
Sintió en su pecho despertarse, junto
Al valor noble, la piedad sincera:
Se acerca, hace apartar la llama ardiente,
Y dice á los verdugos y á la gente—

XLV.

«Parad, parad en este oficio duro,
Que de justicia no es, mas de venganza,
Hasta que yo hable al rey, y os aseguro
Que á nadie pesará de la tardanza»—
Ceden, y nace un sentimiento puro
En los pechos de plácida esperanza.
Ella se vuelve al rey, que por la via
A encontrarla los pasos revolvia—

XLVI.

«Yo soy Clorinda, dice; habrás oído
Mi nombre alguna vez, señor, y vengo
A defender en público partido
Tu imperio, tu poder, la ley que tengo.
Que me mandes pelear solo te pido:
Verás con qué firmeza me mantengo:
En campo abierto ó tras doblado muro:
De mi obediencia quedarás seguro»—

XLVII.

Calla, y dícele el rey—«Noble doncella,
¿Qué tierra alumbra el sol en su camino,
Que no te aplauda valerosa y bella,
Gloria del Asia, asombro del latino?
Si tu espada me ofreces, miro en ella
Triunfo seguro y próspero destino:
No apoyo en los ejércitos mi gloria:
A tu diestra encomiendo la victoria.

XLVIII.

«Viniendo tú, ¿qué temo á Godofredo?
Yo haré cuanto me pidas y demandes;
Y que promuevas siempre te concedo
Las empresas difíciles y grandes.
De mis soldados el poder te cedo
Para que los dirijas y los mandes»—
Así la hablaba, y ella respondia,
Llena de gratitud y cortesía.—

XLIX.

«Extraña cosa juzgarás, por cierto,
Que ántes de obrar demande galardones;
Mas tú me alientas, si á pedirte acierto
Que á esos cristianos míseros perdones.
Dura es la pena, su delito incierto:
Logren de tu piedad los altos dones:
Mira que si el perdon, duro, les niegas,
Dirán que á muerte la inocencia entregas.

L.

«No callaré, que si es aquí sentencia
Que robasen la imágen los cristianos,
Yo tengo otra opinion, tengo otra ciencia,
Apoyada en preceptos soberanos.
Fué hacer á nuestra ley irreverencia
Seguir de un mago los consejos vanos:
Prohibidos nos están con penas duras,
Ídolos en los templos y figuras.

LI.

«Nuestro Profeta fué (y esto me agrada
Decir y repetir) quien aquesto hizo:
Él vindicó su ley menospreciada,
Y el encanto sacrílego deshizo.
Siga Ismenio en su mente depravada,
Puesto que la maldad le satisfizo,
Y deje á los soldados y guerreros
Romper broqueles y empuñar aceros»—

LII.

Calla entónces: el rey empedernido
Dobla á su ruego la obstinada mente:
Quiérela complacer, y da al olvido
La causa de uno y otro delincuente—
«La vida y libertad han conseguido,
La responde, de tí, graciosamente:
Inocentes, en tí tienen patrono,
Y si fueren culpados, los perdono»—

LIII.

Así libres se vieron. ¡Oh dichoso
Olindo, á quien dió propicio el hado
Ganar, con un esfuerzo generoso,
Un pecho de quien era desdeñado!
Va de la hoguera al tálamo de esposo:
Su amada le recibe como amado;
Y pues su vida le ofreció, no esquiva
Que ya que ha de vivir, con ella viva.

LIV.

Mas el tirano suspicaz recela
Tener allí tanta virtud vecina,
Y á los esposos, que azorado vela,
Destierra del confin de Palestina.
Y cediendo al temor que le desvela,
A cristianos sin número confina:
Solos quedan, privados de cariños,
Los tristes viejos y los tiernos niños.

FRAGMENTO IV.

HERMINIA.

I.

El valor de Tancredo, y los furores
De Argante, dejan en la mente impresa
De infieles y cristianos lidiadores
Memoria tan vivaz, que nunca cesa.
Celébrase el arrojo y los ardores
De ambos guerreros, en la ruda empresa;
Mas no sabe ninguno decidirse
A quién deba en la lucha preferirse.

II.

El vacilante vulgo espera ansioso
Quién la palma tendrá del vencimiento:
Si oprima á la virtud furor odioso,
Ó si ceda la audacia al ardimiento.
Pero á ninguno el caso peligroso
Mas que á Herminia causó tanto tormento:
Que de su vida ve la mejor parte
Amenazada del sangriento Marte.

III.

Ésta, de quien fué padre el rey Casano,
Que el imperio mantuvo de Antioquía,
Vino á poder del vencedor cristiano
Cuando su cetro y libertad perdia;
Pero fuéle Tancredo tan humano,
Tanto la respetó desde aquel dia,
Que todo el que la mira la venera
Como si reina de su patria fuera.

IV.

Libertad, rendimiento, altos honores
Sin tasa halló en el ínclito guerrero:
En tesoros la dió ricos valores
Joyas y alhajas, que gozó primero.
Ella mirando prendas superiores
En jóven tan gentil y lisonjero,
Quedó presa de amor, cuya cadena
A esclavitud perpetua la condena.

V.

Así, si el cuerpo libertad recibe,
La alma en nueva prision se liga y ata,
Con la vista del bien tan solo vive
Y en sus mismas cadenas se dilata;
Mas el decoro regio la prescribe
Ausencia, y de su amado la desata,
Volviendo luego con la madre anciana
A la antigua mansion triste y lejana.

VI.

Vino á Jerusalem, donde acogida
Fué del tirano de la tierra hebrea:
Allí, de triste luto revestida,
Muerta la madre, en suspirar se emplea.
Ni el verse de sus brazos dividida,
Ni la honda soledad que la rodea,
Pudiéronla apartar de sus amores,
Ni en su pecho extinguir tantos ardores.

VII.

Tormentos siente de un afecto ciego
Que jamas treguas al dolor alcanza,
Y alimenta en su seno oculto fuego,
De memoria más bien que de esperanza:
Cuanto en menor espacio y sin sosiego,
Tanto á mayor incendio se abalanza:
A inspirarle confianza que no tiene,
Sobre Jerusalem Tancredo viene.

VIII.

Tiemblan todos, al ver llenos de espanto
Naciones tan indómitas y fieras;
Ella solo enjugó su amargo llanto,
Y alegre vió venir tantas banderas.
Y al que á su corazon llena de encanto
Cuidadosa buscó entre las hileras:
Vana imágen acaso le previene
Y engañada tal vez dice—«Allí viene»—

IX.

En medio del palacio se levanta
Torre elevada asaz, de piedra dura,
Desde donde la vista se adelanta
Al monte, al campamento, á la llanura.
Allí, desde que el sol la noche espanta
Hasta que vuelve la tiniebla oscura,
Asentada, la vista en torno gira
Y con su pensamiento habla y suspira.

X.

De allí, viendo la lid, dentro del pecho
Tembló su corazon, con golpes tales,
Que parecia decir: tu amor estrecho
Se acerca ya á sus términos fatales.
El rostro vuelve en lágrimas deshecho,
Y mira renovar lances mortales,
Y al sonar de las armas homicidas
Siente en su seno abrir nuevas heridas.

XI.

Y oyendo que se apresta y que se guarda
Uno y otro campeon á nuevo duelo,
Temor desconocido la acobarda,
Y su sangre cuajó súbito hielo:
Al contemplar el riesgo que la aguarda
Síguese á su gemir largo desvelo:
Pálida y vacilante se la mira:
La vida al corazon se la retira.

XII.

A su mente aterrada y delirante
Turba horrible de sombras atormenta;
Triste como la muerte, el sueño errante
Larvas y extraños monstruos representa.
Destrozado á Tancredo ve delante,
Que á pedirle socorro se presenta:
Despierta con un grito, y se halla en tanto
Bañada en las corrientes de su llanto.

XIII.

Y no solo el temer daño futuro
Con solícito afan su pecho mueve,
Que el ver su amado en el combate duro
Herido, la destroza y la conmueve.
Ya la fama veloz da por seguro
Que al rudo golpe del contrario aleve,
En lecho de dolor triste yacia
Lánguido, y entregado á la agonía.

XIV.

Y como de su madre ella aprendiera
La virtud de las plantas y las flores,
Y que poder en el ensalmo hubiera
Para curar las llagas y dolores,
(Arte que docta recibir debiera
Por larga tradicion de sus mayores),
Anhela, con las yerbas conocidas,
A Tancredo sanar de sus heridas.

XV.

Piensa solo en su amado, cuando emplea
Su desvelo en curar al enemigo,
En cuyos miembros derramar desea
Veneno abrasador, ¡duro castigo!
La mano virginal, accion tan fea
Esquiva, y la virtud préstale abrigo:
El remedio que da, no mas quisiera
Que de toda virtud privado fuera.

XVI.

Ni de pasar á la contraria gente
Temiera, porque errante y peregrina
Habia ya visto de la guerra ardiente
Altos estragos, pavorosa ruina.
Robusta así la femenina mente,
Sobre su natural triunfa y domina;
No la hace estremecer causa ligera,
Ni se dobla al temor, resuelta y fiera.

XVII.

Sobre esto, de su blando y tierno seno
Desterrando el Amor toda pavura,
Hiciérala arrostrar todo el veneno
De las sierpes del África segura:
Mas si está de valor su pecho lleno,
De su fama y honor no ménos cura;
Y establecen en él con fuerza horrenda
El Honor y el Amor dura contienda.

XVIII.

Y dícela el Honor—« ¡Tierna doncella!
Que mis preceptos hasta aquí guardaste,
Y cuando en la prision gemiste, en ella
Pura la mente y miembros conservaste.
Ya libre, ¿perderás la prenda bella
Que en tu misma desgracia reservaste?
¿Quién puso al corazon llamas tan fieras?
¡Ay! ¿qué piensas de tí? Díme ¿qué esperas?

XIX.

« ¿Luego el título tú de casta y pura
No estimas, ni el pudor tienes en precio,
Para que busques, entre gente dura,
Nocturna amante, horror y menosprecio;
Diciendo el vencedor á tu locura,
Trono y honor perdiste, te desprecio;
Y quedes, sonrojada y despedida,
De vil soldado amante envilecida? »—

XX.

De otra parte, el Amor, dulce tirano,
Así la habla, galan y lisonjero—
«¡Ah! no procedes tú de tigre hircano,
Ni de duro peñasco ó escollo fiero,
Para que esquives, simplecilla, en vano
Los dulces tiros de mi amor certero;
Ni es tu pecho de fierro ó de diamante,
Que huyas de ser amada y ser amante.

XXI.

«Camina, pues, do la pasion te llama.
¿Cómo te finges desdeñoso y fiero
Al que se abrasa en tu amorosa llama,
Y á tus gemidos gemirá primero?
¡Insensible! ¿No ves que te reclama
Medicina eficaz amor sincero?
¡Ingrata! Tu Tancredo desfallece:
Tu mano á su enemigo favorece.

XXII.

«Olvidada al deber y sorda al ruego,
Abandona á Tancredo, sana á Argante:
¿Así se extingue del Amor el fuego?
¿Este premio reservas á tu amante?
¿No siente el corazon tedio y despego
De oficio tan impío y repugnante?
¿Por qué huyendo al horror, que te desvela,
Tu alma á su centro con ardor no vuela?

XXIII.

«Al contrario, bien fuera oficio humano
Que al pié de las banderas descogidas,
Aproximases la piadosa mano
Del valeroso pecho á las heridas:
Volvieran á Tancredo, salvo y sano,
Las frescas rosas del color perdidas;
Y fuera entónces más brillante y pura
Dádiva de tu mano su hermosura.

XXIV.

«Diérate parte en sus heróicos hechos,
Parte en sus alabanzas numerosas,
Y fueras, enlazados ambos pechos,
Feliz con sus caricias amorosas:
Viéraste honrada bajo excelsos techos
En Italia, por vírgenes y esposas:
En Italia, do tienen alta silla
El sublime valor, la fe sencilla»—

XXV.

Dice, y quiere que todo corresponda
A la felicidad que se figura;
Mas ignora qué hacer, cómo se esconda,
Y cómo párta desde allí segura;
Que las guardias están á la redonda
De las murallas, en la noche oscura,
Y ocultarse no puede á las miradas
De las legiones en contorno armadas.

XXVI.

En blando lazo de amistad ardiente
Herminia, á veces, con Clorinda mora:
Viólas juntas el sol en Occidente,
Juntas hallólas la risueña Aurora:
Al espirar la luz resplandeciente
Tal vez un lecho las unió, á deshora;
Y solo la pasion que no descubre
La una vírgen á la otra calla y cubre.

XXVII.

De aquesto solo Herminia se recela,
Y si Clorinda ve que llora y gime,
Hace creer con recato y con cautela,
Que es su antiguo dolor el que la oprime.
Clorinda la acaricia y la consuela,
Ósculo de amistad en ella imprime,
Y á su voz toda puerta le abre ó cierra,
Ora esté en el consejo, ora en la guerra.

XXVIII.

Ausente Herminia en solitaria parte,
Una vez al dolor quedó suspensa,
Trazando para sí la forma y arte
De seguir los amores en que piensa.
Cuando inquieta su mente se reparte
Entre el temor y la pasion intensa,
Alzando el rostro, de repente, mira
De Clorinda las armas y suspira.

XXIX.

Y conmovida dice—« ¡Ay triste, cuánto
Envidio á la fortísima doncella,
Que hace valer sus armas, no su llanto!
¡Por guerrera la envidio; no por bella!
No detiene sus pasos largo manto,
Ni el pudor breve círculo la sella:
Sus brazos á las armas se previenen,
Y vergüenza y temor no la detienen.

XXX.

« ¡Ah! ¿Por qué fuerza igual no me dió el cielo?
¿Por qué mi cuerpo con valor no abraza,
En vez de sedas y bordado velo,
El reluciente escudo y la coraza?
Menospreciando la calor y el hielo,
Y la lluvia, y el rayo que amenaza,
Viérame el sol, ó de la luna el lampo,
Acompañada ó sola sobre el campo.

XXXI.

«No habrias entónces, despiadado Argante,
Luchado allá con mi señor primero;
Que osada yo, saliérale delante
Conduciéndole aquí de prisionero:
Hoy le impusiera su enemiga amante
De dulce esclavitud yugo ligero,
Y unidos nuestros lazos, yo sintiera
La prision en que vivo lisonjera.

XXXII.

«O tal vez en la lid, mi pecho insano
Abierto, revelara sus ardores,
Y traspasado de su fuerte mano,
Su llaga fuera en mí llaga de amores.
Libre entónces la mente, el cuerpo vano
Bajara del sepulcro á los horrores,
Y el vencedor piadoso regaria
Con tierno llanto mi ceniza fría.

XXXIII.

«Mas ¡ay triste! ¿qué dudo? ¿Qué imagino?
¿Me arrastra acaso un pensamiento loco?
Cuando la gloria me abre su camino,
¿Así entre el vulgo mi valor apoco?
Si el corazon percibe su destino,
¿Por qué las armas esta vez no toco?
¡Qué! ¿No podré, aunque débil, revestirlas,
Y por espacio breve conducirlas?

XXXIV.

«Sí podré, que el amor me hará potente:
Amor, que inspira fuerza al pecho humano.
¿Mas qué digo, si abrasa en fuego ardiente
El débil corazon del ciervo vano?
Yo no quiero luchar, mas solamente
Usar de un artificio simple y llano:
Fingiré ser Clorinda, y, disfrazada
Con sus armas, saldré sin ser notada.

XXXV.

Y no harán á mis pasos en la puerta
Las dobles guardias resistencia alguna:
Quiero seguir de amor la senda abierta:
Una es su indicacion, su traza es una.
Favorezca el amor mi fraude, y cierta
Recompensa le ofrezca la fortuna.
Esta es para partir propicia la hora
Miéntras Clorinda con el rey demora»—

XXXVI.

Resuélvese, agitada en lucha dura
Por las furias de amor que crece y arde,
Y toma presurosa la armadura,
Sin que su grave peso la acobarde.
Hacerlo puede en libertad, segura,
Que ya la sombra, al declinar la tarde,
Por el cielo sus alas extendia,
Y los hurtos de amor favorecia.

XXXVII.

Y viendo que la noche se derrama
Más y más, y que ya brilla el lucero,
Sin ser bastante á detenerse, llama
Con reserva y silencio á su escudero;
Y hace al punto venir tambien al ama
Que en su niñez la amamantó primero:
A los dos su partida les revela,
Mas oculta la causa que la impela.

XXXVIII.

El escudero con ardor dispone
Cuanto cree necesario á la partida:
Herminia el trajo sérico depone,
Ata la cabellera desprendida,
Y con tímida mano ajusta y pone
Nueva ropa, á sus formas escogida:
A la obra del disfraz, temblando y muda
La nodriza solícita la ayuda.

XXXIX.

Bajo las plumas del morrion asoma,
Oprimida por él, la trenza rica:
Su blando pecho la coraza doma,
Y en torno sus reflejos multiplica:
La tierna mano con fatiga toma
El ponderoso escudo y dura pica:
Burla Amor sus esfuerzos femeniles,
Como ántes se burló de los de Aquiles.

XL.

¡Cómo el peso la abruma y la fatiga!
¡Con cuánta lentitud sus pasos mueve!
Apoyada en los brazos de su amiga
Difícilmente á caminar se atreve:
Mas el Amor la incita á que prosiga,
Y confórtala el bien que espera en breve:
Llega do el guía silencioso espera,
Y á caballo tras él párte ligera.

XLI.

La senda más repuesta y silenciosa,
Adecuada al disfraz, toman de intento;
Cuando hé aquí que con tropa numerosa
Tropiezan, y con armas ciento á ciento.
Ninguno empero á detenerlos osa:
Ella llega y se aparta como el viento:
El manto de Clorinda y su temida
Empresa, aun en la sombra es conocida.

XLII.

De sus dudas un tanto recobrada
Se adelanta veloz, mas no segura:
Ya se alienta, ya teme ser hallada,
Y por salir del riesgo se apresura:
Llega á la puerta, encuéntrala cerrada,
Y á los soldados engañar procura—
«Clorinda, dice, soy, con voz serena:
Abrid, que voy adonde el rey me ordena»—

XLIII.

La blanda voz y aspecto, semejante
A Clorinda, el engaño favorece.
¿Quién pudiera tenerla por amante
Cuando guerrera en la actitud parece?
Audaz pasa la puerta, va adelante,
Huye, y con su escudero desparece.
Ya muestra, ya desliza su figura
De trecho en trecho, en la maleza dura.

XLIV.

Baja el collado, y lo recorre, y gira
Allá en el valle, y se detiene acaso;
Su pecho exento de opresion respira,
Y presta esparcimiento al cuerpo laso:
Cuando otro riesgo ante sus ojos mira,
Que de repente la sorprende al paso:
¿Podrá, de noche, por ignotas sendas
Llegar segura á las contrarias tiendas?

XLV.

Teme que el casco y el arnés brillante
Que la disfraza, para daño sea;
Ni ántes de estar de su señor delante
Quiere que nadie la conozca y vea:
A su presencia recatada amante
De improviso llegar solo desea.
Suspensa y pensativa se detiene
Y á su escudero así dice y previene—

XLVI.

«Hora al campo enemigo te apresura:
Anticípate: llega velozmente:
Y hasta la tienda penetrar procura
Donde á Tancredo encontrarás doliente;
Y dirásle: una triste, que asegura
Tu salud, paz te pide solamente:
Paz, que no la concede el amor ciego,
Y á tí será salud, á ella sosiego.

XLVII.

«Y es tan pura la fe con que la obligas,
Que en tí pone su honor y confianza—
Si te pregunta más, nada le digas,
Y vuelve á mi presencia sin tardanza.
A la sombra que dan ramas amigas
Aquí estaré cubierta de asechanza»—
Dijo: quedóse en diligente vela,
Y el mensajero como rayo vuela.

XLVIII.

Y supo obrar tan bien, que sin demora
Al campo opuesto penetró, y llevado
Se vió á la tienda en que Tancredo mora,
Y su mensaje fué bien escuchado;
Y vuelve con respuesta halagadora
Del guerrero, dudoso y admirado—
«Que puede Herminia entrar como desea,
Sin que nadie la note ni la vea»—

XLIX.

Pero ella, cada vez más impaciente,
Pareciéndole eterna la tardanza,
Sigue á su mensajero, allá en su mente,
Si entra, si llega, si su fin alcanza:
Ya le parece que obra lentamente:
Ya que no corresponde á su esperanza:
Soltando en esto á su corcel las riendas,
Llega á do empieza á descubrir las tiendas.

L.

La noche, en tanto, su estrellado velo
Serena descogió, sin nube alguna;
Entre sus rayos desatando en hielo
Nítidas perlas la naciente luna.
Herminia caminaba, dando al cielo
Cuenta de sus querellas, una á una:
Haciendo solo de su amor testigo
Al mudo campo y al silencio amigo.

LI.

Tiende la vista, la campaña otea
Y prorumpe—« ¡Oh feliz campo latino!
La aura que de tí viene, me recrea
Al paso que á tus tiendas me avecino.
Si á esta mi vida, que en gemir se emplea,
Algun descanso preparó el destino,
En tí será, que solo en tus aceros
Se halla la paz y el gozo verdaderos.

LII.

«Recíbanme tus tiendas, y halle en ellas
La piedad que merecen mis amores,
Que ya fuí prisionera de las bellas
Cadenas del que causa mis dolores.
No quiero recobrar con mis querellas
(Ménos con tu rigor) regios honores:
Bajo tu imperio solamente aspiro
A servir al que adoro y al que admiro»—

LIII.

No previendo los trances de fortuna
Desahogaba así su sentimiento,
Cuando al moverse, reflejó la luna
En sus armas, brillando por el viento.
La rechazada luz llega importuna,
Súbito, al vigilante campamento;
Vése la tigre que el escudo sella,
Y todo el que la mira dice—«Es ella»—

LIV.

Estaban, por acaso, allí vecinos
Debajo de unas ramas, en acecho,
Alcandro y Poliferno, ambos latinos,
Guardando con soldados aquel trecho,
Para que los auxîlios convecinos
No rompieran de noche el cerco estrecho:
Describiendo un rodeo el escudero,
Pudo apénas pasar sólo y ligero.

LV.

A su buen padre, Poliferno amante,
Muerto á las manos de Clorinda viera,
Y hora al reconocer su arnés brillante
Creyó encontrar á la fatal guerrera.
Salióle al punto armado y arrogante,
Al frente de su hueste brava y fiera,
Y sediento de sangre y de venganza—
«Muere»—gritóle, y le arrojó una lanza.

LVI.

Como sedienta cierva, que á su paso,
Llamada de la vena cristalina,
Va de la fuente al manantial escaso,
Ó á la rauda corriente el curso inclina;
Si siente, al restaurar el cuerpo laso,
Que una turba de canes se avecina,
Arráncase veloz de la onda pura,
Y, huyendo, del cansancio no se cura:

LVII.

Así ésta, á quien Amor el pecho inflama
En fuego cada vez más grande y vivo,
Y esperaba en los brazos de quien ama
Hallar templanza á su dolor esquivo;
Mirando que á su encuentro se derrama
Escuadron numeroso y vengativo,
Su intento olvida, la ocasion evita,
Y á la fuga se arroja y precipita.

LVIII.

A la sazon que vuelve el escudero
Dando á su comision tardo remate,
En curso rapidísimo el ligero
Bridon que monta Herminia el suelo bate.
Síguela á escape Poliferno fiero,
Por más que la carrera se dilate;
Y de cerca sus pasos acompaña,
Y derrama el terror por la campaña.

LIX.

El otro hermano, en puesto diferente,
A la guerrera vió tambien, fingida,
Y no quiso seguirla; ántes prudente
Se mantuvo en la vela prevenida,
Avisando—«que no contraria gente
Con ganado ó con armas sorprendida,
Causaba el alboroto y ruido vano,
Sino Clorinda y su arrojado hermano.

LX.

«Y no es de creer, que cuando mando tiene
En sus tropas como ínclita guerrera,
Hora que armada sobre el campo viene,
La impulse á proceder causa ligera:
Que por lo tanto, el general ordene
Lo que convenga hacer, y que él espera»—
Llega el mensaje, y hace que se extienda
La causa del rumor, de tienda en tienda.

LXI.

Tancredo, que el aviso habia tenido
De la dama, que oculta se acercaba—
«¡Ah! dice, por mí pena!»—y conmovido
Acude al grave riesgo en que se hallaba:
Tomando el casco y el arnés bruñido,
A caballo del campo se lanzaba,
Y tras el rastro que notó reciente
Tiende el curso veloz, rápidamente.

LXII.

Huye Herminia, entretanto, á la ventura,
Y en una antigua selva se escondia;
El fogoso bridon, en la espesura,
Con débil mano apénas corregia.
Por tales puntos, en la sombra oscura,
Y por tan varias sendas se desvía,
Que los guerreros que en su busca fueron,
Al fin, desatinados, la perdieron.

LXIII.

Cual vuelven de los montes donde erraron
Anhelantes y tristes los sabuesos,
Que, siguiendo la caza, abandonaron
Sus leves rastros en la arena impresos;
Así los caballeros regresaron
Con el enojo y el rubor expresos
En sus semblantes. Tímida y perdida
Huye Herminia, de nadie perseguida.

LXIV.

Escuchando tan sólo su gemido,
Y vertiendo sus lágrimas al paso,
Corre en la oscura sombra sin sentido,
Huye á la luz, sin rumbo y al acaso;
Mas cuando el sol flamante y encendido
Declinaba á los mares del Ocaso,
Llegó al Jordan, y en su ribera clara
Llena de turbacion, tímida pára.

LXV.

La intensidad del mal fuerzas la ofrece
Y bebe de sus ojos los raudales,
Hasta que el blando sueño la adormece
Templando la rudeza de sus males:
Entónces el Amor se le aparece
Revestido de formas celestiales,
Y en vagos giros como leve sombra
Su amante corazon turba y asombra.

LXVI.

Mas despierta al oír las dulces aves
Saludar de la aurora los albores,
Correr las sonorosas ondas suaves
Y respirar el céfiro entre flores.
Abre los ojos, con el llanto graves,
Y divisa un albergue de pastores,
Oyendo entre las fuentes y los ramos
De suspiros y amor dulces reclamos.

LXVII.

Suelta la rienda al llanto, y su lamento
Interrumpe una voz que clara suena,
Uniendo al pastoril medido acento
El són gracioso de silvestre avena.
Encamínase allí con paso lento,
Y ve un anciano, que á la sombra amena
Tejiendo mimbres, escuchaba en tanto
De tres zagales el gracioso canto.

LXVIII.

De las armas al brillo refulgente
Quedaron los pastores temerosos,
Mas Herminia les habla dulcemente
Con blanda vista y labios amorosos—
«Seguid, les dice, venturosa gente,
Vuestra labor sencillos y gozosos,
Que no mi acero turbará siniestro
El dulce canto y ejercicio vuestro.

LXIX.

«Padre, prosigue, ¿cómo, si agitada
Arde hoy en torno la afligida tierra,
Vives en esta plácida morada
Sin temer los horrores de la guerra?»—
«Hijo, responde, siempre libertada
De ella se ha visto esta lejana sierra:
Tranquila en ella la familia mía
Jamás temió la extraña tiranía.

LXX.

«Ó sea gracia del cielo, que se agrada
En el pastor humilde y lo sublima,
Ó que, cual sabes bien, siempre es tocada
Del rayo celestial la excelsa cima:
Así el furor de la extranjera espada
La coronada sien solo lastima,
Sin que el soldado con rabiosa saña
Codicie mi pobreza y mi cabaña.

LXXI.

«Para otros despreciable y á mí cara
Que no ambiciono á soberano empleo:
Huyo el poder y la codicia avara,
Y á solo la ambicion ciño el deseo:
Templo mi sed en la corriente clara:
Nunca asechanzas en mi daño veo;
Y mi ganado y huertecillo ameno
Manjar me prestan abundante y bueno.

LXXII.

«El pecho en dulce libertad alienta,
Y de poco la vida necesita:
Con sus ganados mi familia, exenta
De cuidado, á sí propia se limita.
La vista vaga plácida y contenta
Tras el gamo, que allá se precipita:
Viendo á las aves extender sus plumas
Y á los peces nadar en las espumas.

LXXIII.

«Hubo un tiempo (aquel tiempo en que delira
El hombre incauto con la edad primera)
En que hechizado yo por la mentira,
Abandoné mi choza y mi pradera:
Los bellos huertos cultivé que admira
Ménfis la celebrada, y de manera
Con los altos privados yo vivia,
Que bien la astuta corte conocia.

LXXIV.

«Burlóme la codicia fementida
Volviendo el gusto en sinsabor, en nada;
Hasta que junto con la edad florida
La esperanza quedó triste y postrada:
Entónces extrañé mi antigua vida,
Y dije: ¡ay, dulce paz abandonada!
¡Adios, oh corte, adios! y sin testigo
Torné á la choza y al hogar amigo»—

LXXV.

Miéntras así razona, Herminia pende
Absorta, del hablar que se desliza
De la boca del viejo, y que desciende
A su pecho, y lo calma y tranquiliza.
Llora, cavila, y á la fin entiende
Dejar á aquellas chozas su ceniza,

Ó á lo ménos morar oculta en ellas,
Hasta que calme Amor tantas querellas.

LXXVI.

Y dícele al buen viejo—«¡Oh afortunado,
Que ya experimentaste el mal un dia!
Halle en tí, ni envidioso ni envidiado,
Reparo dulce la desdicha mia:
Halle bajo tu techo retirado
Asilo, donde more la alegría:
Tal vez mi corazon, de pena opreso,
En él descargará su mortal peso.

LXXVII.

«Que si precias los bienes á que adora
Como á suma deidad, el vulgo ciego,
Rico te volveré con estos que hora
De buena voluntad todos te entrego»—
Al decir esto la afligida, llora,
Y llena de mortal desasosiego
Refirió sus desgracias. Entretanto,
A su llanto el pastor mezcla su llanto.

LXXVIII.

La consuela, y con mano cariñosa,
Todo inflamado de paterno celo,
La lleva donde está su anciana esposa,
Que de igual corazon le diera el cielo.
La delicada jóven, ruborosa,
Ciñe á sus tiernos miembros tosco velo;
Mas su belleza, con la gracia unida,
No parece en el bosque ser nacida.

LXXIX.

El hábito grosero no desluce
Sus formas elegantes y gentiles,
Belleza incomparable en ella luce,
Bien que ocupada en ejercicios viles:

Lleva el ganado al pasto, y le reduce
Con el pobre cayado á los rediles:
La leche ordeña con sus manos bellas,
Y cuajada la prensa en las encellas—

LXXX.

Cuando lanzaba el sol vivos ardores,
Sesteando á la sombra las ovejas,
Entallaba en los árboles mayores
Aquel nombre, ocasion de tantas quejas.
Revelaba sus íntimos amores
Con voces dolorosas y perplejas;
Y de nuevo, al trazar cifras sencillas,
Inundaba de llanto sus mejillas—

LXXXI.

«Conservad, caras plantas, les decia,
La historia de mi amor en la corteza,
Y si un amante aquí llegare un dia,
Despertad en su pecho la terneza:
Sepa sentir, cual siente el alma mia,
De una pasion oculta la fiereza;
Y diga, al ver mi humilde sepultura:
¡Qué injusto fué el Amor con fe tan pura!

LXXXII.

«Y si piadoso alguna vez el cielo
(Que el cielo es del amor tambien movido),
Trajere á este lugar de mi desvelo
Al que hora mi pasion pone en olvido,
Y éste mirare, que le oculta el suelo
Un corazon en llamas consumido,
Concederá tal vez, ¡triste memoria!
Llanto tardío á mi perdida gloria.

LXXXIII.

«Que si en vida al amor la pena oprime,
El alma alguna vez será dichosa:

La muerte de sus males la redime,
Que alguna vez la muerte fué piadosa»—
Así dice á los troncos, y así gime
Vuelta al cielo la vista lacrimosa.
Al acaso Tancredo, en tanto, gira,
En seguirla empeñado, y se retira.

FIN.

ERRATAS.

Página 25, verso 9º
Dice: "Ora objetos"
Debe decir: "Hora objetos"

Pág. 162, verso 7º
Dice: "aparece"
Debe decir: "parece"

Pág 264, verso 17º
Dice: "En vano la tierra madre"
Debe decir: "En vano la tierna madre"

Pág. 356, verso 10º
Dice: "Deshecho de los hombres"
Debe decir: "Desecho de los hombres"

Pág. 416, verso 8º
Dice: "se aniega"
Debe decir: "se anega"

Página 432, verso 26º
Dice: "la cegadora"
Debe decir: "la segadora"

Pág. 549, verso 22º
Dice: "Que al formarse de Dios"
Debe decir: "Que al formarme de Dios"

Pág. 660, verso 29º
Dice: "Y que en una misma"
Debe decir: "Y que una misma"

ÍNDICE.

PARTE PRIMERA.

RIMAS AMOROSAS A ELISA.

PARTE SEGUNDA.

RIMAS AMOROSAS VARIAS.

III

PARTE TERCERA.

POESÍAS DESCRIPTIVAS.

PARTE CUARTA.

LAS AZTECAS.

PARTE QUINTA.

POESÍAS MORALES.

PARTE SEXTA.

POESÍAS FÚNEBRES.

PARTE SETIMA.

POESÍAS PROFANAS SUELTAS.

PARTE OCTAVA.

POESÍAS SAGRADAS VARIAS.

PARTE NOVENA.

POESÍAS SAGRADAS TRADUCIDAS.

PARTE DECIMA.

ALABANZAS A LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

PARTE UNDECIMA.

VERSIONES DE LOS LIBROS SAGRADOS.

PÁGS.

PARTE DUODECIMA.

FRAGMENTOS ÉPICOS.




UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS
3024368233
0 5917 3024368233